

71-23042
\$3

ANALES
DE LA
UNIVERSIDAD DE CUENCA



Tomo XIII

No. 1

ENERO - MARZO DE 1957

CUENCA — ECUADOR

23042

oro
v48a

MFN635

1250

23072

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

Publicación Trimestral

TOMO XIII ENERO - MARZO DE 1957 Nº 1

SUMARIO:

	Págs.
Nota Editorial	5
Ordenanza Municipal que establece los Blasones de la Ciudad de Cuenca	9
Víctor Manuel Albornoz: Historial de la Fundación de Cuenca	13
Mary Corylé: Cuenca: Ciudad Indo-Hispana	25
Rigoberto Cordero y León: Itinerario Poético de Cuenca	31
José López - Rueda: Cuenca del Ecuador, Andina, Centenaria y Española	63
Manuel A. Corral Jáuregui: Vida Jurídica de Cuenca. Agustín Cueva Tamariz: Nuestro Pasado Médico ...	73
Leoncio Cordero Jaramillo: La Cátedra de Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca	83
Luis Monsalve Pozo: El Azuay. Los Cuatro Elementos y el Hombre	125
Francisco Alvarez González: Notas sobre la América Latina	133
Marco Tulio Erazo Vallejo: Apuntes sobre la Geología y Estructura del Valle de Cuenca	143
Luis Fradejas Sánchez: "Atahualpa" Tragedia Española del Siglo XVIII	157
Armando Navarrete de la Torre: Estudio de la Moderna Consolidación de Suelos Terrosos mediante el empleo de Productos Orgánicos	199
CRONICA UNIVERSITARIA	259
	271

1957-1-18 1956

PERSONAL DIRECTIVO DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

RECTOR

Sr. Dr. Dn. Carlos Cueva Tamariz

VICERRECTOR

Sr. Dr. Dn. Luis Monsalve Pozo

FACULTAD DE JURISPRUDENCIA Y CIENCIAS SOCIALES

DECANO:

Sr. Dr. Dn. Gerardo Cordero León

SUBDECANO:

Sr. Dr. Dn. César Astudillo

FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS

DECANO:

Sr. Dr. Dn. Honorato Carvallo Valdivieso

SUBDECANO:

Sr. Dr. Dn. Leoncio Cordero Jaramillo

FACULTAD DE CIENCIAS MATEMATICAS Y FISICAS

DECANO:

Sr. Ing. Dn. Arturo Ramírez Aguilar

SUBDECANO:

Sr. Ing. Dn. Daniel Palacios Izquierdo

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

DECANO:

Sr. Dr. Dn. Gabriel Cevallos García

SUBDECANO:

Sr. Dr. Dn. Luis Fradejas Sánchez

FACULTAD DE CIENCIAS QUIMICAS

DECANO:

Sr. Dr. Dn. Alejandro Onitchenko

SUBDECANO:

Sr. Dr. Dn. Gil Flores García

SECRETARIO GENERAL

Sr. Dr. Dn. Víctor Lloré Mosquera

NOTA EDITORIAL

Cuenca Cuadricentenaria

El tránsito del siglo XV al XVI fue una hora crucial para la humanidad. Cristóbal Colón, el navegante audaz y visionario, llega a las Antillas en 1492, y Magallanes, desde 1519 hasta 1552, acomete y termina la empresa marítima más digna de memoria y que corona todas las otras: el primer viaje de una criatura humana al rededor de toda la Tierra, desde España hasta España.

El redondo globo, en el cual la humanidad presente había circulado, incierta y oprimida, por los espacios estelares, como en una tierra incógnita, se convierte, de pronto, en una realidad palpitante; el mar, hasta entonces místico desierto azul con eterno oleaje, es ya la ruta luminosa para una estirpe de conquistadores de la España legendaria que, junto a los Colones, Pizarros y Magallanes, se lanza osadamente hacia la arcanidad de la América india.

Y advino la Conquista. La vida y las instituciones de la raza aborígen se conmueven con este choque inmenso, y hasta aquella capa más profunda del imperio del alma, que había permanecido intacta bajo las tormentas de los tiempos, es afectada por este magno viraje del siglo y del mundo. La Conquista de América constituye una antigua y largamente debatida cuestión de Historia, de Moral y de

Derecho. Grandes censuras se han acumulado, en todos los tiempos, sobre la memoria de los conquistadores españoles, así como también apologías sin discernimiento. Entre ambas actitudes, diametralmente opuestas e irreconciliables, cabe hoy una actitud lógica: la de ver en el conquistador el producto general de una época y el específico de un pueblo, el de Castilla, sin pretender aprisionarlo en una sentencia definitiva, sino procurando, a lo sumo, explicarlo en su génesis y justificarlo en los resultados de su obra; porque no es posible, en el momento actual, enjuiciar a los conquistadores sino contemplando su empresa como un caso particular de una concepción general de la Filosofía de la Historia.

Y fue en los tiempos de la dominación española en las Colonias americanas, hace cuatrocientos años, que el Excelentísimo Señor Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, por medio de una **Provisión**, ordenó al Capitán español Don Gil Ramírez Dávalos fundar en estas tierras una ciudad que debía llevar el nombre de la española, cuna del referido Marqués, o sea, CUENCA.

Y es así que el día 12 de Abril de 1557 —en medio de esta gran planicie formada por las dos Cordilleras Andinas del Sur que, en visión del futuro, se apartaron y tendieron sus faldas cuando se estructuraba la Tierra, como para recibir y albergar en su regazo a su preciada y bella Soberana, llamada por sus primitivos pobladores PAUCARBAMBA, es decir, **llanura o pampa de flores**— se fundó la ciudad de SANTA ANA DE LOS RIOS DE CUENCA.

Este hecho memorable, de profunda trascendencia no sólo para el país, sino para la América —que por la supremacía ética y el pleno conocimiento de los derechos humanos, está llamada a ser el Continente árbitro del mundo del porvenir— conmemora hoy, por derecho y por deber, la UNIVERSIDAD DE CUENCA.

CUENCA del Ecuador es la ciudad universitaria por antonomasia. Podría decirse que su fundación fue hecha con universitarios presentimientos: acaso el Caballero Capitán Don Gil halló en el valle, ancho y florido, una deliciosa superioridad doctoral en sus cuatro ríos que cantan y en su paisaje —esmeralda y cielo— abierto como un libro.

Ciudad universitaria, o mejor se diría, universidad hecha urbe. CUENCA es la sede azul del pensamiento, campo abierto para los poetas, los artistas, los pensadores, los filósofos. Cientos y cientos de nombres de egregios varones han pasado por los claustros de esta ALMA MATER, llevando la fama de esta ciudad privilegiada fuera de sus límites geográficos, con la poderosa influencia del crisol terrígeno que, actuando sobre sus antecedentes étnicos, ha determinado esa específica forma de sensibilidad y esa su inconfundible arquitectura espiritual.

La UNIVERSIDAD DE CUENCA ha correspondido, y está correspondiendo, al ideal de los fundadores de SANTA ANA DE LOS RIOS DE CUENCA, como fortaleza viviente en donde guarda el espíritu de su fuerza creadora y como raíz y génesis de sus grandes valores humanos.

Y al conmemorar, con el presente número de ANALES, el cuadricentenario de esta ciudad universitaria —de la que es espíritu y trayectoria— siente, como nunca, toda la grandeza de la divisa heráldica de su blasón. Su valor tradicional y su rancio abolengo de cultura es para las generaciones actuales impulso vertical hacia la cumbre, que es plenitud de espíritu.

CUENCA y su UNIVERSIDAD mantienen, en este instante, un solo corazón, una sola alma, una sola voluntad, un solo anhelo: exaltar lo animico, formar a las juventudes dentro del respeto de sus más elevados valores, percibir

sus profundas corrientes y descifrar la clave de todos sus mensajes.

Juntas, y de pie sobre el vértice de sus azules cordilleras, ostentan en esta hora magnífica, los fueros de su elevada y auténtica cultura y de su esplendente autonomía de pensamiento, para resolver las urgencias del presente y las proyecciones del futuro.

A. C. T.

Ordenanza Municipal

EL MUY ILUSTRE CONCEJO MUNICIPAL DE CUENCA,

Considerando:

Primero.—Que el Virrey Don Andrés Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete y Guarda Mayor de la Ciudad de Cuenca de España, mediante Provisión otorgada en la Ciudad de los Reyes a los veinte días del mes de Noviembre de mil quinientos cincuenta y siete años, concedió a esta Ciudad, por mandato de él fundada en la Provincia de Tomebamba, el uso para entonces y para siempre jamás de un Escudo de Armas que la ennoblezca y honre;

Segundo.—Que el mismo egregio Gobernante, a petición del Cabildo, Justicia y Regidores de esta ciudad de Cuenca, le otorgó también, por otra Provisión expedida en el año siguiente de mil y quinientos cincuenta y ocho, la facultad de tener y mostrar Estandarte con las armas e insignias señaladas al efecto;

Tercero.—Que, así mismo, el Marqués de Cañete concedió a Cuenca derecho a intitularse MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD, por serlo de modo cierto y en merced a las ejecutorias de honradez de sus vecinos;

Cuarto.—Que es costumbre arraigada en todas las ciudades de importancia ostentar Bandera propia, que la señala y distingue de las otras;

Quinto.—Que la Municipalidad está obligada a conservar los símbolos que acompañaron la formación de nuestra ciudadanía,

Acuerda la siguiente Ordenanza:

Artículo primero.—Restáurase y hácese obligatorio el uso de las insignias y símbolos de la Ciudad de Cuenca del Ecuador, que se indica a continuación:

Artículo segundo.—El Escudo de Armas de la Ciudad será cuartelado en cruz diagonal, partido de esquina a esquina con unos eslabones verdes, en medio una argolla grande y dentro de ella una corona de oro en campo colorado. En el cuartel de arriba sobre la corona, una ciudad sobre agua y el campo de ella de oro. En el cuartel de abajo unos árboles sobre agua y el campo de oro. A uno de los lados y al otro sendos leones pardos vueltos la cara uno a otro y en las manos sendas panelas de plata en campo blanco. Llevará por orla catorce panelas de plata en campo colorado, y encima del Escudo una bandera con cinco panelas de plata en campo colorado, con una orla de oro a la redonda. La bandera se sustentará en una lanza cuyo hierro sea de plata y en la que, por encima del Escudo y Bandera, esté trabado este letrero: PRIMERO DIOS Y DESPUES VOS.

Artículo tercero.—El Estandarte de la Ciudad será de damasco carmesi y consistirá en un rectángulo vertical, cuya relación entre la longitud y la anchura será de 4 a 2. En la parte inferior tendrá un corte triangular interno, en proporciones simétricas, cuyo vértice estará en el límite superior del último cuarto. En el un lado llevará al centro el Escudo de Armas de Cuenca y al pie de él un letrero que diga: MUY NOBLE Y MUY LEAL CIUDAD DE CUENCA. En el otro lado ostentará la imagen del Apóstol Santiago, en actitud ecuestre. El Estandarte se sujetará en una asta en forma de cruz, cuya punta de lanza será de plata y de la cual colgará un cordón de color de oro, que se extenderá a ambos extremos y de allí colgará hasta la parte media del Estandarte.

El Concejo de Cuenca mandará hacer un Estandarte en la forma señalada, el cual será bordado y de materiales ricos, debiendo conservarse perpetuamente como propiedad histórica del Concejo. Se lo guardará en el Museo Municipal, y sólo se lo pasará, con el debido acatamiento, en solemnes festividades, siendo preciso para ello orden expresa del Ayuntamiento. El Abanderado deberá ser siempre persona de significación.

Artículo cuarto.—La Bandera de Cuenca tendrá la forma de un rectángulo horizontal, cuya relación entre longitud y anchura será de 3 a 2. Estará dividida horizontalmente en dos franjas iguales, colorada la de arriba y gualda (amarillo oro) la de abajo. Los particulares la usarán de la manera antedicha, pero el Concejo y sus diferentes dependencias la ostentarán colocando allí las cinco panelas de plata que figuran en la bandera que flamea por encima del Escudo de Armas concedido por el Marqués de Cañete.

Artículo quinto.—El I. Concejo Municipal mandará hacer una edición especial de esta Ordenanza, en la que, junto al texto impreso, se incluyan, en los colores respectivos, sendas muestras del Escudo de Armas, del Estandarte (uno y otro lado) y de la Bandera de Cuenca. La edición será numerosa y se la repartirá profusamente para conocimiento de los ciudadanos.

Artículo sexto.—El Estandarte de que se habla en el artículo tercero lo usará por vez primera el Ilustre Ayuntamiento Cuencano en los actos más solemnes que se desarrollarán al celebrarse el Cuarto Centenario de la fundación de esta Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Cuenca.

Artículo séptimo.—La presente Ordenanza entrará en vigencia desde su promulgación.

Remítase a la Jefatura Política del Cantón para su ejecución y cumplimiento.

Cuenca, a 30 de Noviembre de 1956.

f.) LUIS CORDERO CRESPO

Alcalde Municipal de Cuenca.

f.) LUIS A. MOSCOSO VEGA,

Secretario Municipal.

El que suscribe, Secretario Municipal de Cuenca, CERTIFICA: Que la presente Ordenanza fue discutida y aprobada por el Ilustre Ayuntamiento, en sesiones de siete y veintidós de Noviembre de mil novecientos cincuenta y seis.

Cuenca, a 30 de Noviembre de 1956.

f.) LUIS A. MOSCOSO VEGA,

Secretario Municipal de Cuenca.

(Hay un sello de la Municipalidad).

JEFATURA POLITICA Y DE REGISTRO CIVIL DEL CANTON CUENCA

Presentada en Cuenca, a siete de Diciembre de mil novecientos cincuenta y seis, a las tres de la tarde.— Certifico.

EL SECRETARIO,
1.) JUAN F. CABRERA.

Cuenca, 8 de Diciembre de 1956, las 9 a. m.

Ejecútese y publíquese por la Imprenta Municipal.

1.) ALFONSO ALVARADO DELGADO,
Jefe Político del Cantón.

Proveyó y firmó el decreto que antecede, el señor Jefe Político y de Registro Civil del Cantón Cuenca, doctor Alfonso Alvarado Delgado, en la fecha y hora indicadas.— Certifico.

EL SECRETARIO,
1.) JUAN F. CABRERA.

(Hay un sello de la Jefatura Política).

Historial de la Fundación de Cuenca

Cuenca no es obra del acaso, ni alarde de la fuerza, ni fruto de la improvisación.

No es de aquellas creaciones surgidas al empuje irresistible del conquistador que impone dominio al mandoble decisivo de la espada.

No significa el término de una campaña guerrera, en la que el vencedor entra a sangre y fuego a recoger el botín y a adueñarse de todo lo ajeno, que ya mira propio.

Ni siquiera se trata del establecimiento de un grupo de aventureros que, sea al mandato de la fuerza o en virtud de persuasión, planta la tienda para encender en ella el fogaril hogareño que crepita al amparo de la quietud hallada al fin.

Veinte y tres años antes de ser erigida Cuenca, la población indígena de la hermosa comarca habitada por los cañares tiene conocimiento de que se acercan a su territorio los hombres blancos y barbados, los viracochas a que se referían las viejas tradiciones conservadas por los sacerdotes y que hoy vienen a sus tierras, vestidos de hierro, sobre monstruos de veloz carrera, trayendo en las manos el rayo destructor, manejado con poderoso arbitrio.

Son más de doscientos los españoles que arrogantemente avanzan. Los cañares no se amedrentan. No conocen el miedo, pero tampoco tratan ahora de poner a prueba el valor, sino las artes sutiles de la política. Ellos no habrán de entablar una lucha que de antemano

saben les sería fatal: prefieren seguir la recomendación del gran Huayna-Cápac, del Monarca suyo por excelencia, pues nace en su propia tierra, en la imperial Tomebamba, junto a cuyas ruinas se congregan ahora. Huayna-Cápac, en las postrimerías de la vida —así lo cuenta Cieza de León— aconseja a los suyos no hacer resistencia a los españoles y procurar obtener su amistad.

No importa que otros no hayan oído la voz sabia de Huayna-Cápac. Ellos la respetarán como un mandato, al que luego ajustan el proceder. Los cañares salen a recibir a los hispanos hasta las riberas del Tamalaicha (el actual Jubones) y los caciques de Cañaribamba —Nimeque, Llenezupa y Pallacache— presentan el saludo de bienvenida, obsequiándoles frutos preciados de la región.

Don Sebastián de Benalcázar y sus capitanes y soldados complácense del cordial recibimiento, que les facilita la prosecución de sus propósitos. La altivez de sus portes, el metal deslumbrante de las armaduras, los trotones andaluces en que cabalgan, la marcialidad de sus movimientos, el impresionante golpe de vista que presentan, todo, suscita el asombro de los cañares a medida que avanzan a Tomebamba, donde son recibidos por los caciques Duma, Leopulla, Chaparra y más señores que, como lo tienen resuelto, prometen su amistad y fidelidad a los españoles.

Y a fe que cumplen con exactitud digna de ponderación la palabra empeñada. Benalcázar, con solercía propia de él, los convierte en los mejores auxiliares de su empresa. Asociados a las huestes castellanas, comprueban el denuedo de su ánimo en Tiocajas, en Riobamllanas, comprueban el denuedo de su ánimo en Tiocajas, en Riobamllanas, Pansaleo, Uyumbicho y Quito, es decir, en toda la campaña seguida contra Rumíñahui. Benalcázar premia la adhesión y valentía de los cañares dándoles tierras para que se establezcan en Cotocollao, lo que, además, significa una medida de seguridad propicia a los españoles, al tener gente adicta a su lado.

Más tarde, al estallar la poderosa insurrección del Inca Manco, quien pone cerco a las ciudades de Lima y el Cuzco, Pizarro pide refuerzos a quienes se los puedan proporcionar. Entonces, el encomendero de Tomebamba, Don Diego de Sandoval, apresta quinientos combatientes cañares, escogidos entre los mejores, y con ellos va a Lima y al Cuzco en auxilio de los españoles que, pasado el peligro, los emplean luego en guerrear con los indios de Mala y Canta.

Su colaboración, resuelta y eficaz, no deja de ser reconocida por las autoridades españolas al confirmar ciertas preeminencias concedidas por los Incas y al dispensarles la Audiencia Real de Lima una distinción que entonces constituye honra altísima: la de otorgar a los cañares "por ser valientes y animosos —dice Fray Martín de Morúa— un escudo de armas en que, en campo de plata, se muestra una cruz, a cada uno de cuyos lados hay sendos leones rampantes". Digno premio, de veras simbólico, a la arrogancia y osadía de los cañares!

Testimonio de lo que vale y significa la provincia de Tomebamba en los tiempos de la conquista y en los inmediatos posteriores, así por la ayuda que prestan sus habitantes como por los recursos que proporciona el suelo, lo da el Libro Primero de Cabildos de Quito, en el acta correspondiente al 31 de Marzo de 1540, en que se hace esta significativa declaración: "La provincia de los cañares es la llave de esta tierra y la que nos ayuda a conquistar esta provincia de Quito y la sustenta y de donde se han conquistado otras provincias que en nombre de Majestad están pobladas de cristianos."

La importancia de Tomebamba fue tal que, antes de conocerla, sólo por la fama que de ella le llega, Francisco Pizarro obtiene en las Capitulaciones firmadas con los Reyes de España en Toledo el 26 de Julio de 1529 que se designen cinco Regidores para la ciudad de Tumipamba. Caso tal vez nunca visto en la historia, el nombrar autoridades de una población desconocida. Hilando un poco fino, podría decirse que en las susodichas Capitulaciones entre Carlos V, la Reina Isabel y Pizarro, se hace ya, en estatuto real, la tácita fundación española de una ciudad que, por lo mismo que la rodea aún el misterio, únicamente se puede llegar a ella por las doradas sendas de la fantasía.

Sólo cinco años más tarde la conoce Benalcázar y después Don Diego de Almagro y el Adelantado Don Pedro de Alvarado. En 1545 está en ella el Virrey Blasco Núñez de Balboa, quien, al decir de Cieza, declara que "si se viese puesto en la gobernación del reino había de fundar en aquellos llanos una ciudad". Por ese mismo tiempo, piensa igual cosa el magnífico caballero Don Gonzalo Pizarro. Mas todos estos deseos los frustran las contiendas civiles desencadenadas entre los primeros conquistadores.

Esto no quiere decir que desde el primer momento de ser conocida Tomebamba no ofrezca grata hospitalidad a los hispanos.

Apenas consolidada la conquista, a fines mismo de 1534, según consta del acta del Cabildo celebrado en Quito el 26 de Diciembre de ese año, organizase en ese lugar una expedición formada por un grupo de castellanos que viene a establecerse en Tomebamba por haberse dado cuenta de que aquí les podía ser propicia la suerte mediante el trabajo lucrativo.

El anterior terminante dato histórico permite asegurar con certeza que la población española de Tomebamba se inicia ya en los primeros meses de 1535, lo que confirma categóricamente el acta de Cabildo de 25 de Junio del mentado año de 1535, en la que el Regidor Don Alfonso Fernández deja constancia de que, cuando se apresara a Rumiñahui y otros señores aborígenes, estuvieron en Quito "muchos españoles que al presente son idos a la conquista e población de Quillacinga e otros han ido a la población de Tomebamba".

En 1538, Francisco Pizarro encomienda los indios cañares a Don Diego de Sandoval. En 1544 es Encomendadero de Tomebamba Don Alonso de Montemayor; en 1549 lo es Don Francisco Campos, pero los Caciques Don Hernando Leopulla y Don Juan Duma siguen ejerciendo señorío en la tierra de sus mayores. Para 1552 tiene ya la encomienda de Tomebamba Don Rodrigo Núñez de Bonilla, quien establece un molino de moler trigo, lo cual prueba que eran ya numerosos los españoles en la región.

Y no podía ser de otra manera. La afluencia creciente de gente europea a Tomebamba se explica por los recursos naturales que presenta, por la riqueza metalífera que ofrece en el subsuelo y en los placeres de sus ríos, por la bondad del clima, por la hermosura en que se prodiga la naturaleza. Acaso lo que más atrae es la buena índole de los nativos, dóciles y serviciales, pues que para los rudos menesteres del trabajo no hay instrumento mejor ni que menos cueste que el indio convertido en peón de jornada interminable: así piensan entonces los encomenderos, y así piensan también hoy los que han rezagado su espíritu para las gemonías del siglo décimo quinto.

En el transcurso de veintidós años se establece, pues, un núcleo

de españoles en Tomebamba. Tras la erranza inveterada de la Conquista —que los cañares no la sufrieron, pues actuaron como aliados de los hispanos— la fatiga del guerrero ansía la quietud del lar donde el fogaril calienta todos los días. La gula viajera del soldado se sacia, al fin, con el manjar sabroso del descanso. Y aun para los mismos impetus de la acción resulta placentero anclar el espíritu en el sosiego de las horas.

Al formarse en Tomebamba un pequeño centro poblacional, no se escoge para ello el lugar en que estuvo la gran ciudad incaica arrasada por Atahualpa, acaso porque los escombros eran de tal magnitud que se hacía difícil limpiarlos y aprovecharlos, siendo preferible escoger otro sitio cercano. Por eso, eligese la parte occidental contigua, denominada Paucarbamba, lindo nombre que en lengua quichua significa llanura florida, y en donde acaso estuvieron situados los jardines imperiales de Huayna-Cápac. Sabido es que los Incas gustaron siempre de tener para recrearse preciosos pensiles, a tal punto que no sólo contentábanse con flores y frutos auténticos sino que los mandaban a forjar de oro y plata con hábiles orfebres, para que a los reflejos del sol, a la tibia caricia del Inti vivificador, le rindieran homenaje en el vivo centelleo del metal.

Al promediar el siglo décimo sexto, en el asiento de Paucarbamba habita regular número de españoles que levanta sus modestas viviendas en una calle devotamente llamada Santa Ana, la cual estuvo situada al norte de la actual catedral nueva y que sería de desear se la abra de nuevo, así por respeto a la historia y al pasado, como aun por exigencias del tráfico moderno.

Todos los detalles que a la ligera he dado los sabía de seguro el Virrey del Perú, el insigne Marqués de Cañete Don Andrés Hurtado de Mendoza. Desde que llega a la sede de su gobierno trata de poner orden en el Virreynato, donde suscitanse frecuentes disturbios. Estudia la causa de ello, y encuentra que de los ocho mil españoles que hay entonces en su jurisdicción más de tres mil tienen la profesión de las armas, inútil ya en esos días, y que a falta de mejor ocupación dedicanse a aventuras de orden político o personal, casi siempre proclives al desorden.

Hurtado de Mendoza, con sabio criterio, preconiza como medida

esencial la de contar con menos soldados y más labradores, lo que equivale, en esos momentos, a proclamar la necesidad del trabajo por encima del ocio de una clase cuyo predominio no hay motivo de que continúe. El guerrero intrépido, el que en Flandes y en Argel se comportó heroicamente como general del ejército, no tiene reparo —en su situación de magistrado— en reconocer al civilismo como medio normal de prosperidad pública.

No toca aquí explicar cómo realiza el Marqués de Cañete la totalidad de sus planes. Baste decir que en cuanto a los alteradores del orden en el Virreynato, hace colgar de la horca nada menos que a ochocientos españoles, entre ellos a diez y siete de los que apresaron en el Cuzco, en 1553, al Corregidor de ese lugar, Don Gil Ramírez Dávalos.

Lo que persigue Hurtado de Mendoza es fomentar el incremento de la gente de paz, de la que gusta de la tranquilidad del hogar, de las faenas domésticas, en comunión con la tierra que jamás niega dádivas a quienes roturan su seno. Para conseguirlo, emplea el medio más eficaz: la creación de poblaciones.

El 11 de Septiembre de 1556, Hurtado de Mendoza expide en Lima la célebre Provisión por la cual dispone que el Gobernador de Quito vaya personalmente a las tierras de Tomebamba, las recorra y rodee, para fundar en el mejor sitio de ellas "un pueblo que se intitule la ciudad de Cuenca".

Tan informado se halla el Virrey de que en Tomebamba "términos de la dicha ciudad, hay buena disposición para fundar un pueblo de españoles", que en las Instrucciones dictadas cuatro días después —el 15 de Septiembre de 1556— claramente se ve que personas conocedoras del lugar le suministran los detalles más minuciosos para que sus órdenes coincidan con la realidad.

Preocúpase el Marqués de Cañete de que la ciudad que erige tenga agua perpetua, montes para leña, adecuación para molinos, calles y vías de comunicación "rectas y de anchura que puedan ir por ellas dos carretas, sin que ninguna se detenga para haber de pasar la otra". En esto, su mirada va al futuro, igual que cuando dispone que el perímetro de la ciudad sea amplio, "donde se vayan acrecentando

los vecinos". Advierte que la traza de la ciudad ha de semejar a la de Lima, con su plaza grande al centro, con solares para edificios públicos y para los que allí van a avecindarse, varios de ellos conqueses como el Virrey, cada uno de los cuales habrá de recibir trescientos pesos de buen oro para bueyes e implementos de labranza. Toma especial empeño en que la población se acrezca y prospere, para lo que —dice— "se ha de procurar cómo las personas que se avecindaren en la dicha ciudad, sean casados y personas amigos de perpetuar y trabajar, y que se ocupen en labranzas y crianzas y no para haber de vender luego las tierras que así se les diere".

Todo lo señala, nada lo descuida el inclito Marqués en su inolvidable Provisión y las anexas instrucciones: luminosos documentos que jamás debiera olvidar un cuencano, pues ellos indican la época en que nació Cuenca en la mente de Hurtado de Mendoza; allí está el origen, el germen, la simiente, la concepción, la vida misma de lo que luego habrá de acrecentarse y engrandecerse.

De tal manera lo dispone todo con genial clarividencia, con sagaz previsión, con tan fulgente tino de gobernante preocupado de hacer realidad sus propósitos, que cuando su Enviado lleva a cabo las detalladas instrucciones que le entrega, realiza la fundación sin ninguna dificultad, pues no tiene más que ceñirse en absoluto a las órdenes recibidas.

El Gobernador de Quito, Capitán Don Gil Ramírez Dávalos sale de Lima en junta de varios de los futuros vecinos de Cuenca en América, entre ellos los conqueses Pedro Caxas de Ayala y Don Miguel de Contreras, este último de la servidumbre del Virrey y se dirige al lugar de su destino. En Guayaquil toma posesión de su cargo, ante el Cabildo de la ciudad, el 12 de Octubre de 1556. Avanza a Quito, y apenas desembarazado de los principales asuntos que exige su atención para dar rumbo acertado a la labor administrativa, encaminase a Tomebamba.

En la región seductora que constituye una sucesión inacabable de llanuras —de **pampas**, como dicen los cuzqueños, o de **bambas**, como modifican los cañares suavizando la pronunciación—, allí, en sección inmediata a Challuabamba y Acobamba, a Huagibamba y Corzabamba, entre Viracochabamba y Cachibamba, allí en Paucarbamba, en la **llanura florida**, Ramírez Dávalos erige la ciudad.

En la mañana del Lunes Santo 12 de Abril de 1557, en sencillo altar y bajo los brazos acogedores de la Cruz, se celebra el augusto sacrificio de la Misa, al que contritos asisten Ramírez Dávalos, su séquito, los españoles por avecindarse y los que allí habitan de tiempo atrás y gran porción de indios ya convertidos a la verdadera religión.

Concluida la santa Misa, iniciase la ceremonia civil. Ulula prolongadamente el clarín, cuyos ecos perforan la distancia, quebrándose en los collados de Culca y Turi o expandiéndose hasta Pumapungo y Guataná, hacia el Uturongo y Putushi. Después, tras la emoción sin lengua del silencio, el sacerdote muestra en alto la Cruz de Cristo, y, ante la multitud de hinojos, bendice unciosamente a esta tierra, que la desea —para hoy y para mañana— tierra de fe, de honradez y de hidalguía.

Entonces, se adelanta el Gobernador Don Gil Ramírez Dávalos, en cuya reluciente armadura de Capitán quiebra sus rayos el sol. En ademán dominador, hunde por tres veces la punta de la espada en el suelo cañare, mientras con la otra mano sostiene el pendón de España. Después, por cuatro veces consecutivas, recoge polvo de esa tierra y lo arroja desafiante hacia los opuestos puntos del horizonte, en señal de posesión.

En seguida, ordena la lectura de la Provisión e Instrucciones dadas por el Marqués de Cañete, a las que debe ajustar su conducta y las cuales hace conocer el Escribano Mayor de la Gobernación de Quito, Don Antón de Sevilla.

A la pregunta que les hace Don Gil, los primates cañares responden dejando constancia de que "la ciudad se funda en la mejor comarca de toda la dicha provincia de Tomebamba y donde se podrán dar solares, tierras y chacarras a los vecinos de dicha ciudad, sin que a ellos les hagan falta, ni reciban vejación por ello".

Ondeando a los vientos el glorioso pendón de España, Ramírez Dávalos declara ante los circunstantes que, en nombre de su Majestad y en virtud de la orden y poderes conferidos por su Excelencia el Visorrey del Perú, funda en este asiento de Paucarbamba, que es en la provincia de Tomebamba, un pueblo al cual nombra la ciudad de Cuenca, con horca y cuchillo para la distribución de justicia y con to-

das las prerrogativas que a su condición competen. Y, para demostración de ello, manda alzar inmediatamente, en el centro de la plaza donde se lleva a cabo la ceremonia, el rollo y picota que patentizan la jurisdicción real.

Estallan gritos de júbilo. El clarín resuena otra vez, anunciando que Guapdonélic —la ciudad cañare de la planicie grande como el cielo— y Tomebamba —la ciudad de la llanura del cuchillo— se han fundido en connubio maravilloso para dar, en Paucarbamba —la llanura florida— el nuevo parto de su grandeza: Cuenca, la de América; Cuenca, la del Ecuador.

El proceso de la fundación de Cuenca se realiza en diferentes etapas, que abarcan un lapso de medio mes, pues iniciándose el día 12, sólo concluye el 26 de Abril de 1557.

Así, en forma magnífica, cumple Gil Ramírez Dávalos el mandato del Marqués de Cañete, quien todo lo prevé con gran clarividencia. Por eso, dijo al principio que Cuenca no es obra del acaso, no es consecuencia de un capricho o un golpe de violenta imposición. No. Es un acto largamente premeditado, bien medido, para obtener el mejor éxito y la mayor perduración.

Hurtado de Mendoza, por consiguiente, se da cuenta cabal de la magnitud de su obra. De ella declara paladinamente al Rey que es lo excelente de su acción administrativa, demostrando que su visión sabe alargarse para herir con dardo certero en la carne viva del futuro. "Me ha parecido —le dice en una carta— haber hecho en ello servicio a vuestra Majestad en ir dando orden con la buena disposición que hay en ensancharle haciendo poblaciones en las tierras y provincias que hay en sus comarcas, e, según lo que se entiende, esta tierra parece que andando el tiempo será este uno de los principales reinos y más provechosos de cuantos vuestra Majestad tiene, e para que tenga efecto conviene irlo plantando para después tener fruto, en lo cual he hecho todo lo a mí posible."

Recréase el Marqués con la idea de que está laborando para lo por venir. Place a su imaginación, con saboreo de recalcadura, el símil tan apropiado del que riega semilla para las cosechas del mañana; y así enrostra también a los del Consejo de Indias la misma frase arro-

gante: "He hecho poblaciones —repite—, entradas para desaguar el reino de la gente que había, asientos de minas y otras muchas cosas que entenderán los que vinieren, que no tendrán que hacer sino recoger de aquí adelante el fruto de lo que yo he sembrado." Explosiona el orgullo del Marqués, es cierto, pero derramado en chispas de luz desde la fragua de un pecho que enciende la sinceridad.

Con llaneza propia de su gran espíritu, cuatro días después de haber dispuesto la fundación de Cuenca, Hurtado de Mendoza da cuenta al Rey de lo hecho y del motivo que le mueve a fijar nombres: "He dado orden —explícale— cómo se vayan comenzando a poblar pueblos en cinco partes bien desviadas las unas de las otras; la una es Tomebamba, sesenta leguas de Quito y doscientas y tantas desta ciudad, que dicen que hay muy buena disposición para ello; a esta se le ha puesto la ciudad de Cuenca; y en el sitio que dicen Guarco, que es veinte y tantas leguas desta ciudad de los Reyes, se comienza a poblar la villa de Cañete y en esta hay treinta vecinos y he nombrado Regidores y Escribanos. Heles puesto estos nombres por ser mi naturaleza, y costumbre de los que pueblan llamarlos de donde son."

Trasunto de su nativa tierra quiere el Marqués que sean sus dos fundaciones más queridas: Cuenca y Cañete, nombres gratísimos para su corazón y vinculados íntimamente a su casa y a su estirpe, para las que ansia aumento de hidalgos timbres y perduración de acendradas glorias.

Hoy, a cuatrocientos años de esos hechos de perenne recordación, es un deber rendir homenaje justiciero al gran animador de ellos: Al de veras ilustre Don Andrés Hurtado de Mendoza, Rico Hombre, Montero del Emperador Carlos Quinto, Guarda Mayor de Cuenca, Señor y Marqués de Cañete, Grande de España, Visorrey y Capitán General de los Ejércitos de tierra y mar del Perú. Unido con lazos de sangre a los Reyes de Escocia e Inglaterra, de Navarra y León, de Castilla y Aragón, prevalecen en él cualidades dignas de su prócer estirpe: aquella nobleza de abolengo, traducida en munificencia; aquel denuedo de la espada, demostrado en la energía de mando; aquella exquisitez del ingenio, que aparece fulgida en las disposiciones del mandatario. A tantos títulos une el más grande y glorificador de todos: el ser creador de pueblos.

Por él, durante cuatro siglos, esta Cuenca de América sigue señoreando la región que se le dio como marco a su hermosura: prados que se extienden ilimitadamente, sin que por eso escasee el chaparro ni falte el oquedal; ríos que con murmurio eglógico serpentean en caprichosas acrobacias; montes que le cercan con tan cuidadoso esmero que sólo dejan pasar el solano que la refresca, trayéndole aromas de la selva; un panorama, en fin, donde el color se fatiga en matices, donde la claridad llega a la apoteosis, donde todo el encanto de la tierra se vuelve música para adormecer en éxtasis el alma.

Por él, por el Marqués de Cañete, después de cuatro centurias de su nacimiento, se muestra airosa, crecida, fuerte, orgullosa de sus realidades, llena de fe en sus altos destinos esta Cuenca del Ecuador, en la que hay luz en los cielos, en los cerebros y en las almas.

En la fundación de esta ciudad —lozano injerto de España en el robusto tronco cañare— es donde encuentra su mejor aureola la arrogante figura de Don Andrés Hurtado de Mendoza, quien al instituir Cuenca de América, ansia que ella sea al par que prolongación de su patria, algo así como una porción amada de su mismo solar.

Y ello habrá de cumplirse, en los siglos de los siglos, mientras los Andes nos protejan con sus murallas de granito, mientras el río de Tomebamba esté entonando su arrullo acariciador, mientras los jardines de Paucarbamba la gentil sigan produciendo flores para ornar las sienes del perinclito Virrey que hace cuatrocientos años abrió a Cuenca las puertas de la Historia, para entrar —el primero— en su recinto de inmortalidad.

Cuenca: Ciudad Indo-Hispana

MARY CORYLE escribe esta Leyenda, para que Osmara la Interprete con el Arte Supremo de sus Danzas, en el IV Centenario de la Fundación Española de la Ciudad Morlaca.

Era el Imperio del Sol. Padre Inti prodigaba el oro de sus arcas inacabables a millones de vasallos del vastísimo Tahuantinsuyu. Viracocha, el Sumo Sacerdote del Señor de cielos y tierra, mientras ofrecía su sacrificio matinal, cuando el Sol coronaba la Cumbre Sagrada; las entrañas del tierno corderuelo palpitando aún entre sus manos, había profetizado:

"Luna y lunas de andar al norte de la Ciudad Incaria, en brazos de sus cuatro ríos que le mecen y fecundan el suelo, para la floración maravillosa de sus prados rientes, a los que nuestro Dios vistiera con sus mejores galas; está la Tierra de los Cañaris. Indios de gigantesca estatura guardan a la Madre, oculta entre los ribazos, temerosos de que otros hombres pretendan robarles tan bellísima y noble Madre-Tierra.

::Mañana, un Inca, hijo del Divino Manco-Cápac, verá su Luz, la primera luz de sus días largos y esplendorosos, en el seno perfumado de esa Tierra. Y ella, a más de inmensamente rica, será poderosamente grande; no por la fertilización de sus prados con la sangre de los hijos, sino por el Amor y la voluntad del Hijo nacido en su regazo. Este Hijo llamaráse Huayna-Cápac, o, lo que es igual, el Inca del Amor."

Túpac-Yupanqui tomó cien jóvenes vasallos para que condujeran la Litera de la Incaiquesa Rava-Mama-Ocillo, la Mujer Favorita que le daría su **Inca del Amor**, y emprendió el camino, tierras arriba de la Ciudad del Cuzcu, en busca de la Tierra soñada por el Sumo Sacerdote Viracocha, para cuna del más Grande de los Hijos del Divino Manco-Cápac. Y, en más de cien días, con sus lunas, llegó a la Ciudad Cañari que los Hijos llamaban Guap-Don-Déleg.

Jamás los ojos del Inca habíanse colmado de belleza tanta. Juzgándola digna de recibirle a su Hijo, exclamó: "¡Esta es la Tierra!... ¡Hermosísima Tierra Paucarbamba!... ¡Ancha y florecida llanura!... ¡Cuna Imperial de mi Hijo Huayna-Cápac!..."

Y, arrullado por la canción de cuna del río Yaravícu, que discurría por en medio de la ciudad, con la risa aromada de sus flores de colores fantásticos, y bajo las dulcísimas miradas de los millones de ojos que frutecían sus capulicedas, nació a la vida el Inca más Grande, más amante y más amador de su Tierra Paucarbamba, a la que enalteció como a Madre-Tierra del Hijo del Divino Manco-Cápac.

II

Huayna-Cápac: el Inca que así avasallaba el corazón de las mujeres como a los más fieros hombres, enemigos de su Divina Casta, dueño ya del Tahuantinsuyu, hermoso e inmenso como los cielos que le cobijaban, llegóse un día a descansar sus andanzas de Dominador de hombres y pueblos cabe el seno florido de la Madre Paucarbamba y, como Hijo que le había donado el propio corazón, como Inca todopoderoso, vertió en su regazo los tesoros riquísimos de las Artes incarias. Pronto eleváronse desde su suelo suntuosos adoratorios de Padre Inti, y, junto a uno de ellos, la morada de sus Virgenes, que eran muchas y tan hermosas, como hermanas del Inca-Sol; nacidas en la misma anchísima y florida llanura, mecidas en tan maravillosa Tierra-cuna y arrulladas por el río Yaravícu que arrullara los primeros sueños del Inca.

Luego, hizo construir dos palacios para su mansión, mientras visitase a la Madre Paucarbamba: los del **Uznu** y el **Pumapungu**. También ordenó que plantaran en un extenso campo los árboles sagrados que guardarían el postrer sueño de los hijos de ella, llamándole **Gua-**

nacauri. Pero, con vehemente cariño de Hijo para la Mujer que le diera vida, mandó que levantaran un templo dedicado a la Madre Carnal: la Incaiquesa Rava-Mama-Ocillo; dotándole de cuantas riquezas cupieren en él. Y, en medio de dicho templo, del material más noble y puro que se oculta en las entrañas de la tierra o en el cauce de los ríos, erigió la Estatua de la Incaiquesa, meciendo en su regazo al Divino Huayna-Cápac y diademada de un Sol de oro que fulgurase hasta el fin del Incario, sobre las frentes de los generosos cañaris.

No se sabe de ningún Emperador o Rey que amase tanto y tan bien a sus dos Madres: la carnal y la Madre-Tierra, y que las enalteciese en más alto grado que Huayna-Cápac a las suyas.

III

A la muerte del más Grande Emperador de Tierras Indias, el extenso Imperio de los Incas, agrandado por Huaina-Cápac con los territorios de los Indios Zaragurus, Cañaris, Liribambas, Pansaleos, Quitus, Caranquis, Imbayas, Chibchas, Guayas, Caras y otros tantos reinos o cacicazgos, pasó a ser de sus hijos: Huáscar y Atahualpa, dividiéndose en dos grandes Imperios: el del Cuzcu y el del Quito.

Atahualpa ambicionaba, aún a costa del mayor sacrificio —por nefando que fuere— rehacer el grandioso Imperio de su Padre. Pues no quería tener rivales en el inmenso Incario. Poseído de semejante pasión, hizo que sus tropas bajasen tierras y tierras, hasta dar con las de los bravos Cañaris hermanos de Huayna-Cápac y amigos de Huáscar y sus fieles súbditos.

Los soldados de Atahualpa atacaron por la espalda a los indios Cañaris, vencéndolos totalmente y, por mandato de su Inca, degollaron a todos los hombres de la ciudad, soldados o no, enterrando sus cabezas en lo que ahora es el Ejido. Por esta traidora y sangrienta hazaña de los indios del Norte, la bella Paucarbamba tomó el nombre de Tumipamba, que significa, en el idioma quechua: **Cuchilla Sangrienta**.

La Imperial Ciudad de Huayna-Cápac quedó huérfana y desierta, por el implacable odio de los Quitus. Sus flores multicolores tiñéronse de rojo por la sangre derramada en sus corolas. Y hasta las capu-

licedas clarearon sus frutos, de tanto haber llorado por la terrible matanza.

Sólo el viento escurriase, psalmodiando misereres, entre las ortigas y sarmientos desecados por la venganza de Atahuallpa. Los ríos arrulladores de la Madre-Tierra, lloraban su monocorde canto mortuario sobre el desolado túmulo y las lechuzas o chúsigs preludiaban, con gritos agoreros, tiempos de ruina y desolación total.

Empero, de arriba de la Grande Charca, un Hombre cruel y ambicioso, de figura extraña a los indios —tan extraña como su aventura— escurriase furtivamente, para hincar sus leoninas zarpas en Tierras del Sur del Tahuantinsuyu.

IV

En la fastuosa Ciudad Incaria del Sur, el Extranjero de las barbas de Padre-Inti en la tez de Mama-Luna y dueño de los ojos besados por el cielo, que, lunas atrás, contemplara Viracocha. El Visorrey Marqués Don Andrés Hurtado de Mendoza, soñaba con una Ciudad, aquí en las Indias, que poseyese la plácida belleza de su Madre Castellana.

Y ordenó al Capitán General del Reino de los Quitus, Don Gil Ramírez Dávalos, se adueñase de la más hermosa región del tal Reino, tomase posesión real y cristiana de ella y la bautizase con el nombre de su Madre: CUENCA.

Don Gil Ramírez Dávalos: romántico empedernido, tenorio con tumaz y hombre muy difícil de contentar, anduvo pueblos y pueblos, abajo de la Capital de los Quitus, hasta dar con una llanura ancha y florida —como que era el mes de las flores en la Ciudad Cañari—. Mil árboles de femeninas frondas desparramaban sus dulcísimos frutos en las faldas de tal Llanura, pintándola prodigiosamente. Cuatro ríos cantarines cruzábala toda. Y, pese a las ruinas de la Ciudad, ésta era Bella de toda belleza.

Hechizado por visión semejante, lanzó su chambergo a los aires, exclamando, como otrora, el Inca Túpac Yupanqui: "¡Esta es la Tierra!..."

Descendió a la ribera del Río bello y rumoroso, donde le esperaban los indios Duma y Leopulla, caciques de la arrasada Tumipamba. Estos, como iluminados por Padre-Inti, ante el hombre que creyeron venido del cielo, ofrecieronle al Español:

"Así: viuda y huérfana, aún es linda nuestra Tumipamba... Tómala, Tú, Señor, llegado desde el Reino vastísimo, de nuestro Padre Sol. Nosotros, los Caciques de ella, te la regalamos íntegra; para que Vos hagáis aquí una de esas fantásticas ciudades que habéis en vuestro Reino... Tómala, es tuya... No queremos ver a nuestra Paucarbamba desolada y ensangrecida... Vos le daréis toda la grandeza que enantes hubiera, cuando en ella mirábase el más Grande de los Hijos del Sol: nuestro Señor y Padre Huayna-Cápac."

Don Gil Ramírez Dávalos, con los once españoles venidos con él a la Conquista de la Tierra Cañari, y los dos indios Caciques, hincaron sus rodillas en suelo Tumipamba, en el que plantaron ya el Árbol Sacrosanto de la Cruz. Luego, descalzando sus pies y tomando una rama cuajada de frutitos rojos, entró en las claras linfas que copiaron su figura soberbiamente española y, hundiendo en ellas la dicha rama de capulies, trazó una Gran Cruz en el cielo retratado en el Río, e, irguiéndola fuera de las aguas, como lo haría un Pontífice, trazó la misma Gran Cruz sobre los Cuatro Vientos, Cruz ornada con mil gotas diamantinas.

Ya en Tierra Firme, cogiendo cuatro puñados de la fértil Tierra, aventóla, así mismo, hacia los cuatro vientos; mientras, con el alma rebosante de cristiano gozo, pronunciaba las rituales palabras:

"Yo te BAUTIZO, hermosísima Tierra Cañari. Desde hoy te nombrarás: SANTA ANA DE LOS CUATRO RÍOS DE CUENCA. Para honra y gloria de Dios, mayor hacienda de nuestro Rey, Don Fernando y Santa Isabel, su Mujer y Reina. Como para el gran contentamiento del Visorrey Marqués, Don Andrés Hurtado de Mendoza, que tanto y tan bellamente soñara contigo, Tierra de los Bravos Cañaris, de Huayna-Cápac-Sol, y del Dios Crucificado..."

ESTO SUCEDIO EL DIA DOCE DE ABRIL DE MIL QUINIENTOS CINCUENTA Y SIETE.

Itinerario Poético de Cuenca

(ESPECIAL PARA "ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA")

PALABRAS DE AMOR A CUENCA

Cómo te siento, ciudad de las mejores alturas y los mejores abismos, iluminada toda de esperanzas, incendiándote en el sagrado fuego invisible que consume para resucitar más cordial el espíritu meditador y grande...

Como te siento destilada de canto de jilgueros, amaneciendo en delicia de rocío y bajando donairoso y llena de sonrisas desde la tenue lomita del Turi hacia el despertar de lirios de la alameda y el cantar de cristal del Tomebamba... Bajando con menudo pie de niña pastora de blancuras, con los labios fresquitos de nubes y soñando en el novio poeta que habrá de salirte al camino para enredar sus endechas en la melena que te clareó la luz y la altura te bautizó de infinita dulcedumbre de romance...

Cómo te siento palpitando en mis venas, ciudad sumergida en sana introversión de pensamiento, llegando desde el agitarse del corazón a regar en las sienes un melódico repetirse de estrofas que quieren cantarte y apenas si saben contemplarte en tu perfumada dimensión de linda triscadora de aguas claras...

Yo aprendí en el manso discurrir del Padre Tomebamba el verso que va más allá de mi palabra... Pero no en la métrica convencional, sino en aquella que le regaló el mismo Dios cuando vino en poner este río para que los morlacos aprendiéramos a ser cantores muy a lo natural y sabio... En el instante de cielos claros mirándose en los

remansos encontré el romance azul, definitivamente azul de inefable distancia, azul como los ojos de los niños y la voz acariciante de las muchachas... En la hora de la amable sombra, cuando los árboles se silencian de cantares y aprende a suspirar el aire, hallé el Nocturno triste, aunque dulcificado por el guiño de la estrella, allá, junto al Puente del Vado... Pero también descendí por un camino de arenas y recuerdos hasta el jardín de miniatura del Vergel, y escuché cómo este viejo retozón, este Padre Tomebamba, se daba aires de mozo para serenar a la luna en lindas coplas que parecían sevillanas...

Cuenca, mi ciudad querida, mi linda madrecita provinciana... Te he visto hermosa, siempre hermosa, con cascabeles de luz, con destino de agua deliciosamente diáfana, con cristales intangibles por pupilas, con cintillos de mentas y retamas, con alma de golondrinas y respiración de palomas hacia tus montañas... Te he sentido alta y suprema, planeando sobre el aire intangible de música el destino de la Sonata, quebrando el sol con requiebros salerosos y riendo ampliamente lo mismo en tus ríos, en tus flores o en las miradas de tus mujeres maravillosamente claras... Te he vivido como lira actual, sin ejecutante que te pueda arrancar toda la armonía que guardas, pero vibrando en una mano angelical de distancia, en instantes de dulce fuga hacia las margaritas y las campánulas... Cuenca, musical ciudad donde el sol es más sol y el alma es mucho más alma...

Me habitas con tu espíritu en el borde que inicia el verso, en la nostalgia infinita que lleva condecorado de lindos sufridos el cielo de mi vida interior... Me hablas en los ojos profundizados hacia no sé qué horizonte, seguramente donde habitan los versos estilizados en simples ideas eternas... Me sueñas en los silencios decidores de las tardes apagadas de cigarras... Y hasta en esta santa tristeza del sentir, en este rito de angustia, hambre de inmortalidad, estás tú presente, tú, la eterna, la inmensa, la versificadora Cuenca, sí, Cuenca realmente donde los ángeles lloraron flores blancas y el rocío vino a ser regalo para la sed de las arnapolas en los trigales...

Cuenca, ciudad que te vistes de sol en el día sereno y te desnudas de maravilla de presentimientos en la noche callada... Paisaje musical para las maniobras luminosas de las luciérnagas, escenario sencillo para el nacer de las vertientes, cuna de las mentas que incendian de perfume la noche clara... Sueñas pausadamente en tus sueños de

infinita belleza y parece que las aguas fueran lágrimas de tu dolor de sentirte infinita y grande...

Cuenca, ciudad mía y de todos los que sueñan, los que piensan y los que aman... Nó, no es cierto que las estrellas lluevan sobre ti luz desde lo alto... Yo he sentido, en tus noches calladas, subir las estrellas desde el gran soñador del Tomebamba...

JURAMENTO DE AMOR A CUENCA

Cuenca, mi ciudad de pensamiento y de alta luz, me tienes atado con un dulce lazo de versos y de estrellas, me tienes prendido en la espuma de cielo volcado de tus ríos, en la divagación sentimental de mentas y retamas, en el preludio de Sonata ingenua de tus amanecidas y en los intensos Nocturnos de tus sombras auspiciadoras de caricias hacia donde se anida soñando el azul desvelo del alma...

Yo te quiero, te quiero desde una fibra que me ha nacido junto a tu nombre hecho de gracia y armonía, desde un límite latente de ternura, desde un pulso inmemorial de estrofas diáfanas... Te quiero porque sabes hacerte amar con toda la fuerza del amor humano y también con toda la maravilla del divino amor... Te quiero, muchachita que llevas flores sobre los cabellos traviesos y escondes en tus ojos la teoría de luceros que dice tu cielo enamorado de Música y hondo de perfumes...

Te quiero al margen de tus ríos cantores y buenos, allí donde la hierbabuena se hermana mansamente con los lirios y las margaritas, donde es la magnolia un campanario de sol, donde el rocío crea paisajes miniaturizados deliciosamente en cada gota, donde vuelan mariposas de color tal que parecen pedacitos de luz incendiados de vida... Te quiero en el decir de tus vertientes, alfabeto en que los niños aprenden poesía y los poetas encuentran las voces de los niños para su verso hermosamente modelado de campánulas y violetas... Te quiero en tus pequeñas corrientes de agua, en esa multiplicidad de collares frescos con que adornas el ensueño gentil de la Alameda, en esos ríos recién nacidos donde flota una vispera de jazmines y hay una suavidad de manos de novia, donde los jilgueros beben la inspiración de su melodía y las flores del aire nacen en afán de marinería mansa y transparente...

Te quiero por el palomar de aromas claros de tu lomita de Turi, descanso de los ángeles, florilegio del vuelo, asombro de cometa infantil prendida a la altura por donde sube el corazón en peregrinaje de emociones sencillas... Eclosión simple de la blancura, sonrisa de niño que despierta frente a un lindo libro de estampas, palabra dicha por una voz que le nació a la nube, menudo nido desde donde el romance se viene con sandalias de apacible sonido...

Te quiero por tu paseo de color de Huaynacápac, desde el Puente del Centenario, mocito bien decididor y galán de las aguas, hasta el morir de dulzura del Vergel, copo de flores y trinos donde se queda el alma enredada en el intangible ramaje de la sonrisa...

Te quiero por la claridad sencilla de tus calles de provincia soñadora y cordial, por tus casas acogedoras con jardines y muchachas que tienen voces azules y ojos de linda tiniebla... Por tus mañanas regaladoras de sol y tus noches con melenas de luceros... Por tus horas alegres en cascabeleo y por tus horas meditativas en que la tristeza es más gentil y buena que la misma alegría... Por el desafío al tiempo que lanzas desde el monumento de piedra y poesía de la Catedral, y también por el instante de ojeras atardecidas en que las campanas de San Francisco desgranar una santa resignación de penas antiguas... Por la esperanza imponderable de frescura del barrio de Todos Santos, por el minarete antiguo y con blasones del Vado, por la égloga perfecta de tu parque de los enamorados, por el ensimismamiento noble de Culca, por la claridad clarísima del lindo paisaje rural de San Roque, por el sendero inquietante de aromas de Machángara, por el niño grande que se quedó dormido del lado del Vecino... Por cada una de tus casas y por cada uno de tus árboles, por cada una de tus flores, por todo lo que enciendes de poesía y de Música, por todo lo que pintas en acuarela sentimental o en fino puntillismo maravilloso, por todo lo que cuentas desde tu leve traje de melodía, por todo lo que deseas en tu grandeza de ayer y del futuro, ciudad hecha verso o verso hecho ciudad...

Te quiero y te digo este cariño a pública voz, en un discurrir de emociones puras, sintiendo que la voz me nace más allá de los labios, en la sangre y en la esencia más honda del alma... Te digo estas galanterías con la misma afectuosa delicia con que las fuera dejando florecer para la mujer querida... Préstame tu oído de cristal y espuma

para que en él nazca el lirio de mi voz de ahora, de siempre, Cuenca mía, mía, tan mía que los ojos se me llenan de tu vida y las manos se tienden para abrazar tu intangible ternura hecha de dulce tranquilidad... Te hago juramento de amor eterno y perfecto y te pido nunca apagues en mi garganta la rapsodia que me diste por herencia y corazón, y te ruego, mi novia gentil y diáfana, prolongues el cantar aún después de mis días actuales: haz que mi sangre dé vida a las amapolas y las dalias, al fruto rural de las moras que parecen labios de muchachas, al rocío hecho arquitectura de los jacintos y al hondo meditar de las rosas del sur...

Cuenca, mi ciudad querida... Yo sé que me escuchas esta noche y siento que tu nombre se me resbala al alma y allí crea multitud de vertientes de prodigio... Siento que me palpitas en lo intenso y que si me abriera el pecho en esta hora hallaría allí un sencillito cielo pulcro de estrellas.

CIUDAD DE LOS CUATRO RIOS

Ciudad de los cuatro ríos, Cuenca mía que has puesto cuerdas de cristal a tus campos, porque en ellas el viento ejecute la melodía de la ternura y la brisa haga crecer el espíritu sutil de la Música... En tus ríos, cantores de toda armonía, va naciendo siempre una Sonata de infinita dulcedumbre, al compás del ensueño de los cielos claros y con preludios de mariposas y golondrinas que mojan su sombra en los espejos tendidos hacia el infinito... En ellos parece que una mano femenina, entendedora de la vida de los jardines caseros, va creando lirios de espuma o motivos sentimentales de canciones... En ellos copias el paisaje con gracia, con amor, con sincera pasión: desde la vertical sencillez del álamo que se eleva en juventud constante hasta el ensayo de conquistar el cielo del eucalipto desmesurado en su esperanza y en su intento: desde la paloma dormida de la magnolia hasta el violeta suavísimo de la flor de la hierbabuena; desde la señorita margarita adornada con cuello niveo de colegiala hasta la meditación perfumada de la pequeña violeta; desde el orgullo de luz del girasol hasta el milagro frágil de la flor del aire; desde el múltiple matiz de los gladiolos hasta los canarios menudos que hay en las flores de retama...

Cuenca de los cuatro ríos, lira de cuerdas viajeras que hace cantar el viento, guitarra de estirpe peninsular con entrastes de luz y cla-

vijero de menta, de anís y hierbabuena... Clavel que canta, nube que se traduce en armonía, claridad de agua que es tan decidora como la lágrima y tan intensa como el primer palpitar del corazón enamorado... Ciudad vestida de espejos, como india de esta América amante de todo lo que brilla como el sol... En tus ríos se baña diariamente Padre Inti y de ellos sale más alegre, más limpio y más inmenso... Tus aguas tienen todos los prodigios que nunca se acabará de ponderar: calman la sed de la golondrina, cartera del cielo que lleva en sus alas el correo diáfano de la distancia; encienden el ensueño de los poetas y hacen que los ojos de nuestras mujeres sean alegres como trinos o dulces como los campos sembrados de amapolas y jazmines... Por tus ríos sabemos el idioma del verso y entendemos la belleza de todas las sonoridades, por ellos tenemos el corazón lleno de esencia de poesía y en las pupilas llevamos una nostalgia infinita de haber sido hermanos de los dioses...

Ciudad de las aguas claras... Como si quisieras jugar en tus campos a crear hilillos de agua, despiertas las vertientes y las mandas seguir itinerarios de linda arbitrariedad sobre lechos de musgo, de botones de oro y de helechos... Pianitos de juguete, las vertientes van diciendo una canción encantadora que hace soñar a las cigarras vecinas o detiene el vuelo de las abejas en la miel de su sonido que sólo habrán de encontrar en la copia de las flores... Estos ríos de miniatura que pones en tus campos serán propicios para la pequeña maravilla: ser compañeros de travesura de las flores mínimas, esas que el bohemio de Asís temía herir con sus plantas; encontrar las cavernas de duendecillos que crea el crecer de las altamisas y el enredarse de las madre selvas; empeñarse en copiar todo lo azul del cielo, como queriendo apropiarse de las pupilas de los niños que Dios dejó en la altura; llevar en sus ondas, como bajeles de ilusiones, los besos de los enamorados en pétalos de margaritas que dijeron sí...

Cuenca de los cuatro ríos y de las muchas vertientes... Tus aguas sueñan más que tus poetas y quieren más que tus mujeres... Por ellas maduran los campos de trigo y aprenden a cantar los chirotes... Por ellas crece la oración perfumada de los jacintos y asciende a la altura la mirada de las colegialas traducida en la más pura poesía...

Ciudad de los cuatro ríos, juguetona de vertientes mínimas... Yo quiero decirte solamente que también llevo en el alma un río soñador

y en mi poesía una vertiente sencilla, sin vana arquitectura verbal, ajena a todo lo que no sea sencillez y fragancia de tus campos, apenas copiada naturalmente de tus horas de sol y de tus horas de sombra... Yo quiero decirte que tú me has enseñado a descifrar el calendario intangible de las estrellas y me has prendido este sentimiento de querer confundirme con la Música más cierta... Yo quiero decirte en este día tuyo, en este día diáfano de la más amplia diaphanidad, que te quiero inmensamente y te llevo copiada en las retinas del alma...

ORILLAS DEL TOMBAMBA

Hacia el lado del Tombamba por donde se escucha un lindo Vals de Linke en las horas premiadas de sol, las orillas tienen encanto que enamora la vista y pone hacia lo más hondo del alma una leve sensación de paz y mansedumbre, un anhelo firme de ser especie de nube para mirar desde una altura serenamente diáfana este paisaje de pura y santa ensoñación...

En el confin tangible, la llanada va a limitarse en melodía de matices suaves con San Roque, barrio claro para las travesuras de la luz... Y ya la vista como que quisiera quedarse allí, gozando del dulce tono menor de los campos floridos, cuando va a fijarse al otro lado, por allí donde las casas cuelgan como estampas sobre el muro suavemente en descenso hacia la cristalinidad del río... Entonces también el alma va en traslado de suspiros y esperanzas hacia el lado de los mínimos jardines inspirados en no sé qué poética historia o cuento que es sólo para sentido en esta orilla que el río mece con melodía infantil... Las casas antiguas y de estirpe señorial ostentan condecoraciones de tiempo, descostramientos que vino en crear el llanto de la lluvia y palideces del color primitivo que hubo de beberse el sol... Desde sus ventanas caladas de madera descendiende una instancia de cuentos perfumados que testifican amores bajo las tardes orilladas de luz, cuando el corazón era niño y en los labios había la indefinible fragancia de la sonrisa... Parece que desde esas ventanas unas manos deliciosamente invisibles, quizá las de la brisa, derraman perfume hacia las tenues laderas y mandan nacer la poesía simple de un florecimiento perenne: a su conjuro, la magnolia abre su sol en ternura de pétalos que cuentan la fragancia de las nubes cuando los cielos quieren traducirse en flor heráldica de belleza incomparable... También los gladiolos juegan a descomponer el arco iris en

colores deliciosos, levantando sus palmas en ramilletes que sólo necesitan la clara cinta del cielo para decir el donaire lleno de esencias que conmueve al agua y la torna de mayor claridad... Las rosas de todo momento ilusionado tienen allí morada digna y pulcra, desde la blanca que parece no va a tolerar ni siquiera el beso del sol, tal es de sensible y delicada, hasta la té que tiene la delicia de mejillas femeninas, o la roja de color sangre que dice de poéticos lances de honor en defensa de la dama... Ya en límite con el río, este florecimiento viene a dulcificarse más, a volverse simple, ya no recordando el cuidado de manos cariciosas en la poda y el riego, sino en sencillo vivir al natural, en silvestre prueba de que la luz también es jardinera cuando lo quiere: los lirios, esas cornetillas del campo hechas para que en ellas toquen los ángeles llamadas de miel, humedecen sus raíces en los ribetes del agua y dejan que sus hojas sean refugio de mariposas... El río borda también su marco de lirios, pero lo hace con extraña coquetería, con un sincero afán de que el colibrí venga a beber el rocío de las hojas y las moscas plateen sus alas en baños limpios de luz...

La orilla se va poblando de belleza hacia los jardines en manso descenso... Pero ni siquiera las parcelas salvajes quedan desposeídas de atención... Las altamisas pueblan estos sitios que el ojo no llegó a controlar y la mano no cuidó, en amigable convivencia con las hierbabuenas y las mentas o en simple fraternidad con esas mil flores mínimas que el de Asis tenía miedo tocar con su planta... Un bosquecillo de Liliput simula a veces la naturaleza, en paisajes y selvas pequeñas que deben ser la delicia de los abejorros y el lugar paradisiaco de las hormigas laboriosas y simples... Apenas subraya el espacio el levantarse más allá del límite el capulí nacido de manera sencilla o el álamo recién nacido y que se quiere beber la luz en su afán de muchacho que quiere llegar a mayor... Las ortigas como que defienden los troncos recién formándose de invasiones que pudieran causarles daño, y el vuelo ocasional de las golondrinas a flor de cielo les depara el estudio pictórico de las luces y las sombras...

Estas orillas del Tomebamba son jardines y cuentos de amores deliciosos... Aquí el río es de una linda infantilidad y la luz juega en sus ondas efectos espejeantes que hacen descender a las palomas en ingenua suposición de que en las aguas encontrarán alas nuevas para los viajes claros de cielo...

ACUARELA DEL RIO TARQUI

Este río nuestro pastoril y suave, que parece una dulce canción lamiendo la maravilla de los campos... Este Tarqui nuestro que se tiende en tal destino de mansedumbre junto a la tierra, que se prende el deseo ingenuo de acariciarlo con la mano como se acaricia las mejillas de los chicos traviesos o la melena suave de la mujer bien amada... Este río sencillo y juguetón, apacible como buen soñador de Morlaquia, copiando en su espejo encantado el cielo recién abierto de cometas y de pájaros... Este Tarqui ensimismado en su pensamiento muy alto, pensando cómo nacen las flores, cómo alumbran los besos, cómo crece la oración vertical de los árboles...

El río Tarqui dormita su ensueño en medio de la paz de todas las contemplaciones, en un silencio poblado de mínimos ruidos: alas de mariposas, mensaje de hojas que tostó el sol, aserrar del tiempo por el canto eterno de las cigarras... Su discurrir a flor de tierra es prueba de su infantilidad de corazón... Porque, no es posible negarlo, en el fondo de este río palpita un corazón enamorado de las cosas sencillas, un corazón hecho de sol y de nostalgia, un corazón de verso y de retama... No se deja sorprender por la atracción de los abismos ni por el arte fantástico del salto: él está siempre manso, como los ojos de los bueyes o como el pálido desfilarse de las ovejas al caer de las tardes campesinas... No le atrae el abismo con afán de remolino ni el insomnio perpetuo junto a la inexplicable piedra grande: él busca y encuentra la plática evangélica de bondad, el ser niño a la manera como lo pedía ese niño que vio la luz a orillas del Tiberiades, y por eso finge molinitos de puro juego en los entrantes de playa, apenas arquitecturas de sonrisas fragantes o besos dados a lo claro de los caminos, esencia sentimental de una alma soñadora...

El río Tarqui es manso, pero tan manso y bueno, que como buen cuencano ha dado en meditar acaso más de los límites ordinarios... Se le oye meditar, se le siente meditar en el paso de sus aguas cargadas de estrofas y anhelantes de alas, en el copiar paisajes como pupila para el saciar la sed de los sembríos y los suspiros campesinos de las campánulas... De puro soñador casi se duerme, o a lo más se queda en ese delicioso estado intermedio entre la vigilia y el sueño... Se le puede aplicar bien el dulce calificativo de perezocillo, porque gusta de tenderse a la bartola para mirar el paso de las nubes y

buscar en lo hondo azul el claro soplo de Dios... Muchacho, perfecto muchacho, intuye las cometas de vacaciones y las palabras que dejaron enredadas en el viento los enamorados, y las ama y las guarda en su seno, porque él sabe bien que su esencia de verso tomó parte principal en los amores humanos que se traducen en besos y en los amores casi divinos de los niños por los ángeles, esos que se elevan en cometas equilibristas en la risa tenue del aire... Sonríe el río con fina sonrisa pícaro de chiquillo, y se guarda los besos y la imagen cordial de las cometas en su rincón de recuerdos que habrá algún día de llevar a lo amargo del mar...

Sobre el río Tarquí la arboleda gusta de crear nueva luz y frescas interpretaciones musicales... Las aves escriben especiales sonatas para su ensueño y bajan de vez en cuando a hundir sus alas en el río pastoril y ensimismado... Los guabos de elegancia varonil llueven sobre él hojas frescas, y las hojas se transforman en bajeles piloteados por la brisa, con marinería sencilla de esperanzas, marchando en forma solemne y pausada hacia el descubrimiento del intrigante reino de las hadas... Las hojas son bajeles para el desear de los niños, que desde la orilla apuestan con fiebre de ilusión sobre la lenta marcha de las carabelas claras, y suspiran de pena cuando el paisaje abraza tras el recodo la realidad mansa de las hojas de guabo... Los sauces mojan sus melenas en las ondas, y no por llorar elegías imposibles, sino en sencillo afán de coquetería, de amor por el cielo que copia el agua... Los sauces se peinan así con la mansedumbre del río poeta y también con la altura preparadora de estrellas que se refleja en el agua...

El río Tarquí usa metro sencillo en su canto... Es un poeta becqueriano y como él canta las enredaderas, las arpas dormidas en los salones antiguos, y las golondrinas que aprenden un nombre y se van tras la ilusión de un remoto verano... El río aprendió su versificación a lo largo de la estación única de sol y de cigarras, de nidadas de chirotes y mirlos, de olor de perales y capulies... Tuvo conservatorio de silencios campesinos apenas roto por la voz ancha de la boyada bajando a refrescarse en su seno o la canción que el pastorcillo aprendió de las lomitas comarcanas... Se encendió de amor perenne por la tierra y la hizo su amada para siempre, regalándole versos a cambio de flores...

El río Tarquí es un muchacho poeta dormido en el ensueño, pulcro y sentimental de sus remansos...

HUAYNACAPAC

Esta es la avenida de las ilusiones, la tierna cinta que la ciudad se quitó de la melena para tenderla en una gracia juguetona junto del Tomebamba... Este es el camino donde el sol gusta estarse contemplando cómo nacen las flores y cómo los árboles mansos mecencunas incipientes de jilgueros... Este es el chico travieso que da brincos de alegría al poder mojar sus pies en la claridad clarísima del agua...

Hacia Huaynacápac se va el alma bogando en infantiles bajeles de esperanza... Yo no sé qué ilusión es ésta que se prende en lo más hondo, pero siempre parece que en este camino lleno de luz nos encontrará la novia de ojos profundos y melena bruna, parece que en su discurrir dulcísimo se ha de hallar una fuga de romances en carrera memoriosa de cristales, parece que sólo allí se encontrará el poema perfecto que luego la mano besada recién de rocío tratará de traducir en los papeles emocionados...

El camino de Huaynacápac es un camino musical... Como si no fuera suficiente el tierno cantar del río, desgranando lieder purificados de tenue distancia, la orilla se deleita en crear un tesoro de acuarelas de tal riqueza en variedad de motivos, que se piensa en lo mucho que la mano del artista tiene todavía que copiar en esta madre tierra soñadora y eterna... Cada estación de la mirada es también del sentir artístico, cada contemplación de los ojos lo es también de las más hondas pupilas del alma... Aquí un sauce de melena desordenada y lenta, como la de esos poetas que se dieron en soñar con las estrellas, copiándose en el agua y vistiéndola de un finísimo traje verde claro, dejando que las ramas acaricien apenas las ondas y agitándose en la brisa, queriéndose ir en la corriente, si no en realidad de cadáver precioso, al menos en espejo mágico para anidar espumas... Aquí una fraternidad de hierbabuenas y retamas, un claro confundirse de las hojas fragantes con el corazón de la planta que es vigia gentil de los caminos, pero sólo de los nuestros, de los de esta Cuenca en donde hasta las plantas aprenden a vivir en verso... Aquí un capricho de espejo detenido en remanso, dejando que sueñe sobre él la nube

viajera y bebiéndose todo el azul del cielo para decirlo en la noche a los buscadores de emociones y nostalgias... Aquí un detalle de gracioso contraste: unos geranios rojos, casi tanto como los labios de las muchachas, que se quieren ir más allá del límite de la orilla, y se empeñan tanto en ello que al fin el río les reprende paternalmente con un mensaje de ola mínima... Aquí una playa pequeña por donde las piedrecillas de color hacen fiesta, con fjords mínimos y muelles de miniatura para el desembarcar de los suspiros... Aquí un motivo de dulce ancianidad, que es como decir nueva niñez del corazón: un tronco mutilado, antiguo sustentáculo de trinos, hoy recuerdo herido ya casi de fantasma y curado de musgo, saboreando todavía la fragancia de la brisa y dejando que las raíces se hundan en el agua por ver de conquistar final y definitivamente el cielo... Aquí unas piedras a media corriente, unas piedras grises que lame el agua, como si quisiera infundirles alma sensitiva... Aquí el vuelo de unas aves desde las altas ramas, acaso jilguerillos recién nacidos que ensayan su primer vuelo, quizá gorriones que llegaron de la ciudad trayendo en las alas mensajes de enamorados o cartas de colegialas en estación azul de vacaciones y de ensueños...

Huaynacápac no es un paisaje, no es un solo paisaje: es una multitud de paisajes, es la fuente de donde fluyen todos los paisajes, es el nido gentil de los paisajes... El camino es puro de árboles y trinos, sonoro a río jugueteón, hermano de las nubes y las alas... A veces parece que el mismo camino fuera una ave errante que se tendió en tierra y extendió sus alas hacia el cielo, hacia el río, hacia una delgada melodía hecha distancia... En esta avenida de las ilusiones sólo es dable soñar, lejos de todo pensamiento trascendente, cerca de todo sentimiento cordial... La avenida es parecida a un corazón, por sus palpitaciones exquisitas, por su tesoro apasionado de besos, por sus ternuras que asimilan la dimensión clara del verso... El río besa una orilla con su arrullo diáfano, mientras de la otra orilla se extiende la delicia de los pastos y un más allá de eucaliptos y álamos...

Huaynacápac es la patria natural de los poetas, el lugar natal de sus almas soñadoras, su cielo, su paraíso de vuelos, de flores y de espumas... Allá se va para tomar lecciones de melodía, para charlar amablemente con el río y preguntarle en qué escuela hizo estudios de cielo y diaphanidad...

Avenida de Huaynacápac... Ensueño hecho de flores, de agua clara y de suspiros...

TARQUI, REMANSO DEL PERFUME

Se abre la llanada como una respiración ancha del cielo, como una Sinfonía Pastoral que se levanta desde una maravilla bendecida de dulzura y de luz... El paisaje es una música ejecutada en tradición bíblica de serena antigüedad, sin urgencias de infinito, apenas como una égloga escrita por el sol sobre la sencillez de las altas hierbas, al margen de los arbolillos tiernos, junto a la resignación clara del ganado que toma lecciones de ternura infinita en sus ojos y va con lento paso recorriendo la amplitud musicada semejando nubes viajeras a flor de suelo y de trébol recién abierto en rocío y fragancia...

Tarqui es un mundo dormido en medio corazón del mundo, un punto de referencia para entender los mensajes de la serenidad hecha luz, un descanso espiritual donde uno se queda admirado de todo lo que el silencio puede cantar en música que los pentagramas jamás lograrán traducir...

El río pastoril va besando los llanos con ingenuidad encantadora... No tiene pretensiones de caídas violentas ni arranques olímpicos de espuma... Es sencillo y claro, casi un chiquillo jugando con los pastos un florecer de amapolas o lirios campestres y diciendo cosas diáfana-mente dulces como para que la tierra de los aledaños se llene de poesía y se vuelva soñadora profunda... El río es tierno y sensitivo, chiquillo travieso que se quedó pensando en algo más que sus juguetes y sus golosinas... Se deja acariciar la melena un poco obscura por la mano del viajero y se abre al sol como sonrisa modelada de ingenuidad absoluta... Va leyendo cuentos simples con pajarillos hilvanando en los árboles la melodía intensa de los amaneceres o la delicia soñadora del mediodía...

Apenas la luz se derrama en hilillos tenues sobre las cosas, y ya el ordeño inicia su función de clarísima esperanza... La mañana se tiñe de ruidos campesinos, las altas hierbas palpitan al paso de las madrugadoras rientes, el aire tiembla de primeros lampos de luz y últimas estancias de sombra, y el rocío se riega sobre las cabelleras como cadena de cristal en que la noche quiso aprisionar los corazones

de los enamorados... Sopla desde no sé qué lejanía un ambiente de sorprendente ternura, se inicia la bullanga de los salterios y el salto ágil y fino de los mirlos ostentosos... Las flores se abren en derrame de color, llamando una teoría de abejas que las harán miel en gracia de sus besos... El cielo ríe un azul sin ponderación, pupilas antes ocultas se delatan en los tintes de la amanecida y toda la llanada se estremece como linda muchacha que se despereza sobre un lecho de rosas y margaritas... El ordeño oficia la blancura del momento, mientras un sol niño juega en el río a cabrillear sobre cuerdas de cristal y melenas sumergidas de arboleda... Se siente pasar a Dios por los campos, con su leve tránsito de padre de todas las cosas, mientras todo queda en un encanto de tradición pascual muy antigua, muy actual y muy de siempre... Tiembla algún lirio que acaba de nacer y de lo alto del árbol vecino le visita la caricia encendida del jilguero... En todo el paisaje se puede tender la mano intangible de la belleza y encontrar una belleza que no se puede definir...

En este Tarqui manso e infinito los sauces tienen una perenne infantilidad... Son esencialmente plácidos, medio desordenados en su alifio y rientes, es decir, traicionando su leyenda de guardianes de sepulcros y paisajes dolidos... Aquí los sauces son traviesos y ágiles y tienen un lindo encanto en la altura, como melenas de muchachas que amanecieron descuidadas... Las ramas niñas se contemplan en el agua o se entregan al juego del viento en un viaje sin llegada hacia las língas dormidas y tiernas...

La llanada se extiende lejos, muy lejos, hasta anudarse con el cielo en un abrazo de inefables confines...

MOMENTO MUSICAL DEL TOMBAMBA

Bajo el Puente "Mariano Moreno", el Tombamba se dibuja con paz y dulcedumbre prodigiosas, como si quisiera detenerse en su carrera de loco chiquillo para meditar un poco y elevar a la altura la sencilla oración de su remanso... El puente es una nota musical en tono menor tendida sobre la cristalinidad del río y para el paso cierto de las estrofas recién nacidas en el alma...

Aquí el río se desviste de su anterior risa de espuma, borra el historial del jugueteo con las piedras, deja de dar esos pequeños gri-

tos de alegría que besan la alameda y la pulen de luz, y se tiende como clara mano abierta al infinito en copia de nubes y en reflejos de plata sobre sus espejos... Se detiene el río y se agranda en remanso y en proyección hacia las orillas, siendo como una fe estilizada de serena ternura... Copia el río una melodía suprema de Juan Sebastián Bach: como las catedrales sonoras del Santo Padre del Arte, conquista el alma para elevarla en arquitecturas de transparencia hacia el Creador, con escalones apenas intuidos en las variaciones y alas de caridad llegando al pecho del Padre que nos da el diario pan y manda nacer por los horizontes su mensaje de aurora y de sol... La contemplación poética se detiene en las ondas serenas y se contagia seguramente de su hermosa realidad de oración, y luego de haber entrado al fondo hecho de piedrecillas menudas florecidas en fiesta multicolor, se siente subir al cielo en una mansa ascensión impulsada de agua mansa, en un dejar este lado de la tierra y volar tras el encanto de la brisa que es sólo la tenue respiración de los ángeles...

El río se demuestra aquí poderoso de presentimiento angélico y anhelante de ser todo él diafanidad... Por un arte milagroso la copia que obtiene del cielo se pule más en su superficie dormida en manso sueño creador, de tal manera que mirar el agua es encontrar un cielo más amplio y pulcro que el mismo reflejado, porque a flor de ondas la música le dotó de paz y curó el ansia viajera de las nubes y hasta la nostalgia de los ocasos escritos por las golondrinas... El agua deja de cantar para elevar esa oración mental perfecta según las reglas de la Teología, esa oración que sólo alcanzó a copiar en lo de sentir el Padrecito Bach y que ahora el río aprende como discípulo fiel del antiguo músico enamorado de todo lo bueno que Dios dispuso en la naturaleza... Los reflejos plateados no hieren la vista porque son endulzados de elemento padrino de las plantas, porque no están llenos de sed como los lampos que inquietan la sabiduría del espacio, sino que toman en sus manos sacerdotales el agua bendecida por el Padre y cantada por los hijos poetas de todos los tiempos...

Natural y sencillamente se suma y hasta se llega a confundir la figura venerable de Bach con este paisaje de río dormido bajo el puente soñador... Y llega un instante de coloquio en que ya no se sabe si Bach orquesta la melodía del agua o el agua arrulla su memoria en la copia de su catedral para ofrecer luz y pensamiento a Dios... De las ondas se levanta la teoría de lo claro, el espíritu de la blancura,

la esencia de los lirios que preludió poco antes la fiesta de espuma y es ahora un recuerdo perfumado... Se siente cómo el río se puebla de manos en oración a lo infinito, de unas manos dulces de caridad y paz, en amorosa elevación hacia el origen y fin de todo bien...

Nada dicen frente al momento supremo los árboles del contorno... De este lado se ausentan los sauces significadores de lo fúnebre y triste, y apenas los huertos frescos y maduros de la orilla de las casas viejas y respetables tienen un quedarse de hojas en el matiz más suave, sin instantes de luz canora ni merodeadores alados inquietos... La abeja planea sobre un ambiente de perfume y lleva en sus alas la luz de la catedral que se está construyendo con cimientos de agua mansa, y el colibrí recoge la miel de la cúspide musical de Bach, en intención también él de elaborar sus delicias con el santo nombre de Dios...

Los alledaños inmediatos destilan serenidad y mansedumbre... Nada de visitantes inquisitivos a los senderos ni llegadas de profanas miradas con sus quehaceres de vida breve... A este punto del río se viene para orar con el agua y con Bach, se viene a ser arquitecto de la catedral luminosa si se es iniciado en el Arte, o siquiera con el aporte humano de la tristeza resignada si se pertenece al pueblo que siente e intuye en su sentimiento algo más que lo que la ordinaria vida le anda diciendo... Aquí se remansa el alma de toda tristeza y se ausenta el pensamiento de toda vana y lacerante preocupación... De aquí se retorna saludablemente lleno de unción interior, con una música anterior a la tristeza propia que melodiza lo más musical que tiene el alma...

TURI, DESCANSO DEL TIEMPO

Cumpliendo con su nombre en que el indio intuyó la Poesía, Turi—el hermano, en el dulce quechuismo— se levanta en mansa lomita bien cerca de la ciudad... Como empinándose sobre las puntas de los pies, quiere mirar en gracia de chiquillo travieso los hombros desnudos y nítidos de los ríos Tarquí, Yanuncay y Tomebamba, que pasan cantando versos, romancillos y crónicas claras de nuestro vivir muy de égloga y de naturaleza abierta y franca...

La lomita de Turi, como buen niño, ha detenido al tiempo como para que no pase a pintar paisajes de desconsuelo en la ciudad que

ignora el tiempo en belleza y pensamiento... Ha detenido al abuelo el Turi de miniaturesca textura y de agradable risa despreocupada, y allí lo tiene secuestrado al viejo de luengas barbas y ojos de eternidad, enraizándole en la mansa ocupación de levantar cometas en los cielos azules, enredando trinos en las arboledas buenas o respirando con pausa y perfume en la brisa que riza las aguas y se viste en los puentes con el revolar de los cabellos femeninos y el inclinarse de las flores de botón de oro o los claveles de los jardines que se hunden en los ríos nuestros... El tiempo descansa en la lomita su manía ambulatoria de eternidad y abraza al biznieto levantado en terrenito lindo sobre la orilla de la ciudad, del otro lado de los ríos y ya hacia el agro dulcificado de álamos y capulíes o apenas iniciando la elegía de la tarde en el pequeño ciprés o el sauce abillantando la melena con finas canciones de golondrinas...

La lomita ríe una sonrisa sin igual, poniéndose como cofia de muchacha que entró de travesura en el cuarto de la hermana mayor, la iglesia blanca por cuyas ventanas parece estar mirando siempre el Niño Dios y en donde el sol juega con cabrillear de rayos que causa delicia de contemplación y encantamiento de corazones muy dados a la poesía... A modo de cintas le adornan los cabellos y el traje sencillo los caminos que conducen hacia la linda cumbre, en ascensión ya atenuada de mano del hombre, ya también sabiamente desordenada por la buena mano del tiempo, para el tránsito de cuantos cantadores y soñadores quieren mirar desde su altura cómo vive su vida sumergida de infinito esta Cuenca del mundo...

Turi parece sonreír de nuestro sentido de lo perfecto, pero no lo hace por burla o sarcasmo, sino en admiración infantil muy cerca del amor y la comprensión... Mira el construirse de la Catedral a fuerza de alma inmensa del Poeta nuestro que retó al mar, y a veces tiene hasta miedo del hermoso monstruo que se levanta en arquitectura soñada por un Obispo Loco y Santo... Mira el poblarse de orillas del Tomebamba con casitas de tonos claros y florecimientos que abrazan las ventanas y los tejados, y halla contentamiento en este kaleidoscopio que viene en crear el espíritu morlaco eminentemente soñador y poeta... Mira la blancura de las torres de Santo Domingo, templo de altura para la oración de las palomas en la tarde lenta, y escucha el ronco lamento de su campana que sufre la tragedia de no saber cantar... Mira esa fiesta de santa vejez en "La Virgen del Río" o el

inmenso paisaje veneciano que se proyecta en las aguas bajo el Puente "Mariano Moreno"... Mira la cabellera de la Alameda y el pensativo alejarse del camino de Huaynacápac en busca de la unción florecida de "El Vergel"... Mira el dibujarse de linda mocita en el paisaje rural de San Roque, allende el "Puente del Vado" que se incendia de colores de feria pese a la advertencia solemne de la cruz sola que desde lo alto viene advirtiéndole la historia del Julián Matadero...

Turi es lomita siempre fresca y buena, curioseando las cosas de nuestra Cuenca y sosteniendo el ánimo cantador de los ríos morlacos... Alegría de familia, hermanito menor, chiquillo que se descalza para chapotear en las aguas del Tarquí, Turi es la sonrisa infantil frente a esta ciudad que piensa, escribe y construye una Catedral que no iguala, por cierto, al corazón del Poeta que la está construyendo para albergar de Dios...

EL VERGEL

Allí el río hace un recodo como queriendo abrazar la tierra fecunda en intuiciones de belleza sin nombre... Se podría deshojar mucha suerte de flores sobre ese minúsculo quedarse pensando del agua, y se vería cómo los pétalos, débiles barcos perfumados de suspiros, irían a besar la tierra en no disimulado afán de vivir en morada tan empapada de belleza pura de nube o de lucero... Los pétalos morirían contentos, como se debe morir luego de haber dado muchos besos, en la seguridad de su resurrección en claridades para ser trasladadas en las horas de sol hacia la clara cinta de la distancia y hacia la altura donde el silencio se musicaliza de saudade maravillosa...

Seguramente el nombre se dió al rinconcito amable y soledoso en época de antiguo total florecimiento, cuando el lirio bebía en la misma fuente que la rosa y el jacinto, cuando la violeta se dividía el matiz suave con la campesina campánula, cuando era el producirse de miles de soles mínimos en los naranjos o el jugar de caras sonrosadas de niños en los manzanos, cuando había hierbabuena florecida y olor de huerto maduro, cuando la tierra crecía en la oración vertical de los álamos por elevar su ingenuo Padre Nuestro a quien hubo de darle el don de la fertilidad... Este nombre debió darse a ese pequeño paraíso cuando las abejas habitaban allí en la seguridad de encontrar toda especie de miel y colores en corto paseo con can-

ción de río y decir pausado de brisa, cuando las golondrinas, no obstante su destino bohemio a flor de cielos, se detenían por contemplar tanta paz sobre tanta dulzura, cuando el canto de las lavanderas en el Tomebamba se traducía en lied delicioso para acariciar este rincón en que todo cantaba, hasta el silencio...

Ahora, El Vergel es un paisaje silencioso y manso que ya no habla su lenguaje decidor para la coquetería de la ciudad endomingada de reciente urbanización llegada para volver donosas las calles y olvidar definitivamente los paisajes... Apenas recuerda su nombre un florecimiento postrero de geranios, una oración final de retamas y un presentimiento de ángeles en los cactus gigantes que defienden la blancura con inclemencia de espinas y desafían al viento a besar a la linda muchacha que se titula flor en lo más alto de sus rústicos templos... Ahora el huerto de antigua grandiosidad ha sido cambiado por la aparición de árboles jóvenes y de extranjera intromisión, al ritmo de la poda que consigue mejores frutos pero mutila miserablemente las travesuras de las ramas y el contorsionarse donoso del tronco en pleno recuerdo de infancia querida...

Pero, así y todo, El Vergel sigue manteniendo su prestigio de rincón de paz y soledad abundosa en pensamientos y en esas calladas palabras que el corazón gusta escuchar cuando anda maltratado de desamores y cansado de lucha cruenta en la ciudad... Allí van natural y sencillamente el Poeta y el pensador, por mirar cómo el recodo del agua se duerme mansamente al amparo de este pedazo de tierra caída desde no sé qué alturas inefables, encontrando el pensamiento vivo de todas las flores que fueron sobre él y entendiendo el llanto soterrado de las hierbas salvajes que meditan en lo que pasó en épocas de vuelo de golondrinas y decir inquieto de abejas... Allí se toma la lección de las cosas profundas de lágrimas y se aprende el orar de los tristes que es el que más directamente llega al corazón del Padre... Allí se entiende por qué el ser Poeta equivale a llevar en el alma un eterno dolor incurable y bello y por qué el canto se vuelve naturalmente inmenso cuando apenas se trataba de decir la intimista verdad hecha de insomnios y desdibujamiento de besos...

Se contempla El Vergel desde la orilla de nuestro río más decidor y parlero, y se siente la tristeza de las cosas verdaderamente poéticas y dulces... Los ojos se olvidan por momentos de los sauces ba-

ñándose en el agua, para fijarse en este rincón donde hubo muchas flores que al irse muriendo dejaron muchos pensamientos latentes en el ambiente... El sol hace cabrillear la arena de la orilla y hasta la piedra parece conmoverse de sed pues recibe el agua como corazón vuelto tiniebla en la noche... La rústica belleza de este refugio del alma triste inspira la saudade melodiosa, el retornar del pasado de flores y el poetizar naturalmente sobre este antiguo nido de lirios y de abejas...

En El Vergel duerme el misterio que enseña belleza a las flores y los pensamientos...

VISION DEL TOMBAMBA

Esta tierra que todo lo sueña y poetiza ha puesto al Tombamba un adorno de gran belleza: el Puente "Mariano Moreno"... Como queriendo premiar al río parlero con un regalo sin igual, deseando que las ondas, bajo su amable sombra, interpreten los cuentos de las nubes en viaje perenne hacia las regiones ideales...

El Puente nuevo tiene indudable hermandad con otro de lejana región, de constante ensoñación para el pensar latino: el "Puente de los Suspiros" de Venecia, que escucha la dulcedumbre de dormidas aguas de la bella ciudad... Como él, levanta arquitectura coqueta y decidora sobre las aguas, y como él también recibe sobre su seno la luz que otrora bebiera lo hondo del paisaje volcado sobre ellas...

Pero el "Puente de los Suspiros" de Venecia dormita con amplitud de soñador incurable, sobre la tranquilidad de las mansas aguas... En tanto que el Puente nuestro entiende muy a su manera la deliciosa lengua que habla el Tombamba, el castizo idioma, el buen decir de nuestro río que enseña fabla a sus poetisas y miradas de sabia noche a sus mujeres maravillosas... Nuestro Puente charla con las aguas, en hermandad amable, sobre cosas trascendentales: un rayo de sol que besó la linfa o el nacimiento de una estrella cabe la Cruz del Sur...

Desde el Puente "Mariano Moreno", la mirada del soñador contempla un escenario de elocuente belleza. Hacia el fondo, las montañas azules se dibujan como telones de un idilio virgiliano, coronadas

de nubes que fingen formas aladas y a la luz de un sol que sabe reír para los hombres y las cosas... El Tombamba como que naciera de esas montañas amables, desdibuja en su camino los paisajes particulares del Vado y el paso por la Alameda, dejando apenas una ilusión de distancia que alegra la mirada con esperanzas de tenue lejanía para el espíritu enamorado del viaje... El río es entonces un viaje del agua, cantando en las juguetonas corrientes y enseñando una risa de niño en los copos de espuma... El río viene así, llanamente, a darse un abrazo con el Puente, a pedirle que le diga lo que sabe de los pálidos amantes o del meditativo poeta que busca cabe de él la rima que alguna estrella le enseñó en la noche y que su frágil memoria dio en olvidar luego... Llega el río, soñando con el juego de la luz, y bajo el Puente se dulcifica, como que pensara en su hermano de arriba más capacitado para recibir caricias de blancas manos y confidencias de pañuelos perfumados...

Desde el Puente "Mariano Moreno", la vista se deleita en una traducción de blancura de agua y blancura de nube, en una sonata de tintes verdes que ha deparado al Tombamba la presencia de pequeños sauces en "La Virgen del Río", o el florecimiento silvestre de la hierbabuena y las altamisas que enamora al "Puente del Centenario"... Parece que la naturaleza hubiera construido las márgenes de nuestro cantor no de arcilla y de arena, sino de flores y hierbecillas mínimas: allí el perfume de las hierbabuenas y las mentas, diciendo al suelo que Dios mismo vistió a Morlaquia de galas inimitables...

El Tombamba viene airoso y feliz a darse un abrazo con el Puente "Mariano Moreno", con latente recuerdo de paisajes lejanos que perfuman sus ondas... Y el Puente, en gesto de gratitud infinita, sonríe su sonrisa de piedra besada por el sol...

EL HONDO DEL PALO

He conservado el nombre, no muy poético, por cierto... Lo he conservado por amor a la muchachada que lo venera como a un abuelo...

Hacia el río Tarqui, pocos pasos más allá del Puente, el Hondo del Palo derrocha amables evocaciones de rancias escolares y de inocentes pillajes por los sembrados...

El río, tan dormido de suyo, se duerme mucho más frente del llano pequeñito adornado siempre de cuerpos tostados y de caras sucias de muchachos...

La muchachada ha creado el nombre evocador desde tiempos históricos que nuestra mente no alcanza a descubrir... Pero la intuición infantil no se ha equivocado esta vez, como no se equivoca nunca...

Un sauce viejo, ya desprovisto de sus verduras dominantes y destruido inmisericordemente en el pedazo de tronco que aún supervive a la catástrofe, baña sus pies en el agua mansa... Viejo al fin, comprende todo el espíritu infantil y tolera hasta ciertas faltas de respeto que con él cometen los chiquillos... Los muchachos inician el chapuzón o se preparan al nado precisamente empujados sobre el árbol mutilado, riendo al sol qué hace cabriolas en el agua y agitando con sus pies inquietos las viejas y lastimadas costras del árbol... El tronco también se baña a medias en el agua, aunque un pedazo calvo y ennegrecido levanta a la altura una postrera oración compasiva y dulce... El tronco se aferra a la orilla con empedernido ánimo de supervivencia, casi con envidia piadosa de los saucedales vecinos con sus verdes ramas chapuzando en el río de dormidas aguas... Y allí está, frente a la juguetona algarada de los muchachos, como testigo fiel y discreto de aventuras non santas: la excursión a la despensa llena de frutas o el beso dado a la chiquilla de diez años...

El viejo tronco aferrado a la orilla es parte indispensable e integrante del paisaje... Así de viejo y arrugado, en su mudez de años y años, sirve para el lanzamiento de los chiquillos al agua, y cumple esta dulce misión con paz inalterable...

El viejo sauce mutilado debe ser un árbol franciscano...

CHALLUABAMBA

La mañanita gusta de pintar emociones amables, con pinceladas que se determinan por los matices verdes de variedad infinita: desde el profundo y obscuro que finge el monte a la distancia hasta el delicado y tierno de los saucedales de la orilla, en fiesta de variaciones bajo un horizonte transparente...

Todo recuerda aquí la niñez, mejor dicho, todo nace aquí, o apenas está en infantil edad de juegos y sonrisas imprecisas y lentas... El azul purísimo del cielo es como el azul vago y soñador de los ojos de los niños, allá por esa edad en que el alma flota en las miradas como en inquieta búsqueda de las verdades inefables...

El río es también niño travieso y caprichoso, jugando a crear islotes de miniatura a lo largo de su viaje, o ensayando molinitos en las orillas que invitan a nevar la corriente con barcos de papel... El río pasa cantando una canción ingenua, algo como trino y algo como iniciales palabras al borde de la cuna... Ríe también allí donde el sol modela iniciales transitorias de espuma, enseñando una como blanquísima dentadura que se resuelve en repiqueteo de gotas plateadas en afán minucioso de escalar la altura, perdiendo en el arrullo de viento su inicial intento y desgranándose en olas pequeñas que se pierden en la lejanía como recuerdos queridos que tocan dulcemente el alma... A veces, un capricho del río se dibuja en prolongaciones mínimas sobre la orilla, ensayo de minúsculos fjords, como si quisiera el agua quedarse jugando con las arenas que entonces, bajo el brillo del sol, parecen estrellas dormidas en la orilla... Dicen que este río ameno y juguetón tiene su madurez prematura en crecientes que se tragan temporalmente las orillas... Yo no lo he visto en este desbordarse angustiado ni quisiera verlo nunca así: sugiere más la sonrisa flotante en los ojos de los niños que la oscura tempestad interior inaccesible que fulmina sobre el alma de los hombres... Así, infantil y sonriente, con sus islotes para un mundo liliputiense y sus fjords que harían sonreír a los hombres del Norte, el río es agradable y digno de cariño, despertando el deseo de tenderle una mano en la seguridad de acariciar una piel sedosa y fresca o el enrevesado tesoro de una cabellera dorada...

El saucedal también se ha detenido en la hora infantil de los asombros... No sé por qué, pero resulta extraño y raro encontrar en las playas un sauce viejo y tatuado de historia... Los sauces son niños que se ponen sobre las puntas de los pies para contemplar el cielo, mientras una nidada de aves hace columpio de sus ramas delicadas, saltando en fiesta llena de gorjeos frente al sol...

Detrás de los sauces, y contemplando el paisaje ya desde la altura, el río parece un espejo bruñido en el que los chiquillos intentan pei-

nar sus melenas inquietas, mientras la playa, más allá, se prolonga en suavidades de naranjos florecidos que son como juguetes de este río soñador...

Challuabamba... Aquí sonrió Dios, y la Naturaleza se quedó en la infantil edad de los asombros...

EL VECINO

Con su amable temperamento fraternal y poético, el hombre de Cuenca, el Morlaco de cepa, bautizó al lugar como a un personaje cualquiera: Vecino, es decir, compañero que, muy cerquita en el espacio, asiste a la tragicomedia de nuestro diario vivir, persona que palpita con nosotros tras el fácilmente desdibujable muro...

Así parece que "El Vecino" asistió y asiste a la marcha de la vida ciudadana, desde su cercanía espacial, con marcado interés por el progreso material y espiritual de esta tierra de estrellas en los cielos y los jardines... El Vecino amoroso tiene gesto de comprensión y simpatía: goza con nuestros soles emocionados de canto, y medita en las calmosas noches, con un tenue parpadeo de luciérnagas... Ha contemplado, desde tiempo inmemorial, nuestras prosperidades y nuestras tristezas, gozándose sinceramente en el urbanizarse de barrios otrora cuajados de leyenda y sintiendo hasta la coquetería ingenua de la ciudad que se adorna de edificios lujosos y salpica su rostro de lindos colores...

El Vecino extiende su placidez hacia la entrada de la ciudad, esa entrada que todos recordamos con olor de retamas y guitarreos decididos en las noches de llegada, cuando Cuenca nos prepara su silencio para el nacer de nuevos pensamientos luego de la nostalgia de la ausencia... Barrio de caseríos pintorescos, de paredes en que los muchachos inician sus aficiones pictóricas en dibujos lindantes con exagerado impresionismo o muy cerca, al menos, de las escuelas surrealistas... Manes de Picasso, el de las múltiples crestas de los gallos y las mujeres con formas de cajones de madera... Barrio bullanguero y conocedor de los alegres colores de los carros de transporte, vehículos con nombres sonoros y llamativos: "San Judas Tadeo", "Byron", "Viajera"... Durante el día los recibe como amigo de francachela, como paisano dispuesto a tirarse un "trago" en honor del porvenir de

los luceros... Y aún en la noche los espera también, en la noche que traduce el fatigado viaje por ojerías profundas, languideces en el mirar y palideces adornadas de polvo de la bendita tierra del Sur...

Hacia la ciudad, El Vecino ve adornándose de blancas casitas de un barrio industrial y laborioso... Pero hacia el camino abierto como vena cordial, se extiende en linderación de arboledas: desde el perfumado eucalipto, con su esbeltez amiga de las nubes, hasta el humilde capulí salpicado de frutos de fuerte color hacia la estación de finales de Diciembre... Los árboles del camino dulcifican la vista y sólo de trecho en trecho es dable contemplar, como a través de cajoncitos alineados por infantil intento, la llanura campesina donde el arado deja olas de húmeda tierra, o donde la muchachada levanta al cielo la primitiva e ingenua oración de las cometas...

El Vecino sonríe como barrio cercano en el espacio, mirando amorosamente cómo crece la ciudad material y espiritualmente...

ORILLAS DEL YANUNCAY

Las orillas de este río moreno, de altas propiedades medicinales, según el decir de los hombres de esta tierra y cuantos la visitan, se adornan de lirios, de muchos lirios, como si quisieran compensar con méritos y ganancia el color de este Poeta moreno que va cantando allende la ciudad... El florecimiento de blancura inmaculada tiene lugar en una como pascua permanente e invariable, fiesta infinita de nubes y pensamientos dulces que tendrían su equivalente único en el ligero metro castellano del romance... Gusta pensar que todas estas flores son las almas de los niños o, cuando menos, casitas mínimas construidas para su visita periódica a la tierra...

Como variante de esta blancura que invita al sonreír, unas flores de amarillo delicado, cuyo nombre he dejado perdido en las curvas del recuerdo, levantan su pequeñez de cajoncitos colmados de misterio: los niños de mi tierra las toman en sus manos y, cerrando los ojos como en espera de algo inefable, se las revientan en la frente... Alguna vez, allá en mis días claros, también yo tomaba muy a lo serio esta pequeña ocupación, preguntando, al propio tiempo que sonaba el leve ruido del romperse de la flor, cosas ingenuas, demasiado ingenuas, lindantes ya con aventuras de rizos femeninos y sonrisas cam-

biadas a la distancia... Y no creo que esta magia inofensiva me haya engañado jamás, al menos si doy crédito a mi memoria hoy constelada de nuevas y profundas tristezas...

También hacen compañía a las flores la hierbabuena y la lengua de vaca, con su perfume agrario y decididor... La hierbabuena, a la cual el alma popular atribuye florecimientos en relación directa con la felicidad de quien la mira en tal estado, y que viene a ser la preocupación de los enamorados que dividen su esperanza entre sus flores y los tréboles de cuatro hojas... La lengua de vaca es una hojita un poco áspera, con una aspereza agradable, que los chicos mastican diciéndole nombres de su creación y ensayando fraseologías sin sentido, aunque con musicalidad deliciosa...

El Yanuncay, de aguas frías que recuerdan visitas intensas de la luna, corre por en medio de esta floración perfectamente infantil y soñadora... Su canto es triste y melancólico, y la espuma que produce al chocar contra las piedras del camino, ingenuo artificio de coquetería, apenas disimula rápidamente el color moreno de sus aguas... Porque el prestigio de este río está precisamente en su color, bien que ello le cause pequeñitos disgustos de mozo enamorado de la luna...

El río va moreno, muy moreno, por en medio de lirios, hierbabuena y lengua de vaca...

EL CHIFLON

En pleno río Tarquí, la naturaleza ha jugado un capricho prodigioso, en su afán constante por deslumbrar los ojos con aquello que de su mano misteriosa sale y que no puede ser igualado, mucho menos superado, por la mano del hombre...

El río viene mansamente desde la lejanía, besando pacíficas llanuras, y de pronto se detiene en el encajonado y muerde la roca viva, con deseo inconfesado de conocer el secreto de su entraña milenaria... Fórmase el remolino que angustia la marcha del agua en espumas oscuras que identifican la interna agitación tras un centro constantemente perseguido y eternamente lindante con el imposible... La roca contempla desde su serenidad inmutable el ansia de las aguas

que inútilmente indagan el secreto de su historia, acaso nidada de leyendas geológicas que se pierden en el mito...

Pero la misma roca ha construido, a su manera, una especie de plano mínimo para que los hombres contemplen la lucha del elemento obscurecido de profundidad... Y aquí el natural ingenio de los habitantes de esta Morlaquia ha encontrado de inmediato el lugar para las hazañas: desde arriba, desde el plano mínimo que baña el sol, el audaz aventurero de lo oscuro se lanza con sujeción a las más estrictas y precisas normas, desapareciendo en el chiflón para luego surgir lejos, con los ojos radiantes de triunfo... El triunfo de haber atravesado el remolino sin miedo al peligro y burlando en el tiempo de unos segundos la atracción inevitable de la profundidad... Desde el frente contempla al viajero del abismo una playa pequeñita de arena, descanso apropiado y justo de sus esfuerzos, y luego el paisaje campesino que se tiende como una bendición de Dios...

Más allá, todo es paz y tranquilidad: el agua vuelve a ser viajera piscina para la natación de los días de sol, y los saucedales peinan sus melenas hirsutas sobre las ondas acariciantes... Los dibujos del horizontes varían entre los suaves matices: la vacada que se llega a saciar su sed o el pastoreo bíblico en su ingenuidad original y primitiva...

Mas el dulce paisaje no logra disipar la impresión de la roca carcomida por la curiosidad del agua... Se contempla el chiflón como si se contemplara a un gigante que aprendió a sonreír bajo los besos del sol...

EL CORAZON DE JESUS

Barrio de dulcedumbre, propicio a todo ensueño, verdadero lugar en que el Poeta va encontrando estrofas diáfanas en cada nido, en cada naciente de agua clara, en cada caricia infantil de luz o en cada saucedal enamorado de travesuras...

El último detalle urbano, como de intento puesto allí para el mandato del contraste, es la antigua Casa de Ejercicios, donde otrora se lavaban pecados con lágrimas, donde la palabra de nuestro Padre Aguirre ponía de rodillas los corazones sangrantes, y donde es voz y

fama que Justo León, el más justo de los hombres, entabló luenga parla con quien ha mucho tiempo dio con su humanidad en la sepultura... La mirada detiénese un momento ante esta casa desde la que un silencio tremendo habla con miles de voces desaparecidas, ya casi en ruina absoluta, nidal de fantasmas y escenario para que las abuelas sitúen las tristes figuras que habrán de detener la inquietud natural de los chicos de bucles dorados... Pero la contemplación es rápida, instantánea, porque del otro lado invita el paisaje a llenarse de azul el alma...

El camino florece en una delicia de música de agua mansa, en las acequias que traen claridad desde vertientes remotas y en el regadío que puebla los campos de orquestas simples y perfectas... No falta el detenerse de las aguas en pozos mínimos o en lagunas en donde los escribanillos trazan rúbricas alegres bajo la luz del sol... Este barrio abierto al viaje es el paisaje por excelencia de las aguas buenas... Sobre las lagunas orilladas de hierbabuenas, mentas y poleo, revuela multitud de libélulas portadoras de colores tenues y maderinas del suave madrigal que habrá de hacer morada en las campánulas o de la ternura exquisita que será perfume en las retamas...

El saucedal deja claros para que el campo pueda contemplarse a todo sabor poético... Allí es el delicioso quedarse de los ojos sobre las tierras de un verde tierno, sobre los cuadritos cuidados de legumbres o en los jardines que florecen en verdadero prodigio la flor barrial de la margarita... A veces, el terreno juega a ser declive suave, como chico que creara su propio tobogán para el descenso del rocío y el ir cayendo de las frutillas maduras que revientan en miel con silvestre regodeo de luz... Hacia lo alto de las mínimas laderas, el Poeta de esta tierra ha soñado casitas de nacimiento, con balcones descolgándose en enredaderas y macetas en fiesta maravillosa de geranios... La madre selva intenta subir a los tejados y sólo consigue perfumar los ventanales y mandar recados de perfume a las muchachas que pasarán sus vacaciones por este mundo delicioso... El jazmín se inclina de pura fiesta de flores y causa hasta leve sueño lleno de ensueños con su llamada en verso... El sol juega con las enredaderas una infantil porfía por querer penetrar a los corredores, y apenas si logra hacerlo consiguiendo una gritería de niños y un revolver de moscas que se quedaron durmiendo la siesta...

El paisaje es de dulcedumbre inigualable, quizá el que más recuerda el espíritu de la égloga... Las manos se tienden en bendición de tanta paz y un deseo hondo de abrazar los árboles y la tierra posee el alma... La oración versificada se inicia en los labios y antes mismo de pronunciarse es ya comentada por el mundo alado que conquista el cielo... A distancia inefable, los sembríos levantan su gracia meciedo sobre las ramas tiernas el pequeño donaire de los gorriónes, y las capulicadas reciben picotazos iniciales de los chirotes, probadores de frutos y catadores de madureces sabrosas...

Pero el dulce tono menor del verde suave domina el ambiente... Aquí el color es de niñez encantadora, perenne, sin que jamás se delate la vejez de los árboles ni el desconsuelo de las hojas secas que fue matando el sol... Hay perfecta concordancia entre el color leve y el tierno cantar de las aguas, porque en este minueto rural están danzando al viento las melenas de los sauces y ensayando pasos simples de baile las amapolas y las margaritas...

NOCHE DE LA ALAMEDA

Apenas una música ingenua de cocuyos va dando al ambiente inmensa nostalgia inexpresable, y ya el espíritu soñador se siente mansamente inclinado a divagar por la Alameda, refugio nocturno de poesía y tierno mundo con un clima intuitivo de caricias o apenas soslayado de lágrimas...

La Alameda es en la noche maravillosa del Sur cuentista perfecta de lo que nos ha pasado a nosotros mismos, retratista fiel de los hechos y las esperanzas y musicalizadora de todo lo que fue, pudo ser y acaso no vuelva a ser ya más... Ya desde el "Puente del Centenario", la obscuridad se vuelve ambiente propicio al recuerdo, pero no en tiniebla pura, que el río es la luz del sonido mandando nacer en lo más hondo un delicado matiz de estampa con primicias de amor en las muchachas cuyos nombres nos han quedado sonando en la región del verso... Y en el viaje lento por la orilla, siempre en compañía de la voz del río que tiene cambiantes inefables, los saucedales van dejando que les ruede la melena al mundo elemental y plácido del agua, buscando beberse los luceros, ya que no en lo alto hacia donde no pueden llegar, al menos en su purificación de las ondas que van trenzando y destrenzando luces que dicta la distancia... Desde este

lado de los presentimientos se mira el avanzar de las casas que parecen trepar hacia la ciudad dormida sobre los dulces declives que el tiempo premiara de flores y bosques mínimos en gracia de su aire eternamente infantil... Las casas que miran al río tiemblan de impresión ante el ingenuo beso y titilan en la luz amarillenta de los bombillos, con unas ventanas que han florecido toda suerte de coqueterías hacia el pulcro Tomebamba... Las casas se dibujan en la noche en estudio de sombras y brisas, contemplando el paisaje en dulces encariñamientos y diciendo muy a las claras que allí están como guardianas de un tiempo de esta Morlaquía que no muere ni jamás habrá de morir: el del verso, el de la canción y el del perfume exquisito de toda belleza y arte...

El motivo de "La Virgen del Río" es un simple detalle transitorio con su molino aventador de trigos y briznas de sol en el día, y en la noche solitario patriarca que dice un evangelio de paz y amor en las aguas espumosas que son sus barbas de plata... La voz se apaga en lentitudes y va repitiéndose en ecos como si se resistiera a morir del todo y quisiera perpetuarse al menos en la silueta de la nostalgia...

El paisaje toma tintes de meditación profunda hacia la vía que lleva a Huaynacápac, pasados los puentes de la simpatía y en pleno misterio de camino abierto a la noche de estrellas y sueños... Y las casas se distraen de la otra orilla y sólo queda el bosquedal de eucaliptos que perfuma la hora con su presencia de inquietud impalpable, y el río como que se hiciera más ligero por llegar a no se sabe dónde... Aquí habla más el río y calla más el alma... Los sauces no tienen ya la juventud de la lejanía pasada: ahora ostentan cicatrices de tiempo y su melena se agita al viento en esotéricos y vagos rituales astrales, poniendo en el ánimo designios de recordar figuras que hubieron de desdibujarse de la vida... Aquí sorprende la figura de la suave colegiala de boina azul y pupilas distantes, la misma que robó la fiebre en edad temprana y ahora aparece con sandalias de bruma y fuga de tiempo en la melena rizada... Se acelera el paso para ir a abrazarla, y la imagen se escurre y se aleja como un milagro de espejismo que se fuera deshaciendo poco a poco en el camino... Cuando seguimos su viaje por el espacio en su ascensión de sombra vaga, llegamos por un camino directo a la más remota estrella que tiembla en el cielo como una lágrima...

Y ya la tristeza ha hecho morada en lo profundo, ya para no irse del alma... La Alameda se cubre de angustia en un paisaje chopiniano de sombras perfumadas y luces que lloran desde la altura un llanto musical... El río se queda pensando en "El Vergel" y parece sumergirse en su propia posibilidad y esperanza, pero el remanso se vuelve instancia de elegía en los pétalos muertos de las últimas flores, porque el viento es enamorado que deshoja margaritas en preguntas que ya no podemos expresar...

El aire es una música de Chopin desesperado... La Alameda sopla ausencias definitivas y alienta suspiros que dejaron de ser... Humedece los labios con besos que nunca serán y escribe en el cielo unos ojos que se fueron tras un prólogo sencillo de sonrisas y de lágrimas...

Cuenca del Ecuador, Andina, Centenaria y Española.

UN HOMBRE TOCA LA CONCERTINA

La cordillera recorta su espinazo sobre el cielo suave del atardecer. El río Tomebamba, llorado por los altos ojos de los Andes, baja lamiendo las piedras pulidas y hermosas de su cauce, sorbiendo entre sus aguas a los niños bañistas y espejando viajeras nubes, oscuros eucaliptus, melancólicos sauces llorones como novicias en clausura. Las orillas del río se hallan cubiertas de lavanderas cobrizas, que, metidas en el agua, restregan la ropa blanca de los señores o nievan con ella las verdes márgenes. La corriente se lleva retratada en su fondo la cotidiana biografía de la ciudad. En las noches diáfnas de octubre, el Tomebamba roba todas las estrellas y cuando llega el plenilunio, se pone azul y misterioso, sacando a relucir toda su espuma de plata. Como pasa muy cerca del Hospital Civil, se entretiene, a veces, contemplando los entierros de los indios. Primero viene uno de ellos con un ataúd al hombro, trotando por la orilla derecha del río, que lo refleja y deforma grotescamente en su líquida pupila. Si miramos la imagen del indio en el espejo del agua, podemos ver que la muerte corre detrás con su helada sonrisa de espantapájaros y su enorme guadaña desportillada. Unas horas después, sale del hospital el fúnebre cortejo. Los cuatro ponchos colorados que visten los portadores, ondean bajo la tarde gloriosa y loca del Ecuador. Varias mujeres acompañan al difunto con sombreritos de paja y negras polleras hasta los pies. Las dos más allegadas sollozan en silencio. Como el féretro pesa bastante, los indios que lo transportan, caminan dando tumbos y muriéndose de risa. El día los contempla desde el oeste con su mo-

núcleo de fuego y el séquito funerario proyecta larguísimas sombras sobre la carretera. En el lecho del Tomebamba, los indios avanzan cabeza abajo, con la muerte al revés y la risa de los portadores se parte en mil pedazos al reflejarse en las ondas. Un pueblo de golondrinas y vencejos enloquece la transparencia de la tarde. La brisa del sur despeina a las altas palmeras con sus múltiples manos. El alma del mundo se ríe de la muerte, porque sabe muy bien que nada significa para ella. Sólo se extinguen pequeñas partículas suyas. Pero ella permanece, es eterna. De cuando en cuando se retira de un cuerpo y enseguida mete su fuego en otro ser.

Voy avanzando río arriba por la orilla derecha del Tomebamba. El sol fulgura ya sobre las cumbres del poniente y llamea entre las copas de los eucaliptus. En un prado vecino, caballos y toros recortan sus quietas figuras sobre la roja vidriera del ocaso. A la otra orilla del río cuelgan las casas de la ciudad. Parece que se han apiñado todas en el muelle de crepúsculo para ver zarpar la inmensa nave del día desde sus altos balcones encendidos de nostalgia.

De pronto, una música delgada y agri dulce llena el atardecer, se echa a rodar por los tejados, entra en las altas galerías, se infiltra en los viejos arcones donde guardan las abuelas sus sedas antiguas, pone repentinamente serias a las muchachas que un minuto antes acaso cantaban, sale por las chimeneas sonorizando la danza del humo y bucea un momento en las aguas tranquilas de los espejos.

Me pongo a averiguar la procedencia de esta música y no descarto la posibilidad de tenérsela que atribuir al músico insomne que habita en el cauce del río. Pero desgraciadamente no es así. Todo efecto supone su causa. Lo que se mueve por otro es movido. No hay más remedio que hacerle tascar el freno al caballo de la fantasía. Entre las casas adosadas al talud que recorre la margen izquierda del Tomebamba, hay una de ellas que no parece de aquí. Es una casita con el piso bajo primorosamente enjalbegado, los altos pintados de verde y un poco saliente cada uno de ellos respecto del inferior. Es una casa construida para mirar el lejano horizonte del océano, para alzarse en el barrio noherniego de un puerto y albergar en su seno un café cantante llamado, por ejemplo, "La Luna de Sebastopol". En el piso bajo se abre un amplio zaguán con varias sillas y, sentado en una de ellas, hay un hombre tocando la concertina en mangas de ca-

misa. Parece el marinero más solitario, ese que tiene la pena más secreta y se consuela con su musiquilla, mientras el resto de la tripulación bebe ginebra en el reumático establecimiento.

El mundo se mete en el bolsillo del chaleco su monóculo de sol y luego saca el de plata lunada que es el que utiliza para trasnochiar. Oyendo el son arrabalero de la concertina, un viejo hidalgo que está sentado en la mecedora de su despacho, recuerda la pasión más violenta de su mocedad y, lentamente, coloca su mano fina y huesuda sobre el costado siniestro. Yo me paseo de un lado para otro a la orilla del río. Surgen ya las primeras estrellas y se encienden las altas galerías, las pequeñas ventanas, los balcones misteriosos donde se acodan, sueña que te sueña, las doncellas más apasionadas.

El hombre de la concertina toca ahora las piezas más nostálgicas de su repertorio, esas que nos hacen añorar sin remedio los países donde nunca vamos a vivir. Parece amasada esta música en el propio corazón de los indios andinos que, diseminados por los picachos de la cordillera, sienten sus rostros de metal inmutable azotados por vendavales de soledad. Yo también ando solo y desterrado lo mismo que Ashaverus, el judío errabundo. ¿Hay alguien que a esta hora piense en mí al otro lado del planeta? ¿No soy ya tumba de mi recuerdo las almas de los que me amaban al partir? Todas estas son vanas preguntas sin posible respuesta, que remueven mi espíritu como el viento las hojas secas del otoño. La luna me acecha con sus ojazos de gato y el hombre de la casa verde toca y toca sin cesar la concertina.

EL HIDALGO

Muchas tardes le veo cruzar la calle con sus pasitos cortos y su aire señorial. Suele llevar en sus paseos una garrota delgada que realza la dignidad de su figura. Viste siempre de negro, desde el sombrero de ala ancha fabricado en Nueva York, hasta los zapatos puntiagudos y un poco vueltos hacia arriba. Pero no viste así porque esté de luto, sino por desdén y menosprecio del tráfico mundano. Lleva recios mostachos canosos y retorcidos a lo Castelar y unos lentes de oro cabalgan sobre su corva nariz. Es admirable la medida con que este caballero saluda a sus conocidos. Cuando se trata de algún indio que le cede la acera y le dice: "Buenas tardes, **patronsito**", el hidalgo se toca el ala del sombrero con el dedo índice, lleno de dignidad. En

cambio, cuando pasa junto a él alguna dama, se descubre ceremonioso e inclina la cabeza con versallesca galantería. ¿Dónde hemos visto antes nosotros a este señor? No es preciso que cavilemos mucho. La respuesta nos viene de inmediato. Lo hemos visto en una calleja de Avila o de Segovia o tomando el sol un domingo por la mañana en cualquier pueblecito de la Mancha.

Sabemos algo de este hidalgo por las habladurías de los vecinos. Fue algo tenorio en su juventud y hasta incluso estuvo varios años en París, haciendo vida bohemia de señorito americano. Pero ha llovido mucho desde entonces y hace ya tiempo que abandonó sus veleidades. Ahora vive por entero consagrado al gran negocio del alma y, a veces, sonríe con cierta melancolía cuando, al regresar por la noche a casa, sorprende a un joven hablando desde la calle a su novia, que le escucha acodada en el balcón.

Este hidalgo se llama don José, pero los íntimos le llaman doctor Pepito, que resulta más cariñoso. Don José tiene guardados en un cajón de su despacho viejas ejecutorias de nobleza y un pergamino amarillento con el árbol genealógico de su familia, que acredita su limpieza de sangre. El buen caballero tiene pasión por la heráldica y, a veces, publica artículos llenos de una prolífica erudición en esta rama de la ciencia.

Don José no se pierde la misa ni un solo día y, como es bastante hábil para el órgano, suele tocar los domingos en la parroquia de un cura amigo suyo. Las muchachas que cantan a coro el "Ave María", de Schubert, son bonitas, alegres y un poco traviesas. Mientras el buen anciano hace sonar el órgano, se le arriman por detrás y le soplan suavemente en la calva. Don José, que sabe perfectamente lo que pasa, finge sentir frío y exclama:

—¡Achachay! Cierren esa puerta, niñas.

Nuestro hidalgo es un poeta muy sentido para bodas, bautizos y funerales. Una vez, hace ya de esto treinta años, compuso un vals deliciosamente romántico para una amiga suya que se casaba. Pero ahora don José no es ya ni siquiera una sombra de lo que fue y limita su estro a las funciones de iglesia. Ya no tiene respetos humanos como en los lejanos tiempos de su mocedad, cuando blasonaba de

ateísmo entre los amigos y se pasaba la vida jurando y perjurando que iba a comerse crudo a un arzobispo. Ha regresado el hidalgo al redil sentimental de sus mayores y es frecuente verle pasar en las procesiones con la cabeza bien alta y un tremendo velón en la mano derecha.

Don José no comprende en absoluto los tiempos modernos y es un temible detractor de las nuevas costumbres. A veces, al atardecer, pasa envuelto en su capa española de forros bermejos y entra en el cementerio de la ciudad, tal vez en busca de su antigua inspiración necrológica. Los sapos croan en las charcas vecinas al camposanto y sonríen bondadosas las estrellas, guiñándose los ojos las unas a las otras, al ver a este buen hidalgo andino, católico y sentimental, a unos cuantos kilómetros de la costa febril y jacarandosa, donde las mulatas bailan el mambo con la blanca herida de la sonrisa sobre sus caras de chocolate y las serpientes dormitan aletargadas entre las anchas hojas de los platanales.

LOS FUNERALES DEL OBISPO

Recuerdo haberle visto varias veces por las calles de Cuenca, dando su cotidiano paseo vespertino. Era un hombre ligeramente obeso y ya casi centenario. Llevaba siempre una teja de anchas alas y se ceñía la cintura con la roja faja de obispo. Le acompañaba en sus paseos un joven y delgado familiar. Se reía muy pocas veces el viejo prelado y cuando yo me lo encontraba en los alrededores de la ciudad, advertía en su rostro una vaga expresión doliente, como de quien sabe que está contemplando por última vez los dulces campos de la tierra. El viejo prelado salía todas las tardes a despedirse de las cosas que más amaba, de las azules montañas, del río joven y transparente que lame el ala sur de la villa, de las vocingleras golondrinas, de los perritos vagabundos... El anciano caminaba con lentitud y tenía que detenerse de trecho en trecho para que los chiquillos pudieran besar sus manos ya cansadas de bendecir. Mirándole a los ojos, se podía ver la muerte que maduraba en su corazón como una granada roja y a punto de reventar o como un árbol umbrío que ya era dueño de aquel gastado cuerpo. Paseaba el obispo su muerte casi centenaria por las calles y las plazas de la ciudad y cuando los chiquillos se le acercaban, yo le veía luchar contra ella, contra la inevitable silenciosa, para poder alzar el brazo y bendecirlos.

Y un buen día, las campanas de todas las iglesias empezaron a lamentar el óbito del obispo. Su muerte derramóse como un aura por la ciudad, se infiltró por las rendijas y por unos días la imagen del viejo prelado vivió misteriosamente en todas las conciencias.

La iglesia de Cuenca organizó en su honor unos solemnes funerales que duraron tres días. Vinieron los curas más importantes del país, los obispos y el Nuncio de Su Santidad. Paseaban el cadáver del anciano de iglesia en iglesia, vestido con sus galas más espléndidas, con su mitra, su báculo y su capa pluvial. Era la apoteosis de la muerte bajo el alto sol de la sierra ecuatoriana. El último acto de las exequias fue celebrado en la catedral vieja que se alza en la plaza principal frente a la nueva, todavía en construcción. Era un día luminoso y ni una nube empañaba la pureza diáfana del cielo. Iluminaba el sol con hiriente nitidez los contornos de las cosas. En el parque de Abdón Calderón estallaban rosas blancas y de algunos árboles caían dulcemente flores amarillas que esmaltaban la verde hierba. Una suave fragancia aromaba la mañana. Numerosas personas de todas las clases sociales aguardaban la salida del fúnebre cortejo, a la puerta de la catedral. Era ya casi el mediodía cuando apareció el cadáver del obispo navegando sobre un mar de cabezas que se agolpaban para verle. El sol arrancaba destellos fugaces en los bordados de sus litúrgicas vestiduras. El rostro momificado del anciano tenía ese color arcilloso de lo que ya pertenece definitivamente al mundo subterráneo. Llevaba la boca entreabierta como una máscara trágica y sus rasgos faciales se habían transformado tanto que apenas se parecía al suave anciano casi centenario que nosotros solíamos ver paseando por las calles atardecidas. ¿Tenía alguna relación aquel despojo habitado por la muerte con el viejo caballero de iglesia cuyas manos habían acudido a besar tantas veces, como atolondradas golondrinas, los niños morenos de la ciudad?

Yo contemplaba el cadáver mitrado bajo el radiante sol del mediodía y recordaba los sarcófagos de piedra polvorienta donde duermen el sueño perdurable los obispos españoles. Me venían a la memoria unos versos latinos del querido San Eugenio de Toledo, aquel prelado exiguo de cuerpo, que vivió combatido por la angustia en el remoto siglo séptimo de los monarcas visigodos:

"Pauper et exiguus ibis et nudus ad umbras."

En medio de los numerosos clérigos y obispos que acompañaban al cadáver, caminaba, grave y solitario, el Nuncio de Su Santidad con una larguísima capa de tres o cuatro metros. Luego avanzaban, vestidos de negro y en hileras correctas, los caballeros de la ciudad. Venían después, muy seriecitas, las niñas de los colegios formadas por orden de estatura. Las de los últimos cursos tenían ya siluetas de mujer y los senos recién brotados levantaban candorosamente las blusas de los uniformes. Era en extremo conmovedor verlas poner caritas de circunstancias, como si no fueran ellas la vida siempre joven e invencible, como si de verdad creyeran en la muerte. Algunos adolescentes las contemplaban con ansiedad desde la acera y ellas, de cuando en cuando, también lanzaban miraditas furtivas a los espectadores.

Pocos minutos después, entre repique de campanas y músicas fúnebres, metieron el cadáver del obispo en la catedral nueva y lo depositaron en la cripta. Las blancas rosas bebían felices el sol del mediodía y desde algunos árboles seguían cayendo dulcemente sobre el césped de la plaza pequeñas flores amarillas.

NAVIDADES EN CUENCA

Para los que hemos pasado casi todas las Navidades de nuestra vida convenientemente congelados por el frío diciembre de Europa, esta Navidad andina del Ecuador, con sol de primavera y abundantes flores en los huertos, nos parece un contrasentido. Recordamos nosotros los suaves copos de nieve que algunas veces veíamos caer por estas fechas desde la ventana de nuestra habitación, o esa noche del veinticuatro, en que el único abuelo que nos quedaba en la familia, bebía un poco más de la cuenta y se ponía sentimental. Pero aunque todo esto ha desaparecido para siempre, sucede que en los días últimos del año torna de nuevo a nuestra memoria como un espectro viejo y entrañable.

Las Navidades en Cuenca son pintorescas y exóticas para el extranjero. La piedad religiosa de los indios les da un sabor muy peculiar. Los llamados "pasos del Niño" constituyen una ceremonia de gran interés folklórico. Son pequeñas comitivas organizadas por la gente del pueblo con objeto de trasladar al Niño Jesús o "Taita Diosito", como dicen ellos, de una iglesia a otra. Comienzan con sencillez

unas semanas antes de diciembre y culminan en las admirables caravanas de Navidad. Las comitivas suelen ser normalmente poco numerosas. A veces, va delante una india que levanta en su mano derecha una copa de humeante incienso. Marchan detrás dos o tres niños disfrazados de pastores y, en plena época de Navidad, alguno de los chicos lleva un disfraz más elegante, que puede ser, por ejemplo, sombrero hongo, traje negro y máscara de cartón. Detrás de los niños, avanza un grupo de hombres y mujeres con blancos sombreritos de paja y rostros llenos de unción religiosa. Los ponchos, las polleras y los mantos, componen una escena de abigarrada policromía. En algunos casos, uno de los varones esparce por el aire pétalos de rosa, que descienden al suelo como una suave lluvia. Un músico de aspecto serio y melancólico marcha al fin del cortejo, tocando en la concertina villancicos tradicionales del país. Los "pasos" menos importantes son para mis los más conmovedores. A veces, los veo pasar muy de mañana por delante de mi casa. Parecen estampas arrancadas de un viejísimo cuento de Navidad. La melodía triste y delicada que repite una vez tras otra la concertina, pone un leve temblor de ternura en los aires recién amanecidos y el día parece de pronto una inmensa caja de música sonando blandamente.

La mañana del 25 de diciembre, se organiza una larga caravana, donde se ven muchos borriquillos pintados a brochazos verdes, azules, rojos, etc. Visibles en las albardas, llevan toda clase de frutos y alimentos que simbolizan una ofrenda a Jesús. Jinetes en estos asnos policromados, cabalgan niños vestidos de pastores y, a veces, también de ángeles con blancas vestiduras y alitas plateadas en la espalda. Cuando los chicos son de muy escasa edad o no han podido conseguirse un burro, se transforman en pastores de a pie o en ángeles de infantería. Algunas madres también disfrazan a sus hijos de pecho y con ellos en brazos marchan gozosas en la caravana. Cuando le aprieta el hambre a alguna criatura, no hay más remedio que sacar el seno en plena procesión y darle de mamar caminando. Las mujeres a quienes tales accidentes acontecen, sonríen bobaliconas, como si, de pronto, sus hijos respectivos se hubieran transformado en ángeles lactantes y ellas tratasen de inculcar a la multitud la idea de que tampoco ellas comprenden tan asombrosa metamorfosis. El número sensacional de esta caravana, lo componen las grandes carrozas tripuladas por grupos de chiquillos que, ataviados a la usanza judía de la época de Augusto, figuran escenas alusivas al nacimiento de Cristo.

Una costumbre muy curiosa de estas fiestas es la de los "años viejos". El día treinta y uno por la noche se levantan en los diversos barrios grotescos monigotes que representan al año fenecido. Niños con antifaces y caretas custodian a los muñecos y, con este pretexto, se acercan a los viandantes para sacarles unos centavos. A veces, puede verse un cartel en el pecho del fanteoche con un letrero que dice, por ejemplo: "Una limosna para mi fin". En algunas de las barridas, la confección de los "años viejos" constituye una cuestión de honra local y los vecinos levantan grandes tablados en forma de escena con muñecos estrafalarios. Cuando suenan las doce de la noche y comienza el mes de enero, los "años viejos" arden por toda la ciudad. En ciertos casos, los muñecos tienen algún sentido político. Así, por ejemplo, este último año quemaron en uno de los distritos a un monigote que ostentaba la hoz y el martillo sobre su camisa roja.

Arcaica gracia tienen algunos villancicos de los que el pueblo canta en estos días. Muchos de ellos son anónimos y los hay que alcanzan hasta dos siglos de antigüedad. Casi todos están en español, pero hay algunos escritos en el idioma de los indios ecuatorianos. Variedad muy interesante para la Historia de la Literatura, constituyen los que alternan un verso en español con otro en quechua. Estos villancicos bilingües suelen ser de una sencillez ingenua y candorosa. He aquí un par de estrofas de uno de los más populares:

"En noche tan fría
nashircanguimi; (eras Tú nacido)
con la escarcha y hielo, Niñito,
chugchucungimi. (estabas temblando)

Tiernas lagrimitas
huacartanguimi (estaban brillando)
y ese tu pechito, Niñito,
ruparicungimi." (estaba temblando).

Entre los escritos en castellano, destaca uno que refleja muy bien el carácter humilde y delicado de los indios, al mismo tiempo que deja traslucir, un tanto melancólicamente, su triste condición de raza sometida y explotada por el blanco:

"¡Holal, Huiracocha,
nada me digáis,
que soy indioito

de San Sebastián;
que en ayunas vengo
y sin almorzar
a la Gran Vigilia
de la Navidad."

En la fiesta de la Epifanía, levantan en la plaza mayor un escenario y unos cuantos muchachos representan la historia de los Reyes Magos para un numeroso auditorio popular que contempla la obra de pie. El cuadro que forman los espectadores con sus blancos sombreritos y los actores niños que declaman y accionan con entusiasmo en el palacio del rey Herodes, tiene para nosotros un sabor inefable y, súbitamente, nos sentimos trasladados a la pequeña plaza de cualquier ciudad española en pleno siglo XIV.

Durante los días cinco y seis de enero, salen muchas personas a la calle ataviadas con diversos disfraces. Se ven chiquillos enmascarados, tipos de frac y chistera, falsas mujeres motoristas que, en el fondo, son fulanos con las piernas asquerosamente peludas y escandalosos coloretos en la cara, arlequines bulliciosos, payasos retozones, señoritas blancas vestidas de indias con las ropas dominicales de las criadas... Por la ciudad corre un viento de locura y el que más y el que menos arroja su máscara diaria para ponerse una postiza que es tal vez la que mejor le sienta. Los inocentes bailan en las calles y, entre las comparsas, no falta nunca un diablo danzarín y funambulesco, que no va disfrazado, ni mucho menos, sino que es un demonio de verdad.

Vida Jurídica en Cuenca

Entre las ciencias, indudablemente, la de mayor trascendencia para los pueblos es la del Derecho y la Justicia, pues Derecho y Justicia son la base no sólo para la armonía social sino para la vida misma del Estado.

Sin justicia no hay civilización y cuanto más elevada y recta sea la norma para la distribución de derechos y obligaciones, tanto más subirá el nivel moral de la sociedad humana.

Cuando el progreso material, aspiración justa también para el bienestar colectivo, se detiene sin embargo o marcha lento por falta de medios económicos, esto no impide el perfeccionamiento intelectual y moral de un país o de determinado sector de un país; y al contrario tal vez la falta de riqueza y de progreso en obras físicas, forma en cierto modo ambiente propicio para las elucubraciones de la mente en sus diversas actividades.

Tal sucedió a Cuenca en sus primeros años de vida: aislada del resto del mundo por sus caminos difíciles, privada de las comodidades y distracciones de la vida moderna, circundada de las cordilleras andinas, arrullada por sus ríos cristalinos y cobijada por su hermoso cielo azul, estaban sus moradores llamados por la naturaleza y las condiciones propias del medio, a la poesía y a las ciencias meramente especulativas. Filosofía y Derecho, Jurisprudencia y Poesía eran las actividades más propias para los cuencanos.

Por eso en el siglo pasado se conocieron verdaderos valores en la ciencia jurídica y Cuenca dio al Ecuador Legisladores y Magistrados

que honraron al País, y el foro cuencano contó con las luces del talento de sus abogados ilustrados y la probidad incorruptible de sus Jueces.

Si Cuenca ha sido calificada como la "Ciudad de la Paz", esta paz tiene también por fuente el acierto y la justicia de los fallos de sus jueces, verdadera defensa contra la arbitrariedad y el delito que desgraciadamente existen y tienen que ser reprimidos por el Poder Público.

Entre las Instituciones más antiguas de carácter jurídico merece tomarse en cuenta, así por su importancia legal como democrática, la Corte Superior de Cuenca establecida por el soldado y estadista, el gran Mariscal Antonio José de Sucre.

Si las funciones de la soberanía se dividen en las tres ramas conocidas de Legislativa, Ejecutiva y Judicial, puede comprenderse el valor intrínseco de esta última manifestación del poder, que hace práctica toda la importancia de la Ley en la vida social y aplica con sabiduría de Legislador a los casos reales que requieren la interpretación acertada y la comprensión cabal de la disposición de la Ley.

Por eso en el proceso histórico-jurídico de nuestra región, es un acontecimiento trascendental la inauguración de la Corte Superior de Cuenca mediante el Decreto de Fundación expedido en 20 de marzo de 1822 por el Mariscal Sucre, "como General de Brigada, Encargado de Gobierno en el Departamento de Quito, etc." y autorizado por S. E. el Libertador Presidente.

La Corte se establece después de apropiadísimo considerandos acerca de la necesidad de un Tribunal, con tres Miembros y un Fiscal; con facultades para el conocimiento de causas civiles y criminales; con la jurisdicción que comprende el territorio desde los límites de la República en el Sur hasta los pueblos hacia Quito que se vayan libertando y con la característica de cesar en sus funciones cuando se instale en Quito la Corte Superior del Distrito del Sur. Los Ministros de la Corte, reza el mismo áureo Decreto, serán los señores doctor Salvador de la Pedroza, doctor José María Lequerica, doctor Miguel Malo y Fiscal doctor Agustín Celis. Firman el Decreto: Antonio José de Sucre y el Edecán Secretario, Eusebio Borrero.

Se instala la Corte, solemnemente, el 26 de marzo de 1822. Tratóse de la vida jurídica de Cuenca no me resisto a transcribir el acta de tan fundamental ceremonia, acta así como corta, significativa:

"En la Sala destinada para el establecimiento del expresado Tribunal, los señores General de Brigada y Comandante General de la División del Sur, Antonio José de Sucre, como Encargado del Gobierno del Departamento, presidiendo el acto, doctor Salvador Pedroza, Presidente de la Corte de Justicia, doctor Miguel Malo, Ministro nombrado de ella, y no habiéndose podido instalar el día señalado en el anterior Decreto, por justos inconvenientes, y sin asistencia de los otros dos Ministros nombrados doctor José María Lequerica y Fiscal doctor Agustín Celis, por hallarse legítimamente impedidos, en presencia del Estado Mayor, Oficialidad de la División, Cuerpos de Escribanos y Procuradores y un numeroso pueblo, el señor General pronunció el discurso siguiente: Señores: Al entrar en este recinto agosto de donde la justicia va a extender su mano benéfica hacia las provincias que la República ha encargado a mi dirección, yo siento en mi alma el santo respeto que inspira el honor y las leyes a los ciudadanos a quienes la suerte ha puesto en sus manos la espada que defiende la inocencia y la Patria.— Contemplando que hoy existe en Cuenca un Tribunal en que el Poder encuentra un dique contra el abuso de autoridad, me hallo como transportado cerca del altar de la Justicia, y tributándole, con este homenaje, los deberes de un Jefe Republicano hacia los pueblos que manda para procurar su bien y su dicha, mi corazón está quizá más satisfecho que si le hallasen en el momento colocado en el Templo de la Victoria.— Señores Ministros: el depósito que Colombia os confía es un sagrado depósito. Delante de Dios y de los Hombres tenéis una responsabilidad inmensa para administrarla, pero él os procura una gratitud, una consideración también inmensa de vuestros compatriotas, si la rectitud y la imparcialidad os guían siempre. Recordad, señores, que el Código de Colombia que os ha entregado la aplicación de las leyes, ha costado a la República doce años de sangre y de sacrificios, sobre los cuales se han levantado la igualdad y la libertad. Recordad siempre que este Código inviolable hace unos mismos, delante de nosotros, los derechos del más desventurado y del más favorecido ciudadano.

Concluida esta arenga, el señor General Presidente procedió a recibir el juramento a los señores Ministros presentes, quienes lo prestaron por Dios nuestro Señor y una señal de cruz, puesta la mano sobre los Santos Evangelios y la Constitución, en la forma siguiente: "Jurais a Dios nuestro Señor y prometeis a Colombia cumplir fielmente los deberes de vuestro Ministerio, defender y sostener la Constitución del Estado, sancionada por el Congreso General de la República, y observar sus leyes? —a lo que respondieron: Sí juramos. —Pues si así lo hiciéreis, Dios os premie, y si nó, os demande: a que contestaron: Amén." — "Acabado el juramento, el señor General Presidente dijo: señores: la Corte de Justicia de las Provincias del Sur queda instalada, e inmediatamente levantándose del asiento preferente que ocupaba, lo cedió al señor Ministro Presidente de la Corte, quien pronunció luego el discurso siguiente: "Señor: Las ilustres operaciones de V. S. sobre este suelo son tan enérgicas, que hasta en mis rudos órganos forman la debida impresión. Hoy mismo tiene V. S. la bondad de elevarnos a este Tribunal de Justicia que se acaba de instalar, colocándonos en la alta clase de sus Ministros: Nos hace ver la inmensa responsabilidad que tenemos ante Dios y los hombres, por el sagrado depósito que pone en nuestras manos: nos estimula a la rectitud e imparcialidad con que debemos conducirnos, teniendo presente que si el Código de Colombia nos entrega la aplicación de sus leyes, ha costado esto doce años de sacrificios. Confesamos, señor, que nuestras fuerzas son insuficientes para sostener tan grave peso; sólo la obediencia puede conducirnos hasta el punto de querer superar barreras impenetrables a la limitación de nuestros conocimientos: tememos demasiado formar un borrón deforme sobre el magnífico cuadro en que se van estampando las heroicas hazañas de V. S. aunque los defectos del entendimiento nunca deben imputarse a nuestra voluntad. Verdad es que deseamos con ardor que nuestras operaciones correspondan de algún modo a la pureza y candor de los sentimientos de V. S. Haremos cuanto esté de nuestra parte para no obscurecer la gloria del Comisionado de la República para esta Dirección: Practicaremos de modo que todos queden persuadidos en que son unos mismos los derechos del más desventurado como los del más favorecido de los ciudadanos, y dirigimos nuestros votos al Cielo para lograr el honor de transmitir a las generaciones futuras el recomendable nombre de

V. S.— Entretanto, el Pueblo que al frente nos escucha y esta Corte de Justicia que acaba de instalarse, rinden al Excelentísimo Señor Libertador, a V. S. y a los señores Oficiales que lo acompañan las más debidas gracias." — "Con lo cual se concluyó este acto que firmamos el señor General Comisionado, los señores Ministros de la Corte y los Escribanos Públicos que certifican. — Antonio José de Sucre.— Salvador de la Pedroza.— Miguel Malo.— Ante nos, Juan Izquierdo del Prado, Escribano Público, Notario de Diezmos y Cruzada.— Gerónimo de Illescas, Escribano Público y Notario Mayor."

(Tomado de la Revista "Justicia" de la Corte Superior de Cuenca, N° 1 de enero - marzo de 1955).

Esta misma Revista aclara en una nota que los señores Lequerica y Celis a quienes se refiere el acta anterior continuaron en su impedimento de integrar la Corte y fueron reemplazados por los señores doctor Miguel Rodríguez, Presbítero, Curá de San Roque, a la sazón, y por el doctor Santiago Bermeo, respectivamente. Así mismo apunta que la fundación anterior fue en cierto modo simbólica por la poca actuación del Tribunal y que éste se estableció en forma definitiva en 1835 con los Ministros doctor Manuel Arévalo, Joaquín de Salazar y Lozano, Pablo Hilario Chica, Luis José González y Joaquín Pareja.

Ante este Tribunal que nombró además los funcionarios correspondientes, es digno de anotarse que se incorporaron como primeros Abogados de los Tribunales de la República, en Cuenca, el ilustre patricio, que más tarde fue Vicepresidente de la República, doctor Mariano Cueva, el 10 de diciembre de 1835, el doctor Isidro Ayora, el mismo día y el doctor José Antonio Parra.

Tan alto Tribunal ha sido integrado por lo más distinguido del foro Azuayo, en todo el transcurso de su vida, sin que esto signifique que no hayan otros jurisconsultos notables, como apuntaré después, que no han pertenecido a la Corte.

Pero si integrar el Tribunal aludido era distinción, mucho mayor e indiscutible es la de presidirlo; de aquí que sin vacilación enumero los nombres de los Presidentes de la Corte Superior de Cuenca, como merecedores de constar en las páginas de la Historia Jurídica.

La nómina es la siguiente: Dres. Salvador de la Pedroza, Manuel Arévalo, Pablo Hilario Chica, Joaquín de Salazar y Lozano, Manuel Casto Alvear, Benigno Malo, Vicente Palacios, Mariano Cueva, Antonio Arteaga, José Manuel Rodríguez Parra, Nicolás Gómez, Antonio Mancilla, Antonio Borrero Cortázar, José Rafael Arizaga, Vicente León, Manuel Dávila, Juan Jaramillo, José Félix Chacón, Ramón Borrero Cortázar, Juan Ignacio Moreno, Darío Astudillo, Manuel Eloy Salazar, Víctor J. Espinosa, Juan de Dios Corral, Rafael María Arizaga, Antonio Tamariz, Pablo Chica Cortázar, Belisario Andrade, Manuel Coronel, Adolfo A. Torres, Aurelio Bayas, Remigio Astudillo, José Cordero Machuca, Reinaldo Chico, Víctor F. Aguilar, Antonio Farfán, Benigno Vázquez Cobo, Alfonso María Borrero, Octavio Cordero Palacios, Remigio Tamariz Crespo, Julio Tobías Torres, Tomás Moreno R., Benjamín Cordero, Miguel Cordero Dávila, Miguel Díaz Cueva, Alberto Muñoz Vernaza, Juanuario Palacios, Alfonso María Mora, Francisco Martínez Astudillo, Salvador González Iglesias, Antonio Borrero Vega, José Maldonado Vázquez, Miguel Peña Jaramillo, Lucas S. Vázquez, Ulises Chacón Martínez y Carlos Enrique Vintimilla. (Datos proporcionados por el doctor Antonio Borrero Vega, en vista de los propios libros de la Corte).

Entre los Abogados notables del Azuay y que no han ejercido la Presidencia de la Corte Superior y limitándose sólo a los fallecidos, pueden citarse los nombres esclarecidos de los siguientes: Dres. Pío Bravo, Juan Bautista Vázquez, Vicente Palacios, Honorato Vázquez, José Peralta, Manuel Salcedo, Manuel Nicolás Arizaga, Santiago Carrasco, Remigio Romero León, Juan Iñiguez Vintimilla, Moisés Arteaga, Joaquín Fernández de Córdova, Carlos Córdova Rivera, Gonzalo S. Córdova, José Miguel Ortega, Víctor Cuesta, Carlos Joaquín Córdova, Ezequiel Márquez, Remigio Crespo Toral, Luis Cordero Dávila, Gonzalo Cordero Dávila, Daniel Hermida, y muchos más que han dado prestigio a la jurisprudencia en el Ecuador.

La brillante tradición jurídica de Cuenca continúa, para prestigio del Azuay y de la República, en las actuales generaciones y son muchos los Abogados que inmortalizarán su nombre por la ciencia y la probidad de que se hallan adornados, mas siempre es mejor que la historia recoja sus nombres cuando hayan terminado su ruta de peregrinación en esta vida.

Entre las Instituciones que han colaborado para perfeccionar en Cuenca el estudio de la Jurisprudencia y han estimulado a comprender la altura de la misión del Abogado, está la Academia de Abogados de Cuenca, cuya iniciación puede remontarse a Junio de 1836, cuando se constituye la "Primera Academia de Prácticas" en virtud del Decreto Orgánico de Enseñanza Pública de 20 de febrero de 1836. Esta primera Academia integran todos los Abogados existentes entonces en Cuenca y que fueron los doctores: José María de Landa y Ramírez, Arcediano Miguel Rodríguez, Mariano Veintimilla, Carlos Casamayor, Ramón Cortázar, José Jerves, Juan Francisco de Rivera, Miguel Malo, Pío Bravo, Mariano Cueva, Vicente Palacios, José Antonio Rodríguez Parra, Fernando Romero, Próspero Benavidez y José Antonio Andrade. El primer Director, fue el doctor Landa y Ramírez y Vicedirector el doctor Vicente Arévalo.

En 1913 y como reiniciación de la Corporación anterior se funda en Cuenca el "Colegio de Abogados", con la Presidencia del ilustre jurisconsulto doctor Rafael María Arizaga y la Vicepresidencia del gran internacionalista doctor Honorato Vázquez. Es designado Secretario el doctor Alfonso M. Borrero; Tesorero el doctor Ezequiel Márquez y Vocales los doctores: Remigio Crespo Toral, Alberto Muñoz Vernaza, Santiago Carrasco, Adolfo A. Torres, Benjamín Cordero y Remigio Astudillo.

Epocas hay en que esta Corporación tiene sus intervalos de existencia por falta de funcionamiento, pero latente el espíritu de estudio en el Azuay, vuelve a reorganizarse la Academia en el año 1934, siendo designado Presidente el doctor Octavio Díaz y Secretario el doctor Carlos Cueva Tamariz. En esta época se expiden Estatutos que debidamente aprobados constituyen a la Entidad en persona jurídica.

Suspendidas sus actividades por algún tiempo, nuevamente se reorganiza el año 1942, en 11 de octubre, designándose una directiva provisional, integrada así: Presidente Dr. Andrés F. Córdova, Vicepresidente Dr. Antonio Borrero Vega; Vocales los doctores Lucas S. Vázquez, Carlos Cueva Tamariz, Miguel Peña Jaramillo, Juan Iñiguez Vintimilla, Carlos Enrique Vintimilla, Tarquino Martínez Borrero, Luis Guillermo Peña, Octavio Ríos Marcos, José Maldonado Vázquez, Miguel Calderón S. y Julio Abad Chica; Tesorero el doctor Manuel Ignacio Ochoa Alvear y Secretario el doctor Víctor Lloré Mosquera.

Desde el año 1943, la Presidencia de la Academia ha estado a cargo de los siguientes Abogados: Dr. Andrés F. Córdova, Dr. Lucas S. Vázquez, Dr. Carlos Cueva Tamariz y nuevamente el expresado Dr. Vázquez. Esta Corporación ha publicado su órgano oficial denominado "Revista de la Academia de Abogados del Azuay", con importantes estudios pertinentes al Derecho en sus diversas ramificaciones.

La profesión de Abogado, alta misión social que constituye al juriconsulto, como bien se le ha denominado, en sacerdote de la justicia; ha sido por lo general, dignificada en el Azuay, y así mismo el doctorado cuencano ha llevado fuera de la Provincia las características de su capacidad y honradez. Lástima es y grande, que en algún caso de excepción algún cuencano haya envilecido una profesión tan noble.

Hay la creencia vulgar de que el Abogado es un peligro para la paz social por los raros casos en los que se defienden injusticias o se retardan obligaciones que la equidad reclama. Contra este prejuicio hay que luchar con el enaltecimiento cada vez mayor del ejercicio de la Abogacía.

Si bien en el ámbito penal el Abogado está representando como si diríamos al delincuente y está autorizado moralmente a negar la perpetración de la infracción, esto no le permite tampoco usar para la defensa de medios vedados por la ley y por el decoro.

Muchos litigios se evitarían si es que el Abogado hablase al interesado con la franqueza que el caso requiere, negándose a la defensa cuando entrañe una quiebra de la justicia.

Puede anotarse también como parte, e importante, de la vida jurídica de Cuenca, la formación de los Abogados, o sea, la concesión, previo el ciclo de estudios correspondiente del Título de Abogado de los Tribunales de la República. Es la Universidad de Cuenca la alta Institución a quien corresponde esta misión.

Se funda la Universidad el 1º de enero de 1868, solemnemente; su primer ilustre Rector es el estadista don Benigno Malo. Intervienen en el acto los alumnos Carlos Domínguez y Guillermo Ochoa del Colegio Nacional, Federico Proaño y Roberto Crespo Toral del Colegio Seminario y declara instalada la Universidad el propio primer Rector

con su luminoso discurso, quien entre otras cosas dice: "Nosotros hombres de un día, si queremos dar a la Universidad de Cuenca, un carácter de perpetuidad que desafíe las vicisitudes del tiempo, procuremos forjarla en ese yunque que ha gustado de todos los martirios; edifiquémosla sobre esa piedra siliar escogida y labrada por la mano de Jesucristo. Roma, señores, es la cátedra, el museo, la Universidad destinada por la Providencia para la instrucción del mundo entero. Vosotros sabéis que no se puede prescindir de Roma siempre que se trate de la verdad religiosa; pero como la Religión, por su esencia, desarrolla al hombre moral e intelectual por la meditación y la lectura, es claro que por allí le conduce a la civilización terrestre, en todas sus manifestaciones. Aún prescindiendo del razonamiento, señores, los hechos se encargan de probar la verdad, de que la marcha de la civilización no puede efectuarse, sino bajo el lábaro cristiano. Por donde él pasa y se fija, allí se establece la civilización; y donde se retira allí sobrevienen las tinieblas."

La Universidad de Cuenca ha mantenido también el prestigio que a la ciencia jurídica corresponde, con la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Políticas y Sociales, ya mediante un selecto profesorado, generalmente, ya con la dirección de distinguidos Rectores del Plantel y Decanos de la expresada Facultad. Como Rectores han intervenido, en orden cronológico, los siguientes esclarecidos personajes, juriconsultos los más: Benigno Malo, Mariano Cueva, José Joaquín Malo, Benigno Palacios Correa, Juan Bautista Vázquez, Ilmo. Miguel León, Luis Malo, José Félix Chacón, Honorato Vázquez, Luis Cordero, José Peralta, Remigio Crespo Toral, Octavio Díaz León y el actual, Carlos Cueva Tamariz.

Al presente un juriconsulto ecuatoriano, el Sr. Dr. Dn. Andrés F. Córdova, como si se dijera cuencano por naturalización, ya que casi toda su vida ha ejercido sus actividades profesionales y docentes en esta Ciudad, está publicando una importante obra: "Derecho Civil Ecuatoriano" y esta publicación, indudablemente, servirá como factor de cultura jurídica en la vida del Fofo Azuayo.

La Universidad cumple verdadera función social al educar a sus alumnos porque éstos llevan al ámbito de la sociedad la cultura que reciben en las aulas.

La cultura no sólo se traduce en el título académico que enaltece al que lo ostenta sino en la influencia social que ejerce el profesional honorable en todos los ramos de la actividad ciudadana.

Sería largo detenernos en la vida de la Universidad de Cuenca y sólo queda hecha esta referencia como reconocimiento de que la labor universitaria es factor primordial en la vida jurídica y política del Azuay y del propio país en general.

Ojalá que el nivel de cultura superior que corresponde a un establecimiento de esta índole siga superándose en todas sus Facultades y que el alumnado, cada vez más numeroso, en virtud del crecimiento de la población y del prestigio de la Universidad de Cuenca, colabore más y más, con la responsabilidad del deber, a su propio perfeccionamiento.

La trayectoria jurídica de Cuenca puede continuar luminosa y sin declinar si el constante esfuerzo de los azuayos coloca, como es de esperarse, a la jurisprudencia en el alto plano que en la sociedad le corresponde.

Nuestro Pasado Médico

"Nuestros Maestros del pasado sólo nos servirán si son algo más que estatuas, si aún siguen formulando preguntas y ofreciendo soluciones que aceptan, discuten y revisan los herederos del legado espiritual."

MARIANO PICON SALAS.

EL PASADO, SEDIMENTO DE CULTURA

Así como hoy es corriente oír hablar de la ruptura y de la disociación del átomo, de la energía atómica, sin que nos detengamos a pensar en el esfuerzo y en el tiempo que han sido necesarios para este grado de la evolución de la física; en lo que ha costado vencer el yugo de arraigadas ideas tradicionales, en valorar la necesaria y laboriosa contribución de tantos y tan numerosos investigadores que han ido aportando el material que ha servido para que la genialidad de algunos sabios realizara esos significativos avances en el conocimiento de la física nuclear; así, también, hablamos hoy en Medicina de las hormonas y de las vitaminas, de los antibióticos y de los anti-histamínicos, de la cirugía del dolor y de la lobotomía, de las relaciones psicosomáticas y de la electroencefalografía, etc., etc., sin detenernos a pensar que todos estos grandes adelantos de hoy día se desarrollaron en largos periodos de la historia, cuyos límites son difíciles de precisar, aunque es indudable que los más notables adelantos de la Medicina han tenido lugar en los últimos cincuenta años, como consecuencia de la introducción del método científico, del reconocimiento de los gérmenes vivientes como causa de las enfermedades, de la introducción del criterio funcional en la patología, del descubrimiento de las hormonas, de los estudios sobre la nutrición y

las vitaminas, de las relaciones psicosomáticas y de la organización práctica y especializada de las diferentes ramas de la ciencia médica.

Hasta el siglo pasado, la Medicina se basaba en la observación y el raciocinio, pero estaba poderosamente influida por la rutina, por la experiencia empírica, por los dogmas pseudocientíficos y por una excesiva confianza en la intuición que, a veces, era un juicio sintético rápido, pero más a menudo, tan sólo una impresión o un parecer arbitrarios. El fin de la Medicina es siempre el mismo, en todas las épocas y en todas las latitudes, o sea, asegurar la salud, prevenir las enfermedades, aliviarlas o curarlas; pero, en cambio, han evolucionado profundamente sus métodos y sus resultados. Los adelantos realizados en la medicina de estos últimos años son portentosos y han revolucionado la vida de los individuos y la organización social. Pero quedan, como es natural, posibilidades de perfeccionamiento en todos los campos, que sólo el futuro podrá resolverlos mediante la investigación científica fundamental, profunda y fructífera.

Pero siempre —y aparte de la legitimidad o de la necesidad de ese movimiento irresistible que nos impulsa y nos proyecta hacia el porvenir de la ciencia— no tenemos el derecho de rechazar ese otro movimiento inverso que nos lleva al pasado, que es sedimento de nuestra cultura, patrimonio espiritual, marcha de la historia. Porque en la historia espiritual, el pasado es la habitación natural de la cultura; es algo que está presente en nuestra vida intelectual y científica, lo mismo que en nuestro existir fisiológico se hallan presentes —sin que nos acompañe a cada momento la conciencia de ellos— los hábitos funcionales de nuestro cuerpo. Cuando el espíritu sube a cierto nivel de potencia, necesita tenderse por los cuatro puntos cardinales y el pasado es esa enorme reserva de materiales con que el hombre puede rodearse de sus horizontes. En cualquier forma de espacio cultural que escoja el espíritu para asentarse, se repite el mismo caso: se vive sobre las profundidades del pasado.

EL ESPÍRITU MEDICO DEL PASADO

Un estudio del proceso histórico del desenvolvimiento de la Medicina en Cuenca, daría la oportunidad para relacionarlo con situaciones y características de nuestra cultura, con aspectos inconfundibles de nuestra mentalidad y de nuestro espíritu, porque la mutación que se

ha operado en el ejercicio y en el concepto mismo de la Medicina, es inseparable de las potencias configuradoras de nuestra alma regional.

La idea misma de la medicina fue susceptible de resplandecer y de perfeccionarse sólo gracias a la cultura, ya que, desde sus comienzos, fue ante todo una disciplina enderezada a operar con fuerzas psíquicas, en la que los médicos desempeñaron su ministerio atentos al alma de sus pacientes y de acuerdo con las virtualidades y el tipo de su cultura general, que no se dejaba estrechar por el exclusivismo profesional, ni permitía dispersarse por la superficie de una erudición libresca o, lo que es más, sin el peligro tan grande de desplazarse a causa de ese desmesurado aparato científico y técnico de nuestros días, anexo a una división de trabajo o a una especialización descontrolada, sin unidad de horizontes. Se intuía, acaso, el peligro que representaría el apogeo de la ciencia para la medicina, sometiéndola, como se la somete ahora, al positivismo irreductible, que es generalización abusiva de las ideas, válidas sólo en el dominio estricto de las ciencias físicas, que llevan a considerar al enfermo como un simple objeto material, como una cosa, y a la medicina como una mezcla de ciencia y de técnica, impersonal y mecánica.

Bien orientados nuestros médicos del pasado gracias a una cultura general y a una actitud en la que el saber científico era lo que debía ser, esto es, un instrumento y una disciplina intelectual, enriquecieron sus medios de acción y su pensamiento acerca de las enfermedades, adquiriendo una idea clara de los límites de lo cognoscible, tras los cuales se extiende la arcanidad. Merced a la base científica de su formación, eran dueños de un criterio fundamental que les permitía prevenir los extravíos de la imaginación y tenían a su alcance métodos y medios, más o menos apropiados para la época, para verificar o descartar las simples hipótesis.

Es innegable que el espíritu de nuestros protomédicos no arraigó sólo en la parte discursiva de su mentalidad, ni dependía sólo de algo susceptible de mera acumulación de conocimientos, ya que pudo alcanzar una forma relativa de perfección, independientemente del progreso en materia del saber científico de la época. Fue una especie de instinto original, dirigido e iluminado por una fe íntima, que es la sustancia esencial e inmutable de la vocación médica como sacerdocio, sustancia gracias a la cual ser médico no constituía simple ocupación utilitaria.

Si aceptamos que les guió una noble idea rectora, una fe entrañable en su profesión, es legítimo esforzarse en precisar cuál fue el carácter de esa idea, cuáles las virtualidades que no fueron fruto de sus estudios, pero que adquirieron, con éste, desarrollo y perfección.

En primer lugar, poseían ese dón de humanidad y de abnegación, esa suerte de sensibilidad y simpatía para el enfermo, a quien se comprendía y se atendía tanto por sí mismo cuanto como prójimo, semejante y copartícipe de un destino común. No se trataba de la simple aproximación, sino de una intensa y evidente actitud cordial; era la penetración en la médula de lo humano, unida a la bondad y a la abnegación, tanto más preciosa y amable cuanto más secreta. A esto hay que agregar también ese dón de sensibilidad y de discreción, esa como resonancia cordial, honda y significativa, esa participación afectuosa y comprensiva con el pesar ajeno; porque el sufrimiento de los demás, vivido de cerca, constituye escuela de perfección moral para las naturalezas vigorosas, y gracias a tal escuela logra profundidad el sentido de la existencia y adquiere nobleza el carácter. La lucha contra la muerte, la gran enemiga, ora triunfal, ora desafortunada, pero siempre dramática, les mostraba los límites de la ciencia y de su poder, invitándoles a la modestia. Y, por encima de esto, la visión de la faz sombría y tremenda del destino humano, les incitaba a considerar con recogimiento y elevación el reino impenetrable de lo arcano, fuente de toda verdadera sabiduría.

Nuestros mejores maestros en el arte de curar, poseían ese prestigio sólido, esa autoridad auténtica, ese ascendiente incontestable, que no son fruto del orgullo, sino que nacen, espontáneos y magníficos, del dón de sí y de la honorabilidad unidos a la competencia. El secreto de la confianza profunda e inmovible que nuestros médicos pretéritos despertaban en sus enfermos, estaba, pues, en la reverencia, casi religiosa, con que eran atendidos y comprendidos. Y todo esto, unido a una abundosa cultura general, como esfuerzo asiduo y perseguido a lo largo de toda la existencia, para desenvolver las aptitudes más revelantes del espíritu y para dominar y transfigurar todo lo que se oponga a una formación humanística auténtica. Muchos de nuestros médicos tenían una amplia cultura filosófica, que les permitía discurrir como filósofos cuando averiguaban las condiciones y límites de sus adquisiciones científicas, separando lo que sabían de lo que presumían y de lo que ignoraban. Y el fruto de su esfuerzo filosófico

se revelaba, no tanto en verificaciones objetivas, sino en la adquisición de una actitud íntima que les ponía en contacto con las fuentes de toda posible espiritualidad.

La cultura literaria de los médicos cuencanos del pasado fue una de las bases más sólidas en las que se asentaba su personalidad. Con la lectura y el cultivo de los Clásicos, adquirieron esa impalpable afición a las artes y ese amor a la belleza, porque comprendían que en una personalidad diferenciada y cabal es imprescindible el esmero de tal afición y de tal amor. No pocos de ellos eran escritores admirables por la corrección de su estilo y la perfectísima exposición literaria. Unos pocos, adquirieron fama como literatos y poetas, si bien es cierto a costa de su renombre científico, ya que constituye un prejuicio tan arraigado en el público de que las profesiones de carácter científico excluyen las ornamentaciones propias del espíritu, de aquellas que forman, por decirlo así, la sensibilidad artística y la emotividad creadora; que la ciencia aparta de su lado a las voluptuosidades del espíritu y a sus escogidos les reviste de una fría y yerma actitud contemplativa junto al lecho del enfermo o en la activa militancia del quirófano. ¡Cómo si Ramón y Cajal, al mismo tiempo que asombraba al mundo con sus descubrimientos científicos, no le deleitara con la preciosidad literaria de sus "Charlas de Café"!...

La cultura general y profesional no se concibe completa sin una imagen arquetípica. Para nuestros protomédicos, Hipócrates encarnó el modelo inigualado en todos los aspectos: fundador de la medicina científica, verdadero investigador y antipoda de magos y enemigo de charlatanes, filósofo de la *physis*, doctrina de la finalidad constructiva y restauradora de la naturaleza —de la cual es una variante la concepción aristotélica de la entelequia—, escritor de bello estilo, cuyas obras, particularmente las aforísticas, constituyen parte importante del tesoro literario en la Antigüedad, en la Edad Media y aun en el presente, porque todavía ejercita y recrea el espíritu de médicos y eruditos; artista alabado como uno de los mayores de su tiempo por Platón y Aristófanes, autor de los mandamientos de la ética de nuestro ministerio y expuestos en el Juramento que lleva su nombre; porque para Hipócrates la Medicina es la expresión más alta de la vida, ya que conduce al espíritu hasta los límites extremos del conocimiento y del misterio. El conocimiento y el misterio: el fruto y la raíz y, juntos, la cifra de toda verdadera cultura.

UN ADELANTADO DE LA MEDICINA

En una visión retrospectiva de las figuras de la Medicina de Cuenca, no puede faltar la personalidad luminosa del fraile genial, FRAY VICENTE SOLANO que, sin ser un discípulo de Esculapio —como Feijóo en España— brilló con luz propia en el cielo estrellado de esta ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca y cuyas andanzas de científico por los caminos de la Naturaleza, le hizo exclaustrar las ciencias biológicas, para representar él solo algo así como la Universidad Popular de Cuenca del Ecuador, a fines de la Colonia y a principios de la República.

Tanto más que hacer ciencia, le preocupaba al P. Solano el hacer o rehacer el prestigio histórico de su país al través de la ciencia. Es la conciencia dolorida de su nación meriospreciada por los extranjeros venidos en misión científica por estas tierras de América, lo que le mueve no a volverse airada y estérilmente contra el juicio apasionado de Caldas, por ejemplo, sino a rectificar ese fallo de los demás pueblos y de los demás hombres, con una heroica obra personal, encaminada a salvar el presente y el porvenir, más que a rehabilitar el pasado.

En los días opacos y grises de la Colonia, en ese ambiente espiritual, frío y yermo como un páramo mental, en que vino al mundo Fray Vicente Solano, la deficiencia de los estudios universitarios era manifiesta. Los planes de estudios de colegios y universidades eran muy pobres. Preponderaban los estudios de Ciencias Teológicas, Sagrada Escritura y Cánones; pero había también Cátedras de Filosofía Natural, de Física, de Humanidades y Prima de Medicina, como se decía entonces. Y esa oscuridad de la vida intelectual de la Colonia era densa, sobre todo, en lo que se refiere a las Ciencias Naturales, consideradas —como se consideraban en la Metrópoli— como cosas peligrosas e inútiles.

Por ello sorprende y causa admiración que un religioso franciscano, que había pasado toda su vida en un país en donde hasta 1818, o más, no se enseñaba más que latín o Teología Moral, se hubiera proporcionado obra que le suministrasen profundos y variados conocimientos en los más importantes ramos de las ciencias naturales. Las actividades científicas en que el P. Solano desplegó su vasto talento son de aquellas en que los cambios de forma y de fundamento, al

través del tiempo, tienen poco o ningún influjo, lo cual hace aparecer a sus producciones, en este género, todavía frescas y aprovechables.

Y así, de regiones intelectuales no holladas todavía por los nuestros, mandaba el fraile genial el relato maravilloso y sucinto. Era el P. Solano nuestro adelantado. Sus artículos periodísticos —en el "Eco del Azuay", primicia de la cultura de Cuenca, que fundara en asocio del ilustrado hombre de letras y de profunda cultura europea, el señor Coronel Francisco Eugenio Tamariz—, sus monografías, sus opúsculos, breves sumas precisas y urgentes, apretados haces de cosechas desbordantes, llegaban cargados de erudición científica. Como en la edad colonial, la llegada de los galeones, así muchos esperaban la de sus escritos para orientarse y saber por dónde andaba el mundo pensante. Los artículos sobre entomología, botánica, zoología, geología, meteorología, higiene y salubridad, etc., que se registran en "La Escoba", por ejemplo, tenían conocimientos ya muy avanzados sobre las diferentes ciencias que forman el tronco de la Biología.

Sorprendente fue la obra de cultura biológica y de divulgación científica que desarrollara el P. Solano. Admira, en verdad, y sorprende cómo en una época de completa ignorancia —primera mitad del Siglo XIX— cuando aun en la misma Europa eran todavía desconocidos los agentes de las enfermedades infecciosas, Solano intuyera ya la acción de los virus y nos hable de problemas sanitarios e higiénicos, cuando no declinaba todavía el imperio de la medicina de hechicería y los abusos de costumbres absurdas y primitivas de desaseo.

La observación de la naturaleza en su aspecto viviente, vieja como los viejos conocimientos humanos, ha sido el punto de partida para establecer los fundamentos de las ciencias biológicas; y las ciencias biológicas, a su vez, constituyen el más poderoso instrumento para comprender cada vez más la naturaleza. Y, precisamente, esta es la obra del P. Solano como botánico: supo estudiar a los vegetales en su medio biológico y en las diferentes regiones geográficas por las que trajinaba, con ese afán ilimitado de adquirir experiencias nuevas y clasificar nuevas especies. Y para vulgarizar los conocimientos que poseía, hace una clasificación de las plantas por el sistema de Linneo y por el de familias, siguiendo el de Decanolle, sin omitir, junto con la nomenclatura científica, la nominación usual y vulgar.

Problemas de genética y sexología, que en esa época se hallaban todavía intocados y desconocidos por completo, preocupan el espíritu observador y sutil del fraile cuencano. Y en su artículo científico "Analogía entre Animales y Vegetales", cree que así como las plantas monoicas, que tienen en su mismo pie flores masculinas y femeninas, cuando se hallan en un terreno feraz y análogo a su desarrollo, producen mayor número de flores hembras, así en el reino animal, la madurez vital y la robustez de los progenitores influiría en la generación, en mayor número, del sexo femenino. Acaso sus observaciones sobre genética vegetal, de haber sido realizadas en un medio más amplio de cultivo y de técnica, le habrían conducido, insensiblemente, hacia la comprensión de las leyes mendelianas de la herencia, que ese otro monje solitario —rasgando el secreto de la Esfinge— supo descubrirlas y enunciarlas como un dogma científico que había de revolucionar, más tarde, los cimientos en que se asentaban las concepciones biológicas sobre el darwinismo y las teorías evolutivas de fines del Siglo XIX.

Un aspecto muy digno de tomarse en cuenta en la obra y en la labor del P. Solano es el de la preocupación constante porque la ciencia sirva para dirigir la vida humana. El humanista no concibe la ciencia como un simple adorno, como mero entretenimiento de la aristocracia del talento; para él debe servir de apoyo y guía en la dirección de los actos humanos: se diría un utilitarismo, pero de trascendencia moral. Solano cree en la función social de la ciencia, extendida en el mayor radio posible, en sus proyecciones más accesibles, a las masas populares, que constituyen la mayoría de la humanidad. Su punto de vista es, pues, en esta materia, enormemente democrático y, ciertamente, adelantado a su tiempo.

Comprende Solano que las ciencias biológicas tienen multitud de aplicaciones prácticas, aparte de su importancia teórica. Enseñándonos el mundo en que nacimos, poblado de seres vivientes íntimamente ligados entre sí, las ciencias biológicas —decía— permiten al hombre la utilización de los animales y plantas que pueblan la tierra. Por esto, la agricultura, la ganadería, la medicina, la veterinaria, reciben su aliento de las ciencias biológicas, y saliendo del empirismo se elevan a la categoría de Ciencias.

Una de las observaciones más fecundas y más ardorosas de la

obra del P. Solano es el la de la vulgarización de los principios higiénicos y de la salubridad colectiva, en un medio primitivo, confiado e ignorante de las más elementales y rudimentarias nociones de higiene personal y de higiene pública. El lamentable estado de miseria higiénica y fisiológica en el cual se hallaba gran parte de la población nacional; el progresivo estado de inferioridad somatopsíquica en que se encontraba el pueblo, consecutivo a factores morbosos, le afecta en lo profundo de su espíritu de misionero encendedor de la luz de una vida más civilizada y más humana. Y comprendiendo que el medio más poderoso para mejorar las condiciones del pueblo es educarlo, emprende el P. Solano en su obra sanitaria: una verdadera campaña, o mejor, una verdadera batalla, contra todos aquellos vicios y enfermedades, capaces de engendrar taras transmisibles. Habla, en todos los tonos, por el mejoramiento colectivo, por el bienestar de todas las clases sociales, por la mejor alimentación y habitación saludables para los trabajadores, por la cultura en general, y divulga entre las masas populares los principios y los preceptos que habrían de desterrar los errores y las preocupaciones; combate los vicios, los excesos y los malos hábitos que engendran los contagios, la debilitación humana y la inercia, abriendo la puerta a la gran Segadora de vidas humanas... ¡Voces en el Desierto! Nadie realizó sus ideales, ni los Cabildos ni los hombres, sujetos y enraizados por el prejuicio y la rutina a las tinieblas de la Colonia. ¿Y qué más podía hacer este Fraile magnífico? Ni su influencia alcanzaba a interesar eficazmente en los problemas de la higiene y de la cultura a los poderes del Estado; absorto todavía en el letargo de su embriaguez épica y paralizados en el colapso del desangre emancipador...

Sus observaciones y estudios sobre aspectos esencialmente médicos, sobre patología regional, se basan, no en la erudicción de los libros producidos por otros, no en el fácil sintetizar de los vulgarizadores, sino en el encariñado tornarse en la experiencia personal, en el criterio subjetivo, sin pedir en préstamo las riquezas que pronto descubre y atesora en sí. Habla, por ejemplo, de virus variólico y del virus venéreo y cree que son transmitidos a la especie humana por el comercio con los animales. Discurre sobre la sífilis, sumándose a la controversia que, hasta ahora, subsiste, o sea, que si fue importada de Europa o la llevaron de América los descubridores.

Concebía ya el P. Solano que las enfermedades eran transmi-

bles por gérmenes patógenos que podían producir, según la reacción individual, diversas formas o manifestaciones clínicas. Lo que significa, nada menos, que una intuida etiológica y patológica de las enfermedades infecciosas.

El vigoroso pensador, eminente científico y elegante estilista español. Doctor Gregorio Marañón, ha hecho un enfoque magistral del P. Solano y de su obra, en una conferencia dictada en Madrid y titulada VISION DE HISPANOAMERICA, en la que se interna, con todo su caudal intelectual y emocional, en este mundo de América. "La influencia del feijonismo en América —dice Marañón— fue también importante y no ha sido estudiada todavía. La semilla de sabiduría y de comprensión voló sobre el mar y cayó en América, en el momento propicio, a la vez que aquí. Es sabido que ningún otro libro español tuvo, entonces, y casi puede decirse que nunca, la inmensa difusión y la popularidad de los volúmenes de *Teatro Crítico* y de las *Cartas Eruditas*. En el Ecuador esa influencia tuvo gran importancia en la evolución de la incipiente nacionalidad... Fray Vicente Solano había nacido en 1772, finalizando el siglo XVIII, y desarrolló por lo tanto su actividad en los primeros decenios del XIX. Más, a pesar de ello, la figura de Fray Vicente Solano es por entero dieciochesca, así como su sabiduría, su actitud ante la vida pública y hasta su perguenio. Fue el Feijóo del Ecuador..."

Igualmente, el gran escritor y ágil periodista Alejandro Carrión (Juan sin Cielo), comentando la aparición del libro LAS IDEAS BIOLOGICAS DEL PADRE SOLANO, con motivo del IV Congreso de Medicina, realizado en 1952 en la ciudad de Guayaquil, se expresaba, con pulcro y castigado estilo, de esta manera: "Un nuevo Padre Solano es el que llega a nosotros en este libro. No el duro y afilado combatiente, el tremendo polemista, que todos conocíamos, el que en "La Alforja" y "La Escoba" peleaba sin temor a los poderosos; ni el cruel censor que desató sobre la tierna y valerosa Dolores Veintimilla la tempestad que la llevó a la muerte. No; ahora tenemos al sabio y delicado amante de la Naturaleza. Al monje que se iba, cada año, de huésped de Don José Miguel Carrión, a La Palmira, el delicioso valle de Piscobamba, y allí herborizaba, disecaba, estudiaba la vida de los animales y de las plantas y aportaba portentosos conocimientos, para con ellos, farmacólogo, médico y filósofo, ser útil a sus conciudadanos... Un nuevo Fray Vicente Solano es éste. Lejos del pole-

mista que manejaba la pluma como el centauro manejaba el arco. Lejos del duro e implacable fustigador de la sociedad, de los gobernantes y de los ciudadanos. Muy lejos está el sabio naturalista, que mira a las plantas y a las bestias con sabios ojos, captura los instantes decisivos de sus vidas y los lleva a la viviente eternidad de la letra... Fray Vicente, el amigo de la golondrina y la chiroga, de la quina y el rojo escancel, 'amaranto sanguíneo', que pone en la verdura de los campos su gota de sangre escandalosa, brillando al claro sol. Amable y puro este Fray Vicente Solano que debemos hoy a Agustín Cueva Tamariz, médico y escritor, con motivo de estos grandes eventos médicos que suscitó en Guayaquil Juan Tanca Marengo y que tanta cosa útil y admirable han traído a la patria..."

Y esta pretérita contribución del P. Solano a la Medicina de Cuenca tiene, al través de la pátina magnificada del tiempo, como el metal antiguo, un vívido fuego llamante y abrasador.

LOS PROTOMEDICOS CUENCANOS

Cada uno de los médicos de nuestro pasado, cada uno de los protomédicos más bien, aunque se diferencia por sus singularidades propias, con cierta autonomía, por sus específicas virtualidades, de hecho guarda una íntima conexión con los demás; de modo que el conjunto forma una unidad —lo que podríamos llamar el Protomedicato azuayo— cuyos miembros constitutivos sólo por abstracción pueden ser aislados. Ese *espíritu médico*, al que me he referido antes, no fue patrimonio de alguno o algunos en particular; fue experimentado, al través de claras y fecundas vidas y tendencias de conjunto, como un destino espiritual compartido y noblemente llevado.

AGUSTIN CUEVA VALLEJO fue el valor más firme de la Medicina en la centuria pasada. Todo el Siglo XVIII y los primeros decenios del XIX fueron de tristes inopia para la medicina nacional. Hay que saber reconocer, honradamente, la mezquindad del ambiente científico de la época, porque si bien en Cuenca habían literatos, teólogos, abogados, eruditos, la medicina continuaba siendo casi lo que fue en el medioevo, es decir, mera palabrería, exposición de simples aforismos, doctrinas y prácticas absurdas, dogmas plenos del más crudo y primitivo empirismo. Si bien es verdad que Cuenca, en los años de la Colonia y en los primeros de la Emancipación, era uno de

los escasos islotes que emergía del mar de la ignorancia nacional, si era, podría decirse, un refugio provinciano de cultura, la conciencia médica de Agustín Cueva Vallejo —que con él comenzó a ser una ciencia de observación rigurosa y de experiencia clínica— tuvo que luchar con un medio inhóspito y estrecho, en el que la parvedad de juicio era lo corriente, donde imperaba la angostura del mirar sin perspectivas, la sugestión colectiva, la inercia, el fanatismo y toda suerte de opiniones desatinadas y desubstanciadoras de las doctrinas y prácticas de la higiene y de la medicina.

Agustín Cueva Vallejo fue el primer médico de su tiempo que bebió el espíritu de la medicina francesa y conservó intactas, al través de toda su fecunda vida profesional y de enseñanza universitaria, las sabias lecciones de los grandes maestros de la escuela de París, aureolada con las figuras monumentales de un Pasteur, de un Claudio Bernard, de un Laeenec, de un Trosseau, de un Tardieu. De sus doctrinas y lecciones le nació al médico cuencano esa ansia ilimitada de saber, de explorar la realidad de la vida con los ojos y no sólo con las doctrinas, esa ansia de razonar, ese afán de someter cada nuevo conocimiento a una rigurosa comprobación científica. Como sus grandes maestros, fue fiel a la Clínica; se sintió siempre honrado con el título de clínico general, porque para él estaba muy lejos de significar un velo que disimulara, discretamente, la indigencia especial, sino que afirmaba así un real dominio sobre la ancha banda del espectro de la patología. El Dr. Agustín Cueva Vallejo —primer Decano de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad— como todos los fundadores, poseía una visión unitaria, total, de la medicina y ello revertía sobre su personalidad intelectual, sobre la grandilocuencia de sus lecciones de cátedra, sobre el estilo, ágil y lleno de perfección, de sus escritos, sobre esa actitud humana y cordial ante el enfermo y sobre ese señorío y dignidad espirituales que llevó siempre en su vida pública y privada. “El médico que es grande —ha dicho Martí Ibáñez— porta, a su vez, siempre consigo su grandeza humana, como lleva un emperador su capa de armiño sobre los hombros egregios.”

Nacido el Dr. Cueva el 24 de Agosto de 1820, en esta ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca, cursó Humanidades —como se decía entonces— y Filosofía, bajo la dirección de su hermano mayor, el Doctor Mariano Cueva, el ilustre estadista y Vicepresidente de la República. Terminados sus estudios eligió por vocación —esa afición

que tiene profundas raíces hundidas en el trasfondo de la personalidad— la carrera de médico, acaso también porque sentía la necesidad urgente de que su ciudad natal, cuna de ilustres varones en otras ramas de la cultura, tuviera un médico de verdad que dedicara su talento a hacer el bien inestimable de aliviar los dolores de la carne y a mitigar las lacerias del espíritu, después de trajinar por los difíciles, y entonces casi desconocidos, caminos de la ciencia. Como no existía Facultad de Medicina en Cuenca, se trasladó a Quito, en el año de 1838, en donde cursó sus estudios, graduándose en la Capital de la República en el año de 1844.

En posesión del sentido y del arte clínicos, quiso comprenderlos en su inmenso y trascendental valor, por intermedio del ejemplo y de las sabias lecciones de los grandes maestros de la medicina francesa y viajó el Doctor Cueva a París y allí, al lado de las eminencias médicas del Siglo, como Trosseau, Regnault, Ricord, Bequerel y Tardieu, profundizó sus sólidos conocimientos y adquirió esa penetración cada día más agusada y más creciente en los dominios de la ciencia, la exactitud del juicio y ese como un sello de latinidad que lo identificó y elevó su alma de médico en una forma que le fue propia; porque su espíritu médico y su saber profesional y su actitud de cátedra fueron típicamente franceses, como lo fueron, también, su revolucionario contenido ideológico, su elegante forma oratoria, la claridad y armonía de su recia estructura intelectual y la original e insólita trayectoria científica.

De Agustín Cueva Vallejo podría decirse lo que un ilustre historiador actual de la medicina acaba de decir del insigne Profesor Leriche, el mago de la cirugía del dolor, que al través del tiempo las generaciones médicas que se sucedan tendrán que reconocerlo como al más humanista, al más humanitario y al más humano de los médicos. Humanista, en efecto, fue el Primer Decano de la Facultad de Medicina de nuestra Universidad, por su asombrosa erudición, no solamente en el campo puramente médico, sino en todas las disciplinas que atañen al hombre; humanitario, por su piedad y filantropía para los que sufren —“magnánimo y caritativo, juntaba al ejercicio de su profesión la limosna cristiana y acudía con mayor solicitud a la súplica del indigente que a la llamada del poderoso”, dice un biógrafo suyo—; humano, porque desde su cátedra de Clínica, que él iniciara, enseñó que la ciencia y el arte de la medicina son una experimenta-

ción permanente para quienes tienen ojos para mirar e inteligencia para reflexionar sobre el apasionante misterio de los mecanismos vitales. Siempre insistió sobre el postulado de que los futuros progresos de la medicina no los debemos esperar de fuera, sino que el estudio del hombre, por el hombre y para el hombre darán la luz en las tremendas incógnitas de la biología y de la medicina.

En el año de 1868, instalada la Universidad del Azuay, fue merecidamente elegido Profesor de Clínica y Primer Decano de la Facultad de Medicina y desde allí supo y pudo esparcir la semilla pródiga de la ciencia, que había de florecer y fructificar, abundante y generosa, en las nuevas generaciones médicas, desprendidas de ese robusto tronco, rico de savia y de asombrosa fecundidad. En aquella época, en la que el Hospital era tan sólo un lúgubre depósito humano, en donde el dolor y la miseria tenían su asiento y al que se recurría exclusivamente en la antesala de la muerte, el Doctor Agustín Cueva —que paseó su curiosidad científica por las salas de los hospitales franceses— propugnó hacer recaer sobre el Hospital dos funciones esenciales: la enseñanza práctica y la investigación, porque creyó —anticipándose a su época y superando al medio— que la enseñanza del estudiante de medicina es imposible de realizar si no es al lado del mismo enfermo, y que ha de ser también institución de trabajo y centro de perfeccionamiento técnico del médico. Y así, el ambiente médico local se iba, poco a poco, saturando de curiosidad y de seriedad, con una tensión suficiente para derramarse por el ámbito nacional, científicamente tan enrarecido.

Desgraciadamente para la ciencia y para Cuenca, esa labor de catedrático, de encendedor —diríamos— de la luz de la medicina y proyector de ese esplendente haz de conocimientos que beneficiaban a la sociedad, no duró mucho tiempo. Pocos meses antes de su muerte, en 1873 fue destituido de sus cargos, por ser adverso a la política de la época. El Dr. Cueva, lo mismo que el gran Orfila, el creador de la Toxicología, saboreó las hieles de la ingratitud y de la calumnia; y así, como el ilustre Decano de la Facultad de Medicina de París, en 1848 fuera despojado de sus cargos, cuando Luis Napoleón se proclamó Príncipe-Presidente de la República y después Emperador, también el país entero quedó atónito ante la injusticia y la necedad del Gobierno despótico de la época que privaba a la enseñanza de un elemento técnico de tanta capacidad y prestigio como el Doctor Agustín

Cueva Vallejo. Bajo el despotismo, los escritores tienen que callar. Las letras necesitan para florecer el ambiente propicio de la libertad. La prosperidad duradera de las naciones —decía Ramón y Cajal— es obra de la ciencia. Pero, las ciencias y las letras en el Ecuador, desde 1859 hasta 1875, estaban muertas y es natural que así fuera. Invasión extranjera, anarquía interna, y, luego, el país, contempla aterrado la implantación férrea de un clero, de una hacienda, de una instrucción pública sobre bases y principios medioevales; vienen represiones violentas, fusilamientos, destierros, cárcel, torturas, grillos. No hay tiempo ni ánimo para la dulce poesía, ni para las obras de imaginación o de historia. La historia está haciéndose y todos están ocupados en las tareas distintas de su vocación. Y en esos aciagos días en los que se proclamaba la insuficiencia de las leyes, se fundan en Cuenca periódicos de oposición a García Moreno, como "La República", "El Dos de Mayo", "El Cuencano", "El Atalaya", redactados por los hermanos Mariano y Agustín Cueva, Antonio y Ramón Borrero, Benigno Malo, José Rafael Arizaga, Juan de Dios Corral, y en ellos, estos notables escritores, pleclaras figuras de nuestra historia nacional, atacan al garcianismo, lo combaten denodadamente; como políticos hacen periodismo político, el único que puede concebirse bajo la dominación de García Moreno. Pero esa conducta valiente y democrática de Agustín Cueva, ya como periodista, ya como congresista en el célebre Congreso de 1868, en el que con su elegante y persuasiva oratoria reclamaba por los sanos principios democráticos, por los intereses comunes, por el bienestar y adelanto de sus conciudadanos, anhelando siempre el engrandecimiento de la Patria, de acuerdo siempre con las leyes y no con la voluntad autócrata del hombre que dominaba en el poder, le costó la separación de su cátedra y con ello se infligió un gravísimo daño a la recién iniciada Facultad de Medicina del Azuay. No pudo darse cuenta el Gobierno garciano de que las Universidades fueron al nacer, y deben ser siempre, órganos activos y permanentes de cultura, libres y ágiles y, sobre todo, rebeldes frente a la acción y a la cultura oficial, casi siempre retardataria e impositiva.

Es preciso detenerse en un aspecto de la personalidad médica del Doctor Agustín Cueva Vallejo. Fue, sin duda alguna, el único médico de la época que en el país intentará acercarse a las nobles y bellas disciplinas de la Medicina Legal y de la Psiquiatría. Pero, para algo recibió el Doctor Cueva las magistrales lecciones del Profesor Tardieu, quien le hizo la honrosa distinción de dispensarle su amis-

tad. Supo el Dr. Cueva que la base de la información pericial ha de ser, desde luego, médica, pero completada con conocimientos jurídicos y sociológicos, que no le fueron extraños; y si lo primero da a la Medicina Legal su terreno más firme, lo segundo le abre las más atra-yentes perspectivas intelectuales. El doloroso caso del suicidio de la exquisita poetisa Dolores Veintimilla de Galindo en esta ciudad, el 23 de Mayo de 1859, le dio la oportunidad al Doctor Cueva para redactar y presentar ante la Justicia un magistral informe pericial, por el mismo que el esposo de la poetisa, el Dr. Galindo, entabló juicio de rehabilitación para su esposa, escribiéndole, al mismo tiempo, una descomedida y poco ética carta al Doctor Cueva, que había practicado la necropsia del cadáver de la infortunada poetisa. Una de las páginas más bellamente escritas y más noblemente sentidas que escribió este ilustre médico y escritor cuencano, es la epístola de contestación al Dr. Galindo, cuya copia la conservamos, con amoroso cuidado, sus descendientes.

Médico con vastos conocimientos de filosofía y de psicología, se acercó a la explicación, orgánica y funcional, de las enfermedades mentales, desechando las viejas quimeras de lo misterioso y lo sobrenatural, que persistían en las múltiples formas de la intuición y aun en la de los médicos, en los que todavía quedaban las creencias ancestrales alimentadas por hábiles sofismas pseudocientíficos, como aquel de que las enfermedades mentales se debían a la posesión, en el enfermo, de los espíritus malignos. Por su ilustración y experiencia y siguiendo las enseñanzas de la escuela greco-latina, había renunciado a la psiquiatría mitológica descrita en los cantos homéricos, repetida en los trágicos griegos e imitada por muchos poetas latinos. Si bien el Siglo XIX es un siglo convulso, donde caerán minados por zapadores del precedente los torreones más conspicuos de la tradición y surgirán creaciones potentes y fructíferas en lo que parecerían campos baldíos —como sucedió con la Psiquiatría, a la que dio el carácter de ciencia la obra y el espíritu visionario de Felipe Pinel— hay que reconocer que en nuestro ambiente científico de mediados de la centuria, esta rama de la medicina era sólo una vaga entelequia que flotaba por los espacios del pensamiento etéreo de los médicos de entonces. Hay que señalar la falta de ambiente propicio para que surgieran destacadas figuras en una rama de la medicina que, al no estar antes creada, mal podía formarse entonces y menos ofrecer talentos como por generación espontánea.

Un legado psiquiátrico de 1868 lo hallamos en un estudio del Dr. Agustín Cueva, en el que refuta, en forma magistral, doctrinaria y científicamente las aseveraciones, por demás frágiles, del Dr. Joaquín Vivanco sobre un sensacional caso de un delirante sistematizado que mató a su esposa, en esta ciudad, simplemente porque la ignorancia psiquiátrica de este profesional dejó en libertad de acción a un elemento de franca peligrosidad social. En su estudio, el Dr. Cueva profundiza los conocimientos psiquiátricos de la época y siguiendo a Pinel y a Esquirol, hace una síntesis de la alienación mental, dividiéndola en grupos, tales como la manía, la demencia, los raptus impulsivos, brusquedades por actos en corto-circuito y, en general, todas las excitaciones intensas con intervalos de lucidez; todo lo cual es expuesto con el léxico del pasado siglo, un tanto insólito para el especialista de hoy.

La muerte del Dr. Agustín Cueva, en 1873 —en medio del camino de la vida— paralizó aquel cerebro superior que él mismo esculpió; pero su pensamiento y su obra han fructificado poderosamente y han servido de complemento a la labor cálida y constante de otros médicos y de acicate a las generaciones posteriores, que han venido modificando la estructura científica y cultural de la comarca y del país.

Terminaremos esta breve semblanza del Dr. Agustín Cueva Vallejo, con las magistrales palabras del discurso del insigne Prelado Federico González Suárez, pronunciadas en la Catedral de Cuenca, el día 18 de Julio de 1873, en los funerales del primer médico de Cuenca: "El Dr. Agustín Cueva, cuyo elevado ingenio era capaz de comprender toda la grandeza de la doctrina del cristianismo, conoció muy bien la noble y humanitaria misión que la Fe impone al médico y, preciso es confesarlo, siempre se manifestó fiel a ella. Después de concluidos con lucimiento sus estudios de Humanidades y Filosofía, llevado de su inclinación, se dedicó al estudio de la medicina. Rico en conocimientos de esta ciencia, pero ansiando poseerlos todavía mayores, abandonó su patria y hogar doméstico para trasladarse a Europa, donde al lado de Profesores eminentes se consagró por algún tiempo a profundizar los secretos de la medicina. Y, como nunca creyó que podía la inteligencia de un solo hombre agotar ese caudal inmenso de principios experimentales, que año tras año han ido amontonando el dolor y el sufrimiento, hasta formar con ellos la vasta ciencia médica, Cueva no se desdeñaba de prestar dócil atención a las obser-

vaciones de sus comprofesores. Prudente y discreto en las aplicaciones de la ciencia, prefería a la vana ostentación de un importuno saber, el verdadero alivio del paciente: generoso en hacer el bien, no llevaba el consuelo y lenitivo solamente al rico y al poderoso, sino que se complacía también en visitar el mísero albergue del desvalido, porque jamás quiso medrar exigiendo con avara mano el óbolo del dolor; y, ¿por qué no decirlo hoy cuando él ya no existe?, alguna vez también juntaba a la medicina la limosna cristiana. Tierno y amoroso padre de familia, hizo que reinara siempre en su hogar la fraternal confianza y la paz, y con esa genial amabilidad y franqueza de carácter, incapaz de toda traición y doblez, en sociedad formaba el encanto de todos los que nos preciábamos de ser sus amigos. Patriota eminente, defendió vigorosamente y enérgicamente los intereses de la República, con la palabra y con la pluma; verdadero amigo se mantenía siempre constante en su amistad tanto en la próspera como en la adversa fortuna, sin que ni las funestas divisiones políticas fueran capaces de impedirle que prestara, espontánea y generosamente, los auxilios de su ciencia a todos los que necesitaban de ellos..."

El Dr. Agustín Cueva Vallejo más que un hombre es una época. Cuando el tiempo superponga en una sola perspectiva los diversos planos históricos en la evolución de la medicina regional, el protomédico Dr. Cueva dominará una era de la ciencia y de la cultura.

Si hemos recordado la gran figura médica del Dr. Agustín Cueva Vallejo y el sentido nacional de su afán progresivo, es por la necesidad de revisar, brevemente, las otras eminentes figuras de la época, amigos suyos, colaboradores y discípulos, todos tan eficaces, que sin ellos tal vez aquella obra de Cueva se habría frustrado en el ambiente y en el tiempo. Un solo hombre, un solo científico, solitario no podía llenar su misión. Un grande hombre es siempre el vértice de otras actividades humanas que giran en torno suyo y que él recoge, vivifica y ordena. En torno al Dr. Agustín Cueva vemos ir y venir muchos de estos colaboradores, ilustres unos, desconocidos otros; unos le daban material científico e ideas propias, otros, la contradicción: piedra áspera de cuyo frote sale tantas veces la luz; ellos le ofrecían la crítica injusta, que no abate sino que reconforta, porque el crítico enemigo, es también un colaborador.

FRANCISCO J. CUESTA.—El nombre de este ilustre médico

cuencano llena una época y marca un comienzo. Es, al mismo tiempo, evocación de un pasado médico y estímulo para grandes tareas en el pensar y en el obrar trascendental y fecundo de la ciencia. El Dr. Francisco J. Cuesta es, para nosotros, un bello rastro luminoso en la historia del conocimiento de las ciencias médicas, especialmente de las Ciencias Naturales y de la Química.

Nace el Dr. Cuesta en el año de 1836. A los diez años entra en el Colegio Seminario de Cuenca y cursa Humanidades y Filosofía con los ilustres maestros doctores Rafael Borja y Miguel León. En 1856, terminados sus estudios, se decide por la Medicina y parte a Latacunga para hacer estudios de Química, bajo la dirección del sabio Cázola, quien reputándole como uno de sus mejores discípulos, le designa su ayudante, reconociéndole como el alumno más cumplido, más capaz y dedicado a sus estudios. Terminados éstos, viaja a la Capital de la República, único lugar en donde, el futuro médico, podía saciar sus nobles aspiraciones. Los estudios los hace bajo la dirección de los grandes maestros Sáenz y Espinosa, estando de Rector de la Universidad García Moreno, quien presidió el Tribunal para los exámenes de Anatomía, Fisiología y Química, materia ésta en la que el Rector universitario era toda una autoridad científica. García Moreno le aseguró, en una honrosa laudatoria, que el nuevo profesional constituía una fundada esperanza de la Patria. Este triunfo marca el derrotero de la vocación decisiva de Cuesta, en la docencia y en la investigación científica.

De regreso a su ciudad natal, ejerce con dominio y con provecho su profesión y contribuye a la fundación del Hospital, en donde va a prestar sus importantes servicios médicos. Entusiasta por el progreso cultural y decidido por la ciencia, fue uno de los fundadores del Colegio Nacional, al lado del gran Juan Bautista Vázquez, uno de los más esclarecidos valores del País. Allí profesó las cátedras de Química y de Botánica. Cuando en 1870 se refundieron en uno los dos Colegios de la Provincia del Azuay, bajo la dirección de los PP. Jesuitas, se inició en sus programas las clases de Química práctica. En ella enseñó a sus alumnos a preparar cuerpos simples y compuestos, atendiendo, más especialmente, a aquellos relacionados con la Terapéutica, la Farmacología y la Toxicología. Hizo así un auténtico curso de Química Industrial, dándoles a conocer a sus alumnos distintos procedimientos para blanquear distintos objetos, tales como los sombreros de paja;

les enseñó a estañar el hierro y dar pavón a las armas blancas, a fabricar fósforos, pólvora fina, municiones, dorar y esmaltar metales, etc. Se diría que el Dr. Francisco J. Cuesta tuvo idénticos ideales científicos que los de García Moreno, el Rector que presidió sus pruebas de Química y le dio el espaldarazo definitivo: "Estoy concluyendo la química mineral para principiar con la orgánica, a la que me aplicaré sobre todo a lo relativo a la destilación, fabricación de azúcares, etc. Para las bujías esteéricas sería indispensable tener ácido sulfúrico a poco precio o hacerlo allá, pero uno y otro es muy difícil; mi aparato proyectado no me parece bueno y así he abandonado el proyecto. No crea Ud. que me limito a oír al profesor y estudiar en el libro: tres días a la semana trabajo en un laboratorio, vestido con mi blusa para no exponer mi levita. Así he avanzado mucho para el corto tiempo que llevo y para el inmenso campo que ofrece la Química...", decía, desde París, en carta autógrafa, el ilustre estudiante de Química de 1856 y después Presidente de la República del Ecuador.

Sus estudios sobre la conductibilidad del hidrógeno para el calor y la electricidad, así como por el conjunto de sus propiedades químicas, le hacen concebir al profesor Dr. Cuesta la aproximación de este gas a los metales, adelantándose así a los químicos europeos, ya que cuatro años más tarde, en la primera edición del Tratado de Química de Troset, hecha en 1869, se vio que varios maestros de esa ciencia habían confirmado la revolucionaria opinión del Químico cuencano. También se anticipó a la teoría *monádica* que, años más tarde, el P. Dressel, Profesor de Química de la Escuela Politécnica de Quito, la amplió en un tratado didáctico de esa materia.

Cuesta poseyó también vastos conocimientos sobre otras ramas de la Medicina. La asidua concurrencia a los hospitales durante su permanencia en Quito y la práctica quirúrgica a la que se dedicó, hizo de él un cirujano que prestó sus servicios en el ejército. Su clara inteligencia le llevó a hacer estudios sobre la fisiopatología nerviosa y hablaba en sus clases de la Facultad sobre la inquietud que le producía el hecho de que habiendo sordo-mudos, imbéciles unos e inteligentes otros, tendría que aceptarse la existencia en el cerebro humano de varios aparatos, de los cuales se valdría el espíritu para ejercer sus funciones psíquicas. Con los conocimientos de la época y antes de los maravillosos descubrimientos de Cajal, entreveía la capa rolándica y la neurona de coordinación. Ciertamente es que no podía Cuesta obtener

de sus lecturas los frutos que esperaba, pues sus conocimientos anatómicos e histológicos eran bastante elementales, reducidos a lo que malamente podía adquirirse por la lectura de deficientes manuales de Organografía, Fisiología e Higiene; y nada digamos de los conocimientos prácticos, pues todavía no había tenido ante sus ojos el microscopio, que había de servirle a un Cajal para romper el velo de tanto misterio celular. Y, sin embargo, comprender e intuir más o menos, la doctrina de la neurona —que estaba derrumbando las antiguas hipótesis de Gerlach y de Golgi— cuando tan pocos eran los médicos que tenían conocimientos de ella, era una proeza de caminante que, con pequeños y vacilantes pasos, se atrevía por el intrincado camino de lo frondosa selva de las ramificaciones de la célula nerviosa:

Discipulos suyos, como el Dr. Juan J. Ramos, escritor, humanista y biógrafo, han aseverado que el Dr. Cuesta abordaba con fervor, en sus clases, el tema de la *histeria*, ese abigarrado síndrome, mezcla de simulación, autosugestión e impresionabilidad, de complejos psíquicos lindantes con las paranoias y las neurosis de exhibicionismo, que nos queda hoy como una remembranza del pasado, como un recuerdo imborrable del pasado prominente que, durante mucho tiempo, ocupó la *histeria* en los diagnósticos clínicos del siglo pasado. Seguramente el médico cuencano nunca llegó a conocer la Tesis doctoral del gran clínico guayaquileño, Dr. Julián Coronel, sobre *L'HEMIPLEGIE HISTERIQUE*, publicada en París en el mes de Mayo de 1837 y recién conocida por los médicos nacionales de hoy, gracias a esa labor dinámica y constructiva en el campo de la medicina nacional del ilustre clínico guayaquileño, Dr. Juan Tanca Marengo.

A la inesperada y lamentable separación del Dr. Agustín Cueva Vallejo del Profesorado y Decanato de la Facultad de Ciencias Médicas, el Dr. Cuesta fue, en justicia, llamado a sucederle en el último cargo, tan honroso y elevado por entonces. Allí se abre un campo nuevo y fecundo para su actividad docente y de investigación científica, sin descuidar algunas reformas, fundamentales para la época, en la enseñanza y organización universitaria, fiel siempre a la labor de su predecesor, que inició y dio una fisonomía nueva a la enseñanza médica, precursora de las conquistas posteriores. La obra de continuidad y de estructuración de Cuesta se vio, esta vez, asistida por los Poderes Públicos y los presupuestos para su actividad se veían aumentados,

gracias a sus realizaciones y a la acogida entusiasta que merecía en los círculos políticos y sociales.

También el Dr. Francisco J. Cuesta fue un médico de cultura general. Como todos los grandes maestros del pasado, nada dejó escrito; su labor educativa y su especialización en Química podían ser recogidas y perpetuadas en varios libros; pero era la época en que el magisterio era sólo devoción y fervor, abnegación y sacrificio, y el maestro o profesor sustituía y a veces superaba al libro. Sólo sus discípulos pudieron conservar el recuerdo vivo de sus elegantes y atildadas lecciones, llenas de saber, de sus lógicas argumentaciones sobre problemas de diagnóstico y terapéutica. "Atenta su memoria privilegiada —nos dice su biógrafo, el ya citado Dr. Ramos—, su imaginación rica, viva y fecunda, su agudeza de ingenio, su claro y vasto talento, apto para las artes y las ciencias, y todo esto acompañado de expresión fácil, culto chiste, seductor donaire y galeno estilo, no parece aventurado suponer que, cambiando el estado y condiciones del Dr. Cuesta y constituido en mejor teatro, al dedicarse a la novela científica, hubiera seguido los pasos de Julio Verne; habría escrito sobre asuntos médico-filosóficos, a manera de Trosseau; hubiera investigado, opinado y criticado como Jaccoud y experimentado y enseñado al estilo de Graves y Virchow..."

ANTONIO ORTEGA.—Nacido en Cuenca, en el año de 1838 y doctorado en 1861. Fue discípulo del Dr. Agustín Cueva y llegó a ser uno de los médicos más competentes de la época. La bondad de sus sentimientos, su inteligencia viva, su carácter jovial, su fino trato, su palabra franca y sincera, su elocución fácil, llena de ironía oportuna, le dieron esa aureola popular de la que pocos profesionales pueden vanagloriarse.

El pensamiento médico del Dr. Antonio Ortega se distinguía por la amplitud del horizonte que dominaba, por la severidad de su disciplina científica. Siempre en él se reveló el cuidado de seguir el hilo histórico de la ciencia, respetando el legado positivo de las generaciones que le precedieron. Su familiaridad con las fuentes de la Filosofía —que la estudió bajo la dirección del ilustre Dr. Manuel Coronel— lucía hasta en su lenguaje, de limpieza y elegancia clásicas, con empleo frecuente de expresiones griegas y latinas, cargadas de significación original e impecable.

En la tarea a la que consagró su vida, sin parcialidad, sin precipitación y sin descanso, una de sus principales preocupaciones fue la de seguir la continuidad temporal del desenvolvimiento de la medicina, imprimiéndola hasta donde fuera posible un carácter y un sello nacional. Como fundador de la Escuela de Medicina del Azuay, como Profesor, en ella, de Patología y Terapéutica y luego como Decano de la Facultad, en 1876, propugnaba una clínica, una biología y una terapéutica nacionales. En todos los campos de su actividad médica se manifestaba esta tendencia predominante del espíritu en forma de finalidades, valoraciones e ideas. Y sus iniciativas, en este sentido, resultaron un poder eminentemente promotor en el proceso evolutivo de la medicina nacional. Sabía el Dr. Ortega que la ciencia ecuatoriana, como un reflejo de las condiciones económicas, políticas y sociales del país, no había emprendido todavía en una obra de investigación colectiva y sistemática en el terreno de la biología y de la medicina. Teníamos, es cierto, ensayos de trabajos individuales dispersos, pero constituían sólo débiles esfuerzos para la investigación de los problemas científicos, que planteaba el medio nacional. Crear una dirección biológica ecuatoriana, ligarla con las ciencias biológicas universales, era la aspiración de este ilustre médico cuencano. Desgraciadamente, todo esto no pasaba sino de esforzadas y sinceras iniciativas, que no se plasmaban ni se concretaban en la realidad. Si de su idealismo científico procedían estas sugerentes iniciativas e innovaciones, no dependían de él que ellas prosperen o fracasen. Los ideales son directivas de la conciencia individual en la dinámica del conjunto; pero hay factores poderosos, extra individuales, que condicionan en forma negativa y estéril los más bellos proyectos y los más nobles propósitos. Hay una fatalidad sociológica en aquello que decía Hartmann de "los poderes heterogéneos": el del espíritu personal y el del espíritu colectivo. Y por ello, todavía hoy, a la altura de nuestros conocimientos científicos, en el terreno de la medicina nacional, tenemos que servirnos para el trabajo comparativo entre estados fisiológicos y patológicos, de las investigaciones foráneas. Muy poco hemos hecho para investigar, por ejemplo, nuestra fisiología humana en el país. Ya antes, nuestro insigne Fray Vicente Solano, como científico y patriota, se interesaba por una farmacopea nacional; y al hablar, en sus estudios botánicos, de la *achira* (*Canna Indica*) apuntaba que la fécula o la almendra que se saca de ella es diurética y sucedánea del sagú y algunas veces superior a éste; "pero, ¿cuál es el médico —se lamentaba— que receta este alimento a los enfermos? Ordenar una papilla

de achira sería muy vulgar: es preciso que las recetas lleven un nombre altisonante y extranjero, tal es el sagú... Si el almidón de achira viniera en botes herméticamente cerrados, con el pomposo nombre de "Fécula de Canna Indica. París, Rue de l'Amperon Nº 28, chez Didon", se vendería a precio de oro y no habría médico que no la recetase, ni enfermo que dejase de tomarlo con avidez..."

"Ciudadano excelente, modesto y patriota, hombre de fondo que, contando con medios adecuados, nos hubiera dejado una obra de Clínica, verdaderamente nacional y popular, porque según él pensaba, debía limitarse a las enfermedades propias del lugar", nos dice un biógrafo suyo.

Tan distinguido médico, uno de los valores más consagrados de la medicina local, murió de la fiebre amarilla, en el poblado de Molleturo, cuando regresaba de la Costa a esta ciudad, en donde le esperaban su anciana madre, su esposa y sus tiernos hijos.

Al través del tiempo, la figura moral del Dr. Antonio Ortega se nos presenta grande y fecunda, como acicate y como impulso para caminar por los senderos, poco accesibles todavía, de la medicina nacional.

JOSE ORAMAS.—Nació en Cuenca en el año de 1840. Perteneció a ese ya célebre Curso de Filosofía, del cual descollaron luminosamente en la medicina profesionales como Ortega, Harris, Jerves, etc. Hijo del prócer de la Independencia, Capitán José Miguel Oramas, que demostró su amor a la Libertad y su bravura en Yaguachi, Pichincha, Ayacucho y Portete de Tarquí. Por ancestro era dueño de un carácter firme, de una conducta viril y de una severa disciplina intelectual.

Terminó sus estudios médicos bajo la dirección del Dr. Benigno Viteri y explayados sus conocimientos adquiridos con las doctas lecciones dadas por el Dr. Agustín Cueva, partió a la Capital para obtener su doctorado. Allí, la célebre Convención de 1861, compuesta de los valores más ilustres del país, le dispensó el pago de los derechos, en mérito de las brillantes calificaciones obtenidas en sus años de estudio. Recibió el título de Doctor en Medicina y Cirugía en 1862, obteniendo en este Grado votación de primera clase. De regreso a esta

ciudad, ejerció su profesión con tanto éxito, crédito y acierto, cual lo habían previsto cuantos compatriotas suyos conocían su elevado talento, su genio médico y su filantropía, llevada a un grado superlativo.

Fue un clínico de renombre y de vastísima ilustración científica; pues conocía perfectamente el francés y el inglés, para beber en sus purísimas fuentes las obras de los grandes maestros de Europa y de los EE. UU. de América, que comenzaban ya a elevarse hasta la altura de los del Viejo Mundo. Farmacólogo y terapeuta notabilísimo, en cuyo campo trataba siempre de poner en claro, desde el primer momento, los mecanismos de acción de las sustancias y productos farmacéuticos, tratando así de sortear el empirismo que, por lo común, determina la preferencia, en el campo de la clínica, para tal o cual medicación que se muestra útil en determinadas circunstancias.

El Dr. José Oramas puso especial atención en la epidemiología y en las medidas de control apropiadas, relacionadas con las enfermedades contagiosas y reunió las más recientes informaciones de la época sobre la terapéutica y la profilaxia de las mismas. Anticipándose a los actuales problemas de la medicina social, creía que la función de la maternidad debe dejar de ser una encrucijada peligrosa, donde enferman, se invalidan y mueren miles de mujeres de las clases pobres y desheredadas de la sociedad. Cuidar de la planta para obtener óptimos frutos, fue un ideal y una preocupación constantes en el ejercicio de su profesión. Y la vieja fórmula de "sedar el dolor es obra divina" se condensó en ese imperioso anhelo del Dr. Oramas de procurar remedio o alivio a la dolorida criatura humana. La observación, la experimentación, el raciocinio y la comprobación, fueron las armas con las que se enfrentó en su lucha profesional, en todo momento.

Decidido por la cultura, como sus maestros y profesores, fue también uno de los protectores de la juventud estudiosa; es por eso que, a la instalación de la Universidad del Azuay, se prestó voluntariamente a servir de Secretario y Colector del Instituto; así como también fue uno de los partícipes de la fundación del Colegio Nacional de Cuenca, en donde no fue sólo su Profesor de Anatomía e Histología, sino un efectivo contribuyente a su levantamiento material. "El Dr. José Oramas fue, entre nosotros, uno de los representantes de los maestros europeos y hoy lo hubiera sido de Eoux y Chantemesse", ha dicho un discípulo y biógrafo suyo.

JOSE ALVEAR.—El Dr. José Alvear es en nuestra historia médica una figura señera, colmada de excelencias científicas y humanas. Insigne clínico, auténtico maestro, animador de inquietudes investigadoras en el campo de la Farmacología y de la Terapéutica. Cuidó esmeradamente su competencia, seguro como estaba de que el profesorado y el Decanato —que lo ejerció desde 1888 a 1891— exigían saber, sacrificio, entrega total de sí mismo en beneficio de la juventud, aparte de una preparación humanística de primera calidad. Fue el Dr. Alvear el clásico tipo de médico de familia, o sea, esa verdadera especialidad que hoy, con la nueva dirección de la medicina psicósomática, va recobrando sus derechos. Alvear intuía ya que la personalidad humana es un todo integrante e indivisible y cuyo equilibrio reside, cabalmente, en la interferencia de una serie de factores que actúan en conjunto. El veía, seguramente —aun sin las explicaciones que la moderna fisiopatología nos ha enseñado— cómo un violento o continuo estado emocional desencadenaba la evolución de trastornos que, funcionales al comienzo, pueden transformarse en orgánicos, acarreado una sintomatología comparable a los causados por factores mecánicos o por los agentes bacterianos.

El Dr. Alvear, como todos los grandes clínicos que fueron sus maestros, hacía una verdadera terapéutica de la psiquis, al mismo tiempo que del soma. Sin las modernas direcciones técnicas de ahora, practicaba la psicoterapia, esa arma tan decisiva como las intervenciones quirúrgicas, los medicamentos o las actuaciones fisioterápicas; porque hay que reconocer que si la psicoterapia es algo reciente como ciencia, resulta que, como procedimiento empírico, es algo tan viejo como el mismo hombre.

Allí está ese afán de curarse de las dolencias recurriendo a las fuentes que no son físicas, a eso que Stefan Zweig llamó "fuerzas curativas del espíritu", tomándolo, a su vez, del autor de *Fausto*. Y eso fue el Dr. Alvear: el médico de la persona integral, el clásico médico de familia, que sin necesidad de profundas amnesias conocía al enfermo a fondo, con su herencia, su pasado y, muchas veces, hasta con su porvenir con todos sus conflictos anímicos y somáticos. Y este sutil lazo espiritual que le unía al Dr. Alvear con sus enfermos, lo percibían sus coetáneos con la gratitud y la veneración que por él sentían todas las clases sociales de la ciudad que habían recibido la merced de sus atenciones y de sus sabios consejos.

La amplitud de sus conocimientos médicos, su profunda intuición psicológica, su curiosidad científica, su capacidad de observación, su claro discernimiento, su caridad y filantropía, verdaderamente evangélicas, hicieron del Dr. José Alvear una de las figuras más preclaras y de más fuerte y recia personalidad en los últimos lustros del siglo pasado.

JUAN JOSE RAMOS.—Este ilustre hombre público, médico, escritor, filólogo, humanista, nació en Cuenca en el año de 1852. Cursó sus estudios secundarios, de humanidades y filosofía, en el acreditado Colegio Seminario, regentado, en esos tiempos, por valores de indiscutible solvencia intelectual y científica. Sus estudios superiores de Medicina los hizo en la Universidad de Cuenca, en la época que hacía Medicina en Cuenca, desde el Decanato y el Profesorado el Dr. Agustín Cueva, de quien fue su discípulo y protegido, porque veía en el joven estudiante las cualidades morales e intelectuales que le habían de distinguir después, en su fecunda vida de médico y humanista de altísimos quilates.

Se graduó el día 12 de Julio de 1881 y luego emprendió su peregrinaje de apostolado profesional, como muchos de los de su época, fuera de la comarca nativa; esta vez eligió la Provincia de El Oro el Dr. Ramos y allí se distinguió como un profesional lleno de conocimientos fecundos y, acaso mejor aún, por esa virtud —que fue lo mejor de la medicina del pasado— que es la de enfrentarse con la realidad auténtica del verdadero modo de ser de cada médico, con la misión de la medicina, que es la de ser eficaz, sin ningún charlatanismo: con honestidad, con nobleza y con ese contacto emocional entre médico y enfermo, de que hablábamos en las primeras páginas de este trabajo.

Luego regresó el Dr. Ramos a Cuenca. Ejerció relativamente poco su profesión y se dedicó de lleno a lo que él amaba por sobre todas las cosas: a la literatura, a la gramática, a las lenguas clásicas, es decir, se armó para ser, a través de nuestra historia literaria, uno de los hombres más representativos, entre los valores intelectuales. No sabríamos decir si el Dr. Juan José Ramos era una vida humanística paralela —para hablar como Plutarco— del Dr. Tomás Rendón, pero es lo cierto que Ramos, seguramente, le superaba por la elegancia del giro literario y la profundidad de sus conocimientos filosóficos, que

se completaban con sus estudios de Biología, de Medicina y sus disciplinas afines. Por ello, emprendió en el trabajo titulado "Breve Catálogo Etimológico de Voces de Patología", con un sentido de verdadero maestro que sabía que, a pesar de existir excelentes obras médicas que guiaban al estudiante, éste se veía forzado a detenerse ante los términos técnicos y los nombres derivados de voces griegas y latinas, con que tropezaba. El Dr. Ramos se anticipó, así, a la obra que después de muchos años emprendieron los filólogos y médicos franceses Garnier y Delamare, al hacer el "Diccionario de los Términos Técnicos Usados en Medicina". Y esto constituye mucho honor para el distinguido médico Dr. Ramos.

Fue un magnífico profesor de Literatura y Gramática en el Colegio Nacional "San Luis", de esa época; y allí profesó hasta su jubilación. De manera que cuántos valores literarios de nuestra ciudad habrían de pasar por las sabias lecciones de tan benemérito hombre de letras y de ciencias!

Es posible que se diga que el Dr. Juan José Ramos, en Cuenca, casi no tenía clientela, ya que consagró la mitad de su vida a publicar trabajos de biografías de hombres célebres de su tiempo, de sus maestros, en especial, de ensayos lingüísticos, filológicos, de polémica literaria, etc., porque para ciertos médicos —perfectamente catalogados hoy por el maestro español Rof Carballo— el buen médico, como el buen zapatero, para ser experto en su oficio no debe ser demasiado inteligente. Para ellos, el calificativo de **buen clínico** requiere una determinada y concreta limitación espiritual.

Reconocerémosle siempre al señor doctor Juan José Ramos como un distinguido médico, un gran humanista y un auténtico literato, que sobresalió entre los mejores valores de su tiempo. Y acaso porque —creemos nosotros— el médico, en el fondo de su ser, quiéralo o no, profesa también una filosofía dentro de la que, a veces, se atrinchera para las conquistas de la gloria.

MIGUEL MORENO.—El médico y el poeta que era todo dulzura, bondad y abnegación. Sublimó estos sentimientos en la alquimia de su espíritu refinado y sensitivo como el de un Francisco de Asís o el de un Vicente de Paúl, para ser el samaritano para la sed de los que imploraban la salud del cuerpo o la paz del espíritu. Y no hay duda

que estos rasgos temperamentales, traducidos en su amor al prójimo y en su actitud fervorosa para darse por entero a los débiles y a los desamparados, movieron su vocación para la medicina, porque ningún otro apostolado podía conformarse mejor con su espíritu de renunciación y sacrificio. Porque no hay mayor satisfacción para el hombre de sentimientos delicados que el placer de practicar el bien; y no hay profesión que ofrezca tantas oportunidades para hacer el bien como la medicina, que en definitiva es una forma de cooperación, fundamental y primaria, al bien común.

En un ensayo sobre la personalidad psicológica y somática de Miguel Moreno y su obra poética (1) decíamos que ese impacto de

aridez materialista de los estudios médicos con su sensibilidad y su idealismo, acaso provocaron, en los comienzos de su iniciación científica, una sorda y dolorosa beligerancia entre dos fuerzas animicas opuestas y, al parecer, antagónicas, que el poeta supo expresar así:

"Cómo vagar por los cielos
de la hermosa poesía
y darse al amor soñado
y a otras dulces maravillas,
si el destino me condena
a estudiar Anatomía
y a descifrar los embrollos
de la nebulosa de la Química.

Cómo pensar en los vivos
y en el festín de la vida,

mirando sobre la mesa
a la descarnada víctima
de la ciencia y de la muerte
que ya sin ojos nos mira?...

Cómo soñar en lo incógnito
cuando en vil carnicería,
pesa y sofoca un ambiente
de cementerio y me asfixia
la eternidad en sus dudas
con sus tinieblas la vida?..."

El profesor español Vallejo Nájera, nos ha hablado de la incompatibilidad del simultáneo cultivo de la medicina y de la literatura; pues aquella, ciencia natural y pragmática, persigue la verdad de las causas de los hechos patológicos, a los fines de la devolución de la salud perdida; en cambio, la literatura pretende sobre todo la realización de la belleza, que ha de resplandecer en la producción literaria, como la verdad brillará en el comentario científico. "La Medicina —nos ha dicho el Profesor citado— es un sistema de conocimientos de las leyes y propiedades biológicas del cuerpo humano, mientras que la literatura se nutre del mundo ficticio creado por la imaginación del artista, si bien inspirado en la observación de la naturaleza."

(1) "Semblanzas Biotipológicas". 1944.

Creemos, sinceramente, en oposición a estas ideas de Vallejo Nájera, que la clase médica ha dado más escritores que ninguna otra profesión, incluyendo la abogacía, la ingeniería y demás profesiones liberales. Ya el famoso novelista y dramaturgo de nuestros días, Somerset Haugham, nos ha explicado el por qué un médico llega a ser un literato y un escritor. Allí están, para la prueba, Pío Baroja, el mejor novelista español —recientemente fallecido—, como hacen años lo fueran los médicos Pedro Mata, Vital Aza y Armando Palacio Valdéz. En Francia, la tradición de médicos literatos iniciada por Rabelais ha continuado con figuras como George Duhamel; y en Alemania, la gloria de Shiller, cirujano y dramaturgo, ha renacido en varias figuras médicas contemporáneas, como Albert Schweitzer. Y, entre nosotros, ¿no fue la primera y más grande figura médica de la Colonia Eugenio de Santa Cruz y Espejo, el escritor y el literato, lleno de excelencias espirituales? En otras ocasiones, habíamos aludido a la perfección y a la belleza de los escritos de Ramón y Cajal; pocos hombres de ciencia han dominado el instrumento de la palabra como el sabio español, que supo ahondar en el idioma maravilloso de Castilla y encontró esa elegancia del castellano, sencillamente seductora; porque, en verdad, la prosa de Ramón y Cajal, se diría, es perfumada: se vuelven sus páginas, seducidos por su aroma, tal es la vibración emotiva que pone en el lenguaje (1). Igualmente, el ilustre médico Gregorio Marañón, es hoy el ensayista y literato acaso más grande que tiene España; en él hay que admirar su elevación intelectual, su grandeza moral, la nobleza de su espiritualismo áureo y su verbo trepidante y maravilloso. Allí están su *Don Juan*, su *Amiel*, sus *Ideas Biológicas del P. Feijóo*, etc., exquisitas obras por la belleza de su estilo, por lo movido de su narración y por la manera deliciosa de reconstruir el pasado. (2)

Por ello opinamos que si bien el sentido estético no tiene significación instrumental en medicina, de ningún modo es vano ni ajeno al médico, sino más bien apto para despertar en él un gozo espiritual de superior calidad, para dar esplendor y hasta significado a su vida de observador de la personalidad humana. La literatura tiene, diríamos, la grandeza de las cosas más altas que, precisamente por su inutilidad económica, por no ser utilitarias, son las superiores. La poe-

(1) "Evolución Secular de Don Santiago Ramón y Cajal". 1952.

(2) "Elogio de Gregorio Marañón". 1955.

sía, en un médico, despierta preciosas virtualidades soterradas y le incita a las acciones insignes. El númen del artista —si es poeta y médico, como lo fue Miguel Moreno— entraña un ilimitado poder de metamorfosis del alma, en virtud de la capacidad de encender en ella inextinguibles anhelos e ideales.

Graduado el Dr. Miguel Moreno en el año de 1877, fue Profesor de la Facultad de Medicina en 1885 y Decano desde 1891 hasta 1897. Pasó años de intensa labor profesional en el país del Sur; y allí su espíritu de sacrificio se reveló en su máxima plenitud. No sólo daba limosna profesional, sino también sus ahorros, dedicando la mayor parte de sus horas a la curación gratuita de los pobres. Iba él donde se anunciaba un peligro o había una epidemia mortal que combatir. En Cuenca, ejerció con un celo de apóstol el verdadero sacerdocio de la medicina.

Miguel Moreno fue un insigne médico y un altísimo poeta; uno de los más grandes representantes de la lírica romántica: el auténtico poeta de la melancolía, del dolor y del sufrimiento.

LUIS A. LOYOLA.—El Dr. Luis A. Loyola fue uno de los profesionales más selectos y uno de los más altos maestros de la medicina de Cuenca. Sabio orientador de las juventudes, supo recoger la herencia idealista y científica de los maestros que le precedieron, y desde el Decanato de la Facultad de Medicina —que lo ejerció desde 1897 a 1899— sus enseñanzas tenían el sabor de una prédica moral y un acento de tono patético de invitación a oírlas y practicarlas. Quería que los jóvenes enderezasen sus pasos hacia las rutas perdurables y edificasen su espíritu sobre bases sólidas y firmes; quería incrustar en las mentes la idea de una clara conciencia científica nacional para que, dándose cuenta de sus destinos, procurasen ser cada vez más honestos y mejores. Su palabra vibraba con elocuencia y tenía, dialécticamente, el valor de una enseñanza que conforta y que obliga.

Su envergadura científica y su panorama mental —que se dilatava por múltiples senderos del conocimiento— gustaba en circunscribirlas, a veces, al terruño local, al pueblo sin cultura y sin higiene, donde convenía una mano hábil para desbrozar las malezas y zarza-

les del camino, hasta mostrarles un derrotero seguro y firme. Clínico sapiente, farmacólogo experto, químico práctico, botánico fervoroso que indagó con profundidad la flora regional y la clasificó, junto con el ilustre Don Luis Cordero, casi en la totalidad de los vegetales que la forman; poseedor de lenguas extranjeras que le permitían adentrarse en las páginas de los autores europeos y norteamericanos, con un sólido bagaje de humanidades griegas y latinas, de continente simpático y amable, dueño de un innato don de gentes, el Dr. Luis A. Loyola era una personalidad cautivante, y sus múltiples conocimientos de casi todas las ramas de las ciencias biológicas le permitían abordar los problemas más complejos de la realidad nacional, tratándolos muchas veces con la habilidad del escritor elegante, del sociólogo sagaz y del médico investigador, junto con el celo ardoroso del profesional.

El Dr. Luis A. Loyola fue el primer médico que procuró extender la educación higiénica al pueblo, realizando así una verdadera función de democratización de la cultura, tan indispensable para el éxito de la medicina misma. De la asistencia social, en la que exploró las condiciones biosociales del hombre del campo y de la ciudad, tales como vivienda, alimentación, hábitos, vestidos, industrias, salarios, etc., pasó a la previsión médico-social y dejó brillantes páginas escritas que tuvieron como consecuencia inmediata la incorporación de nuevos elementos positivos en la lucha contra los factores sociales de la enfermedad. Lo mejor de sus enseñanzas iban dirigidas al trabajador, de la ciudad y del agro; y desde las columnas de los periódicos o desde las páginas apretadas de los folletos y de las Revistas Médicas, apuntaba máximas trascendentales e indicaba terapéuticas salvadoras. La literatura científica ecuatoriana le debe al Dr. Luis Loyola una apreciable contribución, que es justo y preciso destacarla hoy.

Hombre público y de ideas bien definidas, desempeñó por muchos años la honrosa —en esos tiempos— función legislativa; y en la Cámara del Senado de la República, su voz tenía siempre un aliento cálido de civismo y un significado claro y límpido de enseñanza trascendente.

NICOLAS SOJOS.—Fue una figura médica inolvidable y señera, que supo immortalizarse en el afecto, en la conciencia y en el espíritu de su pueblo. Maestro de maestros, apóstol de la medicina, en él se refugió una semilla de amor a la ciencia y a la humanidad, que flo-

reció en la fe y en el sacrificio, permanentemente renovadas en su ejercicio profesional de todos los días. En su Cátedra de Clínica Interna y en el Decanato de la Facultad —año de 1904— brilló como una constelación de primera magnitud. Sus conferencias y sus exposiciones, plenas de doctrina y de observación, ante el enfermo de la sala hospitalaria, se distinguieron siempre por su claridad, su lógica y su vasta y profunda documentación científica.

Con ocasión de su fallecimiento —que constituyó un duelo nacional— decíamos que asombra cómo el Dr. Nicolás Sojos, desde un provinciano rincón del mundo, pudo empaparse del espíritu científico del presente siglo de modo tan perfecto. Qué interesante es considerar la trascendencia de estos focos de inteligencia y de ciencia, perdidos fuera de los grandes centros de cultura y de técnica de las grandes ciudades universitarias. En la vida sin prisa de esta ciudad conventual y callada, al margen de las grandes bibliotecas y de las complicadas técnicas científicas, es donde florecen, como el presente caso, espíritus geniales sin contacto con la superficie aparatosa del saber experimental, hecha frecuentemente de momentáneas curiosidades, pero, en cambio, “en conexión profunda con el eje eterno de la sabiduría, que se mueve allá adentro, con el ritmo majestuoso de los mundos”, como dijera, en bella frase, Marañón.

El Dr. Sojos vino a ser algo así como un puente tendido entre la medicina antigua y la moderna en Cuenca. El presencié la evolución que hubo de brotar en las aulas universitarias y en el Hospital, durante más de media centuria. Y no solamente que le fue dado observar esta fecunda transformación, sino que él mismo evolucionó y se transformó en un profesional moderno, que conocía todas las nuevas teorías e hipótesis científicas y ponía en práctica todos los medios preconizados por la técnica para el diagnóstico seguro y la terapéutica verdaderamente científica. Comenzó el Doctor Sojos prescribiendo de acuerdo con los maestros del siglo pasado y concluyó administrando el milagro de los sulfaminados y de los antibióticos. Leyó a Hipócrates y terminó meditando sobre las nuevas teorías de Emerich y Loew. Principió con la cirugía de Vesalio y de Ambrosio Paré y concluyó con la cirugía aséptica e indolora.

Cuando Sojos anunció la existencia del tifus exantemático en el Ecuador, conmovió a todos los médicos nacionales, provocó polémicas

apasionadas y sirvió para que los consagrados a la Bacteriología viniesen a dilucidar definitivamente el problema. Y triunfó el concepto del egregio médico que, sin contar con los medios necesarios para un diagnóstico cabal y completo, con sólo su criterio clínico, con el estudio y la observación, reconoció una enfermedad que, después de muchos años, fue comprobada por médicos de la talla del Dr. Alfredo J. Valenzuela, en Guayaquil y el voto del Segundo Congreso Médico Nacional.

Cargó con viril orgullo el fardo del dolor humano. Desafió al mal y a la muerte con su inteligencia y su corazón, como únicas armas. Y su victoria fue pagada con la sonrisa del convaleciente, con la luz que renace en la vista del moribundo, con la fiebre que cae, con el colorido que vuelve a las mejillas pálidas o con la lágrima temblorosa de la gratitud, perdiéndose en el humilde lecho o en el miserable jergón, eterno tapete en que la Muerte es el feroz adversario.

El nombre del Dr. Nicolás Sojos constituye ya un blasón en la heráldica de Cuenca. Queda inscrito en el calendario cívico de nuestra heredad, porque hay distintos modos de ser prócer y la personalidad de este protomédico cuencano fue una figura procerca en nuestro medio. Por eso, a su muerte, el Congreso Nacional le tributó uno de los más honrosos homenajes póstumos, al "hacer público ante el país los merecimientos de este virtuoso profesional, modelo de virtudes sociales y familiares; recomendar su nombre a las generaciones de estudiantes que, desde el campo de la medicina, están obligados a luchar por el engrandecimiento de la Patria; y ordenar que los funerales del extinto sean realizados por cuenta del Estado", como reza el Acuerdo dictado por la H. Asamblea Nacional, el 25 de Enero de 1945.

TOMAS ABAD.—Las ciencias médicas no solamente se ocupan de las enfermedades que afligen a la humanidad, creando elementos científicos que puedan combatirlas, sino que también intervienen en los problemas sociales, prestando a la justicia su auxilio científico, tanto en el orden civil como en el penal. Y así ha surgido la Medicina Legal que, en síntesis, es un puente espiritual y técnico tendido entre la Medicina y el Derecho. En todo tiempo, los profesionales dedicados a las disciplinas médico-legales no han sido muy numerosos; explicable es esto bajo un sentido utilitario: quien se entrega al campo de

sus investigaciones, no le quedará mayor tiempo para su ejercicio profesional. El Dr. Tomás Abad estudió medicina, luego de haberse graduado de abogado de los Tribunales de la República, y es por esa circunstancia que él tenía, como nadie, una disposición especial para dedicarse a esta seductora y atrayente especialidad. Tuvo amor a la justicia y un criterio perfecto de responsabilidad y una disposición especial de todas las horas para contribuir con sus conocimientos a resolver los graves problemas que, continuamente, sometían a su consideración los funcionarios judiciales. Conoció las obras de los grandes clásicos de la medicina-legal, como Tourdes, Olivier, Devergie, Tardieu, Brouardel, Legran de Saulle, o de los españoles como el gran Orfila, creador de la Toxicología forense, Pedro Mata, Lecha Marzo, o Ferrer.

Fue, además, el Dr. Abad un severo humanista y un escritor de revelantes capacidades. Sus mismos informes periciales tenían un fondo científico, un sólido criterio y una perfección de forma y estilo que, se diría, habrían podido suscribirlos el ilustre médico legista y literato español Pedro Mata, cuyas obras eran las más consultadas en los últimos lustros del siglo pasado.

MANUEL FARFAN.—El clínico silencioso, honesto, de honradez proverbial, de ejemplar moral médica, de abolengo procer, dejó él mismo un nombre ilustre haciendo el bien sin más remuneración que la gratitud sincera de un pueblo agradecido.

A pocos hombres como Farfán le corresponde esa parábola luminosa que ese gran escultor de la angustia, Kierkegaard, nos ha pintado. Semejante a la araña, el hombre silencioso e introvertido, colgada en el aire, segura de sí misma, desafiando la ley de la gravedad, saca de su propia entraña el hilo maravilloso, que es a la vez salvación y tortura. Con la urdimbre mágica de la seda del arácnido, se forjan estructuras aéreas y rejas múltiples a través de las cuales se contempla el minúsculo arquitecto satisfecho de su obra. Este parto espiritual, esta "mayéutica" dolorosa constituye, en esencia, el proceso creador del médico, máximo bosquejador de estructuras humanas. Y hay en ese proceso una sed inextinguible, un ansia creciente, un ardor fecundo, que suple al dolor de la cruenta docimasia espiritual. La vida del Dr. Farfán fue una vida ambiciosa asomada al horizonte de la ciencia con sed acuciosa de conocerla mejor cada día. Amado y reconocido,

por unos: subestimado e incomprendido por otros, tuvo siempre valores específicos y, por derecho, invulnerables.

ANGEL M. ESTRELLA.—Fue una de las más acusadas personalidades de la medicina en Cuenca. Como escritor, como político y como catedrático universitario, puso en su obra todo su rico mundo interior, lleno de proyecciones vitales que él quisiera haberlas hecho realidades con sólo la poderosa fuerza de su pensamiento creador, su rica vena mental, sus ideas y sus creencias de hombre que oscilaba entre dos periodos de la evolución médica. El Dr. Angel M. Estrella sintió, como pocos hubieron de sentirlo, esa transición de los métodos científicos del siglo pasado, de esa época en que las pragmáticas de la medicina comenzaban a descomponerse al impacto de las nuevas corrientes del presente siglo, en el que las ideas, convicciones científicas y experiencias objetivas trataban de moldearse en una nueva concepción de las enfermedades, dándoles un sentido patogenético y fisiopatológico, antes ignorado.

Su postura vital, como médico y como maestro, estaba determinada por el cariz de las circunstancias que emanaban de esa transición histórica, social y cultural, que enmarcaron el proceso formativo de su personalidad científica. Emocionalmente, aquel clima de "fin de siglo", alimentó y exacerbó su propensión natural al pesimismo, empujándole a una concepción de la vida entre estoica, contemplativa y fantaseadora. Los materiales que precisó el Dr. Estrella para alimentar la existencia suya, a la vez contemplativa y de acción, los obtuvo de su atenta y aguda contemplación del mundo que rodaba en torno a él y de un voraz apetito de lectura, porque el mundo de sus libros comprendía una amplia variedad de obras técnicas, tanto de medicina como de historia, de problemas sociales o políticos, de religión o de filosofía. Con Ortega y Gasset, podríamos decir que el sentimiento de insuficiencia que padecían las ideas y valores de la cultura en esa desconcertante etapa de transición del materialismo del siglo pasado al espiritualismo del presente, es el resorte que movió el espíritu "hamletiano" de esta personalidad singular, que fue el Dr. Angel M. Estrella.

ADOLFO PERALTA V.—En la selección de los valores médicos que, graduados en los últimos años del siglo pasado fueron profesionales y maestros en las primeras décadas del actual, se destaca

como figura personalísima y ejemplar el Dr. Adolfo Peralta V., cautivante por la sagacidad de su entendimiento, por su amplio humanismo, por su agudo conocimiento de todas las disciplinas médicas. Culto y sagaz maestro, que con su bondad señorial sabía moidear el espíritu de la juventud, fue, sobre todo, un espíritu de selección, de férrea disciplina mental, que le permitió asimilar los avances de la ciencia y de la técnica con una facilidad y un dón comprensivo que asombraba a sus mismos colegas y coetáneos. Mientras unos —muchos de su misma generación— descansaban fatigados y desorientados por el gran aluvión fecundante de las modernas teorías científicas, y otros —los más jóvenes que él— se entretenían en triviales ensayos de forma, el Dr. Peralta sentía, como muy pocos, la profunda emoción de haber superado ese momento histórico en la evolución de la medicina.

Vivió lejos de los cenáculos intelectuales, en donde las lonjas de la valoración se miden más por la presencia, por la corporeidad física, por la irradiación personal inmediata. No intervino en las disputas diarias y pequeñas de nuestros hombres y de nuestra política; no formaba parte de los grupos, ni buscaba un puesto al sol de la clasificación por generaciones. Su vida fue una fuga constante de la sociedad en torno y, como compensación, un refugiarse continuo en la fecundidad científica de su biblioteca de selección, para preparar en la soledad sus brillantes lecciones de cátedra, para refrescar cada noche la espuma de la sabiduría reciente y complicada de hoy con la vena clara y tranquila de la ciencia de ayer.

Ejerció el Dr. Adolfo Peralta V. el Decanato de la Facultad de Medicina de la Universidad del Azuay desde 1888 hasta 1904. Desempeñó también con lucidez la Cátedra de Terapéutica y volvió, más tarde, como Profesor de Patología Externa en 1925 —llamado por la juventud a raíz de la transformación política del 9 de Julio—, llegando a ser nuestro Profesor y como discípulos suyos supimos comprender la grandeza de los méritos y virtudes que atesoraba tan ilustre Maestro.

BERNARDO YEPEZ MUÑOZ.—Catedrático, por muchos años, en las disciplinas de la Terapéutica y de la Obstetricia, poseedor de un hermoso talento y de un noble corazón. Las lecciones del Dr. Yépez Muñoz eran un modelo de oratoria elegante y pulcra. Su fidelidad de pensamiento, su serenidad, su sencillez, sus ademanes estrictos, su

voz pausada y de resonancia armoniosa, sus argumentos incontestables, le señalaron, desde muy pronto, esa difícil tarea de maestro que, con tanta altura, supo cumplirla. Las tempestades de la vida le abatieron en la tarde de su vida; pero detrás de ese arduo y doloroso combate, se adivinaba en él esa enhiesta verticalidad de conciencia y ese tesoro de observación y ese seguro instinto médico con que exponía sus diagnósticos clínicos y sus sagaces sugerencias psicológicas.

IGNACIO MALO TAMARIZ.—El Sr. Dr. Dn. Ignacio Malo Tamariz fue el tipo auténtico del maestro, alentado por una gran vocación de educador. Fue el inigualable Profesor de Anatomía, "el Sappey azuayo" —como ha dicho uno de sus discípulos—, caballero a carta cabal, armado para las expansiones sociales, teniendo la heráldica de su caballerosidad en su porte noble y gentil, dotado de un especial sentido metodológico para la enseñanza, fue un modelo de honradez científica y de fervorosa dedicación universitaria. Su ingénita modestia —propia de los hombres de superior calidad— le restó el fulgor que, acaso otros menos eminentes, tuvieron en la vida. El recuerdo del insigne Profesor de Anatomía sigue siendo una enseñanza perenne para la juventud que se inicia en las ciencias médicas, para que ella adquiera esa sensibilidad analítica tan exquisita y esa pericia de observación tan notable del maestro Dr. Malo Tamariz, que conoció, como ninguno, los secretos más íntimos de la Morfología orgánica.

LUIS MARTINEZ TAMARIZ.—Clínico de vastísima erudición científica, fue un magnífico Profesor de Terapéutica, cátedra en la que sabía dar de sí toda la suma de sus experiencias humanas y de sus conocimientos muy amplios sobre Botánica y Farmacología. Vida fecunda la del Dr. Martínez Tamariz, porque supo dejar a las generaciones actuales el ejemplo más rotundo de lo que es una pedagogía ejemplar, aquella que se realiza cuando se enseña con claridad, con sencillez y con elevación de espíritu.

El Doctor Luis Martínez Tamariz supo elevar la jerarquía de la profesión, convirtiéndola en un verdadero apostolado espiritual. Supo comprender, con un sentido casi místico de la caridad y del amor al prójimo, que la medicina es más una misión que una profesión, porque en la misión hay un acento de religiosidad y apostolado y en la profesión la práctica, siempre utilitaria, de una simple técnica.

El Dr. Martínez fue un ilustradísimo profesor que a sus conocimientos científicos, añadía la bondad y la dulzura de su carácter y un porte culto y caballeroso. En la Cátedra fue a modo de hilo conductor que, a través del intrincado laberinto, guiaba la mano del discípulo para ayudarlo a devanar el huso complicado del estudio. Nadie mejor dotado que él para señalar el rumbo orientador; nadie más bondadoso que él y más capaz; nadie tan lleno de exquisiteces espirituales. Paradigma de virtudes humanas, ejemplo de caballerosidad y de nobleza, espíritu de selección para seguir, como hábil clínico, las curvas ascendentes del pensamiento médico: tal era la personalidad —ennoblecida por el recuerdo familiar y lejano— del Dr. Luis Martínez Tamariz.

LUIS CARLOS JARAMILLO.—El Doctor Luis C. Jaramillo es el único profesional, graduado a fines del siglo pasado, en el año de 1897, aunque convive con nosotros, y es por ello motivo de reverencia de las generaciones médicas de hoy, discípulos y admiradores del Maestro, que hemos formado en torno a su figura venerable, ya fatigada por los años, un tibio y confortante ambiente de afecto y de veneración.

En un medio menos tornadizo y menos amnésico, con buena memoria para el recuerdo de los servidores del país, con más apego a la verdad de los hechos y a la autenticidad de la obra, el Dr. Luis C. Jaramillo figuraría en el friso de las figuras representativas de la Nación. Cuenca, en especial, le debe actitudes esenciales de profunda significación científica, cultural y social, que deben ser retribuidas con el homenaje que merece una obra impar y una alma transparente.

El Dr. Jaramillo une a sus múltiples actividades patrióticas y de servicio público, un largo periodo de efectivo servicio a la Universidad de Cuenca, ya como Profesor de Patología General e Interna por más de veinticinco años, ya como Decano de la Facultad Médica, desde el año 1919 a 1923, o como miembro casi permanente de la máxima Corporación Directiva del Plantel o como Vicerrector en la época del Rectorado del ilustre Dr. José Peralta, época que marca un paso de efectivo progreso para la cultura universitaria de Cuenca.

Hombre de ideas avanzadas en el campo doctrinario y de la política nacional, se enfrentó siempre contra el vendaval desatado por la

intolerancia y triunfó en el Parlamento con su fina inteligencia, que no necesitaba esforzarla para sobresalir; como Vicepresidente de la Cámara de Diputados hizo cursar en las Cámaras numerosas leyes que hoy nos dan el derecho de ser señalados en el concierto de las naciones más evolucionadas.

El Dr. Jaramillo, fundó, organizó y trabajó muchos años en el servicio universal de la CRUZ ROJA, en el Azuay, y fue el primer Director de Sanidad en la Provincia, en donde al amparo de una legislación positiva, supo con energía y con talento velar por el mejoramiento de la alimentación, de la vivienda, de los servicios sanitarios y de las condiciones de higiene de la población; procuró todos los medios para la prevención y el tratamiento de las enfermedades epidémicas y endémicas, así como también de la asistencia médica y hospitalaria a quienes por sus escasos recursos económicos así lo requerían. Luchó con la incompreensión y el empirismo y triunfó sobre esa anterior estructura jurídica que favorecía a unos pocos, en detrimento de la sociedad en general; a su amparo nacieron numerosas leyes que han permitido elevar las condiciones sociales e higiénicas de las zonas urbanas y rurales del país.

Al Dr. Luis Carlos Jaramillo le debemos muchos de los aspectos constructivos de nuestra nacionalidad y múltiples manifestaciones de alta calidad humana, porque su pensamiento y su acción estuvieron siempre al servicio de la comarca y del país.

Tales son los protomédicos de Cuenca, en una visión fugaz y retrospectiva. Tenemos que valorarlos más por sus vidas consagradas al servicio de la humanidad, que por su obra que no pudieron o no quisieron dejarla escrita. De todos ellos queda, sobre todo, esa bondad permanente, inquebrantable, aliada de un exquisito sentimiento humano y esas notas prevalentes en la intimidad más honda de sus espíritus: la capacidad científica y la vocación, dos instancias por las cuales la Medicina del Azuay halló representación vigorosa, genuina autoridad y efectivo poder directivo.

Desgraciadamente, para las actuales generaciones, sólo cuenta aquello que queda escrito en un libro, pintado en un cuadro, erecto en un monumento; la otra parte de la biografía de un hombre, la vida apasionada o mansa que fluye cada día y se va, apenas pasa a la hora

del juicio que da a los hombres representativos su categoría ante la historia. Ello nos explica el desnivel evidente que existe entre la popularidad que los maestros de la medicina tuvieron en su época y el débil recuerdo de ahora. Sus nombres y su fama, que cuando vivieron corrían de boca en boca, ahora apenas logra difundirse más allá de los círculos doctos. Y es que las generaciones últimas no ven lo que veían sus contemporáneos, o sea, sus existencias palpitantes y fervorosas, cuya tensión espiritual oscilaba entre la dación absoluta de todos sus conocimientos científicos y la quijotesca aventura —ora fecunda, ora estéril— de una lucha inmisericorde contra la ignorancia y el dolor.

No hemos pretendido reconstruir las biografías de los maestros, graduados en el siglo pasado, sólo hemos querido sorprender algunas imágenes como instantáneas perdidas de su paso por el mundo y presentarlas, acaso con poco acierto, en toda su expresiva virtualidad, ejemplar y creadora.

La Cátedra de Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca

Apuntes para la Historia, dedicados cordial-
mente a mi distinguido maestro y amigo señor
doctor Luis A. Sojos.

El desarrollo de la Anatomía Patológica ha seguido diversos caminos, según las distintas tendencias de las escuelas europeas y americanas. En muchas Universidades nació como una rama de la Anatomía Normal, mientras en otras ha estado íntimamente ligada al desarrollo de la Patología. En la Facultad de Medicina de la Universidad de Cuenca observamos esta doble tendencia. En su iniciación se estudió conjuntamente con Patología Interna y Externa, anotando en cada entidad nosológica las alteraciones orgánicas; más tarde se estudió como materia anexa a las Patologías y durante corto tiempo se observó una nueva orientación, se le anexó a la cátedra de Anatomía Normal, para luego independizarla, adquiriendo desde entonces el desarrollo y la importancia que hoy se le asigna entre las materias médicas y en la preparación científica del profesional.

Fundada la Universidad de Cuenca el 1º de Enero de 1868, bajo el Rectorado del ilustre patricio Dr. Benigno Malo, se organizaron las Facultades de Jurisprudencia y de Medicina, esta última con su primer Decano el Dr. Agustín Cueva. No tenemos datos acerca de la enseñanza de Anatomía Patológica durante los primeros años de vida de la Facultad; la docencia en ese entonces fue desordenada y carente

de visión médica, dando especial interés a Anatomía, Ciencias Naturales, algo de Higiene y escasas prácticas en el pequeño Hospital Civil "San Vicente de Paul", que desde entonces constituye nuestro principal centro médico y el Hospital Universitario de Cuenca, que aun cuando dependiente de la H. Junta de Asistencia Pública del Distrito, es servido por los Profesores de la Facultad de Medicina en calidad de Jefes de Sala y en el que se realizan parte de la docencia y las prácticas estudiantiles.

Tenemos que llegar a 1910 para encontrar una Facultad de Medicina estructurada y con un cuerpo de profesores suficiente para las necesidades de la época, cada uno con sus Asignaturas y con un Plan de Estudios bien dirigido. Durante este período de más de cuarenta años, la Anatomía Patológica no merece mayor atención, se la estudia como un anexo a los diversos capítulos de la Patología Interna. Existe sin embargo una fecha que es necesario recordar, el año 1886, que es histórica en la medicina regional y marca una etapa en el desarrollo de la Anatomía, la construcción del primer Anfiteatro Anatómico en el Hospital Civil, que pudo haber sido la iniciación de un centro anatómo-patológico, pero que sólo sirvió para unas cuantas autopsias médico-legales y para escasas prácticas de Anatomía.

En 1910 el Consejo Superior de Instrucción Pública dicta un nuevo Plan de Estudios de Medicina para todas las Universidades del País, estudios que desde entonces se realizan en siete años, señalando para el cuarto curso, entre otras asignaturas, la de Anatomía Patológica, cuyos exámenes finales, conjuntamente con los de Patología General e Interna, debían durar el tiempo de media hora. Esta cátedra estuvo a cargo del maestro de generaciones médicas Dr. Luis Carlos Jaramillo León, graduado en nuestra Universidad el año de 1897. El Dr. Jaramillo fue el primer profesor de Anatomía Patológica, maestro cuya respetable figura nos recuerda aquella brillante generación de médicos cuencanos que pasaron dando prestigio a nuestra Facultad y a la medicina de la región. Permaneció en la Cátedra de Patología Interna y Anatomía Patológica hasta 1926, ocupó el Decanato de la Facultad y como médico al servicio de la humanidad, con visión elevada, comprendió que la Patología —doctrina de los padecimientos— se puede limitar con una bien entendida y dirigida Salubridad Pública y a ella dedicó sus últimos esfuerzos. Fue el fundador de la Sanidad Fiscal en el Azuay y de la Cruz Roja Provincial, allí trabajó con talento

y energía, para defender a la población de los males que ayer como hoy pesan gravemente sobre nuestra ciudad, y desde la Sanidad y desde la Cruz Roja, siempre estuvo presente en los momentos difíciles de la vida ciudadana.

En Noviembre de 1911, la Facultad de Medicina solicita a la Junta de Beneficencia, como se llamaba entonces la Institución que más tarde cambió en Junta de Asistencia Pública, el permiso para que puedan dictar sus clases los Profesores de la Facultad en las salas del Hospital. Esta solicitud, apoyada por el Gobernador, pasó a la Junta, la que aceptó lo solicitado. Desde entonces, un Profesor de cada curso, en un día de la semana, pasaba visita a los enfermos en una de las dos salas, las únicas que contaba, en ese entonces, el Hospital; visita que para los alumnos se limitaba al privilegio de llevar el libro de recetas y asistir a hurtadillas a alguna intervención quirúrgica. En el mismo oficio se solicitaba que todo cadáver sea trasladado al Anfiteatro para las lecciones de Anatomía y Cirugía. El Médico del Hospital, Dr. Manuel Farfán, accedió lo solicitado —exceptuando solamente aquellos que reclamen sus familiares—, disposición que se mantuvo, casi sin alteración, hasta 1953, año en que se hace constar un nuevo artículo en el Reglamento del Hospital, que dice: "Cuando se trate de un caso en el que el Jefe del Servicio, quisiera hacer la comprobación del diagnóstico, o esclarecer la enfermedad que ha causado la muerte, se practicará la necropsia", disposición que ha sido de gran utilidad para la mayor práctica de necropsias en enfermos fallecidos en esa casa de salud. Sin embargo, aspiramos a que algún día se establezca la autopsia en forma obligatoria.

Por resolución del Consejo Superior de Instrucción Pública, en Octubre de 1916 se crea la cátedra de Anatomía Patológica macroscópica y microscópica, como materia aparte, quedando a cargo del mismo profesor de Patología General e Interna Dr. Jaramillo; sin embargo, todavía no se da a la Anatomía Patológica la atención necesaria; solamente en 1922, encontramos en las actas de exámenes, que se hace relación a examen práctico de esta asignatura en el Anfiteatro de Anatomía. Por esta misma época se adquieren los primeros laboratorios de Bacteriología e Histología, durante el Rectorado del ilustre internacionalista Dr. Honorato Vázquez, el que consiguió, además, que se organice otro Anfiteatro, en mejores condiciones que el anterior, en un lugar vecino al Hospital, en el sitio que hoy ocupa la

Escuela de Medicina. El ilustre Rector Dr. Vázquez, en su informe presentado a la Junta Administrativa de la Universidad, al referirse a la fundación del nuevo Anfiteatro, dice: "Las preparaciones anatómicas y demás estudios se harán en cadáveres que salgan del Hospital. De este modo lo estudiado en el enfermo se completará con lo que se hace en su cadáver." Palabras éstas que sintetizan el empeño del Dr. Vázquez por la iniciación de una Anatomía Patológica, clínica, que es la única que rinde positivos beneficios para el desarrollo de la medicina de una región.

En 1926 ocupa la cátedra de Patología Interna y Anatomía Patológica el Dr. Miguel Alberto Toral León, graduado en nuestra Universidad en 1924, uno de los médicos de prestigio en el momento actual; ha dedicado toda su vida profesional a la docencia, lo que le valió para ocupar el Decanato de la Facultad de Medicina durante nueve años consecutivos.

En 1933 ingresa a la Facultad de Medicina, en calidad de Profesor, el prestigioso profesional y catedrático Dr. Víctor Barrera Vélez, graduado en 1931; a él le corresponde las cátedras de Anatomía e Histología Normal y de Histopatología, quedando desde entonces dividido el estudio de Anatomía Patológica en dos partes, con distintos profesores: la parte macroscópica a cargo del Dr. Toral y la microscópica a cargo del Dr. Barrera.

Hasta entonces la evolución de la Anatomía Patológica siguió el curso que durante muchos años se mantuvo en Francia e Inglaterra, el clínico se empeñaba y hacía autopsias para comprobar sus diagnósticos, pero aún no se había iniciado el estudio práctico de Histopatología. Corresponde al Dr. Barrera el mérito de haber realizado las primeras prácticas de Histología con los escasos medios que disponía en ese entonces la Universidad en sus viejos y empolvados laboratorios. Me tocó la suerte de ser su alumno y pertenecer a uno de los primeros grupos que iniciaron prácticas de Histología y más tarde Anatomía e Histología Patológicas. Y como en otros centros, en nuestra Universidad, también el desarrollo de la Anatomía Patológica estuvo intimamente ligado al progreso de la Histología y de la Técnica Microscópica que con gran talento y tesón supo iniciar el Profesor Dr. Barrera.

Transcurren así cuatro años y la parte macroscópica se le encarga al Profesor de Anatomía Normal Dr. Julio E. Toral Vega, meritisimo galeno y catedrático que durante corto tiempo dictó esta rama de la Patología, ya que, a petición de los alumnos, la Junta de Facultad, en 1940, fusiona estas dos partes y crea la Cátedra de Anatomía Patológica e Histopatología, independiente de la Patología Interna, encargándola al Dr. Víctor Barrera, que realizó numerosas autopsias, publicó trabajos sobre Tifus Exantemático, Tumores, etc., haciendo que se cumpla en nuestra Facultad aquella frase de Dietrich, que dice: "La Anatomía Patológica no es teoría, sino realidad básica, para todo pensamiento y actuación en el campo de la medicina."

En 1944, se separa el Dr. Barrera para ocupar la Cátedra de Clínica Terapéutica, habiéndome tocado, desde entonces, hacerme cargo de la cátedra de mi maestro y en 1951, gracias a las gestiones del entonces Decano de la Facultad de Medicina, Dr. Miguel A. Toral, realizar prácticas en el Instituto de Anatomía Patológica del Hospital del Salvador y en la Universidad Católica de Santiago de Chile, junto a mi ilustre maestro el Profesor Miguel Ossandón Guzmán y a los distinguidos patólogos Profesores Ismael Mena Rodríguez y Roberto Barahona, para traer, modestamente, las enseñanzas recogidas y ponerlas al servicio de la Universidad y del Hospital Civil de esta ciudad.

En 1952 se traslada el Laboratorio de Histología normal y patológica del local de la Universidad, contiguo al Parque Calderón, al Hospital Civil, a un pequeño departamento adaptado para este objeto, mientras las necropsias se siguen realizando en el Anfiteatro Anatómico de la Escuela de Medicina. Desde entonces el Laboratorio comenzó a servir a cuantas solicitudes de exámenes se reciben de los Jefes de Servicio, cumpliendo así la función de la Anatomía Patológica, que no es ciencia que se limita al estudio de las células y tejidos, sino que debe alimentarse de todas las fuentes de investigación médica, ya que su fin es llegar al concepto unitario de la esencia de la enfermedad; sin embargo, nada habíamos progresado en el campo de las necropsias, hasta que llegamos a 1956, fecha de gran significación para el desarrollo de esta rama central de la medicina y que puede significar una nueva etapa en la vida científica de la medicina de la región, ya que ha culminado con una obra que significa veinte años de ilusiones y esperanzas: la creación de un servicio completo de Anatomía Patológica en el Hospital Civil de esta ciudad. Preocu-

pación constante desde 1936, primero por parte del profesor Dr. Barrera, cuando ejercía la vocalía de la H. Junta de Asistencia Pública, todos sus empeños se desvanecieron frente a la incomprensión; más tarde por parte de los alumnos de la Facultad, quienes en 1943 solicitaron a la Junta de Facultad la creación de una Morgue en el Hospital; al año siguiente el empeño del Decano y vocal de la H. Junta de Asistencia, Dr. Miguel A. Toral, se estrellaron frente al poco interés de quienes en ese entonces regían los destinos de la Junta, hasta que en el año anterior, cuando desempeñaba la vocalía de la H. Junta y la Dirección Interina del Hospital el Dr. Luis Alberto Sojos Jaramillo, consiguió la construcción de un moderno edificio; al que se le dotó del Laboratorio y más útiles que posee la Universidad.

Este hecho que ha pasado desapercibido, merece que sea debidamente anotado, no solamente para ensalzar el nombre del distinguido maestro y abnegado Profesor Dr. Sojos, que bien lo merece, por sus singulares dotes y su infatigable espíritu de trabajo, sino por su clara visión de las funciones que debe realizar un Hospital moderno, un Hospital Universitario como el nuestro. El ha comprendido a cabalidad que el Hospital, a más de ser un centro de caridad para el desvalido, debe ser el centro del Profesional médico, el centro de estudio de la patología de una región, en donde al mismo tiempo que se da atención médica y calor humano al enfermo, se debe recoger en él las experiencias extraídas mediante la observación y el estudio, lo que en los momentos actuales de la medicina no se podría hacer sin el concurso de la Anatomía Patológica, ya que ella es el centro de la medicina a donde concurren los conocimientos preclínicos y de donde parten y a donde convergen nuevamente las ramas clínicas. Porque la Anatomía Patológica es una de las bases más sólidas sobre la que descansa la clínica, sobre la que se levanta la cirugía y sin la cual sería imposible el estudio de muchas ramas de la medicina, como la Cancerología, por ejemplo.

Merced al Dr. Sojos, tiene el Hospital un moderno local que, a más de la Morgue o depósito de cadáveres, cuenta con una Capilla de donde recogerán los familiares los despojos de sus seres queridos, y tiene una amplia y bien planeada sala de necropsias, con las condiciones necesarias para la docencia y con los departamentos para Laboratorios y Sala de Observaciones Microscópicas, debidamente equipadas con modernos aparatos pertenecientes a la Facultad de

Medicina, conseguidos en su mayor parte, gracias al espíritu comprensivo y progresista del meritisimo Rector de la Universidad Dr. Carlos Cueva Tamariz y de los dinámicos Decanos Dr. Toral y Dr. Honorato Carvallo. Y la Facultad de Medicina encuentra en estos servicios el material necesario para el estudio y las prácticas de sus alumnos.

La Historia de la Medicina Regional sabrá justipreciar la obra realizada por el Sr. Sojos que ha dotado al Hospital Civil y a la Facultad de Medicina de uno de los servicios más necesarios, con el que la Cátedra de Anatomía Patológica podrá seguir su camino de progreso y que puede significar una nueva etapa científica en la vida hospitalaria y en la formación médica de nuestros futuros profesionales.

EL AZUAY

LOS CUATRO ELEMENTOS Y EL HOMBRE

(APUNTE PARA UNA GEOGRAFIA SOCIAL)

I

LOS CUATRO ELEMENTOS

La Provincia del Azuay, situada al sur del nudo de este nombre, mide, aproximadamente, ocho mil seiscientos ochenta y nueve kilómetros cuadrados. Entre los $2^{\circ} 30' 00''$ — $3^{\circ} 37' 30''$ de latitud sur, se eleva, sobre el nivel del mar, en escala de lento ascenso, desde los ochocientos metros de las riberas del Jubones, hasta los cuatro mil metros del Cajas y otras cumbres. Por eso el Azuay tiene todos los climas. Desde el cálido del subtrópico hasta el frío de sus cimas y el suave y templado, especie en verdad de veleidosa primavera, de la meseta de Cuenca.

Su figura es la de un gigantesco paralelogramo, cuyos lados han perdido la línea recta para curvarse abombándose en unas partes y encogiéndose en otras. Es una especie asimétrica de figura que, en verdad, la geometría no sabría cómo calificarla, ni en dónde encasillarla. Pero, si abierta la mano nuestra, clavamos la muñeca en la ciudad de Cuenca, y los dedos entreabiertos los ponemos en dirección de oriente a occidente, con el pulgar hacia Paute y el meñique en rumbo forzado hacia Santa Isabel, estaremos frente a un símil del Azuay: la palma de la mano para Cuenca y un dedo para cada uno de sus cantones.

Y esta figura caprichosa, alardeando cimas y abismos, vegas tranquilas, aristas y grietas y un encaje sutil, tejido por innumerables ríos y claros arroyos, se complica más al dividirse en cuencas y mesetas: la meseta de la ciudad capital, las hoyas lamidas por el Paute, el Gualaceo y el Santa Bárbara y, por fin, hacia el suroeste, la profunda vertiente del Jubones.

* * *

La meseta de Cuenca, defendida por los grandes macizos del Saucay y del Gulag, siguiendo la cresta del Cajas, camino de "Soldados", avanza hasta levantar su grimpola verde en las fauces oscuras y arrugadas del Portete... Y parte desde aquí, arrullada por el Tarqui, en medio de una sinfonía de vientos y de brisas, abrazando Cumbe y Quingeo, para morir en la hosca abertura horadada por el Challuabamba, río que convertido en el Paute, se lanza furioso a la Hilea, allá rumbo a la Amazonia.

Pero la tierra de esta meseta es una tierra curiosa. En las orillas del "Julián Matadero", junto a las aguas del Yanuncay, del Tarqui y del Machángara, aparece verde, cubierta de pastizales, de capulíes y maíz. Se la supone rica en elementos nitrogenados y en la que la agrología y la agrotecnia, nada tendrían ya que enseñar. Pero, si se elevan los ojos sobre las riberas del Tarqui, se verá entonces grietas amarillas y manchas enrojecidas: es la erosión que ha lavado la pequeña capa vegetal dejando al descubierto la roca, el cascajo y el cangagua... Es el esqueleto endurecido de la tierra, que cansado del trabajo de siglos y lavado por las aguas lluvias, pide al sol y al viento un rayito de luz y un soplo de vida. Y más allá, hacia el norte, la tierra comienza a enseñar una especie de cara amarillenta. El "Julián Matadero", embravecido por el feo nombre de "Challuabamba" que se le ha dado, se ha comido las vegas de los contornos y de todas las orillas, dejando, además, que las tierras aledañas sean tragadas a bocados por la arenisca de Azoques... Por fin, en el resto de las colinas, como en toda la meseta, no pocas tierras que fueron prodigio de fecundidad, se miran a sí mismas anémicas y raquíticas, y exhaustas de haberse dado a los hombres, se han convertido en bloques de granito o, cuando menos, en suelos de secano.

En esta meseta levantó Cuenca su cabaña. Y es hoy la ciudad

capital. En sus primeros años fue una pequeña ciudad tranquila. Apartada de todos los caminos, no le llegaba ninguna inquietud. Su vida era lenta y sencilla. Y hoy mismo, con un suave rescoldo de vieja ciudad española, todavía se **defiende** con el hisopo y el agua bendita.

* * *

La cuenca del Paute comienza con espumas morenas cuando el río está malo. La abertura del Tawal y del Chicticay, resulta angosta, encanijada y ruda, cuando el río está malo... Se abre el espacio lentamente, y el río es como si jugara, convirtiéndose en una gran serpiente de plata, en medio de los contrafuertes de Uzhupud y de Tutucán, de San Cristóbal y de Huacas. Pero el río, cuando está bueno, serpentea amoroso entre cañaduzales, chirimoyos y perales; y cuando está claro y está manso, besa cariñoso las playas de Yumacay y rompe tímido las rocas de Chicti y Huascachaca, para convertirse en cristales azules cuando riega zalamero "La Virginia", heredad de mis mayores.

Con todo no hay que olvidar que la cuenca del Paute no es propiamente una cuenca. Es una especie de cañón. El cañón con que apuntamos al Oriente de la Patria. Y en este cañón, en su seno, junto al río, el limo ni quiere ni desea nada de otras partes: se basta solo para enjorar la vida. Mas, conforme se empinan los contrafuertes, la piedra y la roca apenas se cubren de pencas y retamas; y cuando el cañón se abre, se rompe y se deshace en Guachapala, en Palmas y en El Pan, se pierde convertido en un rubio maizal.

En la mitad de ese cañón, junto a las orillas del río, en medio de perales y aguacates, de chirimoyos y limoneros, encontró el Inca — Huayna-Cápac tenía que ser — a una dulce doncella nativa: "¡Pau!", exclamó el Monarca y, desde entonces, Paute se llamó el pueblo que es hoy cabecera de ese cantón. Y Paute, enredado en rosales blancos, es huerto y es jardín.

* * *

Al otro lado del Chicticay, badeando el Paute, comienza o termina — nadie lo sabe — la cuenca del Gualaceo. Comienza, si tomamos el Gualaceo aguas arriba. Pero al Gualaceo no se le toma nunca aguas

arriba, ni tampoco aguas abajo... Es el río embrujado. Un embrujo que le ha convertido en un inmóvil espejo hecho de cielo y de cristal. El río está inmóvil. Es un remanso azul con los ojos fijos en Dios... Es un gran remanso bordeado de pájaros, de sauces y de duraznos maduros... El río está inmóvil. Pero en el fondo del remanso, en medio de sus entrañas profundas, las aguas se mueven... Hacia arriba... Hacia abajo... Nadie lo sabe...

Las tierras de este cantón ya no son como las de Paute. Parece que la naturaleza no hubiera abierto aquí todos sus cofres. O es que quizás en estas tierras se ha cosechado desde siglos antes que en Paute. Pero es la verdad que ya no se encuentran aquí las mismas primicias. Grandes lienzos de sementeras flacas, se compensan con el primor del río. Y tal vez es mejor que sea así.

Una ancha población es la capital del cantón. Gualaceo, desde siempre tocada por la varita mágica de su río, sufre el signo de muchas beldades. Es también una bella durmiente...

Tramontando el Gualaceo, encima de Chordeleg, comienza el camino hacia el Sigsig. Adusto el campo. Dura, la tierra... La ruta se vuelve zigzagueante. Perezosa... Para luego, sin avisos tohantes, convertirse en visión risueña de parcelas simétricas, sembradas de casitas llenas de un no sé qué que satura a los ojos, a los oídos, al espíritu todo, de una suerte de beatitud, de una suave tranquilidad y de un raro deseo de vivir allí... Es la paz de la campiña. Es el suave aroma rural. El olor de la tierra fresca. El agua, el agua que se la presiente cercana, cantarina y pura. Es que la cuenca del Santa Bárbara es una cuenca mística, llena de ensoñaciones, con el signo de huacas y leyendas que se encandila en las planicies morosas del Gualaquiza y del Bomboiza...

Gualaceo y el Sigsig, en cambio de tierras para el momento, poseen las dos puertas más anchas que tiene el País para abrirse paso hacia la Amazonía. Por el San Francisco de Gualaceo al Limón y de allí al Santiago y a su manigua. Y dando vueltas por el "Churuco", se desciende del "Matanga", probándose así que es tan fácil desde el Sigsig levantar la casa en Gualaquiza.

Y el cantón tiene por cabecera cantonal un pueblecito risueño,

que hoy mira amarradas sus posibilidades con la ausencia del oro en sus lavaderos y huacas; un pueblo, que ello no obstante, a pesar de sus contradicciones económicas, es fuerte para vencer los malos días...

* * *

De Paute, de Gualaceo, de Cuenca, con un salto de gigante, calzado con botas de siete leguas, se está en un minuto en la neblinosa y oscura boca del Portete. Pero los ojos ya no miran hacia la meseta verde clara del Tarqui. Ahora están llenos de otra luz: una sutil policromía, que viene desde lejos, de un cielo que parece de otros mundos, agoniza en las pupilas... Es la hoya de Girón, que comienza con tonalidades de esmeraldas, para cambiarse en oros y brillantes, en rubíes y grumos de sangre —auroras y crepúsculos— allá, abajo, en las tierras subtropicales del Rircay y del Jubones... En realidad se está aquí frente a un raro capricho del paisaje. Es a ratos Gauguin quien pinta a brochazos. Otras veces, quien lo creyera, es un capricho goyesco que semeja el horizonte... Y no se diga, de ninguna manera, que se trata de "un estado del alma"... La hoya, que semeja el cuenco de la mano, desde el Portete hasta Leocapac, es de un verde intenso, con pinceladas de rastros, de maizales y de achiras. En Leocapac el cuenco se rompe para enojarse con "El Pizhu", en el propio corazón de mi gañanía... Es preciso allí levantar los ojos al cielo en busca del Señor. Yo lo he hecho, y en la brisa del monolito, en el dulce silencio de la roca, junto a las aguacollas taciturnas, a la sombra de los faiques dormidos, EL ha puesto bálsamo en mis heridas... ¡Mi hijo!... Es que la cruz enhiesta en "El Pizhu", por mal nombre "El Aerolito", cubriendo mi tienda, llena el área de Caledonia y Gigantones, de Lentag y Cataviña, de Pacay y de los Tobachiris, de La Unión y de los Sulupalis... Aquí no es sólo el olor de los naranjos y de los limoneros, de mangos dorados y de pomarosas, como no lo es tampoco la fragancia de "las panelas" o del zumo y esencia de los cañaduzales... Nó... Todo esto es cosa de otras cosas. De la tierra. Del agua. Del fuego. Del viento... La tierra es aquí más densa. Es tierra "grande". Llena de fósforo y de nitrógeno, más jugosa y más rica. Aquí el agua en cambio es pobre, vive de andrajos y limosnas. Apenas corre por los caños. Casi ni se la ve... Pero allí donde moja y humedece, donde besa una sola vez, la vida brota madura y temprana. Y el viento, a su turno, en julio y en agosto, se lleva en sus

brazos no sólo el sopor de la canícula, sino a Morfeo y al barbudo Dios de las Uvas. Y el sol, por la misma gracia de la brisa y del viento, que pudo ser en los siete meses del año, horno encendido, es apenas la dulce chimenea del hogar...

Tal es la naturaleza en tierras gironenses y yunguillanas. Es la zona ubérrima del Azuay. Por algo la cruz y la roca, la una con sus brazos abiertos y la otra con su puño monolítico, desde el pivote de "El Pizhu", por mal nombre "El Aerolito", están a todos enseñando el camino.

Girón es la cabecera cantonal del cantón del mismo nombre. Y Santa Isabel, así mismo, es la cabecera del de su propia denominación. La una es una antigua población dormida en las leyendas heroicas del Portete. Hoy es una población marchita: descuartizado su patrimonio cantonal, estrechado en sus linderos, espera de no sé dónde la mágica varita... Santa Isabel, es la capital cantonal más joven de la provincia. Desde el belvedere de su asiento, se le abren los ojos y encienden las pupilas...

II

EL HOMBRE

Desde antes de los incas, tal vez desde antes de los propios cañaris, estas tierras cuyas aristas hemos copiado, estaba habitada por el hombre... Rescoldos arawacos, remotas ascendencias caribes o quizá trasuntos mayas y toltecas, formaron el *ayllu* primitivo... Pero esto es simple conjetura y ligerísima hipótesis, porque, simplemente, el origen de nuestros indios es totalmente desconocido. Nadie sobre este punto ha dicho hasta hoy la última palabra, porque nadie, sobre nada, es capaz de decirnos la última palabra... Rivet, Jijón y Caamaño, Max Uhle, entre los de hoy, como Saville, Beuchat, D'Orbigny y Ameghino, entre los de ayer, no han podido penetrar en las entrañas de la arqueología, de la antropología y de la paleontología, para descifrar esa X tan oscura. Pero ello no importa. No necesitamos ahora ponernos en busca de la célula primitiva...

Nos basta y sobra con mirar al *habitat* del Azuay tal como es hoy día. Para estas líneas nos basta con conocer al hombre de la ciudad,

al hombre urbano, tal como se encuentra en su vivencia actual, con sus caracteres de toda índole, con sus problemas grandes y pequeños. Así mismo, nos sobra con el análisis del hombre humilde que hoy habita en la campiña: nos basta verlo soleado y llovido, amasado por el viento, refrescado por todos los rocíos y encallecidas las manos y encallecidos los pies con la tierra de todos los barbechos y con el barro de todos los caminos... Los he visto de cerca a los unos y a los otros. Con los primeros, soñé en un nuevo amanecer y con ellos mis pupilas se perdieron siempre en las sombras de la noche... Con los segundos, sus manos y mis manos, pusieron las simientes en los surcos y el agua en las tierras reseca... Campesinos, indios, chazos y cholos, por años, tan junto a mi corazón os he sentido.

* * *

En el Azuay, desde sus inicios, la biología no tuvo problemas. Una generosa mezcla de sangres, terminó, si no en la provincia toda, cuando menos en sus centros principales, con el problema racial. Si desde los mismos avatares de la Conquista y de la Colonia, la sangre azul de los españoles, se mezcló con la roja nativa, después de la independencia, la nobleza basada en la sangre, comenzó a comerciar y a cruzarse rompiendo sus enmohecidos prejuicios, produciéndose, especialmente en estos últimos años, un ancho cauce para el cruce que debía traer —lo ha traído ya— la homogenización de casi la totalidad de la población. Si en las primeras etapas de nuestra demografía, la mezcla de sangres se debe a la libido española, en las épocas posteriores, preferentemente en los años que vivimos, los mestizos, los indios aculturados y no pocos extranjeros —italianos principalmente— metiéndose por todas partes, atacando por todos los lados y filtrándose por todas las ranuras, con la amarilla piqueta del dinero en las manos o en las mismas con un título de doctor, dieron fin a la nobleza de la sangre... Es así como, de manera especial en las ciudades, la población en un casi ciento por ciento es mestiza, llegando por lo mismo a una verdadera unidad racial. Sin embargo, esto no quita, para que encontremos también otros tipos en nuestra generosa biótica.

En el agro el indio conserva todavía su cetro impoluto. En los caceríos, parcialidades y comunas de la campiña, el indio puro es todavía vivencia real. Indios de Checa y Chiquintad, indios de Paccha

y de Nulti, de San Juan y de Ludo; indios de Jima y de Quingeo, de Cumbe y de Tarqui llevan en sus venas la sangre de quechuas y cañaris. Y en señal de que vienen de las propias fogatas del sol, nos hablan hasta hoy en **runa-zhimi**...

En el suroeste de la provincia, en la cuenca del Jubones, especialmente en los Sulupalis, desde tiempos perdidos, habita un grupo de negros. Posiblemente se trata de familias esclavas enclavadas en zonas difíciles en esas épocas para el hombre blanco. Y los negros, vertidos en zambos y mulatos, han llegado muy lejos...

Finalmente, para nuestra antropología social, se podría presentar un raro caso de hombres... Los "chazos" de "El Pan", "Tuncay" y "Lazul"—parcialidades y parroquias del cantón Paute y todas camino hacia el Oriente—. Son estos hombres de anchas espaldas, de ojos azules, de barba y cabellos rubios. Hombres altos, de narices rectas y de manos largas y delgadas... ¿Son, quizá, como ocurre también con algunos grupos del Sigsig—y el Sigsig se halla en las puertas del Oriente—, colonias españolas, perdidas en las faenas de la conquista?... ¿Son, tal vez, rescoldos de las antiguas Sevilas y Logroños?... Pero es la verdad que esos hombres constituyen grupos **des-culturizados**, que hoy viven como indios o como "chazos", de acuerdo con su situación geográfica. Lejos de todo contacto cultural, superviven engarzados en la cultura aborígen.

* * *

El censo de 1950, en la provincia, recuenta una población total de 250.975 habitantes, que podría distribuirse así:

Cuenca:

Zona urbana	39.938 habitantes
Zona suburbana	12.713 "
Zona rural	69.738 "

Girón:

Zona urbana	1.693 habitantes
Zona suburbana	6.324 "
Zona rural	20.213 "

Gualaceo:

Zona urbana	3.166 habitantes
Zona suburbana	4.076 "
Zona rural	23.910 "

Paute:

Zona urbana	1.377 habitantes
Zona suburbana	4.554 "
Zona rural	25.852 "

Santa Isabel:

Zona urbana	1.237 habitantes
Zona suburbana	4.061 "
Zona rural	11.252 "

Sigsig:

Zona urbana	1.662 habitantes
Zona suburbana	7.446 "
Zona rural	11.718 "

Globalizando estas cifras, los datos serían los siguientes:

Zona urbana	49.108 habitantes
Zona suburbana	39.173 "
Zona rural	162.683 "

Y reducidos a porcentajes, los porcentos nos dirían que la población se redistribuye de esta manera:

En la zona urbana el	19,56%
En la zona suburbana el	15,60%
En la zona rural el	64,86%

Mas, en realidad, si tomamos en cuenta que para el censo las **zonas** no fueron delimitadas con ningún criterio técnico, sino con el ánimo claro de encontrar una mayor cifra de habitantes para las ciu-

dades, hemos de apuntar que el 64,86%, que representa el porcentaje de la población rural está muy por debajo de la exactitud. Si el radio urbano de la ciudad capital, se ha puesto por el norte en "Milchichig" y por el sur en "El Salado" y si toda la parroquia "San Blas" figura como parroquia urbana, es preciso convenir que en el 19,56%, que representa la población urbana, se halla también la de la zona suburbana, es decir de la población que, aunque viva en el campo, depende inmediatamente de la ciudad... Por tanto, lo justo, lo real y verdadero, sería sumar los porcentajes asignados a las zonas suburbana y rural, para determinar la cifra efectiva de esta última. Efectuada la adición, en la población total de la provincia, la zona rural representa el 80,44%...

La composición étnica de este porcentaje es por demás sencilla y clara. Es la suma absoluta de "chazos" y de indios, puesto que en el campo no viven los nobles ni peor los ennoblecidos... Además, en el 19,56% que se apunta para la zona urbana, se encuentra también gente que **no es de pura** ascendencia azul: la autoctonía y el mestizaje son "cosas" que se ven desde lejos y que se oyen también desde lejos...

Es así cómo el pueblo azuayo ha llegado a donde debía de llegar: a la unidad de la raza...

III

INTERACCION

Tales son, pues, los dos términos de la ecuación de la geografía social del Azuay: la tierra y el hombre. Su interacción, su interdependencia, su múltiple y estrecha conjunción, ha producido la suma de problemas y de casos, difíciles y sencillos, que constituyen su sociología regional.

Allí la tierra, pobre y rica, pero siempre bella y generosa... Y allí el hombre. El mestizo —cholos y chazos— que constituye la materia viva de nuestras urbes y de nuestras tierras y campiñas. El, el mestizo en todas partes... Y con el mestizo, los indios, levadura de nuestro pan... Y sobre los unos y sobre los otros, los círculos de la "alta sociedad", que detentan el Poder en sus tres vertientes: la de la economía, de la religión y de la política...

Notas sobre la América Latina

"Para todos aquellos que quieran trabajar con energía y no encuentren en Europa labor a propósito, es, sin duda, América un excelente refugio", dice Hegel en la Introducción a sus famosas "Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal". Y un poco más adelante, añade: "Por consiguiente, América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre la América del Norte y la del Sur. Es un país de nostalgia para todos los que están haviados del suelo histórico de la vieja Europa." Un país de nostalgia, efectivamente, en donde todo europeo ha soñado alguna vez, como campo propicio en donde dar rienda suelta a sus energías latentes. Asia, la cuna del género humano, es otra cosa. Ofrece atractivos irresistibles para una mente imaginativa e inquieta. Recuerdo que, cuando muchacho, me extasiaba leyendo los viajes de Marco Polo o las conquistas y hazañas, dignas de un héroe de la epopeya antigua, de Timur Len o Gengis Kan. Había nombres sonoros de ciudades, Samarcanda por ejemplo, que nos evocaban abigarradas y pintorescas ferias, un febril transitar por sus calles de gentes de los más diferentes pueblos y razas, un incesante ir y venir de caravanas. Recreábase la fantasía haciendo surgir imágenes de la China laboriosa, solemne e inquieta, de la India señorial, religiosa y extática, de los desiertos interminables del Asia central, de la Arabia abrasada y reseca. A la edad en que Emilio Salgari, Julio Verne o Fenimore Cooper alimentaban nuestra alma ansiosa de aventuras, nos prometíamos, para cuando fuéramos mayores, algún apasionado viaje por aquellas tierras de ensueño y de misterio. Pero ni aun entonces, cuando los primeros proyectos vitales se satisfacían con sueños, ocurríase nos pensar que nuestra vida pudiera tener por escenario permanente el mundo asiático. Algo había allí que nos atraía y repelía

a un tiempo mismo. Más que por conocimiento por instinto, sabíamos que nos hubiera sido muy difícil echar raíces en Asia. Más que con las montañas más altas del globo, más que con los desiertos, mesetas y altiplanos, el continente asiático defiéndose de emigraciones de pueblos extraños con el hermetismo de su alma oriental. Cuando españoles y portugueses extendíanse, como mancha de aceite, por los ríos, selvas y montañas americanas, otros no menos esforzados ibéricos conquistaban para sus respectivos imperios las islas que bordean el extremo sudeste de Asia, las Molucas, Timor, las Filipinas, las Célebes, etc., pero eran incapaces de adentrarse profundamente en el continente. Se dirá: pero es que Asia, en esos sitios justamente, ha estado siempre superpoblada, dificultando las operaciones militares de conquista. Además, existían en esos parajes civilizaciones antiquísimas, que contrastaban con las más toscas y primitivas que los europeos encontraban por tierras de América. Todo esto es verdad. Pero no se olvide que un poco más tarde unos cuantos cientos de miles de soldados ingleses eran bastantes para dominar en la India sobre 300 o 400 millones de hindúes. Y por lo que se refiere al segundo argumento, no era la organización política, castrense o administrativa de las civilizaciones del sudeste asiático lo que impidió la penetración de portugueses y españoles. En otra cosa, menos espectacular, pero con mucho más eficiente: el alma y la cultura. Cabeza de Vaca, Cortés, Hernando de Soto, Solís, Orellana, Valdivia, Pizarro, Almagro y tantos otros tuvieron que habérselas con selvas húmedas y malsanas, con ríos interminables, con gigantescas cordilleras y fríos altiplanos. A veces, también tuvieron que enfrentarse con ciudades defendidas valerosamente. Pero, en general, el elemento humano que encontraron dejábase fácilmente moldear por las nuevas ideas y creencias, sin nada que ofrecer en cambio a los ardorosos conquistadores. ¡Cuántas veces no han recordado los historiadores el ejemplo de Grecia, que conquistada al fin militarmente por los romanos, los cautivó y dominó espiritualmente con el prestigio y el encanto de su cultura superior! Y lo mismo sucedió más tarde con la propia Roma, en la época de las invasiones de tribus germánicas, que quedaron prendadas por el hechizo de la civilización mediterránea. Nada de esto aconteció en América. Pocos años después de la conquista, desde California hasta la Patagonia, todo el mundo hablaba español o portugués, esforzándose por aprender las técnicas extranjeras y rezaba al Dios de los cristianos. Compárese esto con la resistencia que los jesuitas encontraron en su labor evangelizadora en el oriente y su lógica consecuen-

cia, la escasa influencia del cristianismo en el oriente extremo de Asia. Millones de chinos, de siameses, de hindúes, de birmanos, de malayos, continúan hoy como hace decenas de siglos reglando sus vidas en el seno de esas religiones sin Dios que son el Budismo o el Confucionismo. Y tampoco han perdido sus idiomas nativos, sus costumbres, su filosofía, etc. Todo ello es incomprensible a menos que admitamos un alma y unas creencias orientales diametralmente opuestas a las occidentales. Dice Alberto Schweitzer: "La razón por la cual es tan difícil familiarizarse con el pensamiento de la India radica en que éste es por su propio carácter, harto distinto del nuestro, a causa del gran papel que desempeña en él la idea de lo que se llama negación del mundo y de la vida." Algo parecido ocurre con el resto de pueblos del oriente asiático. Ningún viajero ha dejado de reconocer las diferencias profundas entre el ser chino o indio y el ser occidental. Así como el núcleo de un átomo se defiende de penetraciones de agentes extraños por medio de la aparentemente insignificante red de sus electrones, así el alma oriental pone el dique de sus concepciones religiosas, de sus costumbres, de su filosofía, a la marea ascendente de la ideología y formas de vida occidentales. Lo curioso es que hoy han adoptado muchos de los usos y técnicas de nuestra civilización, pero justamente en la cantidad precisa que exigía una defensa eficaz contra nuestros apetitos de conquista y expansión. Esto puede significar un peligro para nosotros, el tan manoseado "peligro amarillo" de que se hablaba hace algunas decenas de años. Pero también para ellos. Hay mutaciones bruscas del ser que entrañan el peligro de perder el alma. Nada menos que al diablo se propuso vendérsela el Dr. Fausto por un poco de juventud y amor. Se nos ocurre pensar que por muy segura de sí que se sienta el alma oriental, está corriendo el riesgo de jugársela en su afán de construir automóviles, aviones de propulsión y centrales eléctricas. Pues no creemos que indefinidamente se pueda seguir por esa senda sin una mutación radical del espíritu, sin terminar por abandonar a la larga esa pesimista negación del valor del mundo y de la vida que Schweitzer estima constituye la esencia del alma oriental.

Puede, pues, que nuestros descendientes dejen de sentirse extraños en el continente asiático. Pero profetizamos que ese cambio, de producirse, ha de durar aún bastante tiempo. Mientras tanto, el excedente de población de Europa continuará por muchos años, como afirmaba Hegel, soñando con nostalgia en la joven América, en una

América tan occidentalizada que aspira, con plausible optimismo, a constituir algo así como la vanguardia de nuestra civilización occidental. "En esta civilización, los Estados Unidos van a la vanguardia; todas las características que distinguen a occidente de oriente están allí más marcadas y desarrolladas", como dice Bertrand Russell. No creemos que la civilización occidental se agote en aquello en que hoy con justa razón los Estados Unidos van a la vanguardia. Pero sí que simbolizan con justeza la dirección más preponderante y marcada que occidente ha seguido a partir de los años en que Adam Smith escribió su "Riqueza de las Naciones", es decir, de la Revolución Industrial.

Claro es que para bien (y, en parte, para mal) del nuevo continente, no toda América son los Estados Unidos. Me imagino que el viajero que viniendo del norte atraviesa las aguas del Río Grande y penetra en territorio mejicano se encuentra de repente con una América distinta. Luego, sí, puede ir descendiendo hasta la Tierra de Fuego que, a pesar de los atavíos, paisajes y costumbres, las diferencias son menos que las que encuentra cuando atraviesa la frontera de España con Francia. A su paso topará con grandes ciudades, México, Río, Sao Paulo, Buenos Aires, Montevideo, que, como **urbes**, imitan en parte a lo que hay más allá de Arizona o Nuevo México, pero que, como **civitates**, poseen un nuevo espíritu. Y acaso, y acaso, recuerde aquel pronóstico de Hegel con que encabezábamos estas líneas: el posible conflicto entre las dos Américas, la del Norte y la del Sur. Verdad es que nuestro hipotético viajero vive unos ciento cincuenta años más tarde que el filósofo alemán. Sabe que los tiempos no están para luchas entre regiones y países a los que un destino histórico común ha colocado en el seno de la misma civilización occidental. Sabe que existen una Organización de Estados Americanos, unas Naciones Unidas y, sobre todo, Rusia, China, es decir, fuertes potencias contras las que apunta la organización toda, política, económicas, militar, de la civilización a que él pertenece. Sabe, en fin, que América del Sur, por razones que llegan hasta el tuétano de su ser espiritual, es más débil que su compañera del Norte. Por consiguiente, que un conflicto armado entre ambas partes, hoy por hoy solidarias, es imposible. Todo ello no quita el que exista ya hoy un conflicto ideológico y temperamental entre las dos Américas. Algo es fácil pronosticar para el futuro: aquello por lo que Norteamérica marcha como adelantada de nuestra civilización es quizá lo más endeble, discutido y discutible que ha producido occidente. Con independencia del resultado final de la

lucha que en nuestros días tiene escindido al mundo, los valores humanos han de terminar por imponerse sobre los valores utilitarios de la técnica. Y América del Sur, así creemos, es más rica potencialmente en dichos valores. Somos, pues, de los que confiamos en el brillante porvenir de esta parte del mundo. Virtudes y vicios son muchas veces no absolutos, sino relativos al fin que se pretende conseguir. Occidente ha vivido obsesionado por el superior valor del fin al cual una buena parte de su historia pasada parecía tender: el dominio completo de la naturaleza exterior, mediante el auxilio de la ciencia y de la técnica. Si en verdad eso fuera un fin absoluto, faltarían aquí quizá todavía algunas de las condiciones que lo hacen posible: constancia, solidaridad en el trabajo, etc. Nada de esto tiene que ver con la inteligencia. En primer lugar, porque la inteligencia no es, como pueden creer los más de los mortales, una facultad o potencia interior que tenemos, unos más, otros menos, por el azar de la herencia biológica. Lo que llamamos inteligencia, más que una realidad en sí, es el producto de una multitud de ingredientes, entre los cuales se hallan la memoria, la imaginación, la mayor o menor capacidad de atención, el tesón, la facilidad de ensimismarse, los hábitos, la instrucción y un millón de cosas más. En segundo lugar, porque, aun en el supuesto de que la inteligencia fuera eso que las gentes creen, opino que el hombre medio latinoamericano es más inteligente que el del Norte. Pero, además, lo que estaría por demostrar es que aquel fin a que nos referimos, sea un fin el más valioso de todos. Nosotros creemos que las culturas, como las vidas individuales, son cuestión de proyectos vitales, no de diferencias biológicas o de pigmentos. Escandinavos y mediterráneos en Europa, tan distintos en notas somáticas y caracteres, han colaborado desde siglos en tareas más o menos comunes, y eso les ha hecho pertenecer a la misma civilización. La verdad es un valor lógico. Pero junto a los valores lógicos existen otros muchos. Mejor dicho, junto a ellos, no; más bien, por encima o por debajo. Es posible que civilizaciones distintas tiendan a realizar de manera cabal otros valores: estéticos, morales, religiosos. Además, lo que nos desagrada más en la fase actual de nuestra civilización, y de lo que, justamente, Norteamérica constituye el mayor símbolo, no es su consagración a la verdad, sino a la riqueza y a la utilidad.

América es el continente joven. No que haya sido descubierta por el hombre blanco en fecha relativamente reciente. Me refiero a que fue poblada por seres humanos mucho después que el resto de las

tierras habitadas. Algunos antropólogos y sabios argentinos intentaron demostrar lo contrario, como si fuera algo de qué enorgullecerse el ser más jóvenes o más viejos. Pero el criterio unánime de los especialistas es hoy que el hombre pisó por vez primera tierra americana cuando centenares de generaciones habían muerto en Africa, en Asia, en Europa.

Característica de los jóvenes es la de, por serlo, no tener definida todavía su vocación, su ideal o, como nosotros gustamos de decir, su proyecto de vida. Además, la de admirarse en demasía por cualquier cosa que les sorprende en su contorno. América, la nuestra, la del Centro y la del Sur, debe procurar librarse del hechizo del gigantismo del norte. Librarse no es renunciar a las comodidades que la técnica puede traer a la vida de muchos de estos pueblos. Aquí, como cuando los moralistas hablan de las pasiones, la libertad no es volver las espaldas, con puritano gesto de horror, a todo aquello que pueda producir algún deleite. No ser esclavo de las pasiones no es no sufrirlas, sino dominarlas, ser en todo momento señor o amo de ellas. Bien está, pues, que los aún atrasados pueblos de esta América latina se aprovechen de todos los recursos y adelantos de la técnica moderna, en que tanto abunda Norteamérica, para el mejoramiento de la vida de sus poblaciones respectivas. Pero, esto sí, sin bobalicona beatería. Quiero decir, sin hacer consistir en eso el destino o fin de las actividades humanas. Sólo así, la oposición ideológica de la América del Sur contra la del Norte será algo más que cuestión de resentimiento; de resentimiento o envidia de hermano desamparado y pobre contra el rico.

América latina puede y debe jugar su carta en el desarrollo de la civilización occidental. Lo está haciendo. Por todas partes se nota un laudable afán de superación. Viniendo de Europa, uno ha podido observar un sorprendente y conmovedor deseo de cultura. Allá, en el continente viejo, las gentes trabajan, estudian, y, quizá, estudian y trabajan más. Por dos razones: porque la vida es más dura, a causa de la densidad de población y la competencia, y, ¿cómo diría yo?, por inercia. El joven sabe que tiene que estudiar. Primero, en la escuela; luego, en el Instituto o Liceo; más tarde, en la Universidad; y más tarde aún, sabe que tendrá que seguir estudiando, para poder ser algo entre la muchedumbre de colegas profesionales que compiten y luchan entre sí. El estudio se acepta con resignada disciplina. Es algo así

como el ganarás el pan con el sudor de tu frente. No es que falten Vocaciones; lo que falta allí es alegría. Y esto porque se ha perdido en parte la fe en la ciencia y en la cultura. La cultura pesa como pesa un deber. Se cumple y estudia porque, repito, son por allá los pueblos disciplinados y amigos de no violar las obligaciones y deberes. Mas no se hacen los jóvenes demasiadas ilusiones respecto de la cultura y el saber. ¿Es que la ciencia ha fracasado? No. Es más, estimamos que muchas de sus realizaciones son como para llenar de satisfacción y orgullo al hombre. Pero también el financiero que soñó con un brillante negocio de millones, se siente desilusionado si al final liquida con medio. Quiero decir que el progresismo del siglo XIX sobre todo esperó en demasía de la ciencia, la cultura y la técnica. Al ver ahora que los problemas individuales y sociales de la vida no se resuelven, antes bien se agudizan, tiende al pesimismo, al hastío y a la resignación, cuando no al menosprecio. En buena parte, la crisis espiritual de la Europa actual es un castigo por haber esperado demasiado. Usando términos teológicos, diríamos que América cree en la cultura con fe viva, cuando esa misma fe, allá en Europa, se encuentra agonizante, si no muerta. Con fe que nos da envidia, se anhela **cultu- rizar** todas las cosas: modales, costumbres viejas... todo. Se emprenden extensas campañas de alfabetización y las radios se anuncian como estando al servicio de la patria y de la cultura. El joven americano es susceptible y un tanto receloso. Creo que ante el norteamericano se pone en guardia, temiendo que le engañe, y ante el europeo guarda cierta reserva, temiendo que se burle. Y en verdad es que el primero usa y abusa de su poderío económico algunas veces, y que el segundo apunta una sonrisa ante ciertas cosas de las que encuentra en Sudamérica. Pero esa sonrisa no es, en la mayoría de los casos, lo que el americano piensa, sino admiración de quien se encuentra un poco "más allá del bien y del mal" ante la fe viva de que aquél hace gala. El europeo encuentra en América ciertas paradojas. Viene con la idea del continente joven; y se topa con ciertas vigencias ha mucho tiempo en desuso por allá: precisamente, esa fe viva de que hablamos, el sentimentalismo romántico, la retórica, etc. Resulta un tanto difícil describir lo que pasa en la mente del italiano, del alemán, del español. Es como si el campo gravitatorio de América fuera más fuerte e impusiera una mayor lentitud al curso del tiempo, por usar una metáfora sacada de la teoría de la relatividad. Tendemos a destacar lo extraño para nosotros, lo que nos sorprende y asombra por estar desacostumbrados a ello. Para un europeo, hay mucho en Amé-

rica de igual, de común, de parecido, y, por consiguiente, de trivial, en que no paramos los ojos. Nos gusta, en cambio, airear y abultar lo raro y peregrino. Sobre todo, cuanto más provincianos y estrechos, en general, de espíritu somos. Los hay que gustarían de ver extendidos por toda la ancha faz de la tierra los mismos usos, costumbres, vegetación, arquitectura y hasta habituales platos de comida que rigen en el pequeño rincón donde nacieron, admirándose tontamente cuando comprueban que no es así. Todo extranjero es siempre un poco impertinente. Por desacostumbrado a ello, ve antes y mejor virtudes y faltas, y propende a hablar de ellas y airearlas. Resulta casi inevitable que se pase la vida comparando y diciendo para sus adentros: aquí es esto, allá lo otro. Siempre me han parecido antipáticas las comparaciones por el estilo. Estas suponen ver lo semejante sobre un fondo de igualdad, cuando lo interesante es ver quizá lo parecido entre seres de naturaleza distinta. Quiero decir: muchas de las incomprendiones que cometen los europeos cuando juzgan a América dependen de que piensan que las cosas **son las mismas** aquí y allá con tales o cuales notas diferenciales, que precisamente les extrañan por no ser iguales a las habituales. Es con este criterio que comparan ciudades, costumbres, etc. Pero el problema, a mi juicio, consiste en ver si aquello que estimamos **lo mismo**, pero diferente, es efectivamente lo mismo. No son ciudades, por ejemplo, en el mismo sentido, o al menos históricamente no han desempeñado igual función Toledo y Pittsburg, Nürenberg y Caracas. Recuérdesse la manera como se fueron poblando las siete colinas de Roma, según los antiguos, o el proceso histórico de formación de la **polis** griega, tal como nos lo describe Platón en el diálogo las Leyes: familias que se reúnen en **demos** y **demos** que se integran al fin en ciudades. Compárese la edad de cualquier ciudad europea, Atenas, Roma, París, con el fulminante engrandecimiento de ciudades como las del centro y oeste norteamericano o las brasileñas, Sao Paulo. Bello Horizonte, etc. Medítese en ello y contéstese luego a la pregunta: ¿son **lo mismo** con ciertas diferencias, o no son más bien **cosas distintas** que tienen algunas funciones, notas y características comunes?

En la ciencia el error y en las relaciones humanas la incompreensión, resultan muchas veces del mal planteamiento de los problemas. Para entender las cosas o a los hombres hay que ponerse en guardia de analogías falsas. Acabamos de hablar de las ciudades. Pudiéramos multiplicar los ejemplos. Yo pienso, siguiendo un pensamiento de Or-

tega y de Bergson, que instinto y conocimiento son dos medios de que se han valido especies animales distintas para defender la vida contra las múltiples acechanzas del contorno. Pero que sean **lo mismo** en su remoto significado o sentido biológico, no es obstáculo para que el conocimiento y su fruto, la ciencia, hayan terminado por constituir una función independiente en el hombre, y, por consiguiente, distinta de la primitiva. Dar la mano al extraño fue en sus orígenes una muestra de precaución y desconfianza que, andando el tiempo, se convirtió en su contrario, en señal de amistad. Pudo tener razón Schopenhauer, rastreando los orígenes remotos del amor, al decir que era una aña gaza o señuelo que la especie tendía al individuo para continuar subsistiendo. Pero lo cierto es que, sin dejar de satisfacer aquella primitiva función, se metamorfoseó en un bello sentimiento, sugeridor de arte y poesía. Igual función biológica de conservación de la vida, ahora no de la especie sino del individuo, desempeña la alimentación. Pero los banquetes de decenas de platos con que se festejaban los patricios romanos o la cocina francesa, llenan otra función distinta, desgraciadamente no susceptible en este caso de objetivarse en algo noble como el amor. Sería, por consiguiente, tonto que un buen **gourmand** grancés se sonriese viendo la sobria alimentación del indio de los Andes, que se sienta junto a un penco, abre un atadillo y con ritmo pausado mastica la **máchica** y unos cuantos granos de maíz cocido. Justamente lo mismo que haría el desdeñoso y poco precavido grancés si, en plena naturaleza y dormidos los instintos de gula, viese en la acción de comer sólo eso, un medio de restaurar las fuerzas agotadas por el trajinar y por el esfuerzo. Cuando uno oye tantos juicios desafortunados y falsos sobre hombres y cosas es cuando uno comprende la cartesiana recomendación de no juzgar hasta tanto no poseer ideas claras y distintas de los seres. Y uno también se da cuenta que el observar, esa aparentemente tan sencilla ocupación, es en verdad una de las tareas más difíciles.

*

* *

La intención que me guiaba al escribir estas líneas era la de contar algunas de mis impresiones sobre Cuenca. Mas como tantas veces ocurre, de reflexión en reflexión, terminamos por extraviar un tanto el camino. No queremos arrepentirnos, porque cualquier claridad que logremos sobre América, servirá para familiarizarnos con sus partes.

Si de decir algo se trata sobre un hombre o sobre una ciudad, tres caminos abiertos tiene ante sí el curioso y atento observador: describir la impresión que la persona o cosa le produce; mostrárnosla minuciosamente, tal como es, con todo lujo de detalles; dejar un tanto al lado los aspectos físicos y pictóricos, para adentrarse hasta su espíritu. El primer camino es el preferido del poeta; el segundo, el del pintor; el tercero, el del filósofo. Entre la primera ruta y la última hay cierta semejanza. El espíritu, el carácter, la personalidad, el alma, de una cosa o de una persona, no se ven con los ojos de la cara. Caballerosidad, hidalguía, nobleza de caracteres, etc., son valores; valores de la personalidad, cuyo conocimiento se consigue por medio de los sentimientos que los hombres o cosas sugieren. No tanto la razón o los sentidos, sino los afectos, emociones, sentimientos, son los vehículos con que nos introducimos hasta la raíz o corazón de las cosas. La personalidad de una ciudad no se capta mediante minuciosas descripciones realistas. El pintor o el escritor naturalistas fallan de ordinario en su intento de apresar lo impalpable y etéreo del espíritu mediante la intencionada fidelidad en los detalles. A la inversa, es preciso desdibujar un tanto los perfiles, aun siendo naturalista —el caso de Velázquez—, para pintar el aire.

El viajero que llega a Cuenca, sobre todo si es español y ha recorrido los campos y ciudades de Andalucía, de Castilla, de la montaña, se sorprende de inmediato al presentir, más que ver o palpar, una cierta familiaridad. Los primeros días de su estancia en la Cuenca andina, son de desazón. De desazón y molestia interior, naturalmente, si el hipotético viajero tiene algo de intelectual y se preocupa un tanto por estas cosas. La desazón proviene de que no atina a precisar en dónde está esa familiaridad que, sin embargo, aprehende. Lo primero es abrir bien los ojos y tratar de buscar un parecido. Si el viajero ha caminado por Galicia, Asturias, la montaña santanderina o las provincias vascas, extiende su mirada por las colinas verdes, cubiertas de maizales, que rodean a Cuenca, y cree encontrar en eso el perfume de la familiaridad. Aquí como allá, el terreno arrugado ofrece un sinnúmero de vallecicos verdes por donde serpean riachuelos de curso veloz y cantarino. Los ríos son pedregosos, de montaña, y en sus riberas crecen cactus, geranios y los sauces llorones penden hacia las aguas sus ramas como cabelleras de ninfas despeinadas. Abundan los eucaliptus, el árbol que más se prodiga en los Andes ecuatorianos. Las montañas, verdes en sus laderas bajas por la vegetación exube-

rante, amarillean hacia la altura, donde comienzan los pajonales inhóspitos, unos 3.500 metros sobre el nivel del mar. El cielo gris, el verde húmedo de las plantas, le recuerdan a nuestro viajero el norte de España. Los matorrales, en cambio, de retama, los cactus, los penchos o pitas, los rosales silvestres, los geranios, transplantan su imaginación más bien a Andalucía. Además, todo esto son los contornos de la ciudad. La fisonomía de ésta recuerda más un pueblo de Castilla, de la Mancha o Extremadura, de la Andalucía alta. Prescindamos de que, como ciudad moderna, y todas las de América lo son, sus calles están tiradas a cordel. Pero las casas, sí, son muy semejantes a las de los pueblos y villas castellanos. Son de dos pisos generalmente. Entrando por el portal encontramos, a ambos lados, sendas puertas de habitaciones amplias, inmensas, alumbradas por una ventana que mira a la calle. Al final del portal encontramos una cancela de hierro y, tras ella, el patio imprescindible. Columnas de madera adornan estos patios de las viejas casas cuencanas, constituyendo un motivo decorativo, y sirviendo, además, para sostener el piso de encima. Muchas veces, los patios son jardines. Por regla general, al otro lado del portal el patio se abre a un pasadizo que conduce a otro patio, éste a otro, y así sucesivamente. El fondo de las casas es impresionante. Desde la calle, echando la mirada indiscreta por el portal, se ven uno, dos, tres patios... La distribución de la planta alta tampoco tiene grandes complicaciones. En derredor de los patios, un corredor con una barandilla o una especie de claustro cuadrado, y una serie de puertas que comunican con otras tantas habitaciones. Lo general es que las habitaciones carezcan de comunicación entre sí, por lo que para pasar de un despacho a una sala o del dormitorio al comedor hay que salir al corredor. Menos mal que en el Ecuador, a los 2.580 metros sobre el nivel del mar, altura de Cuenca, el clima es benigno y, sobre todo, sano, sanísimo, evitando así a los moradores de estas antiguas casonas gigantescas gripes y resfriados. Pero la parte más típicamente cuencana de las casas son las tres salas que, por lo común, en el piso superior dan a la calle. La del centro posee dimensiones que maravillarían al inquilino de un departamento de casa nueva en cualquier urbe moderna. Estas salas están siempre cerradas y constituyen algo así como el *sancta sanctorum* de las casas. Se abren para las visitas con ocasión de solemnizar un grado, un cumpleaños, un bautizo. Hay en estas salas algo humanamente conmovedor. Pensad que las casas tienen 100, 150, 200 años. Muchas datan de la época de la colonia. Vemos en estas salas estampas de santos, cromos de

revistas antiguas, fotografías de parientes que fueron, abuelos, padres, tíos, con indumentarias extrañas, destañados ramos de flores artificiales sobre las mesas y consolas, un altarcito, con el santo de la devoción, en cualquier rincón de la sala, iluminado por la luz amarillenta de una vela o de una bujía. Quizás, quizás también, un viejo piano de cola de marca alemana y, con toda seguridad, un par de juegos de sillas, de butacas y mecedoras de mimbre imponiendo respeto todo alrededor de la ancha sala. Nunca hemos entrado en estas amplias habitaciones sin sentir un escalofrío de tierna emoción. Los muros de adobe de las casas tienen cerca de un metro de ancho y la luz penetra incierta, gris, otoñal, por los dos estrechos balcones, perdiéndose antes de llegar a los extremos del inmenso recinto. Percíbese en estas casas algo de eternidad, o, al menos, es como si el tiempo fluyese en ellas más lento. Dentro de una de estas salas la ausencia de ruidos es absoluta. Cuenca no es una ciudad alborotada y alegre. Los sábados y domingos, días de bullicio en otras ciudades, Cuenca está como aletargada, dormida. Las gentes salen a las haciendas de los alrededores. Al caer la luz, seis y media o siete de la tarde durante todo el año, las calles están sombrías, silenciosas, desiertas. Pero aun a la hora en que los rayos del sol caen verticales sobre la ciudad y las gentes en las calles se afanan en sus quehaceres y trajines diarios, podéis sentaros en el patio de una cualquiera de estas casas y sentirlos allí en soledad, como si estuvierais apartados y desterrados del mundo. Hay en estos patios flores, árboles frutales y, a veces, una añosa y esbelta palmera. Donde no hay ruidos el tiempo corre lentamente, y esta es una de las razones por las cuales Cuenca tiene algo de la majestad, de la gravedad y de la nobleza de las cosas durables, eternas.

Yo he pensado muchas veces qué admirables páginas hubiera escrito sobre Cuenca nuestro Azorín de haberle el destino deparado vivir aquí. El, tan sensible y amante de estos rincones apartados de las grandes rutas del caminar diario, de los pueblos humildes y perdidos de la Mancha, de Castilla la Nueva, hubiera encontrado un ambiente propicio para sus delicadas descripciones en esta Cuenca señorial y pausada, de vida lenta, imaginadora y poética, que añora y sueña junto a las márgenes de sus cuatro ríos, extendida sobre un valle florido, que circundan colinas verdes y azuladas montañas.

Repetimos: la fisonomía material de Cuenca es muy distinta a la de las ciudades españolas. Pero si sus casas tuvieran portales plate-

rescos de granito labrado, y el capricho y no la razón hubiera influido en el trazado de sus calles, nos recordaría a Avila o a Santillana del Mar.

Aun así, tan distintas como son por tantas cosas, allá la población homogénea, aquí heterogénea y mestiza, las ciudades de allí a modo de organismos, acá de formación artificial, etc., sin embargo, intuimos un parentesco. No son la lengua, la religión, los institutos y costumbres iguales los factores decisivos. O, mejor dicho, son todas estas cosas, más la raza española, las que dan como fruto un parecido espiritual. Algunos cuencanos que han llegado a Madrid y se han sentado en la terraza de un café con media docena de amigos españoles, conquistados a las pocas horas de residir allí, me han dicho a su regreso: "me encontraba en Madrid como en mi propia casa". Ahora bien: "encontrarse como en su propia casa" quiere decir que en torno suyo aspiraban un ambiente amistoso, familiar. Eso es lo que nosotros, los españoles en América, encontramos también, a pesar de que venimos con el prejuicio de la modernidad que atribuimos al continente joven. Al contacto primero, fijamos la atención en las "stations", en la televisión, en la arquitectura funcional, en las refrigeradoras, en los ciudadanos que marchan en mangas de camisa por las ciudades del trópico, en los anuncios de "Coca-Cola"... Pero inmediatamente después intuimos lo otro, la capa añeja en la vida espiritual de estos pueblos, las mismas o parecidas costumbres, análogas formas de vida y de pensar.

Esta impresión en Cuenca es más fuerte aún que en otras ciudades de América. Su emplazamiento geográfico la ha mantenido aislada, como ciudad, hasta hace pocos años. No ya los viejos, sino los mozos de veintitantos años, recuerdan los viajes a Loja, la capital de la vecina provincia, a lomo de mula, durante varios días. Para marchar a Guayaquil, el más próximo y el principal puerto de la República, había también que cabalgar hasta Huigra, y esto llevaba igualmente varias jornadas. A pesar de todo, si Cuenca ha estado aislada como ciudad, no ha ocurrido lo mismo con sus habitantes. La curiosidad me ha llevado algunas veces a hojear las antiguas revistas literarias de Cuenca, los periódicos que se publicaban hace 25, 30 o 40 años. Las generaciones intelectuales entonces en forma, por usar un término deportivo, nótese que se hallaban al tanto de los libros y problemas que por entonces agitaban al mundo. La cosa es tanto más

notable cuanto que entonces Cuenca vivía aislada de montañas, gozando del dulce clima de su hoya andina, sin radios, sin aviones, sin carreteras, sin la información cotidiana de los grandes diarios. Por dónde llegaban a Cuenca los ecos del mundo resulta tan misterioso como la vía de acceso para los grandes pianos de cola y para las sillerías de mimbre de fabricación alemana o austriaca. Pero los muebles están ahí, en las oscuras salas de las viejas mansiones, y las ideas en las revistas literarias de hace medio siglo. Las generaciones curiosas de hoy están más al tanto de las peripecias culturales del mundo. Pero estamos seguros que su información no les ha costado ni la décima parte del esfuerzo que a sus padres o abuelos la suya. Bueno es que se diga esto en homenaje de los hombres cuyos apellidos prodigan, con orgullo legítimo, pero con machacona monotonía a veces, los oradores de todas clases en los discursos de ocasión.

Lo cierto es que Cuenca, esta Cuenca andina cuyo costado ciñe tumultuoso el Tomebamba, presa de sus montañas, ha conservado ese algo indescriptible que nos hace sentirnos en ella "como en la propia casa". Yo deseo para Cuenca todos los progresos imaginables. Pero, español y madrileño, faltando pocos días para que la ciudad festeje el cuarto centenario de su fundación española, tengo que agradecerle el que no haya perdido su hispánica raíz.

Cuenca, 26 de febrero de 1957.

Apuntes sobre la Geología y Estructura del Valle de Cuenca

INTRODUCCION

El conocimiento geológico de una zona determinada es fundamental para su desarrollo económico ya que nos mostrará sus posibilidades industriales, mineras, agrícolas, hidroeléctricas, etc., de ahí que la tendencia actual sea la de conceder más y más importancia al estudio geológico como base de cualquier desarrollo industrial.

A pesar de la importancia de la Geología, siempre ha existido entre nosotros la tendencia a desligarla del aspecto material de nuestro desarrollo y se han construido y construyen caminos, puentes, obras hidroeléctricas, etc., despreocupadamente para observar después, con ojos atónitos, cómo un deslizamiento, un derrumbre o un aluvión deteriora o hecha a perder una obra realizada a base de grandes esfuerzos espirituales y económicos. Aún más, se preparan grandes planes de rehabilitación económica mediante un desarrollo industrial y ni por un momento siquiera se piensa tomar como base un conocimiento geológico lo más exacto posible de nuestro suelo. Esto tiene una sola explicación posible: la Geología como ciencia aplicada es difícil, sus problemas son difíciles y por lo tanto creemos que es más cómodo o más económico pasarlos por alto. No se pueden dar sino muy pocas reglas geológicas aplicables en construcción; cada obra a realizarse trae aparejado un problema geológico que debe resolverse mediante un concienzudo estudio; la mayor parte de las obras de Ingeniería están destinadas a realizarse en el suelo, por consiguiente, es allá a

donde debemos dirigir nuestras primeras miradas con el ánimo de reducir a un mínimo las posibilidades de fracaso.

El conocimiento geológico profundo de una región requiere la dedicación, no de un solo individuo, sino la de muchas generaciones de individuos que confirmen, reformen y amplíen las observaciones efectuadas por sus predecesores. Un geólogo que se proponga efectuar un estudio completo y detallado de una zona debe tener profundos conocimientos de Geología, Paleontología, Petrografía, Mineralogía, Geofísica, Estratigrafía, etc.; esta preparación completa es difícil de alcanzar, de ahí que cualquier estudio efectuado por un solo individuo padece de insuficiente en uno u otro aspecto.

Ninguna investigación geológica, por humilde que sea, puede considerarse como inútil, pues la tierra es tan amplia y tan diversa que lo que un investigador no ha visto lo puede ver el siguiente y cada cual, a su medida, contribuirá al mejor conocimiento del suelo que investiga. Conciente de este hecho, la Universidad de Cuenca, desde la creación de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas, ha patrocinado la investigación geológica incluyéndola en el programa de enseñanza de la cátedra de Geología y ha prestado todo el apoyo posible para su intensificación durante los últimos años, sin que se descuiden los primordiales fines didácticos de esta clase de actividades. Naturalmente, este último objetivo ha hecho que no se pueda realizar una investigación metódica, localidad por localidad, ya que muchas veces ha habido que repetir las visitas a lugares geológicamente interesantes para que los alumnos puedan observar ciertos fenómenos que sólo se presentan en dichos lugares con suficiente claridad; sin embargo, se han efectuado estudios detallados que comprenden una serie de observaciones y perfiles en diferentes puntos de una amplia zona de las provincias de Azuay y Cañar. Estos estudios, si bien son limitados por la escasez de medios, no dejan de tener algún mérito porque la mayor parte se han realizado pacientemente, sin apuros, y sólo con el ánimo de hacer lo mejor hasta donde se avance en un día o dos que duren estas investigaciones y con el fin primordial de hacer acopio de datos que nos permitan determinar los aspectos fundamentales de la estructura del Austro. Quiero hacer incapié sobre la importancia que tendrán estos conocimientos en la resolución de un problema que pronto nos veremos obligados a afrontar, cual es la explotación del carbón, que es la principal riqueza minera del Austro; el

éxito de una empresa de esta naturaleza depende del conocimiento exacto de la estructura del subsuelo.

El presente trabajo, que incluye una serie de observaciones sistemáticas, puede resultar cansado para muchos lectores profanos y no profanos, pero hay algunos capítulos interesantes por lo sugestivos, tal es el caso del volcanismo en el Austro y la acción de los glaciares, aquellas lenguas de hielo que bajaban desde la cordillera y que, con paciencia de caracol, erosionaban la dura corteza de lavas formando profundos valles.

No pretendemos haber resuelto el problema geológico del Austro con nuestras investigaciones, al contrario, yo opinaría que apenas hemos empezado. Existen todavía muchos puntos fascinantes por estudiar:

¿Se pueden aprovechar los valles y lagunas glaciáricas de la cordillera para la construcción de reservorios sin poner en peligro a las poblaciones del valle?

¿Qué relación existen entre los carbones de la provincia de Cañar y los de Nabón?

¿Existen rocas sedimentarias en la Cordillera Occidental y de qué edad son?

¿Existen formaciones cretácicas en el Austro?

Como éstas, se pueden plantear muchas preguntas sobre volcanismo, glaciaciones, mineralizaciones, etc., etc. El problema es amplio y su resolución integral requiere el concurso paciente de muchas vidas; nosotros, con el apoyo de la Universidad de Cuenca, seguiremos investigando, descubriendo, reformando o criticando siempre con el ánimo de dar un paso hacia adelante, que nunca es un paso en falso.

1.—ANTECEDENTES

La investigación geológica de la región azuaya ha venido efectuándose desde hace más de medio siglo sin que podamos decir hasta hoy que conocemos a fondo los principales rasgos geológicos y estructurales de esta zona, indiscutiblemente interesante por sus posibilidades mineras e industriales.

Fue Wolf quien, en 1879, estudió por primera vez las características generales de las formaciones sedimentarias de las provincias de Azuay y Cañar y las designó con el nombre de "Areniscas de Azogues", atribuyéndolas una edad cretácica. Posteriormente, otros investigadores han visitado la región, a veces atraídos por un interés puramente científico y otras, la mayoría, en busca de las riquezas que encierran sus estratos, entre las cuales se encuentra el carbón y, probablemente, el petróleo. Entre los más notables de estos científicos tenemos a Sheppard, Olsson, Dickerson, Liddle, Palmer y otros, cuyas observaciones han contribuido decididamente al conocimiento geológico, estructural y paleontológico del Azuay y han incorporado nombres autóctonos a la terminología paleontológica mundial con denominaciones tales como *Corbicula cojitamboensis*, *Sheppardiconcha bibliana*, *Corbicula pacchiana*, etc. Según estos investigadores, las formaciones sedimentarias del Austro son terciarias y de pisos no inferiores al Oligoceno.

En 1951, el autor, encontró un fragmento aislado de ammonita en las areniscas de Ucho-loma, al S. de Baños; aunque este fósil no fue hallado in situ, confirma la existencia de formaciones mesozoicas entre los sedimentos azuayos; dado el lugar en que se lo encontró se debe desechar completamente la posibilidad de que fue llevado hasta allí desde algún lugar lejano. (Anales de la Universidad de Cuenca, Tomo VII. Nº 4.— 1951).

Sheppard, en 1934, distinguió dos tipos de sedimentos, en las formaciones de la provincia de Cañar, y los llamó "Areniscos y conglomerados de Biblián" a los más antiguos, y "Esquistos de Cuenca"; posteriormente Liddle-Palmer introdujeron la denominación de "Areniscas del río Azogues" para designar a una potente formación de estas rocas que se presentan sobre los Esquistos de Cuenca. A continuación de estos estratos queda todavía una amplia serie sedimentaria cuyo estudio detallado está por hacerse en su mayor parte.

En 1945 el Dr. Cándido Stüby, ex-profesor de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas de la Universidad de Cuenca, publicó importantes observaciones en sus "Contribuciones para el conocimiento Geológico de la Región Azuaya".

Desde 1950, la Universidad de Cuenca ha auspiciado las siguientes

tes investigaciones, incluyéndolas en el Programa de enseñanza de la Cátedra de Geología:

I.—Perfiles geológicos:

- a) Azogues-Cojitambo;
- b) Azogues-Biblián;
- c) Anticlinal de Azogues, por la localidad de Chuquipata (Loyola);
- d) Descanso-Azogues, Descanso-Ucubamba, Descanso-Puente de Chiclay, al través de la intrusión andesítica del Tawal;
- e) Formaciones de Turi: perfiles en Turi, cerro Monjas y Narancay;
- f) Formaciones sedimentarias de Frances-urco;
- g) Brechas piroclásticas de Llaao;

II.—Estudios:

- h) Estudio geológico-estructural del sinclinal de Guagualzhumi;
- i) Estudio de los deslizamientos de Biblián, Barabón y La Unión (Sigsig);
- j) Estudio geológico del valle glaciárico de Surucucho y las lagunas glaciáricas de Quinoas;
- k) Levantamiento geológico de la localidad de Baños;
- l) Estudio geológico estructural de los yacimientos calizos de Guapán;
- m) Estudio de los yacimientos de caolín de Opar, Azogues;
- n) Estudio geológico de la terraza fluvial de Cuenca y de la localidad de Gullampamba, planta eléctrica de la Empresa Miraflores.

2.—FISIOGRAFIA DEL VALLE DE CUENCA

La hoya de Cuenca junto con la de Azogues, forman parte de un sistema de zonas hundidas limitadas por las cordilleras Occidental y Real y por elevaciones transversales conocidas con el nombre de nudos; estos bloques hundidos están separados de los macizos cordilleranos por fallas o zonas de fractura que han sido el asiento de importantes actividades volcánicas; estas fallas se presentan como bruscos desniveles que cortan los cerros, como cursos anormalmente rectos de los ríos o, sencillamente, como desplazamientos notorios de las formaciones geológicas.

A pesar de que la hoya de Cuenca integra el mismo bloque hundido que corresponde a la hoya de Azogues, se encuentra separada de ésta por una potente acumulación de brechas y cenizas volcánicas que se extiende desde las estribaciones de la Cordillera Occidental hasta el Descanso, punto por el cual desaguan los valles al través de la intrusión del Tahuall. La separación de las dos hoyas es un fenómeno geológico contemporáneo; existen indicios de que el río Déleg, que vira bruscamente al E. frente a Solano, formaba parte del sistema fluvial del río Matadero.

El terreno erosionado por los ríos de Cuenca está constituido por rocas eruptivas, en sus orígenes, y por rocas sedimentarias en los valles; las más antiguas de estas rocas sedimentarias son las Areniscas de Azogues que afloran en varios puntos de la hoya y que descansan sobre esquistos cristalinos de la serie de Paute (Olsson) del Mesozoico o Paleozoico, que afloran a la salida del Tahuall. Formaciones más modernas como los sedimentos de Turi y los depósitos de cenizas y brechas volcánicas de Llacao, también han sido erosionadas, especialmente estos últimos que están experimentando un continuo descenso hacia los valles circundantes, como se puede comprobar en las localidades de Solano, Llacao y Guagualzhumi.

" Los materiales traídos por los ríos, han formado un cono de rodados que se extiende desde el pie de la Cordillera Occidental hasta la unión de los cuatro ríos principales que se efectúa, en un corto trecho, a unos pocos kilómetros al E. de la ciudad. Los ríos en cuestión, especialmente el Matadero, se han movido libremente sobre este cono como lo demuestran los cauces abandonados que se pueden localizar en sus partes bajas. Los movimientos orogénicos que son ascendentes en la generalidad de los Andes, han facilitado la formación de dos a tres terrazas fluviales de solevantamiento; en una de estas terrazas se encuentra la ciudad de Cuenca.

La presencia de las Areniscas de Azogues y de otros tipos de sedimentos parecidos, nos indica que el lugar ocupado por las hoyas de Cuenca y Azogues estuvo, alguna vez, cubierto de agua; del estudio estratigráfico y paleontológico de estos sedimentos se deduce que este agua era salobre o dulce; por otro lado, y según lo anotan varios observadores, no existen indicios de que la hoya de Cuenca, tal como se la conoce hoy, estuvo ocupada por el agua, a pesar de que se puede

asegurar que los sedimentos de Turi, se depositaron en un lugar bajo, quizá una laguna de poco fondo, que ocupaba parcialmente el valle; estos sedimentos se hallan en franca discordancia de erosión sobre las areniscas, lo cual nos indica que éstas emergieron hace tiempos cuando se depositaron los sedimentos de Turi; el hecho de haber sido erosionadas excluye la presencia de agua estancada sobre las areniscas.

Según hipótesis de los investigadores modernos, la cuenca sedimentaria azuaya, junto con la de Loja, formaba parte de bahías casi cerradas del Mar Terciario que, en ese entonces, se adentraba en las costas sudamericanas; naturalmente, si en esas bahías desembocaban ríos, las partes interiores debían ser de agua dulce o salobre como nos indica el estudio paleontológico; estas "lagunas parálidas" constituyen excelentes lugares para la acumulación de restos animales o vegetales que, posteriormente, forman petróleo y carbón.

La formación del valle azuayo, según Olsson, se efectuó durante los grandes levantamientos de los Andes en el Mioceno, por lo tanto, no se trata de un fenómeno local sino regional, ya que muchas cuencas similares de Sudamérica se formaron durante la misma época; cree Olsson que alguna vez en su historia geológica, la cuenca sedimentaria del Azuay estuvo conectada con el golfo de Guayaquil.

Durante el levantamiento de la Cordillera Occidental se originaron grandes zonas fracturadas por las cuales salieron lavas que cubrieron la cordillera con una potente capa de basaltos y andesitas sobre la cual labraron sus valles los glaciares del Cuaternario.

3.—LAS FORMACIONES GEOLOGICAS

Al describir las formaciones geológicas del valle de Cuenca, nos veremos obligados a mencionar continuamente las formaciones de toda la región azuaya, por lo cual conviene que las describamos en sus rasgos generales.

Las rocas más abundantes en el Azuay son los sedimentos terciarios que descansan sobre formaciones mesozoicas o paleozoicas; ambas han sido atravesadas por intrusiones ígneas que formaron el dique Cojitambo-Shalal, en la provincia de Cañar y el macizo del Tahuall, en la provincia del Azuay; sobre este conjunto se depositaron,

primeramente los sedimentos de Turi, de origen fluvio-volcánico y luego las acumulaciones brechosas de Llacao y los depósitos fluviales recientes; durante el Terciario y parte del Cuaternario hubo gran actividad volcánica; los glaciares asomaron en esta última época.

Vamos a describir las diferentes formaciones según un orden cronológico probable; estas son:

- A) Rocas metamórficas y esquistos de la serie de Paute;
- B) Sedimentos terciarios;
- C) Rocas ígneas de la Cordillera Occidental;
- D) Intrusiones andesíticas;
- E) Formaciones de Turi;
- F) Brechas piroclásticas de Llacao;
- G) Terrazas fluviales de Cuenca.

A) Rocas metamórficas y esquistos de la serie de Paute.

Están formados por "una serie compleja de cuarcitas, esquistos y pizarras cortadas por vetas de cuarzo y con intrusiones básicas ígneas", hasta aquí la descripción de Olsson que cuadra perfectamente con la de las rocas que se presentan dentro y en la inmediaciones de la intrusión andesítica del Tuhual y a las cuales les atribuye una edad paleozoica o mesozoica. Nuestras observaciones se van a referir a estas rocas y no a la serie de esquistos cristalinos que se presentan en su forma típica inconfundible a lo largo de la carretera Paute-Méndez.

A unos 100 m. del contacto W, dentro de la intrusión, se encuentra una pizarra negra bastante metamorfoseada, disgregable en esquirlas pero que aún conserva su aspecto pizarroso; en el contacto mismo de estas pizarras con la intrusión, se encuentra una brecha compacta formada por fragmentos grises redondeados por la fusión y trozos esquinados de pizarras semifundidas, todo ligado con un cemento claro de roca ígnea; evidentemente se trata de una invasión del magma en las rocas del contacto.

En el puente de la hacienda Josefina, al E de la quebrada, se encuentran areniscas y conglomerados metamorfoseados en medio de la intrusión que, en este lugar, corresponde a una diorita anfibólica verdosa, de grano medio; la capa conglomerática es cuarzosa con ro-

dados rosados de 2 a 4 cm., es bastante resistente a la ruptura debido a la fusión incipiente del cemento; el color rosado del cuarzo se debe a la hematita formada por deshidratación de la limonita.

Al E de la intrusión diorítica se encuentran pizarras filíticas corrugadas y también pizarras normales con intercalaciones de placas de yeso en sus planos de pizarrosidad; además, se encuentran esquistos talcosos y cuarcitas afectados por la intrusión en forma más o menos notable, especialmente en aquellos lugares que son atravesados por diques de diorita porfírica, frecuentes en este sector. Más al E, en la carretera a Paute se encuentran esquistos arcillosos no alterados descansando, probablemente, sobre las formaciones descritas. En algunos lugares se encuentra cuarzo y calcita relleno de las grietas y oquedades de las rocas metamórficas.

Según nuestro criterio, las rocas metamórficas del Tuhual corresponden a dos edades geológicas: hasta la quebrada de la Josefina, pertenecen a las formaciones terciarias de Azogues, y las rocas del E de la intrusión, exceptuando los esquistos arcillosos, forman parte del basamento cristalino de la Cordillera Oriental que consiste, esencialmente, en esquistos cloríticos, talcosos, grafiticos, granatíferos y varios tipos de rocas gneisoides inconfundibles. Los esquistos arcillosos de Paute deben corresponder a rocas terciarias que quedaron al otro lado de la intrusión.

Las observaciones que apoyan nuestra suposición son las siguientes:

- 1.—Los conglomerados y areniscas, tal como se presentan en la quebrada Josefina, no se encuentran en los esquistos cristalinos del basamento, en cambio son comunes en las formaciones sedimentarias terciarias;
- 2.—Las capas inferiores del anticlinal de Azogues están constituidas por esquistos pizarrosos, como se puede constatar en Chuquipata, localidad situada a pocos kilómetros al N del Tuhual; es probable que la intrusión haya arrastrado parte de estas pizarras, que se localizaron cerca del contacto W; en Abuga, al E de Azogues se encuentran pizarras metamorfoseadas por lavas de este cerro, con el mismo aspecto de las pizarras calcinadas del Tuhual;

- 3.—Los esquistos arcillosos de Paute son muy parecidos a los esquistos de las inmediaciones de Azogues.

Estas observaciones están basadas únicamente en criterios estructurales y petrográficos, naturalmente el estudio paleontológico, si es que se encuentran fósiles, aclarará definitivamente este punto. Es de nuestro parecer que en este lugar existía una zona fracturada que separaba las formaciones terciarias y del basamento, la intrusión del Tawal se efectuó al través de esta zona que debe extenderse hacia el N hasta el cerro Abuga, que es un volcán apagado.

B) Los sedimentos terciarios

Wolf dio el nombre de Areniscas de Azogues a todas las rocas sedimentarias de la región Cuenca-Azogues-Biblián, sin tomar en cuenta su edad y origen; forman un conjunto estratificado de esquistos arcillosos, areniscas de diferentes tipos (incluyendo volcánicas) y conglomerados cuarzosos y de rocas ígneas; su rumbo general varía de N - 10° - E en la provincia de Cañar, hasta N - 30° - E en la provincia del Azuay; el buzamiento está determinado por la presencia de un anticlinal cuyo eje sigue el rumbo general de las capas y el cual ha sido denominado anticlinal de Azogues, aunque es en Chuquipata donde se presenta en forma perfecta por lo cual se lo puede estudiar con facilidad. Tanto el rumbo como el buzamiento presentan fuertes alteraciones locales producidas por zonas tectonizadas e intrusiones andesíticas.

El término de Areniscas de Azogues está bien empleado como denominación general, ya que son las areniscas las que predominan a primera vista, pero no hace una diferenciación de varios tipos de sedimentos con características propias y de edad diferente.

Un estudio más cuidadoso de la serie sedimentaria de Azogues ha demostrado que se podían diferenciar tres tipos de sedimentos correspondientes a edades diferentes pero formados en una sola etapa de sedimentación comprendida desde el Oligoceno, y quizá el Eoceno, hasta el Pleistoceno. Estos tipos, enumerados desde la base, son:

- Los Conglomerados y Areniscas de Biblián;
- Los Esquistos de Cuenca;
- Las Areniscas del río Azogues.

Las características y localización de estos estratos están magníficamente expuestos en los trabajos de Sheppard, Liddle-Palmer y otros, por lo cual los vamos a describir sólo en líneas generales, agregando algunas de nuestras observaciones realizadas, principalmente, en los perfiles Azogues-Cojitambo y en el anticlinal de Azogues, en Chuquipata.

a) Los conglomerados y areniscas de Biblián

Forman la base visible de la serie sedimentaria y afloran en el núcleo del anticlinal en diferentes puntos; están constituidos por conglomerados y areniscas con intercalaciones de arcilla; en algunas partes presentan algo de yeso y son abundantes los fósiles de agua dulce.

Se encuentran bien expuestos en un anticlinal agudo situado entre Biblián y Azogues en el puente del Ferrocarril sobre el río Burgay. Las areniscas y conglomerados que asoman a lo largo del núcleo del anticlinal en Chuquipata y Ayancay, también deben pertenecer a estas formaciones; en esta localidad se encuentran conglomerados cuarzosos que recuerdan a los de la hacienda Josefina, en el Tawal. En toda esta zona se presentan estratos casi verticales formados por capas alternadas claras y rojizas (Lámina N° 2): las primeras son areniscas y las segundas arcillas; es probable, según lo anotan Liddle-Palmer, que algunas de estas capas rojizas sean andesitas alteradas o alguna otra roca similar (las tobas basálticas se alteran en esta forma, pero su presencia es improbable), a mí me parece que son rocas sedimentarias alteradas por acciones hidrotermales, por lo menos las areniscas son inconfundibles.

Tanto en Chuquipata, como en Ayancay, Paccha y El Valle, localidades todas que se encuentran en el núcleo del anticlinal, se explota bastante yeso; este mineral se presenta en dos tipos: uno blanco, en bloques que se extraen de las grietas de las areniscas claras y otro, "moreno" que se encuentra en placas, a veces muy abundantes pero superficiales, en esquistos rojizos.

Parte de estos yesos blancos deben encontrarse en las Areniscas y conglomerados de Biblián hacia donde han bajado desde las formaciones superiores (Esquistos de Cuenca); este fenómeno es bien conocido por los explotadores de este mineral, quienes dicen que el yeso

"madura" cuando ha vuelto a depositarse entre las grietas de un terreno explotado. Los rodados de fósiles encontrados desde el tiempo de Wolf en las quebradas de Paccha y Mal Paso, confirman la presencia de las formaciones de Biblián; en este último lugar los fósiles deben provenir de la quebrada de Gapal, que corta profundamente el anticlinal de S a N a lo largo de su eje.

b) Los Esquistos de Cuenca

Los Esquistos de Cuenca se encuentran inmediatamente encima de las formaciones que acabamos de describir y en posición concordante con ellas; son capas esquistosas de colores rojizos, amarillos, pardos y aun negros donde hay abundancia de materias carbonosas; en sus planos de esquistosidad y en sus fracturas se encuentra abundante yeso; en algunos lugares hay eflorescencias salinas, lo cual indica que se depositaron en un medio salado o salobre; el azufre, ya sea libre o en forma de pirita, es bastante común, al oxidarse produce un claro olor a anhídrido sulfuroso (SO_2) que puede percibirse en las mañanas húmedas en las cabeceras de la quebrada de Mal Paso; la oxidación de las piritas produce sulfato férrico que deposita el hidróxido en fuentes ácidas como la que se encuentra al W del río Burgay, frente a Biblián; el hidróxido de hierro en nódulos y vetas irregulares es también frecuente en los esquistos de Ayancay.

Parte del yeso, o quizá todo, debe haberse formado por ataque del ácido sulfúrico de las fuentes ácidas al carbonato de calcio contenido en los sedimentos, el resto debe provenir de los mismos estratos. Es interesante hacer notar que las principales minas de yeso están en areniscas; en los esquistos se presenta abundante yeso pero en placas pequeñas y sólo superficialmente, a veces es tan abundante, que asoma como un estrato compacto de placas (Ayancay); esto es típico de la alteración superficial de esquistos bituminosos o con mucha materia orgánica.

El azufre y las piritas deben provenir de la reducción de los sulfatos primitivos o quizá de emanaciones sulfurosas desde el núcleo del anticlinal, el cual parece haber tenido alguna actividad volcánica como lo demuestran los depósitos de sinter silíceo, producto de la depositación de fuentes calientes, que se encuentran en el ala occidental del anticlinal, frente a Chuquipata. La suposición del origen

volcánico del azufre se basa en que el yeso se encuentra principalmente en el núcleo del anticlinal.

Una de las características de los Esquistos de Cuenca es la escasez y casi ausencia completa de fósiles; se encuentran con frecuencia solamente hojas y otros restos menores de vegetales, también se encuentran escamas de peces en los esquistos pizarrosos de Biblián (cerca de las fuentes ácidas), en el camino de Biblián a Azogues y en la quebrada de Mal Paso; en Chuquipata, en ambas alas del anticlinal, se presenta una capa de unos 20 cm. formada casi exclusivamente por hojas.

Los representantes más típicos de estos esquistos, según Shepard, son los que se presentan en las inmediaciones de Azogues, a la entrada de la ciudad, en el cerro Agüelán, al otro lado del río cerca de la estación del ferrocarril, etc.; tienen un buzamiento general de 20° al E con fuertes alteraciones locales. Como formación típica, el lugar está bien escogido pero debemos hacer algunas observaciones respecto a la situación, dentro de la estructura general, de estos esquistos, y de los que Liddle-Palmer clasifican como Esquistos de Cuenca:

1.—Los esquistos de Sheppard se encuentran sobre el ala oriental del anticlinal de Azogues, encima de una potente capa de areniscas compactas amarillentas, que forman una cadena de cerros similares a los que se pueden ver en ambas alas del anticlinal, en Chuquipata; hacia el W, antes de Cojitambo, esta cadena baja bruscamente hasta el núcleo del anticlinal donde se encuentran, bastante plegados y aun volteados, los mismos esquistos que se encuentran en Chuquipata.

2.—En esta localidad, directamente sobre las rocas del núcleo, se encuentra una formación esquistosa de más de 100 m. de potencia bajo una potente capa compacta de areniscas amarillentas, que ha sido clasificada por Liddle-Palmer como Esquistos de Cuenca; veamos lo que dicen respecto a estos esquistos:

"Al S. de la intrusión (el Cojitambo) no más de 100 a 200 metros de los esquistos están expuestos en forma de un delgado borde alrededor de la corteza ígnea de la estructura de Azogues" y más adelante agrega: "Al S. de la intrusión del cerro Cojitambo-Chuquipata,

cerca de la boca del río Hunancay, exactamente al W de la carretera, una angosta faja de los esquistos de Cuenca verticales, en contacto con la corteza ígnea del anticlinal de Azogues, ha formado una serie de colinas de arcilla selenítica, amarillas y desnudas."

3.—En cuanto a la situación estratigráfica de los yacimientos carboníferos también se notan algunas anomalías ya que, según Liddle-Palmer, se encuentran en los esquistos de Cuenca. Si bien frente a Biblián y el NW del Cojitambo encajan en formaciones esquistosas, al S de este cerro se presentan muy al W del núcleo del anticlinal en capas esquistosas entre capas de areniscas compactas que sobresalen a manera de diques con rumbo N-10°-E y buzamiento de 65° W; esto nos está demostrando que las formaciones carboníferas principales no están en los esquistos de Cuenca, si los indentificamos a éstos con el mismo criterio de Liddle-Palmer.

Según puede deducirse de las observaciones 1 y 2, hay franca discrepancia en lo que respecta a la situación de los esquistos de Cuenca dentro de la estructura del anticlinal de Azogues ya que, mientras Sheppard los sitúa sobre el ala oriental, Liddle-Palmer los encuentra en el núcleo. No me parece que los esquistos de Sheppard puedan encontrarse en la zona de Azogues por recubrimiento, sino que más bien se trata de las mismas formaciones esquistosas que afloran sobre la capa de areniscas en el ala occidental del anticlinal en la zona de Chuquipata (ver Lámina N° 2).

Si se mira desde la zona de Ayancay hacia el N se nota claramente una estructura sinclinal en el lugar ocupado por Azogues y sus alrededores; este sinclinal se prolonga hacia el S hasta el cerro Guagualzhumi y ha sido recubierto, en partes, por sedimentos volcánicos.

c) Las areniscas del río Azogues

Son capas de arenisca amarillenta, compacta, que asoman en forma concordante sobre los esquistos de Cuenca en ambas alas del anticlinal de Azogues; se las ve claramente en ambas alas y se extienden hacia el S mediante una cadena de cerros entre los cuales se encuentra el Guagualzhumi en el ala oriental, y Rayo-loma, Yanacauri y Gapal en el ala occidental; el rumbo general es el mismo de las otras formaciones sedimentarias pero el buzamiento varía según la

naturaleza de la estructura: hacia el E de Chuquipata es de 45° E, pero luego las capas se tienden para formar un sinclinal; según se indicó antes, el cerro Guagualzhumi corresponde a esta estructura sinclinal y forma una cuenca con desagüe hacia el S. En el ala occidental el buzamiento es de unos 30°, pero hacia el W va aumentando poco a poco hasta los 65° W y en algunos lugares se invierte, como sucede el W del cerro Cojitambo y en el cerro Yanacauri de las inmediaciones de Cuenca.

El carácter petrográfico de estas areniscas es muy variable, predominan las areniscas gruesas de origen volcánico que se han depositado en un medio acuoso, pero también se encuentran algunas capas conglomeráticas de piedra pómez (Guagualzhumi) y arcillas claras volcánicas; las areniscas presentan concreciones ferruginosas y fragmentos de madera petrificada; al descomponerse tienden a formar bloques redondos.

Hacia el W del anticlinal se encuentra sobre las Areniscas del río Azogues una potente serie sedimentaria que empieza con los esquistos de Sheppard.

d) El anticlinal de Azogues.— Perfil de Chuquipata.

d) El anticlinal de Azogues.— Perfil de Chuquipata. (Lámina N° 2). de 6 kilómetros que abarca desde el ala oriental, inmediatamente al E del río Azogues en la localidad de Chuquipata, hasta las cercanías del río Déleg.

Vamos a describirlo a partir de las formaciones del núcleo, sin insistir mucho sobre las características de sus estratos que ya se han indicado suficientemente.

Las rocas del núcleo se presentan como una sucesión de capas claras y rojo oscuras de areniscas y arcillas con placas de yeso que asoman tanto en arcillas rojizas como en arcillas blancas; bajan desde las inmediaciones del Cojitambo y siguiendo un rumbo N-S se internan en la vertiente S del río Déleg en dirección a Paccha; su buzamiento es casi vertical cerca del eje del anticlinal y en partes aparecen como si existiera una discordancia con las capas inmediatamente superpuestas que son los Esquistos de Cuenca (Liddle-Palmer); un

poco al W del eje muestran un buzamiento de 70° al W pero casi inmediatamente cambias hasta 25° antes de entrar en una zona fuertemente tectonizada donde predominan arcillas rojizas. Es probable que estas capas pertenezcan a las Areniscas y Conglomerados de Biblián.

Recubriendo el núcleo asoman los esquistos de Liddle-Palmer con una potencia aproximada de 150 m., que se los puede encontrar muy bien expuestos a la base de las alas del anticlinal; se presentan finalmente foleados y en partes se pueden separar placas de algunos decímetros cuadrados, su color es gris oscuro a chocolate, al alterarse se vuelven grises y se cubren de un ocre amarillo; en su mayor parte están formados por ceniza volcánica muy fina. En el centro del anticlinal, sobre las rocas del núcleo, se los encuentra formando una delgada capa amarillenta con yeso fibroso que contiene carbonato de calcio; escamas de peces y fósiles muy alterados se presentan en pizarras negras un tanto compactas; su rumbo y buzamiento son completamente extraños a las demás capas de la localidad (N - 70° - E y 60° NW, respectivamente); esta discordancia notoria debe ser de origen tectónico y la presentan casi todas las arcillas del núcleo, en diferentes partes a lo largo del anticlinal.

Sobre la formación esquistosa yacen concordantemente las Areniscas del río Azogues (Liddle-Palmer) que al principio son arcillosas y presentan una intercalación de esquistos de unos 10 m. de potencia; luego las areniscas se vuelven menos arcillosas, algo conglomeráticas y a medida que vamos ascendiendo en el perfil se hacen más compactas pero siempre presentan intercalaciones arcillosas de poca potencia. En el ala occidental aflora toda la serie con una potencia de 350 m., en cambio en el ala oriental asoman solamente 250 m., pero se pueden correlacionar perfectamente las capas todas las cuales asoman al lado y lado, naturalmente, con algunas variaciones de su potencia; el buzamiento en el ala oriental es de 45° al principio y luego pasa a 25°; en el ala occidental empieza con 25° y pasa a 35° más al W, existen variaciones hasta los 45°.

El ala oriental del anticlinal está bastante erosionada más no la occidental sobre la cual aparece una potente sucesión de capas de areniscas y arcillas con intercalaciones carbonosas. La serie empieza con esquistos finamente foleados de color chocolate, con intercalacio-

nes de pocos centímetros de carbonatos de calcio con aspecto coraloi-de, esta forma es típica de la aragonita pero la densidad (2,73) nos indica que se trata de calcita; estos esquistos, según indicamos antes, corresponden, estructuralmente, a los denominados por Sheppard Esquistos de Cuenca. Afloran unos 150 m. en la quebrada de Lajas, al final de los cuales son recubiertos por brechas piroclásticas, sobre cuyo origen hablaremos oportunamente; al extremo de estas brechas, en la quebrada de Tacshana, han desaparecido ya los esquistos siendo reemplazados por arcillas arenosas que encierran pequeñas vetas de carbón de 15 a 20 cm. junto con esquistos carbonosos con el mismo rubo general (N - 10° - E) y con 55° W de buzamiento, enseguida las formaciones sedimentarias vuelven a ser recubiertas por piroclásticos en una longitud de unos 100 m.; al otro lado asoman areniscas similares a las del río Azogues con 60° W de buzamiento, presentan algunos intercalaciones arcillosas, afloran unos 150 m. de esta formación, después de lo cual vuelven a presentarse los piroclásticos cubriendo 900 m. del perfil; debajo de éstos se encuentran areniscas y arcillas que encierran vetas de carbón explotable; cuando los sedimentos vuelven a aflorar, en las vertientes del río Déleg, se presentan como una sucesión de estratos de arenisca compacta, arcilla, arenisca arcillosa y arcilla arenosa con un manto de carbón de 80 cm. de potencia; las areniscas compactas sobresalen como diques y dan al terreno un aspecto muy irregular con paredones de areniscas hasta de 25 m.; su rumbo y buzamiento varían por la presencia de flexuras en el primero, que viran completamente las capas, el buzamiento general es de 65 a 70° W, pero al otro lado del río Déleg asoman con 35° W, lo que nos indica la presencia de una falla a lo largo de la cual corre el río, en un valle recto.

Además de las vetas de carbón son notables en este último tramo de sedimentos dos diques blancos, el primero de arenisca que asoma a 100 m. al W de la última capa de carbón y la otra, a 150 m. al E; es un dique silicoso, compacto, con cristales de cuarzo y algo de feldespato que se reconoce por sus clivajes y porque el dique se meteoriza superficialmente, en algunos lugares lo acompaña una salbanda de caolín rosáceo; generalmente sobresale entre las capas adyacentes como un paredón blanco de bloques paralelepípedicos; este dique ha llamado siempre la atención de los investigadores desde el tiempo de Wolf, probablemente es de origen magmático y es una buena capa guía para localizar los yacimientos carboníferos, los cuales se extien-

den por más de 15 kilómetros desde Biblián hasta las proximidades del río Déleg, al otro lado del cual pierden su valor por ser reemplazadas por esquistos carbonosos al mismo tiempo que se dividen en vetas de poca potencia; en esta forma se las encuentra en la provincia del Azuay en las inmediaciones de Llacao y al S de la quebrada de Sidcay, donde se presentan fragmentos del dique silicoso de que hemos hablado, aunque no asoman sus afloramientos.

Refiriéndonos a la estructura general de anticlinal, son notables los siguientes fenómenos:

- 1.—La zona fracturada del ala occidental que ha facilitado la intrusión del Cojitambo;
- 2.—El buzamiento de las capas en el ala occidental que va aumentando poco a poco desde los 25 hasta los 65° W;
- 3.—Las flexuras de las capas en las inmediaciones del río Déleg y su volcamiento parcial;
- 4.—La gran falla del río Déleg.

e) Los sedimentos terciarios en la Hoya de Cuenca

El sistema fluvial de la Hoya de Cuenca corta las formaciones terciarias desde el curso medio del río Tarqui hasta el Descanso; a estas formaciones se las ve descender desde las alturas de Llacao en forma de capas de arenisca, más o menos sobresalientes, que atraviesan las quebradas y ríos del valle y se dirigen al S. en dirección a Turi; su rumbo general es de N-30°-E y su buzamiento variable, siendo el normal de unos 70° al W; en las inmediaciones de Ucumbamba se ponen casi verticales y luego se voltean completamente en la localidad de Mal Paso en donde, el cerro Yanacauri, presenta capas con buzamiento de 45° E; a pocos cientos de metros hacia el S vuelven a ponerse verticales hasta que adquieren su posición normal en el cerro Gápal, al SE de Turi.

En el valle de Cuenca, propiamente dicho, las formaciones terciarias han sido erosionadas y cubiertas por un cono de rodados, pero se las ve aflorar en algunos puntos como en el río Machángara desde el puente, en la carretera Panamericana, hasta cerca de su desembocadura en el Matadero y a lo largo de Milchichig, inmediatamente al N de la ciudad; en la misma ciudad se encuentra un pequeño afloramiento en la localidad de Pumapungo.

Las quebradas que bajan desde Paccha y El Valle cortan los sedimentos casi normalmente a su rumbo; desde Turi al SW se superponen depósitos fluviales y productos volcánicos estratificados, en discordancia de erosión.

Vamos a describir someramente tres perfiles al través de estas formaciones:

I.—Perfil Milchichig: dirección N-65°-E.

La quebrada de Milchichig corta capas de arenisca compacta, ligeramente verdosa, con nódulos calcáreos en algunos puntos y con intercalaciones de esquistos arcillosos; su rumbo varía entre 30 y 40° NE y su buzamiento cambia de 65° NW al comienzo de la quebrada, hasta 70° SE desde las inmediaciones del puente en el límite urbano, hasta su desembocadura. Evidentemente, las formaciones cortadas corresponden al ala occidental del anticlinal, y se presentan dislocadas y volteadas desde esta localidad hasta Mal Paso.

II.—Perfil Mal Paso: dirección S-45°-E.

Los primeros cuatrocientos metros a contar desde la desembocadura de la quebrada, cortan las Areniscas del río Azogues, las cuales contienen intercalaciones de arcilla y, al final, una capa de conglomerado; su rumbo es de N-25°-E y su buzamiento de 60 a 80° SE, o sea que están invertidas; luego la quebrada corta unos 230 m. de un complejo pizarroso con restos menores de vegetales, escamas de peces, capas delgadas de caliza con impresiones de hojas y pocas placas de yeso; su rumbo y buzamiento son similares a los anteriores. Los próximos 260 m. son de areniscas finas alternadas con areniscas gruesas, esquistos y pizarras; en este sector las capas vuelven a su posición normal en menos de 100 m., tomando un buzamiento de 70° NW; al final de este tramo se encuentran esquistos yesíferos y hacia las cabeceras de la quebrada asoman los Esquistos de Cuenca con sus características típicas y con su rumbo y buzamiento completamente diferentes de las capas anteriores; ya indicamos que esto era corriente en el núcleo del anticlinal.

III.—Perfil quebrada Paccha: dirección N-S.

La quebrada de Paccha se encuentra a unos 7 Km. al NE de Mal

Paso, por lo cual su perfil geológico presenta las mismas características generales del anterior. A partir de su desembocadura en las terrazas del río Matadero, corta unos 300 m. de las Areniscas del río Azogues que están bien estratificadas y encierran algunos estratos de arcilla clara, su rumbo es de N - 30° - E y el buzamiento de 70° W, o sea **que no están** invertidas; casi al final de este tramo se presenta una zona dislocada que separa las areniscas de arcillas con rumbo y buzamiento irregulares.

Desde las cabeceras de esta quebrada se deslizan las formaciones esquistosas de un amplio sector; desde el E se deslizan hacia la quebrada brechas volcánicas y otros sedimentos de la zona de Guagualzhumi.

Del estudio de los tres perfiles podemos concluir:

- 1.—Las areniscas del río Azogues del ala W del anticlinal, se presentan en su forma típica en la quebrada de Milchichig y en el curso inferior de las quebradas de Paccha y Mal Paso;
- 2.—Estas formaciones se encuentran invertidas desde el puente sobre la Quebrada de Milchichig, hasta 700 m. de la desembocadura de la quebrada de Mal Paso; también están afectadas por esta inversión parte de la formación esquistosa;
- 3.—Los Esquistos de Cuenca empiezan donde se presentan las primeras pizarras con escamas de peces.

C) Las rocas ígneas de la Cordillera Occidental

El núcleo de esta Cordillera es de diorita y otras rocas similares según lo atestiguan algunos rodados del río Matadero; sobre este núcleo se han depositado lavas andesíticas verdosas junto con lavas basálticas y vitrofiricas; algunas corrientes modernas de estas lavas han invadido el valle localizándose sobre las rocas sedimentarias.

Brechas bien consolidadas se encuentran en las estribaciones de la Cordillera entre Baños y la zona de Sayausi; en la primera localidad se explota una brecha amarillenta compacta en cuyas fracturas y cavidades se ha cristalizado cuarzo; los riscos del río Yanuncay, en Barabón, son de brechas consolidadas pero muy alteradas, las cuales son reemplazadas más al W por lavas vitrofiricas alteradas que han

sido afectadas por un gran derrumbe; en las inmediaciones de Sayausi se encuentran un pórfido brechoso de color verde grisáceo, de bonito aspecto; las quebradas que bajan desde los cerros del NW de Cuenca traen fragmentos de diferentes tipos de pórfidos brechosos entre los cuales se destaca un negro con brechas blancas. Al W de esta zona de brechas se presentan lavas de diferentes tipos en las cuales los glaciares cuaternarios han formado lagunas y excavado profundos valles.

Un estudio geológico de estas formaciones efectuado en la planta hidroeléctrica de la Empresa Miraflores nos muestra la corteza exterior de la Cordillera constituida por capas de lavas de diferente naturaleza con intercalaciones de brechas y tobas volcánicas consolidadas; su buzamiento es de 15 a 25° al S y el espesor de cada uno de los estratos tiende a disminuir hacia la Cordillera que es de donde han venido; esto es lógico, ya que es la forma que adopta una masa viscosa que se derrama en un plano inclinado.

Cada estrato está separado del inmediatamente superior por una capa de brechas y tobas; las brechas son piedras angulares que vienen sobre las corrientes de lava en cuya superficie se forma una costra sólida que se resquebraja con el movimiento; las tobas son cenizas que caen poco a poco en los alrededores del volcán; por consiguiente, su localización entre capa y capa de lava es natural.

En esta serie se encuentran lavas basálticas, andesíticas y vitrofiricas, algunas son amigdaloides y otras brechosas; en el sector de la boca-toma se encuentran gabros de grano medio.

Un perfil en las inmediaciones de la tubería de presión, empezando desde las formaciones más bajas, nos muestra lo siguiente:

- a) Lavas basálticas: son de color negro, compactas, fractura concoide, con algunos cristales tabulares de labradorita y granitos de olivina; posee planos de disyunción muy marcados y con rumbo S - 10° - E y 35° - E de buzamiento; descansan sobre un compacto manto de brechas basálticas y hacia arriba pasan a tobas basálticas de color gris: tanto las lavas como las tobas basálticas son muy alterables por meteorización;
- b) Lavas andesíticas: se encuentran encima de las tobas basálticas,

son tenaces a la ruptura y resistentes a la alteración meteórica, su fractura es fresca y forma fragmentos angulosos, color gris verdoso, textura porfirica con fenocristales de andesita de 1 a 2 mm. y con fragmentos brechosos englobados en la masa lávica; se encuentran coronadas por una capa gris verdosa de brecha;

- c) Lavas vitrofíricas: son las más modernas, por lo tanto se encuentran recubriendo a las otras lavas ya en forma de derrames, ya en forma de arenisca residual arcillosa de color amarillo; se extienden hasta las inmediaciones de Chiquintad, donde han actuado sobre depósitos carboníferos de extensión limitada, originando un carbón negro, brillante, de fractura irregular algo terrosa, que quema fácilmente sin producir olor desagradable y deja un coque compacto. Las lavas frescas son de color gris claro con estructura fluidal, se alteran fácilmente.

El conjunto está cubierto con acumulaciones glaciáricas y escombros.

El perfil descrito es particularmente interesante ya que nos indica que las primeras efusiones fueron básicas (basaltos) y luego los volcanes emitieron lavas andesíticas que son más ácidas que las anteriores y, por fin, lavas vitrofíricas durante las últimas etapas de este período eruptivo; este fenómeno tiene su explicación en el enfriamiento sucesivo del magma en las cámaras interiores de la corteza terrestre. No se encuentra piedra pómez en estas formaciones, pero es abundante en formaciones más modernas (Turi); las erupciones contemporáneas son del tipo andesítico, pero no se han repetido las erupciones basálticas.

D) Las intrusiones andesíticas

Son posteriores a los sedimentos terciarios de la región, probablemente deben tener relación con las últimas manifestaciones volcánicas en el S ecuatorial, de fines de Terciario; no se las encuentra en la hoya de Cuenca propiamente dicha, por lo cual las vamos a describir someramente.

Estas rocas están formadas por dioritas y andesitas de varios tipos que, en forma de diques o cuerpos intrusivos, atraviesan los sedimentos aprovechando sus zonas fracturadas.

El cuerpo principal lo constituye un dique de andesita, de rumbo N-S y potencia variable, cuyos puntos más elevados son los cerros Cojitambo y Shalal; este dique corta al anticlinal de Azogues diagonalmente; del Cojitambo al S no aflora, pero sus efectos sobre el núcleo del anticlinal son notables; numerosos fragmentos de andesita se encuentran en este lugar. La característica más notable de este dique es su curiosa disimetría, presentando una pendiente suave hacia el W y casi cortado a pique hacia el E; en el Cojitambo llama la atención la coincidencia entre la pendiente occidental del cerro y el buzamiento de las capas que se encuentran más al S (las situadas inmediatamente al W están volteadas) dándose la impresión de que se trata de un lacolito asimétrico que se amoldó a la estructura del anticlinal de Azogues. Este dique ha afectado grandemente la estructura de las capas sedimentarias como puede verse al E del Shalal, donde los estratos se presentan verticales; en cambio, los efectos metamórficos son muy poco notorios. El volcamiento de las capas al W del Cojitambo parece un fenómeno independiente ya que también se presenta en la zona de Cuenca donde no hay ninguna intrusión.

La roca del Cojitambo es una andesita gris, con fenocristales de andesita, que forman manchas hasta de 1 centímetro de diámetro, cristales alargados de anfíbola de unos pocos milímetros, algunos cristales de mica, generalmente alterados y, ocasionalmente, cuarzo. La andesita del Shalal es brechosa y de color verde azulejo o rojizo, por alteración.

Fuera de este dique tenemos dos puntos más donde se presentan rocas ígneas, estos son:

- 1.—El cerro Abuga, que es un volcán apagado cuyas lavas de andesita blanca, alterada y disgregable en placas, recubre la inclinada falda del cerro; al SE se encuentran pizarras alteradas por el calor, tal como las pizarras del Tual; piroclásticos de este volcán se presentan al E del anticlinal de Azogues.
- 2.—En el Tual se encuentra una intrusión en la que se pueden distinguir tres facies: la occidental, la central y la oriental.

La primera se presenta en el contacto con las formaciones sedimentarias, es formada por una roca gris oscura laminada y, en partes, flexada; se rompe fácilmente con fractura concoide, en la fractura

fresca presenta un aspecto de cuarcita pero cuando se altera se nota su textura porfirica con masa fundamental compacta microcristalina y fenocristales de plagioclasa o anfibola; observada al microscopio, en corte delgado, se ve que la masa fundamental es traquitica con agujas de feldespatos orientadas por el movimiento del magma que ha sido inyectado a presión en una zona fracturada; esta roca ha sido clasificada por Liddle-Palmer como basalto, propiamente se trata de una andesita básica.

En la quebrada del Descanso se ve que la intrusión ha levantado las capas sedimentarias al mismo tiempo que ha ejercido un empuje hacia el W, que ha plegado finamente capas de arcilla situadas a unos 100 m. de la intrusión. Las rocas del contacto se han metamorfoseado, fenómeno que se traduce en un endurecimiento, por semifusión de sus componentes; se encuentran areniscas con aspecto de cuarcitas, conglomerados tenaces y una capa con fósiles bastantes alterados.

Hacia el centro de la intrusión la roca va transformándose en la andesita típica del Tuhual de color claro con tonos amarillentos, debidos a propilitización y alteración de la pirita que contiene la roca, son comunes inclusiones oscuras, probablemente de pizarras muy alteradas. Hacia la quebrada de la hacienda Josefina se presenta una diorita blanca (por alteración) con limonita pseudomorfa según anfibola.

La facie oriental se encuentra al otro lado de la quebrada, después de un corto trecho de rocas sedimentarias metamorfoseadas (ver Serie de Paute); se trata de una diorita verdosa, cuyas características ya las describimos, y que se extiende hasta frente a la desembocadura del río Quingeo; más al oriente es reemplazada por una serie de diques de diorita porfírica que atraviesan las pizarras cristalinas.

Afloramientos de esta intrusión asoman hacia el S a lo largo del río Quingeo.

E) Las formaciones de Turi (Lámina N° 3)

Se ha designado con este nombre a un complejo estratificado de conglomerados, cenizas y brechas volcánicas con intercalaciones de arcillas y areniscas fluviales, que asoma, bien expuesto, en las inmediaciones de Turi y se extiende hacia en SW. El rumbo y buzamiento de sus estratos varían de acuerdo a la tectónica de la región: en Turi

y sus inmediaciones son de N - 47° - E y 7° SE, respectivamente, mientras que en Narancay varían hasta N - 25° - E y 14° SW. Entre este punto y las cercanías de Cumbe, se presentan divididas en grandes bloques en diferentes posiciones; el río Tarqui corre en este trayecto a lo largo de fracturas tectónicas.

Las formaciones de Turi son fácilmente reconocibles porque sus estratos compactos, de brechas y cenizas volcánicas, forman paredones que se destacan nitidamente. Formaciones similares, aunque con pocos conglomerados, se encuentran en la zona de Sidcay constituyendo las capas superiores de la cadena de picachos que separa los valles del Machángara y del Sidcay.

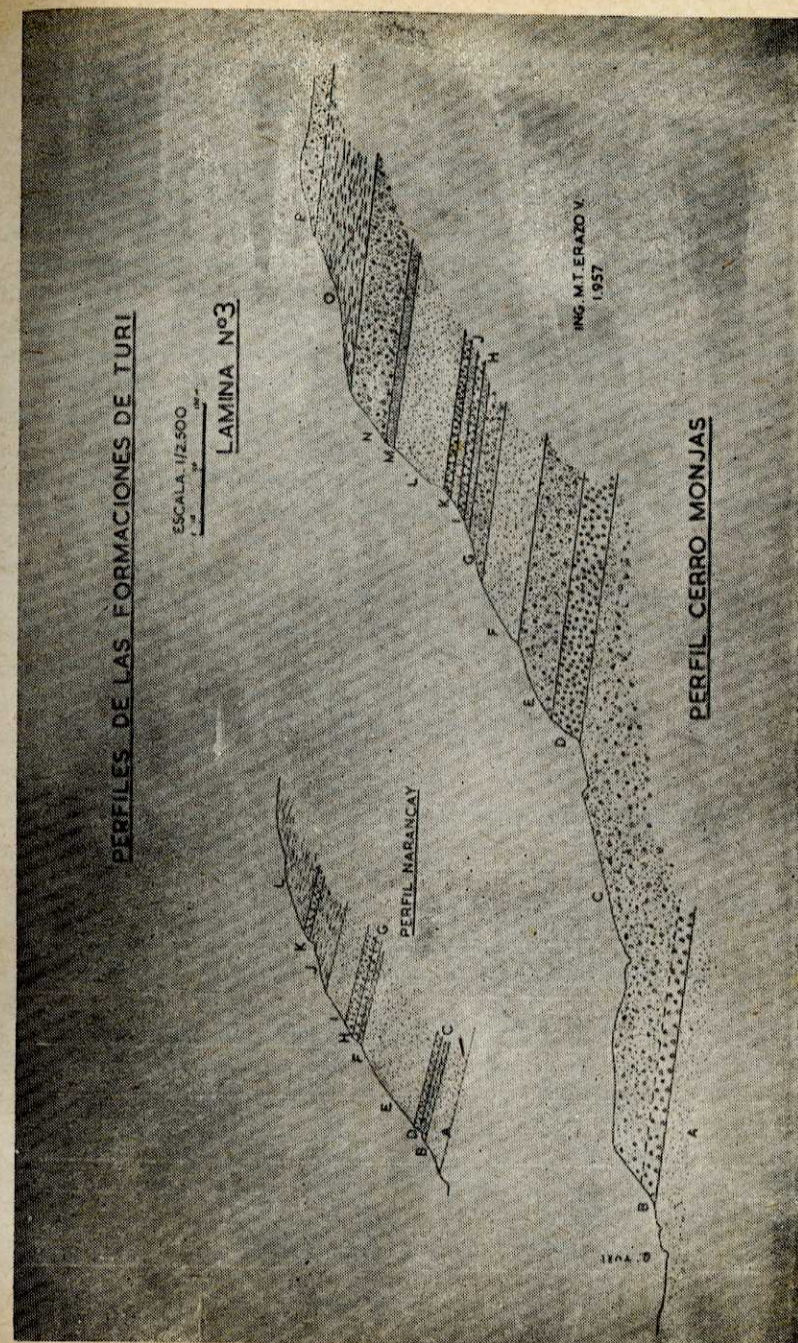
Vamos a describir estas formaciones al través de cuatro perfiles levantados en las inmediaciones de Turi y un quinto en Narancay.

I.—Perfiles en Turi

Se han estudiado cuatro perfiles geológicos en esta localidad: dos en el espacio de 600 m. al W de la población y otros dos en el cerro Monjas e inmediaciones. Están expuestos unas 340 m. de estratos, de los cuales 280 m. corresponden a los de Turi, que son los siguientes, a partir de la base:

- a) Arenisca fundamental:— Color amarillo claro, mal clasificada en partes conglomerática. predomina la estratificación cruzada; hacia la base se pueden encontrar intercalaciones de areniscas y arcillas claras; esta formación debe corresponder a las Areniscas del río Azogues modificadas por el régimen fluvial que ha actuado sobre ellas; las capas de Turi se presentan en franca discordancia de erosión sobre estas areniscas, según lo veremos a continuación.
- b) Brecha volcánica consolidada, cementada con ceniza de color gris, con fragmentos de andesita compacta microcristalina, hasta de más de un metro cúbico; esta capa es muy irregular y a veces no se presenta, lo que se explica por la irregularidad del terreno erosionado sobre el cual se ha depositado; potencia variable.
- c) Conglomerado basal, arenoso, mal clasificado y con estratificación cruzada; se presentan intercalaciones de arenisca volcánica

- conglomerática y brechosa, de color ceniza; potencia algo irregular, hasta 50 m.
- d) Conglomerado fuertemente cementado con arenisca volcánica, rodados andesíticos hasta de 30 cm.; algunos fragmentos brechosos; potencia 30 m.
 - e) Conglomerado arenoso no muy consolidado, cemento de arenisca fluvial amarillenta, con intercalaciones de arenisca volcánica, termina con una capa conglomerática de rodados tabulares; potencia 40 m.
 - f) Arenisca volcánica blanco-grisásea con brechas blancas de piedra pómez muy alterada; en partes bien estratificada y clasificada, en otras predominan los rodados de piedra pómez y de andesita; ocasionalmente se encuentran fragmentos, muy alterados, de madera que han sido englobados por las corrientes de barro volcánico que han originado estos depósitos de ceniza, los cuales son típicos de las Formaciones de Turi. Potencia 25 m.
 - g) Conglomerado fino arenoso que pasa a arenisca conglomerática con estratificación cruzada, presenta una intercalación de arenisca volcánica; potencia 10 m.
 - h) Arenisca conglomerática compacta con estratificación cruzada, presenta rodados alterados de piedra pómez y de andesita; potencia 6 m.
 - i) Conglomerado cementado con ceniza volcánica; potencia 6 m.
 - j) Arenisca volcánica conglomerática con intercalaciones de arenis-arcillosa; potencia 5 m.
 - k) Conglomerado fino arenoso, estratificación cruzada; potencia 6 m.
 - l) Areniscas, predomina la arenisca volcánica brechosa con intercalaciones de arenisca arcillosa, arenisca conglomerática y conglomerados; potencia 45 m.
 - m) Arenisca fluvial bien clasificada; potencia 4 m.
 - n) Conglomerado arenoso con intercalaciones de arenisca; potencia 30 m.
 - o) Arenisca arcillosa fina, color blanco grisáceo, con intercalaciones de areniscas bien estratificadas, arenisca conglomerática y brechas de piedra pómez; en algunos puntos se presentan conglomerados de sólo esta roca; potencia 25 m.
 - p) Arenisca conglomerática y conglomerado arenoso, con intercalaciones de areniscas con brechas de piedra pómez.



II.—Perfil en Narancay

Se levantó a partir de la carretera Panamericana, aproximadamente en el kilómetro 8 hacia el S, punto en el cual se pueden estudiar unos 120 m. de las formaciones. Este perfil nos muestra un complejo arenoso-conglomerático, sirviendo de base a areniscas finas y arcillas de origen volcánico. Los estratos encontrados, a partir de los más bajos, son los siguientes:

- a) Arenisca conglomerática gruesa de origen volcánico, con algunos rodados y brechas; visible en unos 15 m.
- b) Arenisca arcillosa clara, de origen volcánico; potencia 1,5 m.
- c) Arenisca brechosa; potencia 1,5 m.
- d) Conglomerado arenoso; potencia 4 m.
- e) Arenisca fina brechosa de origen volcánico, algo más gruesa en la base; potencia 46 m.
- f) Arenisca arcillosa clara; potencia 2 m.
- g) Brecha cementada con arenisca volcánica; potencia 1,5 m.
- h) Conglomerado arenoso con intercalaciones de arenisca; potencia 6 m.
- i) Arenisca conglomerática; potencia 20 m.
- j) Arenisca volcánica arcillosa clara, con brechas de piedra pómez; potencia 14 m.
- k) Conglomerado; potencia 6 m.
- l) La serie continúa con capas de arenisca volcánica fina con brechas de piedra pómez.

De la comparación de los perfiles se deduce que el de Narancay, con algunas modificaciones, lógicas en este tipo de sedimentación, corresponde a las capas superiores de las Formaciones de Turi.

Resumiendo las observaciones efectuadas en las Formaciones de Turi, podemos concluir que son del tipo fluvial torrencial que han rellenado una parte erosionada de la hoya de Cuenca a principios del Cuaternario. La concurrencia de capas de origen volcánico no le quita su característica fluvial ya que el agua ha contribuido para su transporte y sedimentación aunque muy poco para su clasificación según el tamaño de sus granos, lo cual nos indica que el transporte ha sido corto y en forma de avenidas de barro, principalmente.

La primera capa de las Formaciones de Turi, constituidas por

brechas piroclásticas marca el renacimiento del volcanismo en el Austro durante el Cuaternario, fue originada por una corriente de barro que ha rellenado las quebradas más bajas; luego se depositan estratos netamente torrenciales formados por conglomerados algunos cementados con arenisca volcánica, generalmente su potencia es variable pero se hace más regular a medida que se asciende en el perfil; más o menos desde la mitad empiezan a predominar los estratos de origen volcánico en forma de areniscas y arcillas brechosas; la poca clasificación de estos estratos de arenisca nos indica que se formaron por corrientes de barro constituidas por ceniza y fragmentos de piedra pómez y andesita; las intercalaciones de arenisca fluvial en estas capas, separan las sucesivas avenidas de barro que debían haberse originado durante las diferentes erupciones volcánicas.

Coronando las Formaciones de Turi se encuentran capas de ceniza fina en forma de areniscas y arcillas claras, algunas con gran cantidad de brechas y rodados de piedra pómez en diferentes grados de alteración; en algunos lugares se pueden encontrar verdaderos conglomerados de esta roca, cuyos fragmentos debían haber venido flotando en el agua lodosa y se acumularon en ciertas partes como lo hacen las ramas, hojas, etc., durante las avenidas de agua. La potencia de estas capas de ceniza nos indica que, antes de que los volcanes se apagaran, hubo un largo periodo en que su actividad se redujo a emisión de cenizas con ocasionales erupciones explosivas de poca importancia, que originaron la piedra pómez.

En lo que respecta a la edad exacta de estas formaciones, sólo sabemos que se encuentran sobre los sedimentos terciarios, que ya estaban bastante erosionados cuando se depositaron los sedimentos de Turi; por lo tanto, debemos considerarlas de edad cuaternaria.

En las capas conglomeráticas se encuentran, con frecuencia, fragmentos de madera nitidamente reemplazada por ópalo, de manera que se puede estudiar su estructura; en estos mismos estratos se encontró un fragmento de 10 x 20 cm. de hueso, muy alterado, de algún gran mamífero Cuaternario; las capas de ceniza presentan fragmentos de madera alterada pero reconocible.

La naturaleza petrográfica de las capas de Turi nos da un indicio sobre su edad relativa ya que, según indicamos antes (Rocas ígneas

de la Cordillera Occidental) las erupciones fueron haciéndose cada vez más ácidas; tomando en cuenta que estos estratos de ceniza y piedra pómez micácea son de carácter marcadamente ácido, llegaremos a la conclusión de que se depositaron durante las últimas manifestaciones volcánicas del Austro.

Muy ocasionalmente se encuentran fragmentos de basalto, que al alterarse, han adquirido el aspecto de concreciones de arenisca. Las emisiones de ceniza, según indicamos antes, fueron las últimas manifestaciones del volcanismo en el SW azuayo, cualquier renacimiento de esta actividad es probable que se caracterice por la emisión de corrientes de lava basáltica, pues se trataría de nuevas intrusiones de magma entre los pliegues de esta parte de los Andes.

Finalmente, debemos indicar que un estudio de la posición de los rodados y fragmentos de brecha, nos sugiere que las corrientes que formaron los sedimentos de Turi, vinieron desde el SW, donde existe el núcleo volcánico de San Fernando (Anales de la Universidad de Cuenca, Tomo XI, Pág. 461, donde debe leerse San Fernando en lugar de San Francisco).

F) Brechas piroclásticas

Son las acumulaciones volcánicas más modernas, forman una sucesión de picachos y planicies que se desprenden de la Cordillera Occidental, en las inmediaciones de Déleg, siguen con rumbo N-S hasta frente a la población de Sidcay donde doblan bruscamente al E, hasta las inmediaciones del Descanso; estas mismas formaciones se encuentran en Paccha al pie del Guagualzhumi y al S del Cojitambo (San Nicolás y Ayancay) donde han recubierto una terraza de erosión muy irregular y se han derramado hacia la zona baja de las quebradas de Tacshana y Las Lajas (Ver perfil del anticlinal de Azogues).

Se las reconoce fácilmente por formar mesetas y picachos limitados por cortes casi verticales y por su color plumizo, típico de los sedimentos volcánicos; de estas mesetas se desprenden prolongaciones bajas e irregulares hacia las hondonadas que las rodean, se trata de deslizamientos. Se han localizado en discordancia, sobre los sedimentos terciarios que ocasionalmente afloran en su superficie, rellenando todas sus irregularidades y formando una planicie que ha sido destruida con relativa rapidez.

La ninguna o poca estratificación y su forma de yacer, nos indican que estas acumulaciones fueron originadas por formidables avenidas de barro que bajaron, casi repentinamente, siguiendo la cuenca del río Déleg y se extendieron por el, entonces, bajo valle situado entre el cordón de cerros del ala occidental del anticlinal de Azogues, el Cojitambo, la parroquia Octavio Cordero P., el Guaguazhumi y el Descanso, hacia donde afluyeron las corrientes buscando el desagüe del Tual; el área recubierta fue de unos 65 Km. cuadrados. Estos depósitos desviaron el curso del río Déleg que era afluente del Matedero, según varios indicios geológicos.

Es poco probable que estas formaciones tengan algo que ver con las de Turi, que son más antiguas, pero ambas tuvieron las mismas causas que son las erupciones volcánicas del Cuaternario.

Las características físicas y petrográficas son las siguientes: color plumizo, están constituidas por fragmentos de andesita hasta de cerca de un metro cúbico, cementados con ceniza volcánica de aspecto arenoso. Entre los fragmentos grandes se encuentran las siguientes variedades de andesita:

- a) Andesita rosada, porfírica, con fenocristales de andesina de 2 a 3 mm., junto con anfíbola y mica, masa fundamental felsítica;
- b) Andesita gris clara, porfírica, con fenocristales de andesina hasta de 7 mm., junto con anfíbola en cristales de diferente tamaño, algunos hasta de 15 mm., poca biotita, masa fundamental microcristalina;
- c) Andesita rosada felsítica;
- d) Andesita gris de grano fino, micácea;
- e) Andesita porfírica con poca masa fundamental, con cristales blancos o grisáceos de plagioclasa de 5 a 6 mm., abundante anfíbola y algo de biotita.

Aunque en los fragmentos grandes no se ha podido localizar cuarzo por observación macroscópica, éste se presenta en el cemento junto con cierta cantidad de magnetita que se separa de las arenas.

De estas formaciones provienen las arenas del río Sidcay, muy empleadas en construcción en la ciudad de Cuenca; el estudio petrográfico de estas arenas nos da una idea bastante aproximada de la

naturaleza del cemento que liga los fragmentos grandes de andesita.

Estas arenas consisten primordialmente en fragmentos de vitrofiricos o felsíticos de andesitas rosadas o grises con gran cantidad de trozos de plagioclasas en diferentes grados de alteración; también se encuentran fragmentos de cuarzo en los cuales se puede reconocer la pirámide hexagonal, forma típica de presentarse este mineral en las lavas; además se encuentran granos de hornblenda común y basáltica, magnetita y muy poca mica.

Algunos granos redondeados y muy alterados de cuarzo y feldespato deben proceder de las areniscas terciarias por la cual atraviesan el río Sidcay y sus afluentes.

Según indicamos, estos depósitos son muy inestables y se deslizan continuamente dejando una gran grieta marginal casi vertical que, a veces, sobrepasa los cien metros; en algunos lugares se han formado cuevas entre el terreno hundido que forma la base de la cueva y el firme que forma el techo; algunas de estas se conservan (Borma-Solano), otras se han hundido. La razón de esta inestabilidad es sencilla: el suelo sobre el cual descansan las brechas es arcilloso, por otro lado éstas son muy permeables, por lo tanto, durante las estaciones lluviosas el agua que se reúne en sus llanuras se infiltra fácilmente hasta la base de arcilla, la cual se vuelve plástica y resbalosa. Estos deslizamientos son relativamente rápidos y en épocas lluviosas se acentúa enormemente lo que se constata por la faja clara, exenta de vegetación, que se observa al pie de las grietas marginales en Guaguazhumi y las márgenes del río Déleg. En los bordes inferiores del terreno que se está deslizando se observan numerosas grietas y el movimiento es tan rápido, que el maíz que se siembra en estos lugares casi no se cosecha porque ya se ha deslizado hacia las quebradas.

Al pie de las grietas marginales pueden formarse pequeñas lagunas debido a movimientos diferenciales del suelo, tal es el origen de las lagunas de Paccha y de las zonas pantanosas de Solano. Todas o casi todas las obras de ingeniería realizadas sobre estas formaciones tienden a destruirse, por lo cual conviene evitarlas.

En épocas prehistóricas las llanuras del N de Llacao han sido habitadas por pueblos, probablemente pastores, que las abandonaron

al constatar la inestabilidad del suelo; no es difícil encontrar fragmentos de cerámica antigua y trozos de sílex y pedernal con aspecto de puntas de flechas paleolíticas; no son raros tampoco los pedazos de madera silicificada y de ópalo de diversas calidades y aspecto. En esta misma localidad se encuentra un sedimento blanco, finamente estratificado y muy liviano, probablemente se trata de diatomita.

G) Las terrazas fluviales de Cuenca

Los depósitos fluviales del valle de Cuenca forman un cono de rodados que se extienden desde las estribaciones de la Cordillera Occidental hasta la unión de los ríos Machángara y Matadero y desde las lomas de Culca (al N de la ciudad) hasta el río Tarqui.

Al N engrana con formaciones de pie de monte que bajan desde la cordillera, y en algunos lugares yacen sobre los sedimentos terciarios; al S limita con estos sedimentos y con las Formaciones de Turi; hacia el E se prolonga mediante una faja de terrazas de acumulación y solevantamiento que aparecen, a lado y lado del río, hasta el Descanso.

La potencia del cono es variable, los mayores espesores deben encontrarse en las inmediaciones sur-occidentales de la ciudad donde, seguramente, sobrepasa los 50 m. Al E afloran las areniscas terciarias, mientras que las rocas ígneas del subsuelo afloran sólo en las gargantas de los ríos, cerca de la Cordillera Occidental.

Petrográficamente consisten en un conglomerado de tipo torrencial con rodados de andesitas grises o verdosas, dioritas, lavas vitrofíricas, basaltos y pórfidos brechosos; todos los fragmentos, exceptuando las lavas vitrofíricas y algunos rodados silicosos, se encuentran alterados mostrando una corteza blanquesina debido a la acción del ácido húmico; a esta misma acción se debe la formación de costras de hierro palustre, de ningún valor económico.

El estudio morfológico del cono nos muestra tres terrazas fluviales a distintos niveles, que corresponden a otras tantas etapas de solevantamiento de los Andes en esta región del Ecuador. La terraza más antigua se encuentra a la altura de Culca, está bastante destruida pero se la puede reconocer fácilmente; la segunda terraza forma la planicie en la cual se encuentra la ciudad, se extiende principalmente

al N del río Matadero; la tercera, situada unos 25 m. más abajo, se presenta como una llanura, a pocos metros sobre el nivel de los ríos, interrumpida solamente por un cordón de lomas bajas que se encuentra entre los ríos Matadero y Yanuncay, bordeando este último, desde las proximidades de la Virgen de Bronce, hasta cerca de San Joaquín; estas lomas son restos de la segunda terraza que formaba una sola llanura al mismo nivel de Cuenca. El río Matadero se ha movido libremente por la terraza baja como lo atestiguan los lechos abandonados que se extienden, zigzagueantes, formando zonas bajas y pantanosas y como lo demostró durante la excepcional creciente de Abril de 1950.

La segunda terraza, o sea aquella en la que está edificado el núcleo de la ciudad, se halla surcada de W a E por una serie de depresiones por las cuales corren arroyos que han sido canalizados o rellenados; es posible que algunas de estas depresiones sean antiguos lechos de río; durante la estación lluviosa el agua fluye hacia ellas ocasionando perjuicios en los edificios cuyos cimientos y paredes bajas se ven repentinamente humedecidas por aguas que se infiltran al través de viejas canalizaciones o desde el subsuelo.

La profundidad de la capa freática en esta terraza es variable entre 10 y 20 m., siendo mayor hacia el borde S.

Cortes efectuados en la terraza nos muestran tres capas bien definidas, aunque no separadas por verdaderos planos de sedimentación; estas son:

- a) Arcilla superficial: potencia media 0,8 m.— Está formada por arcilla resistente y muy plástica que se agrieta al secarse, es de color amarillo abajo y negro en la superficie; en algunos lugares la parte inferior es blanca por la acción lixiviante del ácido húmico de los pantanos;
- b) Conglomerado arcilloso: potencia media 1,80 m.— Es un conjunto bastante homogéneo de rodados fuertemente caolinizados, hasta el extremo de que pueden ser fácilmente cortados por herramientas, están cementados con arcilla y arena muy alterada; su color es amarillo claro; esta capa es tenaz cuando seca y plástica cuando húmeda, se la conoce con el nombre vulgar de cascajo;
- c) Conglomerado arenoso: potencia indeterminada.— Consiste en conglomerado grueso cementado con grava y arena, color gris

amarillento, deleznable; todo está alterado aunque no completamente caolinizado como sucede con las capas anteriores; la mayor parte de los rodados se rompen fácilmente pero no se seccionan con las herramientas; los fragmentos grandes son resistentes porque presentan un núcleo inalterado; algunos rodados de piedras silicosas y lavas vitrofíricas se presentan frescos.

Esta alteración es típicamente meteórica, el ácido húmico de los prados y pantanos ha contribuido al blanqueamiento de las capas superiores por la lixiviación del hierro y manganeso, la capa superficial es negra por la presencia de materias húmicas; la estructura de la terraza ha originado un terreno fácilmente anegable pero muy permeable a una profundidad aproximada de 2,5 m.

La terraza inferior está menos alterada y consiste en un conglomerado arenoso similar al de la capa c).

4.—LAS GLACIACIONES CUATERNARIAS EN EL VALLE DE CUENCA

La acción de los últimos glaciares del Cuaternario se ha limitado a alturas de más de tres mil metros, según se constata en los orígenes de los ríos Matadero y Yanuncay; pero existen indicios de que los primeros hielos llegaron mucho más abajo, hasta cerca de los 2.600 m., como lo indican las acumulaciones de tipo morrénico que se encuentran al lado N del camino de Cuenca a Sayausí, cerca de esta población. Estos depósitos se caracterizan por la presencia de grandes bloques de andesita, el más grande de los cuales sobrepasa las 2.000 toneladas y se halla situado al borde del camino; han sido transportados unos 12 Km. desde la cordillera sin ser redondeados; esto pueden hacerlo solamente los glaciares.

Las lenguas glaciáricas han labrado, en la corteza de lava de la Cordillera Occidental, profundos valles de fondo plano y paredes abruptas, a los lados y en su cabecera, que son conocidos en muchos lugares con el nombre de cajones glaciáricos o sencillamente cajones, entre nosotros los llamamos **cajas**. Si reparamos que esta denominación está repetida en varios puntos geográficos de nuestra Sierra, llegaremos a la conclusión de que las glaciaciones cuaternarias afec-

taron a toda la región interandina y de que sus efectos son, todavía, claramente visibles. *apv*

Los glaciares de nuestras montañas tienen la forma de casquetes que cubrieron las alturas de más de tres mil metros en toda la Sierra, de estos casquetes se desprendían lenguas de hielo que avanzaron hacia las hoyas.

Entre nuestras cajas la más típica es la de Surucucho en la cual las acciones de la lengua glaciar están tan frescas que se puede seguir paso a paso la historia de la última glaciación.

La caja de Surucucho se extiende unos 5 kilómetros en dirección N - 80° - E, forma un profundo valle cuyas paredes sobrepasan los 500 m. y cuyo fondo plano se encuentra entre los 3.000 y los 3.200 m. sobre el nivel del mar; por este fondo se desliza el río Llaviuco formando acentuados meandros, especialmente en la parte baja del valle que está constituida por terrenos de relleno de una laguna represada por una gran morrena frontal en forma de media luna.

Afluente de esta caja es la del río Llulluchas, la cual tiene en su tramo inferior un rumbo S - 36° - E, pero en sus cabeceras, cerca de Quinoas, toma una dirección casi paralela (N - 82° - E) a la de la caja de Surucucho; sus paredes no son tan abruptas como las de este valle, tampoco se han conservado íntegramente sus morrenas, excepto en su tramo superior donde existen pequeñas morrenas frontales, bastante bien conservadas, que se destacan claramente como muros de pocos metros que atraviesan el valle. Algunas morrenas de los glaciares afluentes se han depositado en el valle principal, en la desembocadura de aquellos, lo cual nos indica que los afluentes siguieron avanzando hasta los bordes del valle durante mucho tiempo después que desapareció el glaciar principal.

La parte superior de los valles glaciáricos se caracteriza por la presencia de gran cantidad de lagunas de diverso tamaño, localizadas en las irregularidades labradas por el hielo en la roca andesítica; es típico de estas lagunas desaguar mediante rápidos en los valles adyacentes, lo cual significa que fueron formadas por glaciares afluentes que quedaron formando valles suspendidos al retirarse el glaciar principal; estas lagunas están represadas por rocas aborregadas o por

morrenas frontales; aun dentro de un mismo valle se pueden ver varias lagunas situadas a diferentes niveles formando ensanchamientos en el río a manera de rosario, sus riberas son, generalmente, abruptas y casi siempre están detrás de rocas aborregadas que les sirven de dique. Es casi seguro que donde se precipita un rápido, en la parte superior existe una laguna; esto se cumple aún para el río Llaviuco que se precipita por la cabecera de la caja de Surucucho, mediante un rápido que vira bruscamente, cerca de 90° , en mitad de su descenso.

Los ríos del valle de Cuenca nacen en estas lagunas, las cuales, a su vez, son alimentadas por las aguas de lluvia retenidas en los pajonales, de ahí que su régimen sea típicamente torrencial, con rápidas crecientes y acentuados estiajes.

Los efectos producidos por el glaciar de Surucucho están todavía claramente visibles; es fácil encontrar estrias de glaciación en el fondo del valle, bloques erráticos, rocas aborregadas y morrenas frontales que han quedado, a manera de diques, al través del valle. El estudio de estas morrenas nos indica, paso a paso, la historia de los últimos glaciares en el Austro que, por otra parte, es la misma para todos los glaciares de los Andes ecuatorianos.

El punto más bajo alcanzado por los últimos glaciares corresponde a una acumulación de escombros que forma una barrera en media luna, con la concavidad hacia arriba, al través del valle; esta acumulación o morrena frontal, como se la denomina, tiene unos 20 metros de alto y 100 metros en la base, en su parte más ancha; está precedida por una llanura de unos 7° de pendiente, formada por terrenos fluvio-glaciáricos, sirve de dique a la laguna de Surucucho o Llaviuco, que va siendo rellenada poco a poco por los sedimentos traídos por el río, los cuales avanzan en forma de delta dentro de la laguna.

El perfil transversal de la morrena frontal nos muestra un brusco declive hacia el lado de abajo del valle y un descenso en tres escalones hacia la laguna; cada escalón representa un estacionamiento del glaciar que ha retrocedido en pequeñas etapas al iniciarse un mejoramiento del clima; el último escalón se manifiesta por una grada de unos cuatro metros que se recorta nitidamente sobre el nivel de la

laguna. A partir de este punto los hielos experimentan su primer retroceso de importancia en una distancia de 1.500 m. y al estacionarse depositaron nuevamente sus morrenas frontales que forman montículos aislados hasta de 8 m. de altura, que se destacan nitidamente en el terreno plano; estas morrenas están bastante destruidas por el río, pero se notan tres grupos muy irregulares separados por pocos metros de terrenos planos; la posición, casi sin orden, de estas morrenas nos sugiere que el frente del glaciar era muy desigual. A juzgar por la cantidad de materiales acumulados, los hielos no permanecieron por mucho tiempo en este punto.

El segundo retroceso de importancia está marcado por morrenas que, en forma de Z, atraviesan el valle a unos 2 kilómetros de las anteriores y 100 m. más arriba; se presenta junto con otras morrenas de poca importancia pero muy bien conservadas; a menos de un kilómetro está la pared que marca el final de la caja, por la cual se precipita el río.

Desde este punto el glaciar inició su tercero y último retroceso abandonando la caja y retirándose hacia los páramos, de donde fueron desapareciendo poco a poco los hielos, quedando al descubierto un terreno irregular cuyas hondonadas fueron ocupadas por lagunas. Según investigaciones efectuadas sobre las glaciaciones, todavía estamos presenciando este último retroceso de los hielos que aún quedan en las altas cumbres de los Andes.

Es interesante hacer notar que cada etapa de mejoramiento del clima se inicia con pequeñas subidas de la temperatura que hacen retroceder unos pocos metros a los glaciares, inmediatamente después viene una subida apreciable de la temperatura con el consiguiente gran retroceso de los glaciares; este fenómeno que se manifiesta en una u otra forma en muchos aspectos de la Física, es una especie de inercia del clima, que se resiste a ser modificado.

5.—LA ESTRUCTURA GEOLOGICA DEL AUSTRO

Las características estructurales del Austro que, lógicamente, afectan también a la hoya de Cuenca, se hallan determinadas por dos factores geológicos que son: el anticlinal de Azogues y las grandes fallas que separan el valle del macizo de la Cordillera Occidental.

El anticlinal de Azogues empieza en las proximidades de Biblián con un rumbo N-S. en Chuquipata vira hasta S-10°-W y más o menos a la altura del Descanso, vuelve a virar hasta alcanzar un rumbo entre 25 y 30° SW; según puede verse, forma un gran arco con la concavidad hacia el NW. Esta forma curvada del eje del anticlinal puede ser la causa de las ondulaciones en el rumbo de las capas, que se notan en las cercanías del río Déleg (ver Anticlinal de Azogues); estas capas están situadas en el interior del arco, luego deben haber experimentado esfuerzos de comprensión paralelos a su rumbo; no sería de extrañar que esta misma dobladura haya originado fracturas de tensión de E a W, al través de los estratos.

La dirección de las fallas es más o menos paralela a la del eje del anticlinal, según puede verse en la Lámina N° 1, lo cual nos indica que fueron originadas por los mismos esfuerzos que formaron el anticlinal y que venían desde el W; la mayoría de las fallas que están cerca del eje deben haberse originado por fracturas de tensión al doblarse las capas; se presentan a lado y lado de la cumbre del anticlinal. En el lado occidental tenemos una zona de fracturas que empiezan en las escarpas de areniscas al W de Chuquipata (ver perfil del anticlinal), sigue por las inmediaciones del Descanso, asoma en la quebrada de Paccha (ver perfil Paccha), en Monay se encuentra representada por un pequeño anticlinal fallado que asoma en el camino a Paccha y en Mal Paso se presenta como un sinclinal muy cerrado. Al E, la zona de fracturas se extiende desde Biblián, pasa por el Tachual hasta Guagualzhumi donde las grandes grietas de deslizamiento deben seguir la dirección de las fallas; en este mismo sector se presentan fallas de E a W que cortan el lado N del cerro.

Ambos sistemas de fracturas se prolongan hacia muy al S y han afectado a las formaciones de Turi en las cercanías de Cumbe, donde se encuentran fracturadas en grandes bloques; no debe llamarnos la atención de que formaciones modernas, tales como las de Turi, hayan sido también afectadas por las fallas, pues las zonas falladas son partes débiles de la corteza terrestre, por lo cual son inestables.

En algunos lugares el magma se ha introducido por las fracturas, tal es el caso del Cojitambo al W y el volcán Abuga junto con el macizo del Tachual, al E; el dique Cojitambo-Shalal atraviesa diagonalmente al anticlinal y sus extremos están en alas opuestas; la locali-

dad de Guapán, donde se ha formado un importante depósito de travertinos, también pertenece a esta zona fracturada y se encuentra el E del anticlinal. Al SW de la hoya de Cuenca, en la misma dirección general de las zonas falladas, se halla el núcleo volcánico de San Fernando.

A este mismo fracturamiento general pertenecen las fallas del río Déleg y el conjunto de grietas que empezando en Baños se prolonga hacia el NE por las localidades de la Virgen del Milagro, Cebollar, Racar, Chiquintad, Checa y Patamarca; estas fallas se encuentran muy al W del eje del anticlinal, por lo cual no pueden atribuirse a fracturas de tensión por doblamiento de las capas.

El río Déleg corre un gran trecho por un valle recto paralelo a los estratos que afloran a lado y lado con diferentes buzamientos hacia el W; el fenómeno tectónico se prolonga al S y se hace notable por las anomalías estructurales que se observan en la localidad de Borma (Solano), donde las capas presentan buzamientos contrarios, en corto trecho.

El sistema de fractura Baños-Patamarca, que debe unirse a la falla del río Déleg, se caracteriza por la presencia de travertinos depositados por aguas termales calcáreas, similares a las de Baños; estos travertinos son modernos, pues se han localizado sobre terrenos cuaternarios y encierran conchas de caracoles terrestres contemporáneos; esto nos indica que las fracturas son también modernas.

La situación de Baños desde el punto de vista estructural es singular, pues parece que se encuentra en una encrucijada de fallas que han fracturado el terreno por movimientos diferenciales de cizalle, los cuales han originado fallas con rumbos N-15°-E y N-70°-E; por estas fracturas emergen aguas termales calcáreas a una temperatura variable de alrededor de 77° C (se han medido 76 y 78° C); esto nos indica que se trata de fuentes vadosas, en cuya temperatura influye la estación. Las grietas tienden a permanecer abiertas a pesar de la gran depositación de carbonato de calcio en sus paredes, lo cual debe atribuirse a lentos hundimientos o quizá, a que las fallas no se han estabilizado aún.

Entre las fracturas que separan el valle de la Cordillera Occiden-

tal, la que más llama la atención es la de Barabón, que se destaca nitidamente como un brusco corte desde casi el nivel del valle; el río Yanuncay corre un gran trecho en dirección S-N por esta falla y se desvía al E frente a Barabón. El terreno en el espejo de la falla es muy inestable como se pudo constatar en 1953 cuando, luego de una fuerte temporada de lluvias, más de un millón de toneladas de rocas se pusieron en lento movimiento, separándose un gran bloque del cuerpo del cerro y recubriendo el pie con una gruesa capa de piedras y arena residual en una superficie de 4,5 hectáreas; durante el deslizamiento que duró al rededor de 2 horas, la fricción entre los bloques de piedra calentó las aguas que produjeron el fenómeno, por lo cual el vulgo lo atribuyó un origen volcánico. El terreno se estabilizó poco a poco después de un período de copiosas lluvias que originaron corrientes de barro que arrastraban grandes piedras y árboles hasta el pie del cerro.

Un fenómeno notable en la estructura del Austro es el volcamiento de las capas situadas en el ala occidental del anticlinal como sucede al W del Cojitambo y en las inmediaciones de Cuenca. El fenómeno se manifiesta porque los estratos empiezan a cambiar poco a poco de rumbo y después de una zona fracturada, donde presentan una estructura muy confusa y se ponen casi verticales, las capas aparecen, casi repentinamente, con buzamiento contrario. Se ha atribuido este volcamiento al empuje de intrusiones andesíticas, por lo menos en el caso del Cojitambo; en realidad, según nuestro parecer, se trata de un fenómeno independiente ya que en la zona de Cuenca no se encuentran intrusiones de ninguna naturaleza, por lo menos o se notan, ni aun por indicio de metamorfismo termal de los estratos. Debemos también aclarar que el metamorfismo producido por las intrusiones andesíticas del Austro se reduce a una pequeña aureola que no llega a los 100 m., por lo tanto, si existe alguna intrusión en la zona de Cuenca, debe ser profunda.

Todavía está por aclarar si se trata de un verdadero volcamiento o, sencillamente, de bloques de capas que no obedecieron al esfuerzo que formó al anticlinal de Azogues, sino que fueron levantadas por el empuje desde el W; en todo caso, grandes fallas separan los bloques volcados de la parte no afectada. En la quebrada de Milchichig se nota una zona tectonizada que separa las capas en posición normal (buzamiento hacia el W) de las otras; en Mal Paso, donde se puede

estudiar el contacto entre unas y otras, el fenómeno se presenta como un sinclinal muy cerrado. No debemos descartar la posibilidad de que estos volcamientos se deban a esfuerzos de comprensión paralelos al rumbo; quizá, como se indicó antes, es el mismo fenómeno que produjo pequeñas ondulaciones y volcamientos locales de los estratos, en la zona de Déleg.

No quiero terminar estos Apuntes sobre la Geología y Estructura del valle de Cuenca, sin subrayar que muchas observaciones no son definitivas, por lo cual pueden experimentar cambios notables al profundizarias más pero, por lo menos quedan abiertas ciertas interrogantes que al resolverlas, nos llevarán más cerca de la verdad.

Cuenca, 6 de Abril de 1957. ✓

“Atahualpa” Tragedia Española del Siglo XVIII

Para el número extraordinario de “ANALES” con el que la Universidad de Cuenca quiere sumarse a la serie de actos y publicaciones para celebrar el cuarto centenario de la fundación española de la Ciudad, hemos creído oportuno adelantar en parte un trabajo en preparación, próximo a publicarse. Se publica ahora el primer acto de la tragedia neoclásica española, estrenada e impresa en Madrid en 1784 con el título de “ATAHUALPA”. Esta tragedia no es una obra maestra en su género. Nuestra lengua no ha producido ninguna tragedia digna de levantarse sobre el inmenso material dramático que poseemos. Pero hemos creído que, aparte de su escaso valor literario, el asunto tenía que interesar a América; sobre todo al grupo de los países que constituyeron el ayer Incásico, porque vendría al menos a reforzar su bibliografía. Y muy lejos también de nuestra intención está el provocar con la publicación de la tragedia Atahualpa toda polémica partidista. Sobre la razón política de Huáscar o de Atahualpa, sobre la ambición o los buenos propósitos de los conquistadores ya ha juzgado la historia con juicios para todos los gustos. Sólo hemos querido destacar el interés artístico y literario de la obra y la presentamos tal y como fue aplaudida, sólo unas horas, por un público madrileño en las fiestas con que la Corte celebró el nacimiento de dos príncipes. El aplauso fue, seguramente, más obligado que sincero. Pero esto no fue culpa del asunto, sino de una técnica exótica que, escudada en la protección oficial, se quiso imponer a un público que sólo dos generaciones anteriores había alardeado de la mayor libertad dramática porque los autores que entonces suministraban la materia re-

presentable habían concebido un "Arte Nuevo" de hacer comedias, tan libre y revolucionario, como el que, pasado el siglo XVIII, había de imponer de nuevo el Romanticismo.

La literatura española que produjo en su época clásica uno de los teatros más ricos y variados del mundo, no ha sentido en ninguno de sus periodos preferencia por la tragedia. El estudio particular del por qué de este fenómeno habría de penetrar en objetos profundos que marcarían sin duda la idiosincrasia de la raza. Sin embargo, en el siglo XVIII, después de su gran periodo dramático, nuevas circunstancias literarias europeas y la presión erudita sobre el ambiente obligaron al público a cambiar sus gustos dramáticos, imponiéndose en la escena española direcciones que chocaban con los tradicionales conceptos que habían provocado las emociones más intensas en el público abigarrado que llenó los "corrales" en el gran siglo dramático de su historia literaria. A este momento de influencia externa, francesa, pertenece la tragedia Atahualpa. El estudio de ésta nos llevaría a precisar la transición de estos dos teatros, a señalar el intento casi oficial de cambiar el gusto dramático de un público y al mismo tiempo que ambientamos la tragedia Atahualpa señalamos a grandes rasgos la historia dramática de un siglo. Pero todo estudio de la tragedia siempre se hará insuficiente si no se arranca de los momentos iniciales en que se manifestó al mundo literario, en su cuna, en Grecia, porque esta tragedia, la más antigua, todavía tiene un interés particular en nuestro siglo porque ella ha inspirado a los trágicos de todos los tiempos y naciones. Fue un género clásico por excelencia y todo intento de historiarle tiene que comenzar con su estudio.

El teatro, tanto en el mundo antiguo como en el moderno, tiene siempre orígenes religiosos. En la complicada mitología de los griegos la religión se manifiesta de manera grosera, sin ideal elevado, pero su intervención en la literatura comunica una grandeza no exenta de belleza porque las divinidades griegas hablan sobre todo a la imaginación y no son las convenciones literarias que fueron después en Roma y en el mundo moderno. Para un cultivo preferente como fue el de la vid en Grecia es natural que existiera un dios protector de las cosechas y que poco a poco fuera creciendo su culto. La forma más antigua del culto de Dionisios, el protector de la vid, fue una pieza lírica llamada *ditirambo*, germen de las formas dramáticas siguientes; género patético y violento que primero va a celebrar al dios y después

se va a ampliar a la celebración de otros dioses y más tarde también a los héroes. Son los momentos iniciales del culto dionisiaco, cuando todavía se trataba de una fiesta rústica en la que se interesaban sólo los demos o aldeas griegas, los lugares que seguían con interés el cultivo y los progresos de la vid. En los plenilunios de la primavera, cuando la vid requiere las lluvias que favorecen su desarrollo, los aldeanos subían a una colina próxima al lugar donde ejecutaban el "coro trágico" en el que los coristas representaban el papel de Sátiros, los compañeros ordinarios de Dionisios, después su cortejo y el ditirambo celebraba sus aventuras. Se inmolaba entonces un macho cabrío, la representación del dios, y uno de los asistentes se recubría con la piel del animal inmolado. El nombre griego del macho cabrío es *tragos* y *edos* el canto a él dedicado; por tanto, la palabra tragedia (*trago-edia*), en su sentido etimológico, es el canto al macho cabrío, la representación de Dionisios.

Y como la tragedia, también la comedia tuvo su origen en otro aspecto del culto dionisiaco. La etimología griega también, como en la tragedia, ha dado el nombre al mundo moderno derivado de esta fiesta. La *como-edia* fue el desarrollo literario del Comos a procesiones para cantar a Dionisios y a su cortejo después de las vendimias, desde sus orígenes satírica, porque en ella iban mezcladas la mofa a los transeúntes y la sátira a los personajes del día. Fue la comedia la reacción violenta contra lo trágico y cuando llegue a su período clásico se encargará de satirizar a los autores trágicos y a los filósofos, los innovadores contra la tradición; este carácter conservador va a ser la esencia primigenia del género y le acompañará hasta el mundo moderno. Ambas formas, tragedia y comedia, no perderán su rudeza, su rusticidad, hasta que sea acogida por Atenas, progresando entonces inmediatamente hasta transformarse en un género literario. Del coro inicial van a surgir en invenciones técnicas siguiente los personajes que dialoguen al objeto de crear lo que los griegos llamaban *drama* y nosotros su traducción, la *acción*, consustancial a toda representación.

La tragedia se había apoderado de la gravedad y del patetismo del ditirambo primitivo, su forma embrionaria; pero el ditirambo primitivo poseía también su nota alegre, sobre todo cuando cantaba las aventuras de los otros dioses y de los héroes. Esta nota de alegría, distinta en su origen de la de la comedia, no se dejó perder y se

aprovechó para el "drama satírico", pieza dramática compañera inseparable en la historia de la tragedia que supo coordinar la grave dignidad del héroe contrastando con el elemento alegre a cargo generalmente del cortejo de Dionisos, de los hijos de los Sátiros, y alguna vez del Ciclope, amenizado con cantos y danzas más vivos que los de la tragedia. Esta forma de representación, por el contraste de sus elementos, bien pudiéramos identificarla con el drama o tragicomedia, tan del gusto dramático del mundo moderno, y entonces reconoceríamos en su origen dionisiaco las tres formas más importantes de la dramática mundial: la tragedia, la comedia y el drama.

Por unas circunstancias históricas, por fortuna favorables, Atenas se convirtió, después de las Guerras Médicas, en la cabeza preponderante de la Confederación Helénica, asociación defensiva de los Estados-Ciudades griegos para evitar, por medio de la unión, nuevos ataques del inmenso Imperio Medo-Persa. El papel preponderante de Atica en la guerra tuvo como recompensa el papel preponderante de Atenas en la paz. Y con esta hegemonía supo Atenas hermanar su primacía intelectual que va a conservar, a pesar de los grandes inconvenientes y reveses políticos, hasta que llegue el tiempo de las conquistas de Alejandro el cual destruirá la potente democracia organizada por Pericles y su cortejo de artistas y poetas. Es durante este período de más de ochenta años cuando Atenas va a recoger el fruto del anterior trabajo intelectual condensado en el pensamiento griego; va a llegar a su plena madurez para constituir lo que hoy denominamos "el aticismo", palabra en la que se condensan la madurez, la precisión, el vigor y la elegancia de un estilo exquisito que se manifestó en todas las formas artísticas que practicaron los artistas griegos de entonces. En este período de intensa elaboración literaria en el que maduraron otros géneros, la filosofía, la historia, la elocuencia, la tragedia se nos presenta como una de las primeras obras maestras del genio ateniense y desde estos días del siglo V a. J. las obras conservadas han sido objeto de estudios y comentarios que llegan hasta nuestros tiempos; ellas han inspirado a los trágicos de todas las nacionalidades modernas y todavía puede verse, de cuando en cuando, alguna adaptación o traducción representada en alguno de los teatros al aire libre que los romanos sembraron por todo su imperio a imitación de los que los griegos habían construido antes para la celebración de sus fiestas religiosas en honor de Dionisos. Y Atenas mantuvo siempre el monopolio del género dramático; a ella se dirigían los jó-

venes que, con nuevas direcciones según avanzaban los tiempos, querían imponerlas en el género más popular y aplaudido. Por eso cada nuevo autor dramático que se imponía al público supone una nueva concepción de la tragedia. Sófocles joven destierra al viejo Esquilo, viejo no sólo por la edad, sino por su concepción de la tragedia como un primitivo arte; y Eurípides se impone sobre Sófocles porque él, como el público ateniense, se muestran ya un poco escépticos con la religión de los antepasados, no combatiendo la creencia en la divinidad, sino alzados contra las groseras ideas religiosas que el pueblo tenía de los dioses.

No vamos a detenernos en esta ocasión en un estudio particular de los trágicos que monopolizaron la escena en este período. Preferimos una visión de conjunto y de sus caracteres generales al objeto de deducir alguna de las consecuencias que nos importan para la historia de este género.

La tragedia ática sigue teniendo su primitivo carácter religioso y el teatro es un santuario con su altar a Dionisos; un sacerdote ocupará el lugar preeminente del teatro. Este hecho, el carácter religioso de la tragedia, es necesario resaltarlo suficientemente, porque mientras no se penetre profundamente en la religión de los griegos siempre resultará parcial el conocimiento de la tragedia ateniense. Ortega y Gasset ha calado hondo en este aspecto del problema. Cuando estudia la raíz de lo heroico, carácter esencial del héroe trágico, forzosamente tiene que tropezar con la tragedia griega. Pero enseguida se aparta de ella, no por falta de interés para el asunto que trata, sino por deficiencias que hoy tenemos en su conocimiento a pesar de los millares de páginas que se han llenado para comentar y reproducir a los trágicos griegos. Y este desconocimiento que los modernos tenemos de la primera tragedia lo explica así: "No nos fijemos demasiado en la tragedia griega que no conocemos bien y que la filología no nos ha preparado para asistir a una de ellas. No se olvide que en Grecia era un oficio religioso y por lo tanto la escena y el público están envueltos en una atmósfera extrapoética: la religión. Lo que ha llegado hasta nosotros es como un libreto de una ópera cuya música no hemos oído nunca."

Por su estructura la tragedia era un género mixto porque en ella se mezclaban el drama, que era el elemento innovado, y el lirismo,

que es su elemento original o embrionario. Llamaban los griegos "episodios" a las disgregaciones que interponían en el camino de lo lírico y que poco a poco, por fuerza del diálogo, ya con independencia del elemento coral, pasaron a formar los actos.

No era el teatro para los griegos como para los modernos un lugar de esparcimiento al que se acude para pasar un par de horas. Su carácter de fiesta religiosa lo alargaba mucho más. Al salir el sol, el día señalado para la fiesta, los ciudadanos y los extranjeros, las mujeres y los niños, exceptuados los esclavos, se dirigían al teatro de Dionisos, edificio de piedra y mármol cuyas ruinas pueden contemplarse aún a espaldas del Partenón. Más de veinte mil ciudadanos podían congregarse cómodamente en el teatro. Las representaciones duraban todo el día. A la caída de la tarde este público regresaba de nuevo para repartirse por los hogares de Atenas después de haber sido conmovido por el terror y la piedad reflejadas en los casos que los poetas habían puesto en la escena referidos a los dioses y a los héroes griegos, al mismo tiempo que cada uno de estos ciudadanos, los humildes y los nobles habían adquirido conciencia plena del genio de Atenas. Refiriéndose a este espectáculo que tantas veces desfilaría ante los ojos de Aristóteles dice en una de sus obras, *Las Leyes*, que Atenas era una "teatrocracia". Pero esta teatrocracia cumplía unos fines educativos de la colectividad porque el alma de cada espectador, plena de emoción trágica, se encontraba aligerada y satisfecha después de las representaciones ya que sobre ella había actuado el hechizo de las ficciones dramáticas. Esta fuerza de la tragedia para purificar el alma del espectador la expresó también Aristóteles en su incomprendida teoría de la "catharsis" o purgación de las pasiones por el drama, con tantas interpretaciones modernas.

Intimamente ligado a la estructura de la tragedia hay que colocar el tan manoseado problema de las "Unidades dramáticas". Su interpretación exagerada o su desdén manifiesto va a ser caballo de batalla en la dramática moderna. Los griegos no desconocieron las unidades en el teatro, pero su genio libre no podía transformarlas en preceptos inmovibles a los que rigurosamente debieran de someterse los poetas dramáticos a despecho de la grandiosidad del espectáculo. En los tres trágicos más importantes del periodo ateniense de la tragedia podemos comprobar infracciones manifiestas motivadas por la concepción del tema. Todas las unidades, como después reco-

nocieron los preceptistas, están al servicio de la "unidad de interés", no precisada por nadie, pero acatada y reconocida por todos. Para los dramáticos modernos que tanto alardearon del cumplimiento de las unidades, su estudio no procede del análisis minucioso de la dramática griega, sino que las reciben condensadas, los más eruditos, de la "Poética" de Aristóteles, y la gran mayoría, de los centenares de traducciones y comentarios que tuvo la Poética o la obra de Horacio sobre el mismo contenido. Como la Poética es la obra de Aristóteles de estilo más árido y de las peor conservadas, esto ha servido para amparar excesos de interpretación. A algún moderno, pareciéndole excesiva la libertad que allí se proclama, no tiene inconveniente en concluir que el texto está interpolado o falseado. En la Poética no se habla para nada de las unidades de acción y de lugar; sólo hace mención de la de tiempo y de manera mesurada. Según Aristóteles, la tragedia debe esforzarse por reducir su tiempo "a una revolución solar", o procurar traspasar poco estos límites, lo cual armoniza con el carácter del espectáculo que, como hemos visto, duraba de sol a sol en la antigua Grecia. Esto nos demuestra que ni la dramática griega ni los preceptos, es decir, la rigidez de ella deducidos, tuvieron entre los griegos la infalibilidad que después se les quiso atribuir.

Anotemos ahora el hecho que consideramos de mayor trascendencia en la tragedia griega precisamente por la semejanza que el fenómeno tiene con el desarrollo de nuestra dramática del siglo de oro. Como en ambos casos se trata de la continuidad literaria es necesario precisar los motivos, por qué la evolución del pensamiento griego se realiza dentro de la mayor regularidad y cómo la imaginación inicial épica, pasando por el sentimiento lírico, concluye en la reflexión razonadora de la tragedia. Ya Aristóteles nos pone en la pista sobre el asunto en la breve comparación que establece entre la epopeya y la tragedia. El hecho es el siguiente. Casi en su totalidad podemos afirmar que los asuntos de la tragedia griega se nutren de leyendas, heroicas o religiosas, que había popularizado la vieja epopeya, fenómeno que después va a repetirse en la literatura española en la que lo épico se manifiesta como la savia literaria que va a nutrirla a través de todos sus periodos, primeramente en los orígenes violentos y rudos de los cantares épicos, más tarde en las formas épico-líricas del Romancero en el que apuntan ya los primeros atisbos dramáticos y finalmente concluye, si bien de modo no definitivo y tajante, en la poesía dramática del siglo de oro en una de sus formas más carac-

terísticas, el drama histórico-nacional. Por este carácter la tragedia griega y el teatro clásico español son populares y nacionales en el sentido más amplio y a la vez restricto de la palabra; no sólo por la composición de los públicos, sino por el interés dramático que mueve a ambos: las historias de las desgracias y aventuras de sus héroes las cuales no envejecieron porque para los dos pueblos, a su manera, son su historia. Claro es que no apreciaban la tradición los dos pueblos de la misma manera. El espíritu libre de los griegos no se dejaba tiranizar, por su instinto de libertad natural, ni por la propia tradición a la que tanto respetaban. Los españoles fueron siempre esclavos de su propia tradición. Las consecuencias literarias fueron bien distintas para las literaturas de ambos pueblos. La tragedia griega fue popular y nacional en el sentido más amplio de la palabra porque los poetas supieron moverse con soltura en la selva de mitología y de leyendas; no crearon nada convencional y por eso, a pesar de su lejanía y exotismo religioso, está cerca de nosotros. El teatro clásico español es nacional en el más restricto sentido; parece concebido con las intenciones locales más estrechas. Es más extraño para los modernos el sentido trágico del honor a lo Calderón que la fatalidad de los griegos. Lo primero es locura; lo segundo trasciende humanidad. La tragedia griega tenía que ser disolución del fermento religioso no sólo por su origen ditirámico, sino por tener hundidas sus raíces más profundas en lo épico que había recibido el mito forjado por la conciencia étnica. Por eso los dioses están presentes en los cantos del coro y si no participan en la acción dramática de manera tan visible como en la epopeya, su influjo sobre la marcha de los acontecimientos es manifiesta por medio de los oráculos que cambian el impulso inicial de los héroes y cuando los destruye se dice, con frase remanada, que ha actuado contra ellos la fatalidad. Pero la fatalidad, con toda la fuerza que se le haya querido dar por su carácter religioso, tiene que vérselas de poder a poder cuando lucha contra el héroe porque podrá aniquilarlo, pero lo que no tiene es poder suficiente para destruir su heroísmo, como dice Ortega de Don Quijote, nuestro héroe trágico de novela. El fatalismo es la norma ética de los griegos; castiga a quienes lo desafían y sabe recompensar a quienes lo honran.

Entre los Romanos poca originalidad se puede encontrar en el género trágico. En el aspecto dramático, como en general en el resto de los géneros literarios, la literatura latina fue una literatura de imitación, no tuvo por lo tanto el desarrollo natural de las literaturas que

nacen y crecen de manera espontánea. Los géneros surgen acabados, perfectos en su estructura, porque no han tenido que seguir el proceso de su formación. Los progresos e innovaciones que en Grecia costaron tanto tiempo para llevar la tragedia a su madurez nos admira verla en Roma perfectamente acabada en sus albores literarios. Es que los romanos recibieron acabado el andamiaje dramático y sus autores no tuvieron más misión que adaptarlo a las ideas romanas, a los sucesos contemporáneos, aunque no siempre, porque muchas escenas de la comedia latina mantienen los personajes, las costumbres y las instituciones griegas, lo que supone una imitación servil de los modelos que imitan. En Roma la comedia tuvo más aceptación que la tragedia. Acaso ésta vivió en los orígenes literarios como un eco de la grandeza que el género había conseguido entre los griegos, pero sin apoyo popular, trabajos de eruditos, confecciones artificiales hechas más para la lectura que para la representación, fenómeno que volveremos a ver repetido, seguramente no por azar, en alguna de las literaturas modernas herederas del espíritu romano, por ejemplo la española. Y no por azar suelen ocurrir estas coincidencias. El hecho nos llevaría a contraponer las dos culturas, la griega y la romana, que hoy creemos resumidas en lo que llamamos el "espíritu latino" que pomposamente se aplica no sólo a los hijos, sino a los nietos, todos creídos herederos de la síntesis cultural Grecia-Roma. Pero éste como tantos errores tienen un origen interesado y sobre todo tratan de explicar sin torceduras direcciones culturales que hacen más fáciles las interpretaciones de los movimientos culturales. Pero fueron dos y divergentes los espíritus culturales griego y romano. Por ser sus diferencias tan profundas, por representar dos dimensiones esenciales y distintas de la cultura europea posterior es por lo que Ortega ha propuesto un cambio en las denominaciones. Cultura latina, desligada ya de su parentesco helénico, debe ser sustituido por "cultura mediterránea", la que con el signo inicial etrusco empezó en Roma como pudo comenzar en cualquiera otro punto del mar Mediterráneo, incluso en Cartago, pero en momentos en que no existían todavía Europa ni Africa. Y fue la característica del arte mediterráneo su fuerte realismo impresionista difícil de compaginar con el simbolismo ideal del arte helénico. Profundizando encontraríamos sin duda en esta distinción la explicación de la falta de seguridad, los frecuentes intentos recomenzados otras tantas veces en el arte dramático de los pueblos modernos ganados por la romanización, las dificultades para la interpretación de lo trágico y la facilidad para lo cómico. La tragedia es un

arte prolijo y cerrado a toda comunicación con la realidad circundante; sólo vive en la realidad idealizada creada por el poeta, mundos tan distintos el trágico y el cómico que en cierto modo se excluyen. El personaje trágico tiene su psicología propia distinta de la real circunscrita a una construcción imaginaria, con el mínimo mecanismo externo para centrar todo el interés de la acción en el individuo sujeto trágico. La comedia fue desde sus orígenes la reacción contra lo trágico, una visión superficial del hombre contrapuesta a la profunda realidad de la tragedia. Al no penetrar en lo profundo humano la comedia se desliza agudizando más y más las superficies por las que los protagonistas caminan centrando su interés en la máxima complicación, no del individuo, sino de las peripecias que le complican. Un arte que llena los sentidos y por lo tanto propio de públicos sensuualistas. Así concebida la comedia, llena de presente y por lo tanto de realidad, encaja perfectamente en la distinción que, confirmada con una anécdota, nos hace Ortega del arte mediterráneo: "El arte que se inicia en Roma, el arte mediterráneo, busca precisamente esa áspera fiera de lo presente como tal. Un día en el siglo primero a. J. corrió por Roma la noticia de que Pasiteles, el gran escultor había sido devorado por una pantera que le servía de modelo. Fue el primer mártir porque la claridad mediterránea tiene sus mártires del sensualismo. Porque así debemos llamar a la aptitud mediterránea: sensualismo, porque somos meros soportes de los órganos de los sentidos."

Pasado ya el periodo clásico, en la época imperial de la literatura latina, encontramos un caso aislado en el cultivo de la tragedia, Séneca, el trágico de mayor popularidad en el mundo moderno a partir del Renacimiento. A este escritor brillante y lírico de la época de Nerón se le denomina unas veces como el filósofo y otras como el trágico, pero en realidad no fue sino un ingenio de talento fácil que con todo el falso gusto de sus días recogió en máximas los lugares más citados de la filosofía estoica y con estilo declamatorio, aunque brillante, hace la traducción de nueve tragedias de asunto helénico siendo sin duda Eurípides su principal modelo. Estas tragedias en la intención de Séneca fueron escritas para la lectura y no para la representación aunque en los tiempos modernos algunas de ellas hayan sido representadas. Para explicar su éxito en el Renacimiento hay que tener en cuenta que Séneca moderniza a Eurípides, lo acerca más a nosotros y sobre todo porque trata a los modelos como después los

humanistas del siglo XVI trataron al género, como un ejercicio de eruditos para calcar las formas exteriores de la tragedia. Por todas estas circunstancias fue el mundo posterior el que cambió el signo original de las tragedias del autor latino, pues como dice G. Lanson "por un deplorable contrasentido del humanismo italiano dió a Séneca los honores de la representación, este trágico de salón que ha tiranizado la escena; muy frecuentemente los griegos, más alejados, menos accesibles, no han sido vistos mas que a través de su obra." Contrasentidos del mundo. Este tirano de la escena del Renacimiento por temperamento era un misántropo, un aristócrata intelectual que por intransigente criterio ético no consiente el menor roce con los públicos a los que combate con todo rigor de su moral casi ascética y por lo tanto un enemigo declarado del teatro.

En realidad, al finalizar la historia de la tragedia en el mundo antiguo hay que dar un salto cronológico demasiado grande para verla reaparecer con el resurgimiento que en su totalidad tuvo la cultura clásica al comenzar la Edad Moderna y más propiamente, al referirnos a lo artístico, con el movimiento que se denomina el Renacimiento. Pero así enfocado sería como un salto en el vacío, pues este periodo de casi diez siglos que separa el mundo antiguo del moderno no puede concebirse sin una continuidad dramática pues si bien la Edad Media de espaldas a los progresos dramáticos conseguidos por el mundo antiguo actuó desconociendo estos progresos y por lo tanto tuvo que recomenzar la penosa labor de construir una escena; sin embargo, una vez conseguido, se aunaron estos dos esfuerzos, el antiguo y el medieval y ambos desembocan en los gloriosos periodos dramáticos que, unos antes, otros después, se sucedieron en todas las literaturas modernas. Una vez pasados los momentos de las invasiones bárbaras nos encontramos ya con grupos cada vez mayores que tienen contacto con los restos literarios que del mundo clásico se habían filtrado en la Europa medieval. Y precisamente la Edad Media sintió preferencia por los dramáticos latinos, pero era natural que esta preferencia se inclinara del lado de la comedia y no hacia la tragedia dado el carácter conjunto de la sociedad medieval aun en estos grupos más cultos en los que había anidado el interés por estos restos que subsistían de la cultura antigua. Su estudio interesará más para el conocimiento de los clásicos en la Edad Media que para la historia del teatro medieval europeo el cual, desgajado de la liturgia cristiana, forzosamente tenía que apartarse de estos modelos.

El sentimiento dramático es consustancial con la naturaleza humana y en todas las literaturas fue aprovechado en sus orígenes como motivo de edificación. Por esto se puede establecer como una ley general los orígenes religiosos del teatro en todas las literaturas, en el mundo antiguo basado en mitos y supersticiones paganas y en el moderno surgiendo de la liturgia cristiana. Europa constituyó en la Edad Media una unidad espiritual que tuvo por base la unidad religiosa no rota hasta la Edad Moderna con la Reforma de Lutero. De esta unidad religiosa y de su culto va a surgir la unidad del teatro. Las religiones y sobre todas la cristiana, se preocuparon siempre de agotar todo lo que de emoción estética hay en ellas. Las ceremonias de la Iglesia eran para el hombre medieval y también para muchos modernos, espectáculo en el que se conjugan la tristeza y la alegría. De todas las ceremonias la misa sobresale por su carácter dramático. Drama por el fondo y drama por la forma. Porque la forma de la misa, con sus cantos alternados, la recitación, el diálogo del oficiante con los clérigos o con los fieles, llevaba en sí todo lo que de dramático ansiaba aquel público. Y por el fondo la misa también es drama porque conmemora un sacrificio, fundamento del dogma cristiano.

Situémosnos por un momento en la Edad Media en la que el leer era un privilegio de muy pocos y en la que el latín, la lengua oficial de la Iglesia, iba siendo cada vez más ininteligible, aunque fuera la lengua madre para una gran mayoría de los cristianos de Occidente. Es natural que los sacerdotes pensasen en dar una mayor claridad de sentido a los oficios divinos y sobre todo una figuración más expresiva que sobrecogiera las infantiles imaginaciones de sus oyentes y sirvieran al mismo tiempo de edificación y enseñanza religiosas. Para esto los clérigos realizaron interpolaciones en los textos sagrados, buscando sobre todo los aspectos más dramáticos o dramatizables en los oficios del día que la Iglesia celebraba. Estas formas sencillas de la dramática cristiana se desarrollaron siempre alrededor de los dos temas que constituyen el eje de la liturgia cristiana: el Nacimiento y la Pasión de Cristo. Pero a medida que los dramas se desarrollan se va dando entrada a la invención personal. El conjunto es todavía religioso en todos sus aspectos: el local es la Iglesia; la lengua el latín; los asuntos estrechamente ligados al culto, y los actores los clérigos o los estudiantes para sacerdotes. Sólo faltaba hacer una transformación que cada día se iba haciendo más precisa: el cambio de lengua. Esta transformación se inició paulatinamente y con buen

criterio. En el ciclo de Navidad el pastor era un personaje obligado y numeroso. Resultaba paradójico que hablara el latín, la lengua de los cultos, siendo el personaje más simple del drama. Por aquí se empezó la transformación. Los pastores comenzaron a hablar la lengua vulgar y una vez introducida ésta no tardó en hacerse la soberana de la escena. Desde este momento el drama dejó de ser una obra clerical para pasar a ser patrimonio de la multitud. Y cuando la afluencia de público llegó a ser muy grande hubo necesidad de salir del interior de las iglesias por dos razones: en primer lugar porque se juzgó irreverente utilizar el lugar del culto para esparcimiento, aunque éste fuera de carácter religioso; en segundo lugar porque los templos ya no daban cabida a la gran multitud de espectadores. Pero la Iglesia no perdió la tutela del teatro naciente, pues salido a los atrios de los templos o de las catedrales siguió todavía bajo su dirección. Las entradas a los templos servían ahora para colocar los escenarios y los sacerdotes eran los directores de todo el aparato escénico que cada día se complicaba más a medida que nuevos asuntos engrosaban el incipiente drama. Muchas veces las escenas del Nacimiento o de la Pasión cobraban vida. Partiendo del escenario se formaba una procesión en la que intervenían todos los personajes que actuaban en el drama. Algo muy parecido a las procesiones del Niño que todavía subsisten durante el periodo de Navidad en la ciudad de Cuenca, a las que sólo les falta para ser una representación o Auto de Navidad que al final de la procesión y en lugar determinado, que bien pudiera ser el atrio de un templo, los actores dialoguen y se canten los correspondientes villancicos, cosa muy probable que haya sucedido en otros tiempos porque la música que acompaña a las actuales procesiones es propia para su canto. He aquí una pervivencia, aunque degenerada, del teatro religioso medieval que en otros países, Alemania y España, se conservan más puras por seguir bajo un control más severo de la Iglesia.

Las Representaciones, Juegos y Milagros fueron las formas dramáticas que llenaron las aficiones de los públicos europeos durante los siglos doce, trece y catorce. Pero al entrar en el quince se va a llevar a cabo la mayor transformación en el teatro religioso medieval alentada por un público ávido de novedades en las representaciones dramáticas. Para satisfacer esta avidez de espectáculos las ciudades se vieron invadidas de tinglados levantados en sus plazas, porque el teatro del siglo XV se había desgajado ya del templo y había pasado

a la plaza pública, pero seguía siendo religioso por los asuntos y ahora bajo la tutela de las Cofradías que, para sostenimiento de las obras de caridad que a ellas les estaba encomendado encontraron en esta clase de espectáculos una saneada fuente de ingresos. Todas las formas del teatro anterior se transformaron en el siglo XV en los llamados Misterios, los cuales, en la primera mitad del siglo, fueron sólo representaciones figuradas, sin diálogo, pantomimas de tema mitológico, alegórico o cristiano, destinadas a celebrar un acontecimiento religioso o civil. Si así hubiera quedado el género, con los Misterios se hubiera interrumpido la evolución de las formas del teatro religioso de los siglos anteriores. Pero no ocurrió así. Hacia la mitad del siglo estas representaciones mudas pasaron a ser formas dramáticas enlazadas con el antiguo drama litúrgico del que vinieron a ser una ilustración popular de toda la historia religiosa, pero cortadas en escenas. Comienzan en la Creación y llegan a representar asuntos contemporáneos. Dada su enorme extensión hubo necesidad desde el primer momento de agruparlos ciclicamente. Estos Misterios del siglo XV son una ampliación de los viejos temas litúrgicos. El antiguo drama de los "Profetas de Cristo" se rompió en distintos dramas que ahora aparecen soldados en el "Misterio del Viejo Testamento" y las antiguas y separadas piezas de la "Vida de Cristo" que comprendían los Nacimientos, las Adoraciones de los Reyes, la Resurrección y la Pasión, se han soldado en el Misterio cíclico de la Pasión.

La preparación y el aparato escénico de un Misterio era cosa tan difícil y costosa que requería el concurso y la aportación de medios para poder efectuarla. Generalmente dirigían estas operaciones preliminares la clerecía, las cofradías o las mismas ciudades, ya que la celebración de un Misterio atraía muchos forasteros y su renombre circulaba por todos los contornos. Como ya estamos próximos al Renacimiento, algunas veces la liberalidad de un Príncipe sufragaba los gastos de una representación. Los actores ya no se reclutaban sólo entre los sacerdotes o estudiantes, aunque para ellos siempre les estuvo reservado algún papel característico, por ejemplo el papel de Cristo. En Metz se hizo célebre como actor el cura Nicole, que después de ser colgado en la cruz recitaba cuatrocientos versos en su agonía. Pero la mayoría de los actores pertenecen ya a las distintas clases sociales y cuando una ciudad periódicamente celebraba sus fiestas locales con un mismo Misterio, los papeles del mismo se hacían hereditarios en las familias. Si la representación era única, al

anunciarse, se invitaba a los actores voluntarios que después de los primeros ensayos eran seleccionados, lo mismo que se hace hoy con el teatro de aficionados. La representación de un Misterio, dado su carácter cíclico, duraba varios días y a veces semanas, periodo durante el cual toda la ciudad vivía en constante tensión, con el tema fijo, obsesionante, del espectáculo. Porque meses antes empezaba el montaje de la obra, la preparación de los diversos escenarios corridos para las múltiples escenas que no se montaban de la misma forma que se hace hoy en los escenarios modernos. Algunas veces el escenario tuvo una extensión de cincuenta metros. Cuando modernamente y como un gran progreso de la técnica dramática hemos visto escenarios simultáneos, no se ha hecho sino retroceder a la técnica del teatro medieval que los utilizó por pobreza de medios.

Este teatro religioso medieval, como hemos podido advertir en las pocas noticias que de él hemos dado, surge espontáneo, con independencia de las formas clásicas ya que por razón de su origen en la religión católica no podía tener puntos de contacto, y en segundo lugar, la postración de la Edad Media no permitía tampoco ninguna conexión. La estética racionalista de los griegos aplicada a su arte dramático les condujo a la observancia, sin advertirlo, de las unidades dramáticas. Por la breve exposición que aquí hemos hecho del teatro religioso medieval nos damos cuenta en seguida de que este teatro, por su concepción, tenía que caminar por derroteros distintos en cuanto al problema de las unidades. Por su extensión y variedad era imposible adaptar su acción a un día porque sin ninguna dificultad el lugar cambia de una escena a otra y su duración oscilaba entre los diez y los cuatro mil años, como en el Misterio del Viejo Testamento. Teatro realista e imaginativo el público daba rienda suelta a su imaginación que no podía ser contenida por convencionalismos teóricos. Para nuestro objeto vamos a sacar una conclusión. El teatro europeo en sus orígenes es un teatro libre de toda traba porque lo concibe extenso y no intenso. Las preocupaciones eruditas del Renacimiento plantearán a la dramática moderna el problema de las Unidades. En España apenas si se considera este problema, o mejor dicho, no lo es porque su historia dramática es un continuo caminar por esta libertad de los orígenes y sólo una influencia de moda puede variar este rumbo inicial durante un brevísimo periodo para volver a ganar en seguida la libertad perdida. Francia, por los mismos orígenes dramáticos, tenía que conducirse de la misma manera, pero fueron circuns-

tancias de competencia entre teatros las que obligaron a un grupo de cómicos a aceptar la innovación que sólo era motivo de discusión por parte de críticos y de eruditos; poco tiempo después esta novedad dominaba toda la escena francesa y con su hegemonía literaria Francia impuso las unidades dramáticas al resto de las literaturas europeas.

LA TRAGEDIA EN EL RENACIMIENTO

La tragedia a la manera clásica aparece por vez primera en el mundo moderno al comienzo del periodo literario que llamamos Renacimiento. Fue uno de los primeros géneros imitados porque en la tragedia se manifiesta, mejor que en cualquiera otro, los caracteres propios de la época clásica. Hay en ella preocupación moral, sistemática regularidad conseguida a base de limitar la imaginación y la fantasía, un estilo noble y elevado de composición y sobre todo un análisis psicológico de los caracteres muy atractivos para los eruditos del Renacimiento, ya que la psicología fue una de las mejores aportaciones del momento. Pero esto fue una labor de los humanistas, sobre todo en el siglo XVI, ejercicios de eruditos que rara vez produjo obras de mediano valor histórico y por lo tanto quedaron aisladas porque los públicos populares seguían ligados al teatro religioso medieval, sin ninguna conexión con la antigüedad, ajenos por naturaleza a estas novedades.

No obstante, la proyección final de la tragedia no fue igual en todos los países europeos. Francia, por ejemplo, consiguió adaptarla a su público, o mejor dicho, el público impuso a los autores un tipo de tragedia que ya no era la importada por los humanistas del Renacimiento porque había perdido los coros, había cambiado la poesía por la prosa, se llenó de elementos terroríficos y rompió con las unidades dramáticas. Pero algo se había conseguido y lo más importante era que el público francés se volviera de espaldas a su tradición dramática medieval y aceptase un teatro nuevo cuyo origen, a pesar de las innovaciones impuestas, era la tragedia griega; lo que faltaba por conseguir para hacer de la tragedia un género nacional con sus rasgos propios y originales lo aportaron los genios dramáticos franceses de la época clásica de su literatura: Corneille y Racine, los cuales encontraron ya un público preparado. En España e Inglaterra pronto iniciaron también los humanistas la labor de aclimatar la tragedia greco-latina, pero los resultados fueron distintos porque la tradición

dramática de ambos países no cedió paso a la rigidez y sobriedad de la tragedia clásica; quedó pues en la intención de los eruditos y los teatros nacionales de ambos países caminaron por la senda irregular que habían heredado. Lope en España y Shakespeare en Inglaterra, son expresión de la continuidad dramática nacional y forjadores de teatros muy semejantes de signo contrario al francés. Más tarde, pasada la época clásica de las dos literaturas, la tragedia se impondrá como imitación francesa.

Cuando el Renacimiento surge en toda Europa a la manera italiana el teatro tradicional estaba en su fase crítica, evolucionaba hacia su laización, quería independizarse totalmente de la tutela religiosa en la que había tenido su origen y como el Renacimiento miraba con desdén todo lo que literariamente tenía sus raíces en la Edad Media, he aquí un momento de grave crisis para las tradiciones dramáticas europeas sobre todo en países como Francia y España en los que el movimiento penetró de manera rápida y violenta sin un periodo largo de transformación paulatina de su cultura medieval como había ocurrido en Italia. Francia, en virtud de la nueva orientación, rompió definitivamente con su pasado dramático y desde el Renacimiento sólo admitió como formas únicas la nueva tragedia clásica regular y para el teatro popular las novelas o los cuentos italianos alternados con asuntos pastoriles. España vaciló porque era absorbente la influencia de Italia, no sólo en lo dramático, sino en todos los aspectos literarios; nuestro primer dramaturgo moderno, Juan del Enzina, mientras vivió en España, su obra dramática conservó todos los rasgos tradicionales, pero una vez que se trasladó a Roma su absorción fue total por el medio italiano, no sólo como artista, sino como hombre, ya que no había manera de hacerle volver a su patria a la que constantemente era llamado por sus obligaciones religiosas. Y se repite el caso de absorción total por el Renacimiento italiano en otro clérigo español que vivió toda su vida en Italia, Bartolomé de Torres Naharro, el cual, en sus formas rudas, presiente la variedad que en un futuro próximo ha de dominar en el drama español. La parte de teoría dramática puesta al frente de la colección de todas sus obras reunidas con el significativo título renacentista, "La Propalladia" (pro Palas o en honor de Palas Atenea), manifiesta su contradicción, como la de tantos otros autores, al querer armonizar una teoría regular aprendida con una práctica irregular ejecutada; allí se clasifican las obras dramáticas en comedias "a noticia" y comedias "a fantasía", es decir, teatro realista

e idealista cuya síntesis, adivinada por vez primera en la *Celestina*, adquirirá el carácter de fórmula nacional en el teatro de la centuria siguiente: la fantasía se hará realidad y la realidad se idealizará con la fantasía. Mucho promete un drama nacional en el embrión de esta fórmula, pero todavía los momentos son graves para un teatro que no tiene una reacción decidida y enérgica. Un escritor bilingüe portugués, Gil Vicente, armoniza en su obra los elementos más dispares: Misterios de la Edad Media con la crítica erasmista más aguda, es decir, Renacimiento el más depurado; los temas caballerescos, Amadís o don Duados, con la comedia costumbrista llena de vida por estar saturada de tipos y costumbres de todas las clases sociales; y todo su teatro con el mejor relleno folklórico hispano-portugués que dan una calidad lírica de teatro no conseguida por ningún otro coetáneo y que a juicio de M. Pelayo "no tiene quien la aventaje en la Europa de su tiempo". El bilingüismo de Gil Vicente se explica por una circunstancia por la que pasó el teatro en los días del Renacimiento. El espectáculo se hizo aristocrático y perdió su primitiva grandeza porque ya no agrupaba en la plaza las masas heterogéneas como las del primitivo drama surgido de la liturgia cristiana; ha pasado a la sala cerrada y el único grupo social que puede gozar de estos espectáculos limitados es la clase aristocrática que tiene a su servicio en los palacios a los autores dramáticos como otros más de sus servidores. Juan del Enzina, mientras vivió en España, estuvo al servicio del Duque de Alba para dar realce literario a la pequeña corte de su palacio de Alba de Tormes. Después, en Italia, como Torres Naharro, sirvieron para los mismos fines en los palacios de los cardenales, y también ante el Papa hicieron algunas representaciones. Gil Vicente estuvo al servicio de la corte portuguesa y su primera representación fue para celebrar el nacimiento de un príncipe ante la reina madre. La calidad de los públicos permitía el bilingüismo de los autores y aquella corte portuguesa estaba integrada en su mayoría por españoles y Enzina y Naharro eran comprendidos en Italia en su lengua nativa por la expansión del castellano como consecuencia de su hegemonía política.

EL TEATRO DEL SIGLO DE ORO

Hacia la mitad del siglo XVI el teatro popular va adquiriendo caracteres más extensos, vuelve a congregarse en torno a sus grupos sociales no reducidos ya a la clase aristocrática porque las mismas compañías que representan en los palacios de los nobles pasan des-

pués a otros locales para ser aplaudidos por públicos populares. Los autores de ahora son ajenos u opuestos al drama erudito y van a aportar notas originales que después sintetizará, con las de los autores anteriores, el genio dramático de Lope de Vega. Estos autores prelopidistas, aunque no viajaron por Italia, en ella tenían fijos los ojos en lo que al arte dramático se refería. Este fenómeno no es particular de España sino común a todas las dramáticas europeas. En Italia, mediado el siglo, se había operado una reacción contra la comedia erudita y sólo el título de la nueva forma por la que sustituida, "comedia alla villanesca", es de por sí significativo. Lope de Rueda fue, entre nosotros, el encargado de llevarla a cabo y seguido después por otros autores. En las comedias italianas que entonces se adaptaban se buscaba sólo un éxito momentáneo y la labor de los autores se reducía a expurgarla de todo lo accesorio y centrar escuetamente el interés en la acción, por lo general difusa, ya que en su mayoría procedían estas comedias italianas de su novelística. Y también tenían su origen en Italia otras piezas importantes en el repertorio de Rueda, las Eglogas, llenas de sentimentalismo falso como fue todo el Bucolismo renacentista. Pero en sus Pasos, forma menor de su teatro, elementos intercalados entre los actos de las comedias, es donde va a derrochar su fino talento de observador en un arte vivo, realista, a base de escenas dramáticas breves, con personas de las clases sociales inferiores, a la villanesca, que hablan un lenguaje lleno de naturalidad y de energía cuyo modelo aprendió sin duda en La *Celestina*. Aislados del conjunto que los motivaron como acostumbramos a leer hoy los Pasos pierden su principal interés, como un cuadro primitivo en el que lo central, la comedia, no suele tener vida mientras que lo secundario, los Pasos, son el elemento movido del cuadro. De haber continuado por este camino todos estos elementos valiosos, pero aislados, hubieran perecido bajo el peso de la influencia del teatro italiano, cada día mayor e incrementado por un gran número de compañías que venidas de Italia acapararon el espíritu y la forma del teatro español; se hubiera repetido el caso de Francia en España y por otros derroteros se hubiera vuelto de espaldas a su tradición dramática si en el último tercio del siglo no se hubiera llevado a cabo la innovación que consideramos definitiva para la creación de un teatro nacional. En el año 1579 el sevillano Juan de la Cueva, viajero por América, autor dramático bastante mediocre y por lo tanto apto para llevar a cabo innovaciones que otros talentos afirmarían después, introdujo por vez primera en la escena un asunto de la épica nacional en su comedia "La

muerte del rey don Sancho", relativa al cerco de Zamora. El camino estaba adivinado con esta innovación feliz y después de tantos titubeos una forma propia para un drama nacional fue confirmada con el aplauso general de un público que veía representadas en la escena episodios históricos aprendidos en la niñez y que tenían vida actual en el Romancero que todavía se cantaba; era el comienzo de una etapa decisiva en la historia del teatro español, el momento inicial de su nacionalización.

Este momento de la historia del teatro español es el que coincide con aquel otro que señalamos al tratar de la tragedia griega: la transmisión de los temas épicos a la dramática, con las salvedades y diferencias que entonces dijimos. Pero el material antiguo, al cobrar nueva vida y actualidad, no podía ser tratado de la misma manera. La labor del poeta es poner al día, en su día, la vieja materia heredada, aprovechando el espíritu y cambiando la forma. Por eso Cueva no es más que un innovador de forma, utilizando los romances en su parte anecdótica y de argumento tradicional, pero plenamente divorciado del espíritu de la época como la estaban la casi totalidad de los hombres cultos de entonces. Pero bastante hizo. Cumplió con su papel de innovador como Boscán en la poesía renacentista. Detrás de ellos vienen los genios para afianzar las conquistas. Lope de Vega dará forma definitiva a estas primeras novedades de Juan de la Cueva. No es nuestro propósito ahora señalar la importancia de las figuras dramáticas del siglo de oro sino sólo destacar la forma de esta comedia para situarnos en el siglo XVIII y enfrentarla con una forma distinta al drama histórico que en este momento se gesta. Y sobre todo destacar sus innovaciones técnicas, que son las que más van a chocar después, las cuales añadieron a este teatro poético, fresco y vivo como amasado en la savia popular, una factura también definitiva porque rara vez fue modificada por los autores de todo el período. Se impuso el dinamismo y la rapidez, tanto de acción como de sentimientos, se conjugó con una versificación rápida a tono con la agilidad de los viejos romances; definitivamente la comedia se distribuyó en tres actos. Y en la tradición popular halló las esencias primigenias de la raza cuando exalta la fe tradicional, el sentido caballeresco, el patriotismo y el monarquismo sin olvidar que la realidad de sus días era derivación de aquellos principios que habían conformado el ser nacional. Y como este teatro, por su contenido, está enraizado en la tradición secular hispana habla sólo a los españoles, nota distintiva del resto

de los teatros europeos de la misma época. Contemporáneo de Lope, Shakespeare, habla a los hombres de siempre porque su teatro, sobre su carácter también nacional, domina en él lo humano. La tragedia francesa de la misma época se dirige a un público restringido, aristocrático, de tonos mesurados, preocupado de su perfección ética. Por estas profundas diferencias cuando un tema español es recogido por otro teatro europeo, aun cuando conserve sus líneas generales, la transformación espiritual es profunda. Los autores del drama español parecen sólo atentos a satisfacer las exigencias de su público que es el que impone el fondo y forma de la comedia. A esta condición ha de referirse Cervantes cuando dice que los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser porque así las quiere el vulgo y no de otra manera. Equivalente en el fondo a lo de Lope, pero expresado de otra manera: si pienso en escribir una comedia encierro bajo siete llaves a Terencio, es decir, la técnica clásica y regular y como es el vulgo el que paga, aunque necio, hay que darle gusto. Esta adulación, con todos los peligros que entraña para el arte dramático, llevó a la compenetración de autores y público que es otra característica de este teatro en el que se aprovechó la tradición épica nacional porque no se había agotado en la Edad Media como en el resto de las literaturas europeas. En España esta tradición era la savia que dio vida a la literatura en todos sus periodos porque agotada la forma épica, bárbara y ruda como corresponde a las centurias en que nació, se transformó en el Romancero después de haber quedado inserta y prosificada en las Crónicas medievales. Pero no acabó así su historia ya que una vez llegada la época clásica de la literatura vuelve a aparecer de nuevo, en forma distinta, remanejada por los autores dramáticos del siglo de oro que forjan con esta materia un teatro histórico nacional y sobre la escena aparecen de nuevo los héroes que en un momento difícil de la historia conformaron la unidad nacional comprometida por una invasión extraña y agudizada por tratarse de un pueblo, el invasor, con una religión distinta. El público de los "corrales" aplaudía y repasaba a sus héroes nacionales y con razón pudo decir de este teatro M. Pelayo que era una cátedra de historia de España abierta al aire libre donde los españoles podían palpar la grandeza de sus héroes. Y como este drama estaba animado por el realismo más vigoroso ya no le convenían los asuntos greco-romanos, ni los bíblicos, excesivamente extraños y apagados, los cuales no se amoldaban a la visión rápida y total de un relato con el mayor número de episodios posibles que completaran la acción, tras-

ladando al público, con el aporte de su fantasía, a los lugares y tiempos más apartados; un arte opuesto a la morosidad propia del que huye de la peripecia para concentrar todo el interés en el personaje mismo y en su calidad ejemplar, propio de la tragedia griega. Y su técnica ya no podía ser la regular porque la comedia heroica, o drama histórico como decimos hoy, la primera forma con la cual se inició la afirmación de un teatro nacional, había surgido de los romances y de las crónicas y los temas procedentes de estas fuentes tenían que adoptar el **estilo cronístico** de la procedencia. El nuevo relato dramático tenía que aparecer íntegro a los ojos de los espectadores interesados en todos sus detalles; querían abarcar el hecho con todos sus pormenores, mejor que detenerse en una situación culminante. Por estas circunstancias originales Menéndez Pidal lo ha comparado con arte de nuestros días, porque "ese tipo de comedia dinámica, renovación constante de episodios impresionantes y discontinuos es como lo que busca el arte cinematográfico moderno; en otra ocasión llamé a la comedia histórica de Lope un **cinedrama**". He aquí, no hay nada que añadir, sino deducir, que la libertad del teatro español del siglo de oro es una necesidad ineludible en la que forzosamente tenían que concluir los autores dramáticos de la época dadas las condiciones tradicionales en que se forjó y la procedencia del material de donde sacó sus temas el drama histórico, fenómeno idéntico al ocurrido con la poesía coetánea del arte dramático, la cual, tal y como se concibió en el Renacimiento forzosamente tenía que acabar en su forma barroca y Góngora no fue más que el último eslabón de una cadena. Después esta técnica libre se aplica también a los otros temas de comedia según van surgiendo, lo cual no tiene nada de particular porque estos asuntos nuevos estaban informados del mismo espíritu que animó desde un principio la comedia histórica. Entonces, deduce Menéndez Pidal, ya tiene explicación las aparentes contradicciones que han hecho oscuro el poema de Lope, "Arte nuevo de hacer comedias", en el que de manera tímida hace la exposición de su arte, aunque no con la hombría suficiente para proclamar la necesidad de su irregularidad, y propina al vulgo una serie de adjetivos antes de que los doctos de dentro y de fuera los lancen contra él; en su cabardía no tiene inconveniente en escudarse con su público, siendo todo lo contrario, porque él concedió más que su público le exigía, acaso por exigencia de su arte. He aquí un libro fallido este "Arte Nuevo". Si se hubieran podido conjurar la valentía de Cueva, de la que usó para la defensa de su nuevo arte, con la ejecución de Lope, hubiera salido una verda-

dera declaración de principios que ocupara en la historia del teatro español del siglo de oro el papel que el "Prefacio de Cromwell" representó en la revolución de la dramática francesa romántica.

En Francia, la frialdad casi rígida del Neoclasicismo, con sus unidades dramáticas, creó un nuevo tipo de teatro, interior, psicológico, profundo en el estudio de las pasiones y de los afectos humanos, pero limitado en sus acciones y en el vuelo de la fantasía de sus autores y por una ley natural lo que perdió en extensión y variedad lo ganó en intensidad dramática. La renovación técnica del teatro francés fue un problema de competencia entre los teatros de París. Subsistía todavía el privilegio medieval concedido por el Parlamento mediante el cual la Cofradía de la Pasión tenía el monopolio teatral en el Hotel de Bourgogne, local único que daba las representaciones. Pero en el año 1548 el Parlamento, considerando abusivo el privilegio, dictó otro edicto por el que se prohibía la representación de los Misterios sagrados, pensando que esto sería la muerte del monopolio. Pero como son difíciles de aniquilar los privilegios, los miembros de la Cofradía disfrazaron con el nombre de comedias y tragicomedias las antiguas representaciones y así subsistieron otro medio siglo, defendiendo su monopolio contra las compañías nómadas, cada vez más numerosas, que trataban de fijar su residencia en París. El público sigue siendo el mismo de los antiguos Misterios, gentes que gustaban del movimiento escénico, de acciones complicadas y desenlaces sorprendentes; como es natural la tragedia no podía proporcionárselo y entonces se creó un teatro ajeno a toda preocupación erudita, independiente de toda influencia exterior, con el exclusivo objeto de divertir al público. Concebido el teatro como entretenimiento tiene que ser abundante; así lo fue el que Hardy y sus discípulos proporcionaron al Hotel de Bourgogne durante más de treinta años; no consiguieron fijar una dirección original, pero al menos en este período el teatro francés salió de la oscuridad en que vivía y sobre todo dejó de ser objeto de menosprecio por parte de las clases aristocráticas francesas y los cultos se acercaron al teatro cuando el cardenal Richelieu se declaró un apasionado de esta arte, entrando entonces en la vía de las grandes renovaciones, las cuales se van a llevar a cabo en los primeros treinta años del siglo XVII.

En 1629 otra compañía había conseguido asiento en París y para sostenerse contra la competencia del Hotel de Bourgogne le fue nece-

sario introducir grandes novedades. El punto flaco de la compañía del Hotel era sin duda la técnica y hacia ella se encaminaron todos los ataques, convencidos de que si vencían, se acabaría el viejo privilegio. Así surgió el problema de las unidades. La nueva compañía se aplicó a representar de forma exclusiva las piezas compuestas bajo este nuevo signo que hacia algo más de un siglo había penetrado en la tragedia humanística y que el teatro de Hardy había olvidado completamente. En Francia, como en Inglaterra y en España, la enconada discusión entre un teatro regular y el irregular era conocida, pero solamente en el círculo de los eruditos y en su mayoría despreciada por los autores dramáticos, aunque este desprecio se ocultara bajo la forma de concesiones al público como en el caso de Lope de Vega. El público francés se mantuvo en un principio al margen de la disputa erudita de las unidades, pero la tenacidad de los actores de la nueva compañía consiguió atraerse a los autores y sobre todo, cuando Richelieu fue ganado para la nueva causa, la batalla se puede decir que estaba ya ganada y desde 1640 la doctrina clásica legisló con todo su rigor en materia dramática. Con esta novedad técnica triunfó la razón sobre la imaginación. Por eso triunfaron en Francia y fracasaron en Inglaterra y en España. Cada pueblo tiene sus características raciales que se ponen de manifiesto en los movimientos culturales cuando éstos surgen.

Confrontemos una experiencia dramática: un tema español tratado a su manera libre frente al mismo tema en el teatro francés, tratado a la manera regular; dos técnicas diferentes aplicadas a un mismo asunto y en su contraste veremos cómo el genio dramático triunfa con o sin restricciones ya que los dos autores, el español y el francés, consiguieron su éxito con el mismo tema, si bien sobre la adaptación francesa pesaron con toda su fuerza las unidades dramáticas que sacrificaron la grandeza del asunto. En el año 1636, cuando ya era un poeta célebre Pierre Corneille, apareció su obra maestra "Le Cid". El título ya denuncia su origen español. El éxito fue enorme y la serie de críticas que suscitó se conocen en la historia literaria francesa como "la querella del Cid". Guillén de Castro, dramaturgo valenciano discípulo de Lope, había escrito con anterioridad dos obras referentes al héroe castellano: "Las Mocedades" (primera parte) y "Las hazañas del Cid" (segunda parte), abarcando en ellas toda la historia cidiana y agotando hasta el último verso todo el abundante romancero del Cid. La técnica del teatro español facilitó su trabajo a

Guillén de Castro. Por ella, en "Las Mocedades", la parte de la obra que nos interesa por la descendencia, nos presenta una serie de cuadros yuxtapuestos, los cuales se suceden como retablo historial, con independencia de lugar y tiempo, pero todos preparando lo que el autor ha considerado como centro o unidad del drama: los amores del Cid y Jimena, presentidos en el Romancero y en el teatro anterior que había tocado este asunto, pero no desarrollados en su giro trágico que es el éxito del autor español y el motivo de que un trágico francés de la talla de Pierre Corneille se fijara en el asunto para trasladarlo a la escena de su patria. "Las Mocedades" no tratan al Cid en la forma habitual de héroe militar de la reconquista española, enemistado con su rey y entonces con sus propios medios conquista a los árabes la ciudad de Valencia donde se establece como señor de ella. El Cid que trata Guillén es anterior a estos hechos que elevaron su persona a la categoría de héroe histórico, es un Cid joven, enamorado y vengador de una afrenta que le hizo a su padre, ya anciano, el padre de Jimena, el conde Lozano. Y como el viejo padre no puede ya tomar las armas encomienda la liquidación del ultraje a aquel de sus hijos que sea capaz de ello. Y fue el menor, Rodrigo, el que desafía y da muerte al conde Lozano en pública justa. He aquí planteado el conflicto trágico que va a interesar al autor francés: Jimena enamorada del Cid, el matador de su padre. Un conflicto entre dos pasiones: el amor y el odio, que se resuelve a la manera de los románticos con el triunfo del amor. ¡Cuántas semejanzas tiene el teatro español del siglo de oro con el Romanticismo! Con razón los corifeos alemanes de esta escuela decían a los españoles que seguían aferrados a la forma neoclásica, triunfante ya el Romanticismo en Europa, que los españoles, para ser románticos, no tenían más que volver por los senderos de su literatura clásica, es decir, ganar de nuevo la tradición literaria abandonada por la imitación de los modelos franceses durante todo el siglo XVIII y el primer tercio del XIX. Sólo así, con este enfoque que da Guillén a su héroe, fue posible que un personaje tan español traspasara las fronteras de su patria y se asentara en la escena francesa a pesar de todas las restricciones; el instinto dramático del autor español buscó lo que en el Cid había de humano y universal, no lo particular y local español que poco o nada podía interesar a los franceses. Guillén de Castro, como no estaba limitado en su libertad, encadenó a este hecho central una serie de episodios hábilmente entretejidos que alargaban la acción en el tiempo, motivo de las dificultades posteriores en Corneille. El público español, de distinta educación

dramática que el francés, aceptaba de buen grado todas las libertades y los autores no tuvieron por qué preocuparse del decoro y contención de los personajes, otro de los motivos, acaso el más grave, de las censuras que después se le imputaron al trágico francés. Corneille, en general, mantuvo el espíritu de la obra y trató de adaptarla a la regularidad clásica, conociendo el valor que tenían ya los preceptos en Francia. La primera consecuencia de su sumisión a las unidades fue el amontonamiento de los episodios que no pudieron seguir su desarrollo natural y se precipitaron rápidamente hacia su desenlace como consecuencia de querer encerrar todos los hechos del Cid en el pequeño plazo de veinticuatro horas. Esto era natural porque el modelo de donde procedía se había forjado en la mayor libertad dramática y muchos detalles tenían que pasársele al autor al reducirla a la regularidad imperante, aunque la mayoría de ellos a sabiendas. Bastante hizo transformando el Cid en tragedia casi regular y si sólo hubiera atendido a este objeto, ya era bastante mérito. Como las infracciones de las unidades eran ligerísimas, sus enemigos se aplicaron sobre todo a censurar el aspecto moral, lo que en terminología del género se llama el comedimiento y el decoro trágicos de los personajes. También a sabiendas sacrificó estos principios de la tragedia regular porque su infracción arrancaba de escenas fundamentales al drama que Corneille no quiso suprimir. Casi inmediatamente de ejecutada la venganza, (si estuviéramos en periodo épico diríamos "tinto en sangre"), se presentó el Cid ante Jimena. Para un público como el español libre de reglas y de decoros dramáticos la escena estaba llena de vida y en la atención del público palparía el interés para seguir las reacciones de los protagonistas colocados en tales circunstancias. La mayor satisfacción para Corneille a todas las censuras que la escena provocó en la crítica, la halló en la reacción de su público que, como humano, no pudo hurtarse a la curiosidad y al asombro que manifestó en un susurro colectivo, prueba manifiesta de la expresión de lo maravilloso humano entre los públicos. Si Jimena era un personaje inmoral por haber aceptado la mano que acababa de matar a su padre, es decir, consentidora que la transforma en parricida, esto es una crítica tan estrecha como incomprensiva; era no querer comprender que el conflicto trágico radicaba precisamente en la lucha de dos Jimenas antagónicas y Corneille, como el autor español, aceptaba la solución romántica; las costumbres de aquellos tiempos no eran como las que los impugnadores exigían, al mismo tiempo que debió pensar el trágico francés que para atenerse a estrecheces morales era

preferible dejar el modelo muy tranquilo en su casa española. El final de todas las impugnaciones las resumían los críticos en una: en vista de todas estas imperfecciones el asunto del Cid no valía para la tragedia ni para la poesía. Lo verdadero hubiera sido decir que el asunto del Cid, a pesar de toda la inteligencia que había derrochado Corneille en el arreglo, no se adaptaba a las unidades ni al decoro trágicos. Esto opinaba la crítica, acaso más que sincera influenciada por Richelieu que había sido de antemano ganado para la causa de los impugnadores, pues el público, con su aplauso, demostró que había comprendido las intenciones de Corneille al perfilar en el Cid los rasgos más genuinos de la tragedia posterior: una acción libre de lo accesorio y en ella unos personajes en conflicto íntimo, motivo para un estudio de las almas. Voltaire, gran conocedor de la técnica trágica, se dio cuenta del valor de "Le Cid" y la reconoce como la primera tragedia de Europa, porque fue la primera que arrancó lágrimas a un público al que se le había hablado al corazón.

LA TRAGEDIA EN EL SIGLO XVIII

"Cuando el siglo dramático decayó en España, los rígidos preceptos del teatro que pasaban por incontrovertibles en Francia, empezaron a ser acatados también en el sur del Pirineo. La masa indoculta seguía encariñada con los libres gustos del teatro antiguo, pero como ya no había genios poéticos que pudiesen apoyar con su talento las tradiciones de la escuela nacional, los doctos sucumbieron al prestigio que las ideas de Francia ganaban en España, desde el advenimiento de la dinastía borbónica. Con ésta se abrió en España el siglo XVIII, en el cual toda Europa pensaba y casi hablaba en francés." (Menéndez Pidal). Desarrollar las ideas contenidas en este párrafo es decir una gran parte de los accidentes por los que pasó la cultura española del siglo XVIII que en especial se puede referir al teatro. La influencia francesa no es un movimiento particular a España, sino común a toda Europa en este siglo, independiente del cambio de dinastía, circunstancia que en España se ha querido explicar como la causa de la transformación.

La escena de la primera mitad del siglo vivió de refundiciones anteriores o de arreglos y traducciones del teatro francés, las cuales, en esta primera época, pocas veces llegaban a las tablas porque, como la tragedia del Renacimiento, eran recreo para pequeños grupos de

eruditos; sin embargo iba creciendo el intento de una reforma de la escena española, la cual, como es natural, tenía que chocar contra el gusto popular. Estos grupos se movían todavía dentro de la teoría y su fuerza era pequeña porque no habían conseguido el favor real que es lo que va a decidir el cambio en la segunda mitad del siglo. La corte, a pesar de ser francesa, prefiere para sus teatros la ópera italiana que Metastasio había impuesto en toda Europa, sobre todo como teatro de Corte, espectáculo brillante y magnífico, muy alejado del teatro regular porque la fantasía en que se mueve y su carácter de género mixto de poesía y música estaba libre de la rigidez que las Poéticas exigían al arte dramático. El camino para una suplantación de la escena española por un teatro extraño se estaba abriendo ya, pero sus partidarios no contaban todavía con fuerzas suficientes para lanzarse a un ataque decidido por su conquista. Así se deduce de la primera crítica del siglo XVIII. Todavía no se juzgaba mal ni a Shakespeare ni a la escena española del siglo de oro de la cual pensaba un crítico de la época que era "como las minas del Potosí, donde, a vuelta de mucha escoria hay plata para abastecer a todo un continente". Donde mejor se aprecian los progresos que el Neoclasicismo hizo en el tránsito del medio siglo es en las dos ediciones que tuvo la Poética de Luzán, pero teniendo en cuenta que la primera edición es de 1737 cuando Luzán, educado en Italia, estaba bajo la influencia de los preceptistas italianos, más transigentes, menos dogmáticos que los franceses que seguían aferrados al tono radical iniciado por Boileau. La segunda edición de la Poética de Luzán se hizo ya muerto su autor, en 1789. En ella se aceptan ya todos los progresos del Neoclasicismo y han desaparecido todas las transigencias de la primera edición. En el intermedio de estas dos ediciones Luzán vivió en París y parece ser que se pasó a la corriente ultragala, según trataron de justificar después los partidarios de esta segunda forma de la Poética; pero lo más probable es que al intervenir manos extrañas en la factura de esta segunda edición fueron éstas y no los papeles que había dejado preparados el autor y que la muerte le impidió llevar a las prensas los que motivaron una transformación tan radical en el espíritu de la obra, amoldándola ya a los progresos que la influencia francesa había hecho en España. Con sus nuevas fórmulas dramáticas mal parado salía el teatro nacional. Pero todavía encontró defensores, unos más decididos que lo defendían en su integridad, otros, por el contrario, iban haciendo pequeñas concesiones que ponen de manifiesto los ligeros progresos de la nueva técnica.

En el año 1759 sube al poder el monarca Carlos III y con él llega a su cumbre el periodo de la Ilustración, o sea, el apogeo de la cultura francesa. Sus ministros, Aranda y Llaguno, protegen oficialmente a los renovadores de ideas y dan toda clase de facilidades para que un teatro clásico se instale en España. Comenzando por los espectáculos reales se empiezan a representar tragedias traducidas de Voltaire al mismo tiempo que se inician reformas en la policía de los teatros al objeto de favorecer la representación de las obras nuevas que actores y público acogen con indiferencia. El objeto inmediato al que se camina a marchas forzadas es liquidar totalmente de la escena a los autores del siglo de oro, incluso a los refundidores. Pero antes había que desbrozar el camino para la empresa que se proyectaba. Con el teatro clásico, ya tambaleante, se acabaría sin gran esfuerzo; pero había un género el cual, por su carácter religioso, se mantenía todavía con todo el auge de los mejores días de los Austrias: el "Auto Sacramental", un producto literario-religioso de la Contrarreforma nacido para la exaltación del Sacramento de la Eucaristía. La monarquía española, paladín del movimiento contrarreformista, había exaltado la fiesta que arraigó en las masas populares y con ella el Auto Sacramental como su expresión literaria. Si se conseguía expulsarlo de la escena el triunfo del nuevo teatro estaba asegurado. Pero había que obrar con cautela y a la empresa fueron arrojadas plumas hábiles, afrancesadas y muy bien dotadas. Porque hay que reconocerlo con la claridad que da la visión retrospectiva; los ingenios mejor dotados de la época están del lado de los reformadores mientras que entre los defensores de la tradición dramática sólo había una buena intención, pero no acompañada de dotes intelectuales capaz para enfrentarse con la calidad mental de sus adversarios. La polémica de los Autos Sacramentales fue lo que hoy diríamos una campaña periodística y como se apoyaba desde las altas esferas oficiales, en ella no se economizaron medios materiales. Comenzó en 1762 dirigida por don José Clavijo Fajardo, sin duda el mejor articulista de la época, hombre educado en Francia, amigo y traductor de Voltaire y Buffon, espíritu enciclopédico afrancesado cien por cien y que por sus amores con la hermana de Beaumarchais se creó en torno suyo una literatura dramática a la que hay que referir el "Clavigo" de Goethe. A este hombre de gran calidad intelectual se le encomendó el romper lanzas contra el género sacramental. Comenzó la campaña con la fundación de "El Pensador" que a la manera del "Spectator" del inglés Adisson recogían en artículos periódicos los problemas literarios más palpitantes.

Para su arremetida se cubrió con una hipócrita capa de piedad y sobre todo en defensa del público sencillo a los que estas representaciones produciría escándalo, fundándose sobre todo en la calidad moral de los representantes: "que una mujer que algunas veces tendrá pocos créditos de casta, represente a la Purísima Virgen. El poner delante del pueblo grosero e ignorante estas figuras, lejos de producir en él el respeto y temor reverencial debido a tales misterios, sólo sirve a hacérselos en cierto modo familiares, y a que confunda la figura con lo figurado, y la imagen con el prototipo". Y como los Autos son según Clavijo farsas religiosas, pedía "que el Soberano debía prohibirlas como ofensivas y perniciosas al Catolicismo y a la Razón". No queremos entrar en detalles de la polémica, pero la suerte de la escena española estaba ya echada desde el momento que a la inteligencia de los impugnadores se había unido la fuerza conquistada por ellos en las altas esferas del poder. En efecto, una real cédula de 11 de Junio de 1765 acalló la polémica prohibiendo definitivamente la representación de los Autos Sacramentales en España y sus colonias; el proceso de lucha había terminado con la victoria completa de la tragedia francesa sobre la comedia española.

El triunfo de la tragedia francesa representó el de una forma nueva completamente distinta del drama clásico. Los cinco actos sustituyeron a los tres del drama; las unidades a la irregularidad y la verosimilitud y el decoro mantuvieron la uniformidad sin mezcla de estilos y géneros propios de la comedia. No obstante el triunfo de la tragedia fue muy precario porque a pesar del apoyo oficial no contó, sino en circunstancias muy particulares, con el apoyo del público que recibía con indiferencia tanto las producciones nacionales como el teatro que entonces se consideraba de más altos vuelos, las traducciones directas de obras francesas. Los fanáticos del nuevo gusto opinaban que todas las comedias viejas debían ser olvidadas y prohibir también las refundiciones; los más cautos, por el contrario, eran del parecer de que, dada la indiferencia del público, había que presentarla primeramente muy españolizada, es decir, dar la batalla en el terreno más propicio, conformándose de momento con el triunfo sólo de la forma. Las refundiciones del teatro clásico tuvieron más éxitos que los intentos originales de Don Nicolás Moratín y el de Cadalso. Así vivió el teatro durante los veinte años que siguieron al triunfo legal con la supresión de los Autos Sacramentales, hasta que en 1778 tuvo lugar el único éxito resonante de la tragedia ejecutada en sus formas regulares ante

Y hasta aquí llega nuestro cometido porque seis años después, cuando todavía resonaban estos aplausos, en unas circunstancias particulares, aparece la tragedia:

un público español que aplaudió una obra con delirio. Un acierto único de su autor, Vicente García de la Huerta, y tan inesperado debió de parecerlo el hecho de su triunfo que reaccionó como buen mediocre. Inmediatamente se creyó convertido por derecho propio en caudillo de los defensores de la tradición dramática; pero su soberbia no se conformó sólo con la postura, sino que lo empujó a empresas críticas para las que de ningún modo estaba preparada su capacidad intelectual. En 1785 dio a la luz una colección del "Theatro Hespáñol" (su petulancia le arrastraba incluso a novedades ortográficas) en 17 volúmenes en los que creía haber recogido la esencia del teatro clásico nacional, pero con decir que no hay en ella una sola obra de Lope, Alarcón, Tirso ni Guillén de Castro y sólo algunas, mal seleccionadas, de Calderón, el resto son obras de refundidores, basta para clasificarlo como crítico desgraciado. Pero dejando a un lado este infortunado ensayo crítico veamos las causas de su verdadero éxito. La tragedia tan aplaudida se titula "Raquel", hecha con toda la regularidad que las normas clásicas exigían, ajustada a las unidades dramáticas, uniforme de estilo, reducida a una sola forma de versificación y no falta de inspiración y nervio dramático. Pero lo que el público aplaudió, a pesar de la regularidad, fue una comedia heroica de Lope de Vega, "Las paces de los Reyes y Judía de Toledo", una crónica dramática en la que se yuxtaponen los dos títulos, reflejando las dos acciones que marchan paralelas en el desarrollo de la comedia. Y caso curioso, el argumento era parecido al de la tragedia "Inés" que transportada desde Portugal había arrancado los únicos aplausos a un público del Renacimiento. Ahora era Ferosa, Raquel, una judía de Toledo cuya belleza prendó al rey Alfonso VIII. Los "omes buenos del reino", para apartarlo de esta pasión, dieron muerte a la judía. No hay aquí venganzas por parte del rey, las que proporcionaron el elemento patético de la tragedia "Inés", pero el sentimiento del honor, el amor, la galantería y todos los demás sentimientos nacionales que arrancaron los aplausos de los públicos sugestionados por la magia de la comedia clásica se escucharon de nuevo ante el asombro de los eruditos que creían haber esterilizado al público para estos acentos. He aquí los motivos del éxito de la tragedia regular "Raquel".

Y hasta aquí llega nuestro cometido porque seis años después, cuando todavía resonaban estos aplausos, en unas circunstancias particulares, aparece la tragedia:

durante los veinte años que siguieron al triunfo legar con la supresión de los Autos Sacramentales, hasta que en 1778 tuvo lugar el único éxito resonante de la tragedia ejecutada en sus formas regulares ante

ATAHUALPA

Ya hemos visto como en el reinado de Carlos III, después de la polémica de los Autos, se pueden considerar apartados todos los obstáculos que impedían la formación de un estilo dramático neoclásico en el que la tragedia regular había de ser la forma propia del nuevo estilo. Pero el obstáculo mayor, la falta de autores y de ambiente, era difícil soslayarlo. La transformación había sido muy violenta; no se había procedido de manera inteligente, tratando de que la comedia clásica, de manera evolutiva, se transformase en una tragedia española para lo cual sólo se necesitaba un reajuste técnico; el ejemplo de la transformación lo había dado no sólo Corneille en la versión de su *Cid*, sino otros muchos autores franceses en adaptaciones parecidas. El problema del ambiente que no tuvo nunca la tragedia en España estaba fundado en la incapacidad de los cultivadores del género los cuales no descollaron en ninguna de las formas que intentaron. Se ensayaron temas bíblicos en los que Racine había conseguido ciertas originalidades; los asuntos de historia clásica se despreciaron entre nosotros y sólo se produjeron con ellos algunas insulsas tragedias. Sólo el tema heroico, en algún caso aislado, consiguió sacar el público de su indiferencia, razón que debieron tener en cuenta los innovadores porque estos aplausos estaban señalando una dirección original en la que con soltura se pudo mover el género si hubiera tenido cultivadores de talento.

La tragedia "Atahualpa" dista muy poco cronológicamente del triunfo de "La Raquel". Cuando el teatro no tiene fuerza propia hay que inyectarle estímulos, como si al genio se le pudiera forzar a que se manifieste. Así nació nuestra tragedia, como una obra premiada en concurso convocado por el Ayuntamiento de Madrid, en 1784, para proveerse de material dramático que necesitaba para unos festejos públicos con los que se celebraron dos acontecimientos: el natalicio de los infantes Carlos y Felipe y "un ajuste definitivo de la paz"; fue su autor don Cristoval Maria Cortés. En el mismo año de 1784 fue impresa la obra en los talleres de don Antonio Sancha, uno de los editores más importantes del siglo XVIII. La lejanía de España no me ha permitido investigar detalles con los que pudiéramos señalar mejor la persona de su autor, los cuales, sin duda, estarán consignados en alguno de los libros en los que los cronistas de los municipios españoles recuerdan a sus hijos ilustres y vecinos de pro. Así es que deduciremos con los pocos datos que poseemos. El autor consigna

en la portada de su obra que es vecino de Tudela, población grande de la provincia de Navarra, en el norte de España. La vecindad consignada por el autor en el siglo XVIII equivale a naturaleza; después, en derecho, hubo necesidad de precisar, distinguiendo la naturaleza de la vecindad que pueden ser distintas. Nos confirmamos además de su naturaleza tudelana por la comunidad del apellido Cortés en aquella ciudad y digno de tenerse en cuenta es que, desde los primeros tiempos de la conquista aparecen en Nueva España y en Perú militares españoles con este apellido que los documentos señalan como originarios de Tudela. El Marqués de Cadereita, gobernador de Méjico en el siglo XVI, era también natural de Tudela. Debió pues existir una fuerte corriente emigratoria de la ciudad navarra al Nuevo Mundo y acaso a esta circunstancia tengamos que atribuir la elección de un asunto americano por parte del autor español, encariñado acaso desde niño por relatos orales familiares que crecerían su fantasía y después cimentándolos en lecturas de la historia, porque el argumento de Atahualpa, dice al comienzo, en el prólogo, está tomado de las historias nuestras que refieren la conquista del Perú; y en especial de la escrita por el Inca Garcilaso de la Vega; "a quien he procurado seguir en todo lo substancial de los hechos, y principalmente en lo que toca a las costumbres de los Peruanos, sus leyes e idolatría". Hay que descartar desde luego toda sospecha de su estancia en América ya que lo hubiera dejado consignado en la obra y sobre todo, el más ligero conocimiento de los lugares en los que la acción se desarrolla no tendrían el exotismo que el autor les comunica; sus conocimientos geográficos e históricos, sobre el terreno, hubieran distinguido con mayor claridad los límites del Imperio de los Incas que nunca estuvo "Ceñidos de dos mares, sospechaba / que no había otro mundo, ni otra tierra / que el límite forzoso de las aguas, / que de ambos lados mis dominios cercan"; a no ser que considerara que una figura retórica podía falsear la geografía. El autor de Atahualpa debió vivir bastante tiempo en la capital de España y mantener algunas relaciones con los círculos dramáticos del día. Así lo deducimos por la circunstancia de que Moratin (Bibl. Aut. Esp. vol. II) cita tres obras de Cortés dentro de la producción dramática de sus días y su conocimiento debió llegarle con el del autor ya que ninguna de sus producciones consiguieron atraer la atención de los contemporáneos y son escasísimas las noticias que de él nos han pasado, siempre a la ligera, nunca en detalle que afirme alguna condición suya sobresaliente; desde luego las historias literarias, aun las más minuciosas, no consignan

ninguna noticia suya. En el año 1784, ya los últimos del reinado de Carlos III, la villa de Madrid celebró dos acontecimientos nada afortunados; un nacimiento de dos Infantes, Carlos y Felipe, hijos gemelos del príncipe que pocos años después sería el rey Carlos IV y que murieron a los pocos meses de su nacimiento. Estos natalicios reales daban lugar a grandes festejos, a veces de varios días de duración, no sólo en la capital residencia de la Corte, sino en todo el imperio, al que, como era natural, llegaban las noticias bastante más atrasadas, lo que no impedía la pompa de su celebración. El otro acontecimiento que se aunó al natalicio tampoco fue más afortunado. Fue "un ajuste definitivo de la paz", es decir, un hecho político que celebrado por la Corte y el pueblo español era la última renuncia de Carlos III a una aspiración en la que casi había centrado toda su política: la devolución por Inglaterra de Gibraltar a España; la paz que se celebraba era la de Versalles, negociada en 1783 y ajustada al año siguiente; por ella se recobraban antiguos dominios insulares y tierras perdidas en América, pero a cambio se desistía en la reclamación de Gibraltar. La tragedia con la que la villa de Madrid iba a celebrar la paz estaba a tono con el triunfo conseguido. En la "Historia de Madrid" de Don José Amador de los Ríos, vol. IV, se dan noticias sobre el concurso dramático convocado por el Ayuntamiento de la capital para celebrar estas fiestas del año 1784. Se premiaron tres obras, una de ellas "Atahualpa" y allí nos enteramos del segundo apellido de su autor, Vita. La portada de la edición dice: "tragedia premiada por la villa de Madrid y una de las que se escribieron", lo cual está de acuerdo con la noticia de Amador de los Ríos, pero si nos atuviéramos a la letra, ésta no quiere decir que se representara porque muchas fueron las tragedias que se quedaron en la imprenta sin pasar a las tablas. No fue este el caso de "Atahualpa" que alcanzó los honores de la representación porque el historiador de Madrid nos dice del poco éxito que tanto ésta, como las otras dos obras premiadas, tuvieron en el público, cosa tampoco nada rara pues sabemos que este era el destino de casi todas las producciones de la tragedia regular. Hay que suponer para ella algunos aplausos arrancados por compromiso ya que su representación tuvo por las circunstancias un carácter casi oficial. El aplauso, como dijimos al comienzo, fue sin duda más obligado que sincero. Pero esto no fue culpa del asunto sino de una técnica exótica que, escudada en la protección oficial, se quiso imponer a un público que sólo dos generaciones anteriores había alardeado de la mayor libertad dramática.

ATAHUALPA

TRAGEDIA PREMIADA

POR LA VILLA DE MADRID

Y UNA DE LAS QUE SE ESCRIBIERON
CON MOTIVO DE LOS FESTEJOS PÚBLICOS
QUE EXECUTA POR EL FELIZ NACIMIENTO

DE LOS SERENÍSIMOS INFANTES

CARLOS Y FELIPE,

Y AJUSTE DEFINITIVO DE LA PAZ.

SU AUTOR

D. CRISTOVAL MARIA CORTÉS,

VECINO DE LA CIUDAD DE TUDELA.

MADRID. M. DCC LXXXIV.

POR DON ANTONIO DE SANCHA.

Con las licencias necesarias.

PERSONAS.

ATAHUALPA	Emperador del Perú
HUÁSCAR-INCA	Emperador del Perú destronado por Atahualpa.
MAMA-VARCAI	Muger de Huáscar.
COYA-COJI-VARCAI	Hija de Huáscar, y de Mama Varcay.
D. FRANCISCO PIZARRO	} Capitanes Españoles.
D. DIEGO ALMAGRO	
QUIZQUIZ	} Capitanes de Atahualpa.
HALCUCHEMA	
SOLDADOS ESPAÑOLES, Y PERUANOS.	

La Escena es en un salon del Paiacio de Atahualpa en Casamarca.

ATAHUALPA

TRAGEDIA

ACTO PRIMERO

ESCENA I

HUÁSCAR, QUIZQUIZ, SOLDADOS PERÚANOS.

HUÁSCAR.

¿Tienen término ya las crueldades
del bastardo traydor y fementido?
¿Es Casamarca centro de la pena,
que Huáscar solicita como alivio?
¿Eres tú executor de esta violencia?
Habla: no temas: dime los designios
del bárbaro Atahualpa; y no receles
que me pueda coger desprevenido
el golpe mas violento y alevoso,
que nunca teme quien del Sol es hijo.

QUIZQUIZ.

Las ordenes, Señor, que se me han dado
son las de acompañaros á este sitio
en que Atahualpa vive; sus intentos
jamás los penetraron sus ministros.

B 2

HUÁSCAR.

¿Aquí el Tyrano está? Ya le conozco:
de mas explicacion no necesito,
porque un genio feroz y sanguinario,
ni el fingimiento sabe desmentirlo.

QUIZQUIZ.

¿Qué recelais, Señor?

HUÁSCAR.

Nada recelo:
conmigo estoy, y basta estar conmigo.
Venga la tyrania, y de mis manos
arranque el cetro solo de ellas digno,
robe a mi frente la encarnada borla
del real poder glorioso distintivo:
véa el Cuzco abatida su grandeza,
ajado el esplendor de tantos siglos,
el Imperio del Sol despedazado,
arruinado su templo hermoso y rico,
profanadas sus aras, y en fin véa
los infaustos pronósticos cumplidos.

QUIZQUIZ.

Permitidme, Señor, que á vuestra idea
teñida en tan funesto colorido,
ofrezca objetos de menor espanto.

HUÁSCAR.

Serán extravagancias del capricho.

QUIZQUIZ.

Vos sois, Señor, el unico heredero

12

13

que el Sol se atreve á confesar por hijo:
Atahualpa conoce este derecho:
que no será adorado, aunque es temido:
Quien sabe, si el llamaros.....

HUÁSCAR.

Calla, infame,
y no con adularme en este sitio
pienses que se me esconden tus trayciones,
compañeras del dolo y artificio.
Ya sé que eres hechura del Tyrano,
y que de tu confianza se ha valido.

QUIZQUIZ.

Señor, yo fui mandado: y Atahualpa
nombrado soberano Rey de Quito,
exige de un vasallo la obediencia.

HUÁSCAR.

Mas no si la obediencia es un delito.
El Cuzco reconoce solo á Huáscar,
qualquiera Rey es feudatario mio,
el supremo poder está ultrajado,
y quien fue contra él ciego ministro,
no escusará su accion obedeciendo,
si obligacion mayor le dá latidos.

QUIZQUIZ.

Señor.....

HUÁSCAR.

Ya basta: calla: no me obligues
á empeñarme en asuntos menos dignos.

14

Padre, y no Rey, me vieron mis vasallos
 imitar los benéficos principios
 del gran Manco Cápac, que fue de todos
 legislador, modelo y proptotipo.
 Desde este hijo del Sol hasta mi padre
 doce generaciones han corrido,
 sin que en alguna se haya descubierto
 la sombra mas pequeña de delito.
 El derecho legítimo ha reynado:
 y siempre el sucesor ha pretendido,
 mas que en altivo fausto y en grandeza,
 exceder en virtud y beneficios.
 De los doce legítimo heredero
 me miro con dolor desposeido
 por un bastardo vil, cuyo carácter
 es la violencia, el robo, el latrocinio.
 Hija de mi bondad mi confianza
 pudo sola llevarme al precipicio;
 que no recela tramas alevosas,
 quien no está acostumbrado á los delitos.
 Tres años me vió el Cuzco prisionero
 en el mismo réal palacio altivo
 en donde el claro Sol padre de todos
 se ha dignado reynar por tantos siglos.
 En él vi con dolor del fiel vasallo,
 ¡ó que angustia! correr la sangre á rios.
 ¡Triste del que no pudo por salvarla
 con la suya teñir traydores filos!

De destrozo, de horror, de sangre llenas
 las plazas, y las calles daban gritos,
 que habrá escuchado el Cielo justiciero,
 aunque suspende el exemplar castigo.
 ¡O tú, padre de todos, Sol hermoso,
 protector de este Imperio, y padre miol
 ¿no miras el destrozo de tu trono?
 ¿no es el rayo veloz tu fiel ministro?
 Baxa á tu mismo solio: vé al tyrano
 que con tal crueldad enfurecido
 se ceba hasta en tu sangre generosa,

15

que corre en vergonzoso desperdicio.
 Quantos heredan de tu noble aliento,
 por la sangre Real que te han debido,
 de sus iras tyranas son objeto
 que los condena á indigno sacrificio.
 Solo yo á tanta pena reservado,
 porque pueda sufrir mayor martirio,
 si de la muerte el golpe evitar pude,
 mil muertes he sufrido en lo que he visto.
 Mas ya conozco que mi fin se acerca:
 fin de mis penas siempre apetecido,
 que el traherme el Tyrano á su presencia
 es por cebarse en el atroz delito.
 Ea, guiad.

16

ESCENA II

HUÁSCAR, QUIZQUIZ, MAMA-VARCAI.

HUÁSCAR.

¿Mas, Cielo, es esto sueño?
 ¡Mama-Varcai! ¿pues cómo? ¿qué prodigio
 te restituye viva? ¿No acabaste
 quando el trono del Sol en sangre tinto
 fue teatro de horrores, que en su niebla
 envolvió mis vasallos, y mis hijos?

VARCAI.

¡Ay Huáscar-Inca amado! mi desdicha
 librarme de ese número ha querido,
 porque á mayores males me reserva;
 pero con el placer de haberte visto
 quien muerto te lloró, se olvida todo.
 ¿Cómo vienes? ¿Qué es esto? ¿Algun alivio
 renace de la ya muerta esperanza?
 ¿Ha olvidado Atahualpa el odio antiguo?
 ¿Quiere reconocer su justo dueño,

y despues de pesares infinitos
coronar mi constancia y sufrimiento,
superior á su engaño y artificio?
Mas mi deseo adúlto; ¡Quan en vano
pretendo lisonjear el gusto miol
Un corazon, que el crimen endurece,
dificilmente dexa su camino.

17

Ahora mas que nunca reconozco,
quan sin freno su bárbaro apetito
corre precipitado a los agravios,
sin escuchar el interior aviso.
¿Estando vivo Huáscar, no se escusa
de pretender mi mano?

HUÁSCAR.

¿Qué, qué has dicho?
¿es posible? ¿Esa furia, ese Tyrano
se halla capaz de tan atroz delito?
¿Esta pena, este horror me guarda el Cielo
despues de los tormentos que he sufrido?
Quitame el Reyno, arranca mi Corona,
siega mi cuello con feróz cuchillo,
cayga muerto á tu mano el fiel vasallo,
oyga yo los lamentos de mis hijos;
pero ver en tus brazos á mi esposa,
ver que mi hermana escucha tus cariños...

VARCAY.

Basta, Huáscar: ¿Qué es eso? ¿has olvidado
que fue Huáyna Cápac el padre mio,
y que una misma sangre nos alienta?
conmuevate el horror de aquel delito,
mas trocarle en temor y sobresalto,
es llenar de ignominia el valor mismo.

HUÁSCAR.

Bien conozco, Varcay...

18

VARCAY.

Escusa darme
satisfaccion alguna que no pido.
Hijas son del dolor aquellas voces,
y mas que sobresaltos, son gemidos.

HUÁSCAR.

Bien dices; no es recelo, es rabia, es ira.
¿Mas cómo de tu vida el debil hilo
pudo evitar la cólera irritada?
¿Cómo escapar pudiste del peligro?
¿Qué acaso te condujo á Casamarca?
¿Resta algun infeliz de nuestros hijos?

VARCAY.

¡Ay Huáscar! que mi pena has renovado,
y solo responder sabré en suspiros.
Aquel tremendo dia en que Atahualpa
en la plaza del Cuzco juntar hizo
las ramas generosas y Reales,
que atrajo con engaño y artificio;
tambien me vi arrastrar con ignominia
ázia el horror del espantoso circo.
Los ministros feroces de Atahualpa
cerraban en tres lineas el camino:
la vida no encontraba senda alguna:
tal vez el llanto apresuró el peligro.
Mis hijos, mis hermanos, mis parientes,
cercados de los bárbaros ministros,
esperaban la muerte por instantes,

19

que oscurecido el Cielo vér no quiso.
Diose la seña: ¡Ay Dios! ¡qué horror! ¡qué asombro!

La crúetdad desembaynó el cuchillo,
y la sangre Real tan pura y limpia
brotó en arroyos al cortante filo.
Cáe la esposa en brazos de su esposo;
espira el padre sosteniendo al hijo,
y al quererle evitar el fiero golpe,
tal vez el pecho se atraviesa él mismo.

HUÁSCAR.

¡O que funesta idea! ¡Qué horrorosa
pintura me presenta! El llanto, el grito
de tantos infelices me conmueve:
parece que le tengo en mis oídos.

VARCAY.

Abrazada, ¡ay de mí de Coya Cuji,
exhalaba mi espíritu en suspiros,
apeteciendo casi el duro instante
por no mirar objetos tan indignos.
Un ministro cruel arranca alevé
mi amada hija del regazo mío:
mi débil fuerza en vano se le opone:
mi llanto en vano conmoverle quiso:
atraviesa (le dixé) antes mi pecho:
concede a mi dolor, ó á mi cariño,
el infeliz consuelo de ir delante,
y no ver tan tyrano sacrificio.
Sordo á mis voces, á mi llanto ciego,

C 2

despreciando feróz mi débil brio,
me quita de la vista á Coya-Cuji,
quando el dolor me suspendió el sentido:
Lisonja fue del Cielo, con que aparta
el objeto cruel de mi martirio:
¡ojalá que el desmayo fuera eterno!
no sintiera las penas que he sentido.

HUÁSCAR.

¡O bárbaro Atahualpa! ¿no te mueve
aquel cándido pecho? ¿aquel divino
semblante, que retrata la inocencia?
matame á mi, completa el sacrificio.

VARCAY.

Despierto á mi dolor: hállome sola,
llamo á mi hija en lamentables gritos,
la confusion envuelve mi lamento,
mezclanse con los otros mis suspiros:
busco la muerte: huyen de mi todos:
insulto la piedad de los ministros:
nada me sirve: el fallo de mi muerte
estaba revocado, ó suspendido.
Vuelvo al palacio: hablame el Tyrano:
mi valor se desdeña hasta de oírlo:
atrevese á mirarme: ¡qué osadía!
exágera el poder de su dominio:
burlo sus amenazas: se enfurece:
insulto su rigór enfurecido:
ofreceme su mano... aquella mano

que juzgo haber cortado el vital hilo
á la preciosa tuya... aquella mano
que á arrancar de mis brazos se ha atrevido
á Coya-Cuji mi adorada hija,
para entregarla al golpe del cuchillo.
¿Puede haber mas infame atrevimiento?
solo en imaginarlo me horrorizo.
Apartame del Cuzco: á Casamarca
ignoro con que intento me ha trahido:
afecta darme libertad entera,
mas siempre me rodean sus ministros.
Te encuentro aquí.

HUÁSCAR.

¿Siquiera este consuelo

el Cielo concederme ha querido?
La sangre y el amor unirnos supo;
¡ojalá que una muerte sepa unirnos!

QUIZQUIZ.

Permitidme, Señor...

HUÁSCAR.

¿Qué es lo que quieres?

QUIZQUIZ.

Solo acordaros que á Atahualpa sirvo,
y que mientras sus ordenes espero,
llevaros al alcazar es preciso.

HUÁSCAR.

Bien dices: obedezcase al Tyrano.
Mama-Varcay, el Sol ha permitido,

que reyne la violencia: obedezcamos.

ESCENA III

MAMA-VARCAY.

Llévame á mi tambien, cruel ministro,
no separes dos vidas que amor une,
mira que no es la muerte igual martirio.
¿Qué es esto, Sol hermoso, Huáscar vive,
quando ya en ese trono cristalino
crei que dominaba las estrellas,
premio feliz á su virtud debido?
¿Le restituye amor para mas pena?
¿ó previniendo el exemplar castigo
quiere que despeñada la violencia,
reyne otra vez el merito del digno?

22

Esa vista, ese encuentro me confunden.
¿Qué causa poderosa, qué motivo
pudo hacer al Tyrano que reserve
la vida, en que contempla mas peligro?
¿Reconocido acaso?... ¡ó! no es posible:
yo conozco su pecho fementido...
mas él viene: su vista huir quisiera
qual la de un ponzoñoso basilisco;
pero amor me detiene. Huáscar vive,
tal vez el ruego, el llanto y el gemido,
ablandarán la crúeldad de un monstruo.
Haga mi obligacion el sacrificio.

ESCENA IV

VARCAY, ATAHUALPA.

Atahualpa.

ATAHUALPA.

Varcay.

VARCAY.

La roja borla
ya tus augustas sienes ha ceñido:
si así lo quiso el Cielo, no me quejo,
aunque violaste fuero tan antiguo.
Sea tuyo el Perú, goza su Imperio,
rindase el Cuzco á tu poder altivo,
las provincias que el Sol ha destinado
por legitima herencia de sus hijos
te obedezcan rendidas, y te adoren
como pudo otro tiempo sola Quito:
ayude la fortuna tus sucesos,
goza de su favor, que yo no envidio,
y tus conquistas tengan solamente
en uno y otro mar término fijo;
mas, pues todo lo cedo sin zozobra,

23

concedeme una vida que te pido.

ATAHUALPA.

Mama-Varcay, la vida, el Reyno, el trono
siempre estarán pendientes de tu arbitrio.

Atahualpa te adora, y no pretende
reynar en el Perú, si no es contigo;
como este sea el precio, ordena, manda,
tus preceptos serán obedecidos.

24

VARCAY.

¿Que esto pueda sufrir? Cesa, Atahualpa:
si eres Rey, ponte freno a ese delirio,
que han de sobresalir los Soberanos,
y nunca son ventajas los delitos.
¿Sabes que Huáscar vive?

ATAHUALPA.

Sé que tengo
en mis manos el mando y poderio,
y que debe la vida á mi clemencia;
pero fuera rigor que un beneficio
estorváse mi amor: logre la vida;
mas lógrela cediendo al amor mio.

VARCAY.

Eso sí, manifiesta tu carácter:
sepulta la razon en negro olvido:
desconoce tu sér: di que eres fiera,
y que de fiera tienes sér y estilo.
¿Qué bárbaro hasta ahora ha caminado
tan descaradamente al precipicio?
Las leyes, el honor...

ATAHUALPA.

Quando es violento
sabe amor disculpar cualquier delito.

25

VARCAY.

Oráculo del odio y la torpeza,
¿quieres volver al horroroso siglo,
en el que la indolencia no escuchaba
siquiera á la vergüenza sus avisos?
¿Preciaste de que Inca fue tu padre,
y no piensas en serle parecido?
restablece aquel tiempo miserable,
en que sin ley, sin Dios, sin domicilio,
no conoció el Perú quien le guiáse
sino es la sinrazon de su apetito.
Quando solo el acaso daba esposa,
que se perdía en el instante mismo,
el hijo nunca pudo amar al padre,
ni el padre supo conocer al hijo:
entonces fueras digno Soberano
de pueblo tal de tus costumbres digno.
Pero despues que para nuestra dicha
nuestro gran padre el Sol enviarnos quiso
al gran Manco-Cápac, y á Mama-Ollo,
prendas de su aficion y su cariño:
despues que su dulzura, que su trato
reduxo al pueblo á domicilio fijo,
alumbró la razon, formó familias,
les enseñó el adorno, y el cultivo,
instruyó la piedad, fabricó templos,
les hizo conocer un sér divino,
á quien como hacedor del universo

D

26

adorasen humildes y rendidos,
el bárbaro Atahualpa, descendiente
del mismo primer padre, de aquel mismo

legislador amable y soberano,
¿quebrantarás sus leyes y sus ritos?
¿confundirá derechos y familias?
¿y hará el Perú otra vez confuso abismo?
¡o divino Hacedor!

ATAHUALPA.

No, no prosigas,
ni pienses que te escucho convencido,
engañada tal vez de mi silencio,
que para mi no pesa quanto has dicho.
Quando pretendi dar el primer paso
para tomar la borla, que ya ciño,
me pudo hacer temer la incertidumbre
que habia otro poder mayor que el mio;
pero ya independiente y soberano,
puesto á mis pies el Cuzco, y sus dominios,
no es razon que mi gusto se violente;
que nada pesa lo que el gusto mio.

VARCAY.

¿Qué es esto? ¿ya has llegado á tal extremo?
¿ni aun el remordimiento, aquel aviso
que mortifica al reo á pesar suyo,
no puede su eficacia usar contigo?
Despierta á la razon: basta, Atahualpa,
reconoce lo feo del delito,

tanto mas horroroso, quanto sea
mas elevado el puesto en que ha caido.
Manco-Cápac, legislador severo,
puso por pena al robador indigno
del honor estimable de sus hijas
una muerte afrentosa: y que sus hijos,
su muger, sus criados, sus parientes,
(qual si cómplices fueran) sus vecinos,
sus ganados, las plantas, todo el pueblo
en donde tan mal hombre hubo nacido,

27

pereciese con él violentamente,
sin perdonar ni templo, ni edificio.
Esta severa ley, aunque tan justa,
no ha sido executada en tantos siglos:
el mas impuro reprimio el deseo
por horror de la pena, ó del delito;
solo tú...

ATAHUALPA.

Ya se cansa mi paciencia.
¡O que mal á Atahualpa has conocido,
si juzgas en él facil, que abandone
una pasión violenta, un fiel cariño!
Mas voy en solo un rasgo á descubrirte
mi genio y mi intencion.

VARCAY.

No necesito
mas que ver tus acciones.

D 2

ATAHUALPA.

Al oirme

tendrás conocimiento mas preciso.
Coya-Cuji-Varcay... no te alborotes,
no ha muerto, no, el imán de tus cariños,
en mi poder está. ¿Qué te suspende?
mi gracia reservartela ha sabido.
A restituirla voy á tus alhagos,
y á escusar á tu error tantos suspiros;
mas será condicion irrevocable,
que admitas la Corona que te ciño,
que estimes el Imperio que te ofrezco,
y al lado de Atahualpa...

28

VARCAY.

¿Qué, qué has dicho?

ATAHUALPA.

Escusa interrumpirme. Ola, Soldados,
trahed á Coya-Cuji. Ay te la fio:
si la adoras, procura libertarla:
tu voz fálo ha de ser ejecutivo:
en tus manos está su vida y muerte:
consulta con tu enojo, ó su cariño.

ESCENA V

VARCAY, COYA-CUJI.

Ya he consultado: matame, alevoso,

atraveseme el pecho tu cuchillo,
saca toda la sangre de mis venas;
no la reserves para tal martirio.

CUJI.

Madre, Señora... ¡ó Dios! ¿es esto sueño?
¿tu amor huye de mí? ¿pues qué delito
me prohíbe tus brazos?

VARCAY.

Mi desdicha.
Déxame huir el aire que respiro.

CUJI.

Lloré tu muerte, imaginé esta pena
incapáz de encontrar algún alivio,
y quando compasivo el Cielo quiere
poner fin a mi llanto ¿tus desvíos

29

han de aumentar mi horror? ¿yo he de mirarte
escusando mi vista entre gemidos?
¡qué desusada pena! Si mi vida,
que juzgaba inocente, te ha ofendido,
termine en este punto su carrera,
acabe en voluntario sacrificio;
pero no me aborrezcas.

VARCAY.

Hija mía,
¡yo aborrecerte! el Cielo me es testigo
de que sola tu muerte imaginada
es el mayor tormento que he sufrido;
yo te amor, Coya-Cuji, yo te adoro,

tu inocencia merece mis cariños,
y... pero huye de mí. ¡Qué horror! ¡qué asombro!
yo misma voy á ser fiero ministro
que el dogal asegure á tu garganta,
y al tierno pecho clava infiel cuchillo.
Yo misma, Coya-Cuji, te doy muerte,
tu contrario mayor es mi amor mismo.

CUJI.

Si es amor quien me mata, Cuji muera.

VARCAY.

¡Ah, que no ha de poder amor sufrirlo!

CUJI.

Cielo, ¿qué oposicion, qué enigma es este?
¿pero mi padre Huáscar? ¿es delirio?
¿el sol le restituye? ¿es hoy el día
de ver amontonados los prodigios?

30

ESCENA VI

VARCAY, CUJI, HUÁSCAR.

HUÁSCAR.

¿Dónde estás, Coya-Cuji? ¿Que en fin vives?
llega á mis brazos, llega. ¿Mas qué miro?
¿tú llorosa? ¡Varcay tan retirada,
quando ya deponiendo el odio antiguo,
ó suspendiendo un rato su fiereza,
Atahualpa llegar me ha permitido

á donde pueda veros!

CUJI.

Entre asombros
marmol soy; mas tus brazos, padre mio,
siempre serán el centro de mi afecto.

VARCAY.

Detente, Huáscar, que es nuevo martirio
el que el Tyrano intenta. No imagines
que por buscar á tu pesar alivio
te permite llegar á Coya-Cuji;
ingenioso el carácter vengativo
quiere que ese favor tu pena aumente.

HUÁSCAR.

Al menos el piacer de haberla visto...

VARCAY.

¿El piacer?... el pesar, el sentimiento,
la desesperacion... Cielo divino,
esfuerza mi valor: yo desfallezco:
este objeto enagena mis sentidos.

31

Tu hija ha de morir: hoy á tu vista
vá á executarse el fiero sacrificio:
la sentencia está dada, y de su muerte
te convida el Tyrano á ser testigo.

CUJI.

Madre...

HUÁSCAR.

Varcay.

VARCAY.

Dexadme, que no puedo
a mí misma sufrirme.

CUJI.

¿Qué delito...

HUÁSCAR.

¿Qué impiedad...

CUJI.

Pudo haber en mi inocencia?

HUÁSCAR.

Pudo de tal estrago ser motivo?

VARCAY.

Delito es, impiedad es execrable;
mas es el reo el Juez, y su castigo
manda que lo padezca el inocente.
Conoced á Atahualpa monstruo indigno.

32

Con ley precisa y dura me ha intimado
que resuelva... ¡qué horror! tiemblo al decirlo...
subir al trono en sus alevés brazos,
ó ver morir en el instante mismo
á Coya-Cuji.

HUÁSCAR.

Infame alternativa.

CUJI.

Mi corazón asalta un mortal frío.

VARCAY.

¿Qué he de elegir? ¿la infamia, ó la violencia?
¿el sacrilegio horrendo, ó el cuchillo?

derrama antes mi sangre, infiel Tyrano,
que obligarme a tan bárbaros partidos.

HUÁSCAR.

¡Triste Imperio! ahora sí que veo
los infaustos pronósticos cumplidos.
¡Sagrado Viracocha! ya ha llegado
el tiempo que tu ciencia nos predixo.
Huáyna-Cápac, mi padre, fue el postrero
de los Emperadores siempre invictos,
hijos del Sol, que el Cuzco ha venerado:
yo preso, miserable, y abatido
número no compongo: en él los doce
acabaron según tu vaticinio.
El bastardo Atahualpa, que hoy impera
por medio de la infamia y artificio,
no es legítimo Rey: es un Tyrano,
un intruso, un infiel, un fermentado,
que á la traición más torpe juntar sabe
el horror de sacrilegos delitos.

33

No es posible que el Cielo sufrir pueda
tanta abominación; de su castigo
el término se llega. Rompa, rompa
de nuestra triste vida el débil hilo,
acabe la familia más ilustre
que este sobervio Imperio ha conocido;
mas sepa que el decreto está ya dado
con breve plazo, término preciso,
y que no ha de gozar el fruto infame

E

de su traición, y abominables vicios.

CUJI.

Madre, Señor, el daño es sin remedio;
disimulad el llanto y el suspiro:
yo he de morir: el Cielo lo dispone:
justo es obedecer si así lo quiso;
pero sea consuelo en tanta pena,
lo que es á la verdad único alivio.
El Sol vé mi inocencia: á él dedicada
en su templo mi vida hubiera sido
tan pura é inocente, qual conviene
á quien debe emplearse en su servicio.
A el Sol ha satisfecho mi deseo,
quiere escusarme el culto, intenta fino
llevarme en flor á su brillante trono,
donde reine por siglos sucesivos:
muera, pues, y si el Sol así lo manda,
tengamos todos sentimientos dignos.

VARCAY.

Hija del Sol, tu noble afecto dice
el claro origen que te dió principio;
¡mas ay! que quanto más mi amor mereces,
más tu pérdida tiembla mi cariño.
Llega á mis brazos, llega... pero Quizquiz...

34

ESCENA VII

HUÁSCAR, VARCAY, CUJI, QUIZQUIZ.

QUIZQUIZ.

Atahualpa, Señor, me ha prevenido
que á su presencia lleve á Coya-Cuji.

VARCAY.

Esto es hecho: deten, cruel ministro,
la sacrilega mano.

QUIZQUIZ.

Yo, Señora...

CUJI.

Permitidle, Señora, hacer su oficio;
el Sol así lo quiere, obedezcamos,
y en el temible instante, si es preciso,
el Tyrano conozca, que no saben
desmentirse jamás del Sol los hijos.

ESCENA VIII

VARCAY, HUÁSCAR.

HUÁSCAR.

Bien dices: Quiera el Cielo concedernos
el no sobrevivir á este martirio.
Adorada Varcay, cesen extremos

E 2

aunque los hace justos el motivo.

El fin nuestro se llega: ya el Tyrano
con este fiero golpe nos previno:
sigamos el impulso que nos guía,
y acabemos de estar oscurecidos
en estado tan triste y miserable:
nuestro gran padre el Sol, el Sol divino
nos llama ázia su trono. No escusemos
obedecerle pronto.

VARCAY.

No resisto:
ya veo que mi muerte está muy cerca.
¡Oh, llegue ya su plazo apetecido
que ponga fin a tantos sobresaltos!
pero el Tyrano reyna: este martirio
causa mi dolor solo.

HUÁSCAR.

De esa pena
el Cielo justiciero ofrece alivio:
ya se acerca el instante en que vomite
el espíritu inmundo: ya el castigo
prepara la justicia Soberana
como debida pena á sus delitos.
Huáscar, hijo del Sol, lo pronostica:
el Sol puso en boca el vaticinio.

VARCAY.

Cumplase su decreto irresistible,
y quede un alevoso confundido.

Estudio de la Moderna Consolidación de Suelos Terrosos mediante el empleo de Productos Orgánicos

En la situación en que aún se encuentra la red de carreteras ecuatorianas, con solamente un reducido porcentaje de pavimentos asfálticos, y en perspectiva de que en el País han de crearse industrias químicas que proporcionen variados elementos para todas las necesidades, considero de mucho interés verificar un estudio, así sea sintético, de los métodos de consolidación de suelos terrosos, especialmente del moderno, mediante empleo de productos orgánicos.

El mejor solidificador desarrollado hasta ahora, es el acrilato de calcio, el cual puede causar definidos cambios en las propiedades técnicas de un suelo natural. El tratamiento general consiste en añadir al suelo, acrilato de calcio **monomerado**, el cual debe ser luego **polimerizado** mediante un agente catalizador, para obtener un producto flexible y con apreciable esfuerzo resistente. La bondad de los resultados es variable, y depende de un sinnúmero de detalles que intervienen en el tratamiento.

Hemos de considerar que casi todas las construcciones de ingeniería, tales como presas, caminos, pistas de aterrizaje, etc., deben descansar sobre el suelo, y algunas de ellas emplean el suelo mismo en su conformación. Es raro encontrar suelos que reúnan todas las características exigidas para su óptimo comportamiento en las diferentes obras, debiendo, muchas veces, proceder a su selección y mejoramiento. Cuando los suelos no son satisfactorios, hay tres proce-

dimientos viables, en la técnica constructiva, y son los siguientes:

- 1º—Dejando inalterados los suelos y atravesándolos con pilotajes, que se encargarán de transmitir las cargas a los estratos inferiores resistentes;
- 2º—Removiendo los horizontes de suelo de mala calidad, y reemplazándolos con capas mejoradas; y
- 3º—Sometiendo los suelos a tratamiento, transformándolos en suelo-cemento, suelo-bituminoso, suelo-acrilático, etc., mediante procesos mecánico-químicos.

Los dos primeros procedimientos son extensivamente empleados en todo el mundo; pues su técnica es fácil y los resultados muy aceptables. El tercer procedimiento requiere más estudio, mucha práctica y gran habilidad de aplicación. Los métodos conocidos para el tratamiento de suelos son:

Mecánico.—El más conocido ejemplo de tratamiento mecánico, es la compactación. Colocando el suelo con un apropiado contenido de agua y compactándolo a presiones apropiadas, se obtienen rellenos fuertes, poco permeables y de baja compresibilidad.

Térmico.—Muchos suelos pueden ser estabilizados sujetándolos a altas o bajas temperaturas. Calentándolos a 600 grados centígrados, por ejemplo, se deshidratan, mejorando sus propiedades técnicas, sin que lleguen a fundirse, puesto que para ello se precisan temperaturas entre 1.000 y 2.000 grados centígrados.

Algunos suelos han sido reforzados temporalmente, también, por congelación del agua de sus poros, mas este procedimiento no es muy aconsejado, puesto que ocasiona, a menudo, roturas, levantamientos y migración acuosa.

Eléctrico.—Una aplicación de corriente directa a un suelo, puede ocasionar un buen drenaje de su contenido de agua, impartiendo una apreciable resistencia estructural. Igualmente, se ha empleado con bastante éxito, especialmente en Europa, la electro-ósmosis, pero consideraciones de orden económico han restringido notablemente este procedimiento, aun en los EE. UU. de Norteamérica.

Misceláneo.—El recubrimiento de suelos, especialmente los incli-

nados, con cascajo y césped es, ciertamente, el más fácil y económico de los procedimientos de estabilización.

Químico.—De los varios métodos de tratamiento del suelo, el químico, ayudado por el mecánico, es el que ha dado los más eficientes resultados. La idea de estabilizar el suelo con productos químicos es muy antigua, y muchos ingenieros e investigadores han estado buscando, desde muchísimos años atrás, una substancia que fuera capaz de transmitirle resistencia y que ésta perdurara indefinidamente. Entre las substancias repetidamente ensayadas figuran:

a) Los cloruros

Muchísimos trabajos se han realizado para evaluar la efectividad de los cloruros de calcio y de sodio en la estabilización de suelos. Es un hecho perfectamente comprobado que los cloruros pueden retener la humedad del suelo y ser, consecuentemente, buenos eliminadores del polvo. Así, también, ellos pueden facilitar enormemente la compactación y prevenir la congelación, debido a sus propiedades deliquescentes e higroscópicas y, sobre todo, a su gran acumulo de iones para intercambiarlos con los iones del suelo.

Así, los cloruros son utilizados en ciertos casos solamente, en razón de que imparten poco esfuerzo al espécimen tratado. No pueden, por tanto, ser considerados como estabilizadores generales.

b) Cemento portland

El cemento de tipo portland se emplea como estabilizador de suelos, sea como lechada que se inyecta en las capas inalteradas o como polvo que se mezcla con suelos naturales que, luego, se compactan convenientemente. El segundo procedimiento, mucho más común que el primero, produce suelo-cemento. La función del cemento es, principalmente, la cementación de las partículas de suelo, de manera que lleguen a formar una masa rígida. La reacción más importante y conocida es el endurecimiento del cemento por hidratación, cuyo proceso requiere largo tiempo.

Como resultado de muchísimas investigaciones se han acumulado gran cantidad de datos que definen las características de los suelos-

cemento. Sin embargo, desde que estas informaciones tienen el sello del empirismo, la predicción del comportamiento de un suelo-cemento es siempre incierta y aventurada. Una cosa sí es absolutamente cierta: desde que el suelo-cemento es un producto rígido, necesita una sub-base bien sólida, para que no se rompa o asiente.

c) Bitúmenes

Muchísimos materiales bituminosos han sido usados en la estabilización de suelos, siendo los principales los alquitranes, producidos por materiales orgánicos como el carbón; y los asfaltos, que se hallan en estado nativo, o son derivados de hidro-carburos, como el petróleo.

Los asfaltos líquidos, tales como los "cut-backs", los aceites para carreteras y las emulsiones, son mucho más empleados que los alquitranes para estabilizaciones.

Mientras ciertos bitúmenes pueden impartir alguna acción de ligadura o enlazamiento del suelo, la función primordial es, más bien, proteger al suelo estabilizado de los efectos deletéreos del agua.

Un suelo estabilizado con bitúmen es flexible, pero tiene muy poca resistencia a las tensiones. Sin embargo, con el suelo-cemento, el suelo-bitumen han sido empleados con buenos resultados en ciertas condiciones y, especialmente, con suelos de granulación gruesa.

d) Resinas

En los últimos años se han ensayado algunas resinas para la estabilización de suelos, pero el proceso ha sido descartado por su elevado costo.

e) Silicato de sodio

El empleo del silicato de sodio, mezclándolo directamente con el suelo y añadiendo, luego, reactivos salinos como el cloruro de calcio, da como resultado la formación de un **gel** que llena los vacíos del suelo y liga sus partículas arenosas, hasta formar un producto rígido. Los resultados no son, ciertamente, éxitos absolutos; pues, se ha observado que el suelo así tratado, se desintegra con el tiempo.

f) Arcilla

La adición de arcilla, especialmente de montmorillonita, a la arena, le transmite alguna resistencia a la comprensión; el cambio de **iones** de la montmorillonita, particularmente con compuestos orgánicos nitrogenados, puede acrecentar esta resistencia. Sin embargo, debe tenerse siempre en cuenta que los suelos estabilizados con arcilla son propensos a deteriorarse bajo inmersión de agua, circunstancia que obliga un control frecuente y prolijo de la humedad óptima para la compactación.

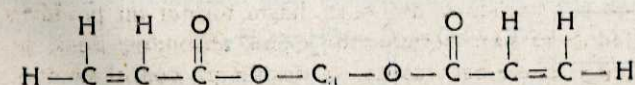
g) Otros estabilizantes

Hay una larga lista de elementos, entre los que figuran el aceite de aleurita, el aceite de semillas de lino, el aceite de semillas de algodón, el aceite de castor, la leche de caucho, las melasas, el aceite mineral, el carbonato de sodio, el carbonato de calcio, la parafina, el hidróxido de calcio, etc., todos los cuales han sido ensayados para la estabilización de suelos terrosos de diferentes tipos, y aunque algunos de ellos pueden servir beneficiosamente en ciertas condiciones, no pueden ser considerados como excelentes en todos los casos.

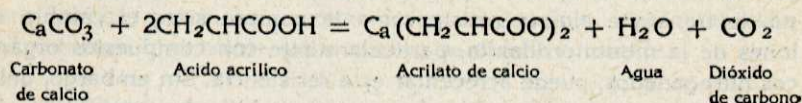
Estabilización con acrilato de calcio

Aunque, realmente, hasta ahora, la estabilización de suelos mediante el empleo de acrilato de calcio es algo costosa, aun en los EE. UU. de Norteamérica, vale la pena estudiarla porque produce muy halagadores resultados donde quiera que se trate de obtener una capa flexible, con suficiente resistencia a las tensiones. Estas características principales hacen que el producto sea empleado preferentemente en carreteras, donde el tráfico va creciendo apreciablemente, y en aeropistas sujetas a iguales condiciones. Su empleo se ha extendido también a áreas comerciales para parqueamiento de vehículos, áreas para campos deportivos, áreas para campos de diversión, pisos para todo género de edificaciones, etc.

El acrilato de calcio es una sal orgánica que tiene como fórmula:

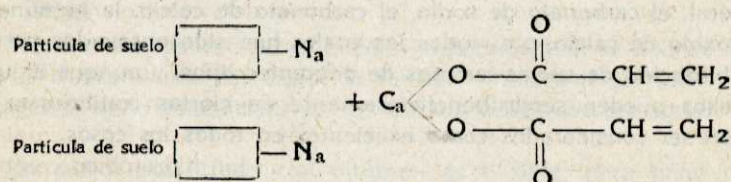


y puede ser obtenida por mezcla de carbonato de calcio con ácido acrílico, para formar acrilato de calcio, dióxido de carbono y agua, así:

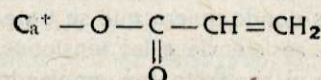


El acrilato de calcio, no es particularmente tóxico, y por consiguiente su manejo no requiere extremado cuidado. La estabilización de los suelos con este compuesto se verifica introduciendo en la masa terrosa el acrilato de calcio **monómero** y luego causando una **polimerización** mediante un sistema reductor, como un agente catalítico y un activador.

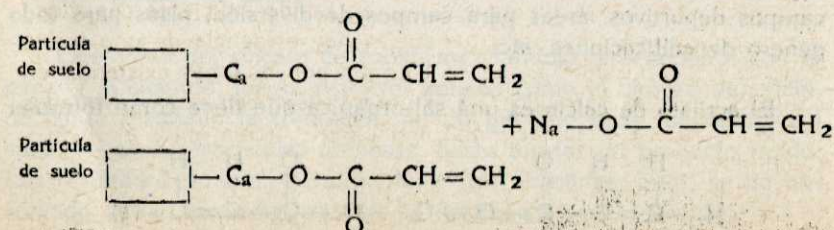
Las reacciones que se producen, pueden explicarse fácilmente con el siguiente ejemplo:



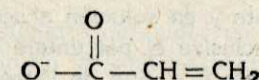
Un suelo de base cambiante que tenga sodio como sus iones unidos, se mezcla con acrilato de calcio. Este se ioniza en presencia del agua, para formar entre otros iones, uno, positivamente cargado



Este ion puede unirse a la partícula de suelo por reemplazo del ion-sodio, en un cambio de reacción, como se ve en la figura siguiente:



El sodio desplazado, puede reaccionar con un ion-acrilato negativamente cargado



y formar acrilato de sodio.

El segundo paso es la polimerización del acrilato que hallase unido al suelo y ambos disueltos en agua suficiente, a fin de formar largas cadenas de polimerados. Estas se unen al suelo a través de los iones de calcio, los cuales, en exceso, enlazan también dichas cadenas en sentido transversal.

El resultado es que todas las partículas de suelo se unen en un conjunto fuerte y flexible, formando un complejo tridimensional.

La estabilización del suelo por cambio de iones solamente, que representa el primer paso en el proceso descrito anteriormente, ha sido intentado muchas veces. La Universidad de Iowa, en los EE. UU. ha ensayado la sustitución de los iones del suelo con cationes orgánicos, tales como aminos, obtenidos de ácidos grasos. El reemplazo de un ion **hidrófilo** como el del sodio, con un ion **hidrofóbico** como el del acrilato de calcio reduce la afinidad del agua del suelo. Las reacciones que se producen rara vez acrecientan la resistencia al esfuerzo cortante del suelo, causando, más bien, un muy apreciable decrecimiento. Por ejemplo, el cambio de bentonita sódica con un diez por ciento, por peso, de acrilato de calcio, ocasionará una caída de un sexto de la resistencia inicial del suelo al esfuerzo cortante.

El cambio de iones, tal como se ve en las figuras anteriores, añadiría resistencia al suelo tratado, después de la polimerización.

En general, el acrilato de calcio ha sido usado con magníficos resultados, en aquellos suelos que no han tenido suficiente capacidad para cambiar sus iones. En estos suelos hay evidencia de una fuerte atracción al polimerado, la cual es causada por los iones existentes en la superficie de las partículas, no saturados eléctricamente y ayudados por alguna fuerza secundaria que, igualmente, actúa entre el suelo y el polimerado.

Hay algunas posibles variaciones en el procedimiento actual de

estabilización de suelos con el empleo de acrilato de calcio, por ejemplo, la sustancia fundamental y el catalítico, pueden añadirse al suelo conjunta o separadamente y en solución acuosa o en forma pulverulenta. Las cantidades, inclusive el porcentaje de agua, han de variar con la naturaleza del suelo y el tipo de ingredientes empleados. Los porcentajes de acrilato, referidos a los pesos de suelo seco de 4% a 25% han dado los mejores resultados, en suelos arcillo-arenosos que contienen, aproximadamente, 40% de kaolinita, 40% de cuarzo y 2% de limonita. Bajo un 4% de sustancias químicas, la mezcla se hace difícil y requiere mucho cuidado; y, más arriba del 10%, el tratamiento resulta bastante costoso. Es lógico entender que aumentando la proporción de acrilato, se obtendrían marcados crecimientos de la resistencia a los esfuerzos, comprobándose, experimentalmente, que doblando la proporción del acrilato, de 10 a 20, el suelo adquiere doble resistencia a todas las tensiones.

El sistema catalítico-reductor de persulfato de amonio, como catalítico, y tiosulfato de sodio como activador, da magníficos resultados en la polimerización. Los dos ingredientes se han usado en la proporción de uno a uno, y la cantidad de agua necesaria para la mezcla, es también variable, siendo, a veces, suficiente la humedad propia del suelo. Naturalmente, los resultados son más satisfactorios cuando es posible controlar la cantidad de agua, pues, ella está íntimamente ligada con las reacciones químicas que han de producirse. Por ejemplo, para cualquier suelo, hay, ciertamente, un mínimo de agua para que ocurra la polimerización, volviéndose muy fluido cuando hay un exceso, lo cual impide una correcta compactación.

En nuestro país, donde es posible conseguir las materias primas a precio económico, podría producirse ácido acrílico por el método común de eliminación del agua de los ácidos de la serie láctica, como el ácido **etilenláctico**. La oxidación de la acroleína por el óxido de plata, recientemente preparado, da también como resultado ácido acrílico, luego de haber precipitado la plata por el hidrógeno sulfurado, mas, este procedimiento resulta bastante costoso.

Los demás elementos, tanto el carbonato de calcio para obtener acrilato de calcio, como el persulfato de amonio y el tiosulfato de sodio que forman el sistema catalítico, serán relativamente fáciles de obtenerse, cuando la industria ecuatoriana haya avanzado apreciablemente en el campo de la química industrial.

Hasta ahora, los resultados obtenidos en la estabilización de suelos con acrilato de calcio en la forma explicada, han sido verdaderamente satisfactorios, aunque, por su costo, no han podido generalizarse totalmente. Sin embargo, los investigadores continúan estudiando a fin de descubrir un monómero superior al acrilato y de más fácil obtención. Cualquier elemento que lo suplante, debe reunir, irremediablemente, estas condiciones:

- Debe ser un elemento ionizable;
- Debe formar un polímero que sea insoluble en agua;
- Debe ser polimerizable bajo normales temperaturas y presión;
- Debe existir en forma sólida; y,
- Debe ser una sustancia conseguible a razonable precio.

Los estudios se han extendido, también, a la búsqueda de un nuevo sistema catalítico, para cambiar el persulfato de amonio y el tiosulfato de sodio, con elementos más baratos.

Sea de esto lo que fuere, hasta ahora se sigue empleando, en los EE. UU. de Norteamérica, el acrilato de calcio, para la consolidación de suelos terrosos, el cual acrecienta la fluidez del sistema suelo-agua, reduciendo un tanto los límites de Atterberg de las arcillas arenosas usadas en el proceso de estabilización, así:

	Límite Líquido %	Límite Plástico %	Índice Plástico %
Suelo solo	50,0	24,0	26,0
Suelo 5 % C _a A.	38,6	13,7	24,9
Suelo 7,5% C _a A _r	35,4	14,5	20,9
Suelo 10 % C _a A.	36,3	14,3	22,0

Como puede observarse en los datos precedentes, lo fundamental es que el acrilato de calcio, en diferentes porcentajes, puede alterar las características de compactación de un suelo natural. Así se ha visto, por ejemplo, que en una serie de ensayos de compactación, sujetándose a las prescripciones de Próctor, en una misma arcilla arenosa, se obtienen datos que demuestran, claramente, lo siguiente:

- 1º—Que aumentando el porcentaje de acrilato en el tratamiento, crece la unidad de peso óptima en los sólidos a un máximo (suelo más sustancias químicas), aunque, luego empieza a decrecer;
- 2º—Que aumentando el porcentaje de acrilato, crece la unidad de peso óptima del suelo seco, a un máximo, aunque, luego, empieza también a descender; y,
- 3º—Que aumentando el porcentaje de acrilato en el tratamiento, decrece el contenido óptimo de agua.

Y, aunque, ciertamente, los resultados precedentes se refieren a un solo suelo, ellos definen, claramente, que las características de un suelo natural pueden ser materialmente alteradas con la variación del porcentaje del acrilato de calcio monómero.

Sin embargo, los efectos generales obtenidos, son estos:

Cambio de volumen.—La cantidad de agua utilizada en la mezcla tiene un marcado efecto sobre los cambios volumétricos, los cuales el suelo debe soportar. Pequeña cantidad de agua causa contracción, y excesiva cantidad produce expansión. La primera puede ser bastante fuerte como para causar roturas y un crecimiento de la unidad de peso que altere las características de resistencia. Una arcilla arenosa tratada con acrilato de calcio y un 60% de agua, se contrae en, más o menos, un 75% de su volumen original; por otra parte, a un 20% de mezcla con agua, el aire seco reduce el volumen a un 90%, y rehumedeciendo el suelo, el volumen crece a un 107%. En la práctica, los resultados discrepan marcadamente de los que se obtienen en el laboratorio, porque el suelo, tratado en el campo, generalmente absorbe agua de las capas inferiores o del ambiente mismo cargado de humedad, diferenciándose así del espécimen enviado al análisis.

Resistencia.—El tratamiento con acrilato de calcio, acrecienta la resistencia a la tensión de un suelo, desde cero a valores sustantivos. Variando la cantidad de agua en la mezcla, se puede obtener un producto que posea alta compresión, mucha resistencia a las tensiones y conserve apreciable flexibilidad. Por ejemplo, con un 10% de agua y polimerización de un 10% de acrilato se puede acrecentar la resistencia compresiva de 40 libras por pulgada cuadrada a 600, o sea un crecimiento de 1.500%.

Flexibilidad.—La flexibilidad, como se ha expuesto anteriormente, puede variar con el método que se emplee en el tratamiento, y con las proporciones de los ingredientes. Se necesita, pues, mucha experiencia en la realización de las mezclas para llegar a un grado de flexibilidad requerida.

Efecto del agua.—Se ha apuntado que los excesos de humedad son perjudiciales en el tratamiento, especialmente cuando se trata de arcillas arenosas. En consecuencia, hay que ser prudente en el control del agua, para obtenerse buenos resultados.

Efecto de la composición del suelo.—Los estudios que se han realizado sobre el efecto de la composición de los suelos y su influencia específica en la consolidación misma, han llevado a estas dos conclusiones:

- 1º—Un producto fuerte se obtiene cuando los suelos contienen algunas partículas finamente granuladas; y,
- 2º—Los suelos con altos límites líquidos, requieren más agua en la mezcla.

Los suelos que no contienen apreciable cantidad de partículas pequeñas, no están del todo aptos para retener la mínima cantidad de agua necesaria para la reacción. Aquellos que ostentan gran proporción de partículas del tipo "celosías expansivas", como la montmorillonita, pueden presentar el problema de que el agua añadida para la mezcla, sea absorbida hacia arriba, restándose la precisa para la reacción química.

El somero estudio que acabo de presentar, en relación con los métodos de consolidación de suelos terrosos, puede servir de acicate para que gentes más preparadas, continúen investigando monómeros capaces de reemplazar al acrilato de calcio, cuyo empleo en nuestro medio resulta prohibitivo. Si esto ha de suceder, en el presente o en el futuro, mi modesto esfuerzo realizado tendrá la más amplia compensación.

CRONICA UNIVERSITARIA

1956

DICIEMBRE

Día 15

ARRIBO DEL CATEDRATICO JAIME VILLAR CHAO

Continuando el desarrollo del plan de organización de la Facultad de Ciencias Químicas y la política de las autoridades del Plantel de seleccionar personal especializado para el desempeño de las cátedras de las Facultades de reciente creación como son las de Filosofía y Letras y Ciencias Químicas, el señor Rector doctor Cueva Tamariz, previa autorización del H. Consejo Universitario, contrató los servicios docentes del profesor de nacionalidad española Lcdo. don Jaime Vivar Chao, a fin de que asuma la regencia de una de las cátedras de la Facultad primeramente nombrada. El profesor Villar Chao arribó a Cuenca en este día e inmediatamente se hizo cargo de sus funciones.

Día 16

HOMENAJE AL DOCTOR FRANCISCO ALVAREZ GONZALEZ

La Facultad de Filosofía y Letras, como expresión de reconocimiento por la labor que ha desplegado para su

organización el señor doctor Francisco Alvarez González, a quien las autoridades del Plantel confiaron todas las labores iniciales para estructurar debidamente este núcleo central de cultura del Instituto, en acto solemne colocó su óleo en el salón del Decanato, iniciando así la Galería de Decanos de la Facultad mencionada. El doctor Alvarez González no solamente que fue Director primero de la Facultad y luego su Decano por dos periodos consecutivos, sino que ha prestado su valioso concurso para las actividades docentes y culturales que realiza la Universidad de Cuenca por medio de sus Facultades y Organismos Directivos.

El actual Decano, doctor Gabriel Cevallos García, al tiempo de descubrir el óleo pronunció el siguiente discurso:

"Por usanza universitaria, por disposición de los reglamentos y, sobre otra razón, por cordialidad y deseo de mantener simpatía afectuosa entre los diversos niveles temporales, acostumbran las Facultades guardar en sus salas de reunión el retrato de los decanos, así como en el aula máxima se exhiben las efigies de los Rectores del Plantel. El hecho en sí mismo, hasta podría ser trivial; sin embargo, no deja de motivar ciertas consideraciones al hilo de la añeja inclinación de mirar fijadas sobre el muro las figuras de personas presentes o desaparecidas ya.

En primer término, con esto quiere la Universidad que sus personeros no vayan solamente camino del archivo, archivados a empolvarse hasta el día, ocasionalísimo, en que la mano caritativa y diestra de algún abrigantador de antiguallas extraiga los nombres del polvo y los escriba en los anales, al cabo de largos años. ¿Quién fue aquel señor del que habla la crónica del Instituto puesta al día por el señor Secretario, después de un tiempo en que hasta los allegados por la sangre acaban perdiendo de vista a su antepasado? ¿Hay que preguntarlo al polvo, al silencio o al olvido? Y si tomamos la cosa en serio vemos que preguntar al silencio es lo más noble, pues la falta de una respuesta discreta y dolido, si no redime al pretérito en los archivos, por lo menos redime al investigador de dar con sus afanes sobre el polvo, y redime a los allegados por la sangre del baldón de olvido, que sobre su vida actual echa la vida que fue, y cuya huella hemos dejado perder en el presente.

Con el acto de colocar efigies en galería pretende la Universidad una crónica lo más real posible, una crónica de almas y de cuerpos presentes, viva y durable temporalidad que no se derrumbe sobre el polvo. Porque, metafísicas aparte, aun el tiempo se convierte en polvo, aun las almas se deshacen en el polvo y aun la historia deja de tenerse en pie y se pierde en millones de granos de polvo, si faltan las figuras humanas que hablen por ellas y por su tiempo.

La faz del hombre se mantiene, no obstante la empecinada persecución del polvo. Lo más fugaz, o sea nuestra apariencia, resulta, a la postre, lo definitivo. Cómo jugamos con el misterio y superamos la realidad a fuerza de paradojas, de elegantes creaciones caducas, temporales como las que más, pero llamadas a vencer, por secreta fuerza, a la finitud y a la limitación.

Los simples turistas de la historia de la cultura, y no digo los devotos entregados a ella, saben que a merced de una sola efigie humana, al parecer insondable de silencio y de misterio, se puede reconstruir una época llena de sucesos o un tiempo vacío de acontecimientos. ¿Qué impulso extraño y casi sobrenatural guió siempre a retratarse a los hombres? ¿Qué perseguía el espíritu con esa broma de repetir la imagen corpórea sobre cualquier elemento material tan frágil como la vida? Y todavía más: ¿por qué el empeño de sacar fuera de la intimidad lo más oculto, y ponerlo en medio de la claridad externa, confiando a la piedra, a la madera o al lienzo aquello que, casi siempre, no queremos confiar a nadie ni, acaso, a nosotros mismos? Qué ríos de meditaciones podrían correr parejos al torrente de retratos que hay, por allí, en el mundo.

La sola palabra nos llama a considerarla con cuidado. **Retrato**, evoca un acto de persecución y de cacería, una búsqueda de escrutador en selva enmarañada. Todo retrato es una aventura persecutoria hasta conseguir que se traiga de la espesa selva dantesca —donde siempre corre peligro de perderse nuestra vida—, una clara, sencilla, definitoria imagen, quieta, fijada y, por lo mismo, opuesta a lo que somos intimamente de novedad y de cambio. **Retractum**, desde el comienzo significó traer fuera o al exterior, poner al descubierto, manifestar. Significó una suerte de forzamiento a ser hacia fuera lo que somos hacia dentro.

Nos repetimos para no morir. En lo artístico lo mismo que en lo

biográfico. Pero morimos y nos perpetuamos, juntamente. De allí el empeño sempiterno, si cabe decir, el empeño obstinado de no dar fin, sabiendo que somos limitados a corto plazo. A pocos días vista es nuestra vida, e irónicamente el retrato humano es a largos años vista, a largos siglos vista, como si la inútil fragilidad de un pedazo de materia se adueñara de esa parte de inmortalidad que alienta en los mortales. Y quizás por este robo a lo inmortal que es el hombre, la faena de repetirlo, o sea el arte del retrato, se rodeaba de severas liturgias en algunos pueblos primitivos que, por serlo, anduvieron más cercanos al misterio.

*
* *
*

Pero esta mañana nos hemos congregado con más claros designios. Hemos venido, modestamente es cierto, pero también denodadamente resueltos a dar comienzo, ahora mismo, a la historia de nuestra Facultad de Filosofía y Letras. La primera página del libro de nuestra crónica va iluminada con una efigie. Los infolios de precioso trabajo miniado, solían llevar capitular historiada, y esa gran letra, por regla general, era una efigie representativa de lo que venía a continuación.

Lo tradicional se proyecta sobre la modernidad. Sólo así se comprende la realidad humana en sus exactas dimensiones temporales, como una flecha de dos sentidos: hacia ayer para saber lo que será mañana. Medievalescamente el infolio de nuestra crónica da comienzo hoy día con una imagen rectora de nuestro instituto, segmento universitario nuevo, retoño de humanismo trasplantado tardíamente al huerto intelectual de Cuenca, pero sembrado al fin con mano cariñosa y en tierra que, Dios mediante, dará fruto provechoso.

Capítulo primero y capitular primera de este libro es Francisco Alvarez González. Trotamundos de la idea, acucioso y trabajador, hombre de empresa, silencioso vinculador de la vida actual, de la más actual, con los sabrosos tiempos que fueron una vez, para siempre. Al verle, pulidor de ideas, fino amigo de las diversidades ideológicas, sutil artista de palabras con fundamento indestructible, al verle juntamente dedicado a montar una fábrica de vitrales para distinguir la luz y sus matices, para dar forma al aire sereno de las naves catedralicias,

me lo imagino como a Benito Spinoza, español también y artista filósofo en una sola talla. Puliendo ideas cristalinas para la luz del alma, y puliendo cristales de idealismo para enaltecer la luz de la mirada. En ambos casos y en ambos personajes: ensalzamiento de la claridad. Que la luz y las palabras sean salmo, he allí un grave secreto que no me atrevo a descifrar.

Nuestra crónica da principio con una efigie. Lo que venga después se hallará predicho en ella; implícito o desarrollado, en el pensamiento de Francisco Alvarez se ubicará el devenir de la Facultad. El será para lo posterior el personero intelectual de un afán soñado y realizado por uno de los Rectores más distinguidos y constructores que haya pasado por la vida egregia de la Universidad de Cuenca. Lo que sea posteriormente nuestra Facultad no logrará negar lo que tuvo que ser en el comienzo; y un buen comienzo, decía Aristóteles —y valga la pena invocar ahora a un filósofo padre de la tradición mental de Occidente— el buen comienzo es la mitad de la obra realizada.

Si se ve mañana con justicia, como así se verá, lo que es y lo que llegue a ser la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad, habrá de decirse que la obra de Francisco Alvarez perdura robusteciéndose, desenvolviéndose, reencarnándose en varias formas sucesivas de existir. Se dirá que esa obra nació para durar, dotada de potencia tradicional y de fuerza aventurera. A la ventura, al futuro está abierta y el porvenir la recogerá con agradecimiento.

*
* *
*

En el instante que pasamos nos toca otra faena. La faena cordial de situar en puesto preferente la efigie del primer Decano de nuestro Instituto. Se me ha encomendado hacerlo y lo haré acordando mis palabras al hecho y al personaje.

Pero, y sin causar escándalo de nadie, recuerdo que colocar el retrato de un personaje, por vivo y cercano que lo tengamos, significa en cierto modo condenarlo al silencio o a la soledad. El marco del retrato es un aparte o un paréntesis que trazamos entre el homenajeado y los demás, regalándole, por ello, un gran margen de soledad.

Y recuerdo también que no sólo el marco es aislamiento, sino que la aureola, la elevación, el engrandecimiento y hasta la gloria son soledad. La gloria, sobre todo, cuando se la siente es trágica y desolada.

Dentro del marco dejamos a Francisco Alvarez González, un tanto más separada de nosotros su efigie ya familiar, paterfamiliar en esta Facultad. Con todo no le hemos donado el invento de la soledad, pues su profesión de amante de la sabiduría le destinó, hace años, a retraerse en su soledad interior. He dicho retraerse, y me place distorcer la tradicional etimología de la palabra retrato. Francisco Alvarez González y los de su estirpe espiritual son los **retractados**, los retraídos, los que constantemente buscan la vera efigie del hombre y del mundo, desde el alfeizar del silencio.

Por tanto, en esta mañana, no hacemos sino confirmarle en su destino de marginado contemplador de la vida y del universo. Le dejamos palmariamente confinado en su soledad, desde la que, lopesicamente, va y viene para donarnos el néctar de su pensamiento. Porque el filósofo necesita de la soledad para madurar, para llenarse de jugo, como la copa necesita del vino o la uva exige la ardencia del sol. En sus soledades queda y de ellas volverá hacia nosotros colmado de pensamientos, pues para vivirlos necesita saborearlos **a solas sin testigo** y libre de odios, de esperanzas vanas y recelos.

Lopesicamente le dejamos confinado en su marco de silencio, dándonos una lección más, vieja y repetida desde el siglo XVI:

**"A mis soledades voy,
de mis soledades vengo;
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos."**

Asociación Escuela de Filosofía y Letras y el grupo que constituye la primera promoción de egresados de la Facultad entregaron también, en la misma ceremonia, sendos pergaminos de agradecimiento al doctor Alvarez González que, al finalizar el acto, en sentidas frases agradeció el nuevo homenaje que se le tributaba.

Día 29

HOMENAJE AL PROFESOR DR. DAVID DIAZ CUEVA Y A OTROS SOBRESALIENTES FACULTATIVOS

Con ocasión de cumplir en esta fecha sus bodas de oro profesionales el meritisimo catedrático y sapiente maestro doctor David Díaz Cueva, la Junta de la Facultad de Ciencias Médicas, a la que el doctor Díaz Cueva ha prestado el concurso invalorable de sus conocimientos por más de cuarenta años de abnegada labor docente, le tributó especial homenaje haciéndole entrega de un acuerdo autógrafo concebido en estos términos:

**"LA JUNTA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS MEDICAS
DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA,**

Considerando:

Que el día veinte y nueve de Diciembre del año en curso celebra sus **BODAS DE ORO PROFESIONALES** el meritisimo Catedrático Universitario Señor Doctor Don

DAVID DIAZ CUEVA; y

Que es deber de la Junta exaltar tan magna celebración,

Acuerda:

Saludar al distinguido Maestro en sus cincuenta años de vida profesional, destacando su valiosa labor en la Cátedra y su consagración a la Medicina;

Recomendar su ponderado servicio social en la práctica médica de Obstetricia y Ginecología;

Felicitarle con efusión y aprecio en este memorable día; y

Entregarle, por intermedio del Consejo Directivo, autógrafo del presente Acuerdo, que será publicado en la Revista de la Facultad.

Dado en el Salón de Sesiones de la Escuela de Medicina, en Cuenca, a ocho de Diciembre de mil novecientos cincuenta y seis.

HONORATO CARVALLO VALDIVIESO,
DECANO.

LEONCIO CORDERO JARAMILLO,
SUBDECANO.

LOS PROFESORES:

Miguel Alberto Toral.— Luis Alberto Sojos J.— Julio Enrique Toral Vega.— Víctor Barrera Vélez.— José Carrasco Arteaga.— Juan Idrovo Aguilar.— Timoleón Carrera Cobos.— Vicente Corral Moscoso.— Alberto Alvarado Cobos.— César Hermida Piedra.— Ricardo Montesinos González.— José Joaquín Ortiz Tamariz.— Orlando Regalado Abad.— Ricardo Muñoz Dávila.— José Gabriel Moscoso Espinosa.— Hernando Acosta Crespo.— Modesto Tamariz Arteaga.— Jaime Vintimilla Albornoz.— José Serrano Vega.— Eduardo Neira Carrión.

LOS REPRESENTANTES ESTUDIANTILES:

Tarcisio Arteaga.— Enrique Martínez.— Raúl Cordero.— Sergio Calle.— Angel Sebastián Fuentes.— Enrique Carpio.— Fausto Tiberio Patiño.— José Neira Carrión.

EL SECRETARIO,
GERARDO SOJOS JARAMILLO."

Iguals acuerdos fueron expedidos y entregados por medio de sendas comisiones del Consejo Directivo de la Facultad a los ex-catedráticos de Ciencias Médicas señores doctores Luis Carlos Jaramillo y José Mogrovejo Carrión que también, durante el decurso del año mil novecientos cincuenta y seis, cumplieron el cincuentenario de su incorporación al cuerpo médico. El doctor Jaramillo, además, ha prestado a la Universidad relevantes servicios como Vicerrector del Instituto y miembro de sus Organismos Directivos.

1957

ENERO

Días 3 y 10

**IMPORTANTES CERTAMENES AUSPICIADOS POR
LA UNIVERSIDAD FUERON CONVOCADOS**

Obligada la Universidad por imperativo de civismo a

cooperar para la mejor conmemoración del cuarto centenario de la fundación española de Cuenca, estimó conveniente que esa cooperación se traduzca en reuniones de carácter científico y de preeminente sentido universitario que enaltezcan a la Institución y pongan de relieve su avance cultural.

Previo acuerdo de la máxima Corporación Dirigente del Plantel, con anuencia de las demás Universidades de la República, se resolvió convocar a todas ellas para conferencia nacional que, a la vez que rinda homenaje a la preclara ciudad de Cuenca en su cuadricentenario, aborde algunos de los múltiples y complejos problemas que afectan a la enseñanza superior.

Y de acuerdo con la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales se resolvió también convocar a los sociólogos, economistas, representantes de las Universidades y de las Instituciones dedicadas a la investigación de la realidad social del país, así como a todos los intelectuales interesados en estos mismos estudios, para la realización del Primer Congreso de Sociología Ecuatoriana con el fin de delimitar de manera precisa y clara el contenido y el ámbito de la Sociología Ecuatoriana y sugerir a los Poderes del Estado soluciones de orden estrictamente científico para los problemas sociológicos que confronta la familia ecuatoriana.

Cumplidas las gestiones iniciales el señor Ministro de Educación Pública, en uso de la facultad legal correspondiente y a solicitud de la Universidad de Cuenca, convocó a la Conferencia Universitaria Nacional en conceptuosa nota circular dirigida a todas las Universidades del País en estos términos:

"REPUBLICA DEL ECUADOR.— MINISTERIO DE EDUCACION PÚBLICA.— Circular Nº 2-SS.— Sección: Secundaria y Superior.— Asunto: Convócase a Conferencia Universitaria Nacional.— Quito, a 3 de enero de 1957.— Señor Rector de la Universidad.— Cuenca.— El 12 de abril del presente año, la hidalga y universitaria ciudad de Santa Ana de los Ríos de Cuenca debe celebrar el cuatricentenario de su

fundación. Con tal motivo, las Instituciones públicas —entre ellas, la Universidad del Azuay— se aprestan a conmemorar dignamente este acontecimiento histórico.— El Plantel Superior de dicha ciudad, compenetrado de la trascendental importancia que implica tal celebración, en gesto de justificada preocupación, se ha dirigido a este Ministerio con el propósito de dar a conocer la valiosa iniciativa de concitar a los Centros Superiores de Educación del País en una Conferencia Universitaria que se efectuará en la Capital Azuaya.— En tal virtud, el Despacho de mi cargo, haciendo suyo el anhelo de la Universidad del Azuay y en acto de justiciero y leal homenaje a la culta y hermosa ciudad de Cuenca, de conformidad con la prescrito en el Art. 79 de la Ley Orgánica de Educación Superior, se permite convocar a la Universidad de su Rectoría para la CONFERENCIA UNIVERSITARIA NACIONAL que debe verificarse en la expresa población, a partir del 16 de mayo del año en curso.— No hay duda que Ud., señor Rector, en prueba de solidaridad cívica y cultural, sabrá acoger con entusiasmo este llamamiento y prestar su apoyo para que este magnífico Certamen tenga la más halagadora y cumplida realización.— De Ud., muy atentamente.— DIOS, PATRIA Y LIBERTAD,— (f.) **José Luis Alfaro**,— Ministro de Educación."

Y la Comisión Organizadora del Primer Congreso de Sociología Ecuatoriana, a su vez, convocó este importantísimo certamen con nota de diez de enero de 1957, así:

"El 12 de abril de 1957 se cumple el IV Centenario de la fundación española de Cuenca. Esta significativa conmemoración va a ser jubilosamente celebrada por el M. I. Concejo Municipal y por todas las Instituciones de la Ciudad."

La Universidad de Cuenca y su Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales, compenetradas de la necesidad de conocer a fondo, discutirlos y tratar de encontrar la forma de solucionar algunos de los múltiples problemas de orden sociológico que afectan a la familia ecuatoriana, han creído necesario y oportuno convocar un Congreso de Sociología Ecuatoriana que se encargue de ese estudio, como manera la más eficiente de conmemorar con dignidad y eficacia la fecha cuadricentenaria de la Ciudad.

Esperan contar para ello la Universidad y su Facultad de Juris-

prudencia con la segura y valiosa colaboración de los Institutos de Educación Superior de la Patria, con la de las Instituciones culturales y científicas y con la de los más preeminentes hombres de letras del Ecuador.

Y por ello, en nombre de la Universidad de Cuenca y de la Comisión Organizadora del I Congreso Ecuatoriano de Sociología, nos es altamente honroso invitar a usted para que se sirva concurrir a tan importante certamen.

El Congreso se realizará en Cuenca, durante los días 20, 21, 22, 23 y 24 de mayo del presente año y en él se estudiarán y discutirán los temas que constan en la agenda anexa.

La Universidad de Cuenca y la Comisión Organizadora abrigan la fundada esperanza de que será aceptada esta invitación y honrado así el Congreso que, al estudiar importantes problemas de sociología nacional, rendirá homenaje a la ciudad de Cuenca que ha contribuido al engrandecimiento de la Patria.

Los que invitan anticipan su agradecimiento y se suscriben muy atentamente,

Dr. CARLOS CUEVA TAMARIZ,
Rector de la Universidad de Cuenca.

Dr. LUIS MONSALVE POZO,
Presidente de la Comisión Organizadora.

Dr. VÍCTOR LLORE MOSQUERA,
Secretario de la Comisión Organizadora."

La Agenda que discutirá el Congreso consta de los siguientes puntos:

- 1.—La geografía y las regiones en la vida ecuatoriana.
- 2.—Lo urbano y lo rural en el Ecuador.
- 3.—Clases y castas en el Ecuador.
- 4.—El censo de 1950.
- 5.—La familia ecuatoriana.
- 6.—Caracteres sanitarios e higiénicos de la población.

— La Universidad espera que tan importantes reuniones alcancen todo éxito para bien de la Patria y de la Universi-

dad Ecuatoriana y para mayor lucidez de la conmemoración cuadracentenaria de Cuenca.

Día 25

CONFERENCIA DEL DOCTOR PEDRO ARMILLAS

Delegado por la UNESCO para realizar investigaciones de carácter arqueológico en el Ecuador, el sobresaliente catedrático de la Universidad Nacional Autónoma de México, doctor don Pedro Armillas, predilecto amigo de la Universidad, visitó la ciudad de Cuenca para el cumplimiento de su importante misión. El señor Rector del Instituto le invitó a ocupar la tribuna del aula magna y defiriendo a esta petición y ante una numerosa y selecta concurrencia el doctor Armillas disertó de manera brillante sobre el tema "Consideraciones sobre la Historia de la América Indígena", exponiendo puntos de incuestionable novedad dentro de su especialización. Al terminar su interesante conferencia fue premiado con un prolongado aplauso de los asistentes.

Día 29

REINICIACION DE LABORES DE LA UNIVERSIDAD POPULAR

La Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador, Filial de Cuenca, en cumplimiento de los mandatos de sus Estatutos y luego de algún tiempo de receso reinició las actividades encaminadas a la extensión de los conocimientos de carácter universitario al pueblo, por medio de la Universidad Popular.

Los trabajos comenzaron mediante una sencilla ceremonia inaugural desarrollada en el aula magna a la que asistieron el señor Rector y las principales autoridades de la Universidad, los dirigentes de la Federación de Estudian-

tes y los numerosos alumnos que integran el personal docente.

En su intervención el señor Rector resaltó la necesidad de mantener y desarrollar con eficacia las labores de Universidad Popular, de indiscutible beneficio especialmente para la clase trabajadora.

MARZO

Días 8 y 15

CONFERENCIAS DEL DOCTOR CHARLES LONG

Enviado por el International Exchange Service de los Estados Unidos de Norte América, el doctor Charles Long, Director de la Escuela de Educación de la Universidad de Pensilvania, visitó la Universidad de Cuenca en el desarrollo de un programa de acercamiento cultural con los Institutos de Educación Superior de la República.

Cumpliendo su misión educativa, el día ocho de este mes, ante un numeroso y selecto auditorio sustentó una conferencia con el tema "La Enseñanza de la juventud contemporánea". Y posteriormente, con la participación de miembros del magisterio primario, secundario y superior de la ciudad, se desarrolló una muy interesante mesa redonda sobre el tema "Implicaciones de los sistemas de calificación en relación con el progreso de los estudiantes y calificaciones e informes".

✓ **Día 19**

EL SEÑOR RECTOR DE LA UNIVERSIDAD, DOCTOR DON CARLOS CUEVA TAMARIZ, FUE INVESTIDO DE LA REPRESENTACION OFICIAL DE LA UNIVERSIDAD PARA QUE VISITE EUROPA

Obligado por motivos de carácter personal, el señor

Rector de la Universidad, doctor don Carlos Cueva Tamariz, solicitó licencia al H. Consejo Universitario a fin de poder ausentarse de la ciudad de Cuenca por algún tiempo con el objeto de trasladarse a París.

El Consejo, tomando en consideración que la visita del señor Rector a los centros europeos será de positivo beneficio para el Instituto, cuyo nombre enaltecerá con su presencia y su acción en las diversas ciudades que visite, acordó por unanimidad otorgarle la licencia solicitada y, además, conferirle la representación oficial del Plantel a fin de que sus gestiones tengan carácter oficial.

El señor Rector ha ofrecido intervenir ante la UNESCO y ante la Asociación Internacional de Universidades, Entidad a la que pertenece el Instituto, a fin de conseguir la valiosa ayuda de estas Corporaciones para el mejoramiento de la docencia universitaria. De manera especial el señor Rector lleva el encargo del Consejo Universitario de obtener la dotación a la Universidad de un catedrático de Física Nuclear, importantísima disciplina científica cuya enseñanza la Universidad desea introducir en algunas de sus Facultades.

Mientras dure la ausencia del doctor Cueva Tamariz ejercerá las funciones del Rectorado el señor Vicerrector doctor Luis Monsalve Pozo.

El claustro de la Universidad despidió a su meritisimo Rector con un cordial banquete que fue servido en el Club del Azuay y durante el desarrollo del cual se hicieron demostraciones de especial afecto al primer dirigente universitario. El señor Vicerrector, al ofrecer el banquete, formuló votos por el éxito de las gestiones del doctor Cueva Tamariz en Europa, y el doctor Cueva agradeció el homenaje que se le tributaba con ponderadas frases plenas de sinceridad y reconocimiento.

Día 26

CONMEMORACION DE UN NUEVO ANIVERSARIO DE LA CORTE SUPERIOR DE JUSTICIA DE CUENCA Y DEL DIA DEL ABOGADO

Con ocasión de las festividades cuadracentenarias de

Cuenca, en homenaje a ellas y a la Ciudad, la Excma. Corte Superior de Justicia, la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad y la Academia de Abogados del Azuay celebraron, conjuntamente, una ceremonia que se desarrolló en el Paraninfo de la Universidad en el día en que se conmemora, anualmente, la fundación del Tribunal Superior de Justicia de Cuenca y se celebra el Día del Abogado instituido por la Academia de Abogados del Azuay en el día correspondiente a la fundación antedicha.

El programa desarrollado fue magnifico, terciando en él el catedrático de la Facultad de Jurisprudencia, doctor César Andrade y Cordero que pronunció un elocuente y erudito discurso en el que exaltó las excelencias de la abogacía, señaló los senderos que debía seguirse en el pulcro ejercicio profesional y enalteció los nombres de sobresalientes jurisconsultos azuayos, en la siguiente forma:

"Ilustre Señor Presidente,
Honorables Sres. Ministros de la Excma. Corte Superior de Justicia del Distrito,
Señor Presidente de la Academia de Abogados del Azuay,
Señor Rector de la Universidad,
Señor Alcalde,
Señor Jefe de Zona,
Señores:

Mi intervención, corta y somera, en acto de tan destacado relieve como el presente, se explica tanto por el anhelo de ponerme a tono con los propósitos de celebrar jubilosamente un nuevo Aniversario de la Benemérita Corte Superior de Justicia, cuanto por cumplir con el

honroso encargo que se me ha hecho de parte del Señor Doctor Don Darío Rogelio Astudillo, ilustre Letrado azuayo residente por hoy en los Estados Unidos, y que tan profusa como medularmente prestigiara con su talento y su decoro al Foro del Ecuador.

La cortedad y perentoriedad de mi intervención ante vosotros debería imponerme apenas si la tarea de presentar las gracias a nombre de mi distinguido Representado por haber sido objeto de una honrosa distinción que él bien se la merece y que vosotros, señores Ministros, en un acto de justicia y exaltación de virtudes, sabiamente discernís en esta oportunidad a otros tantos ilustres Letrados que, cumplida una obra de abnegación y estudio, de lucidez y penetración en la Ciencia Jurídica y sus aplicaciones, han llegado a una etapa noble y superada de su ejercicio profesional. No podré, sin embargo, detenerme tan sólo en las consideraciones de circunstancias, frente a un acontecimiento como el que se solemniza ahora, sin encarecer, aunque fuese someramente y reconocer relieves singulares a la actividad judicial en nuestro medio.

Superiores fueron, a la verdad, las virtudes de los Magistrados azuayos, que escritas quedan en la Historia del Ecuador. No podrán contrarrestarse, a lo largo del tiempo, las excelencias del Poder Judicial Azuayo, si es que no se reconociese en él los atributos incontrovertibles de su pericia, de su probidad tradicional, de su técnica profunda, de su afán para obtener el timbre de honorabilidad y sabiduría que le fueron atribuibles deste antaño. Mientras, por desgracia, la quiebra de todos los contenidos deontológicos de la materia jurídica ha sido un hecho inobjetable en ciertos segmentos territoriales de la República del Ecuador, en el Azuay ha sido uniforme y unánime el respeto profundo a la majestad de la Justicia, a la imperiosidad de la Ley, a la incuestionabilidad del precepto, sin soslayar los principios básicos de la equidad, del equilibrio verdadero entre el caso bajo examen y la ciega pureza del dogma jurídico. Tradicional fue, también, el valor académico y científico de los ilustres juristas que, egresados de la Benemérita Universidad de Cuenca y con la anuencia refrendatoria de la Excelentísima Corte Superior, marcharon a otros lugares de la República, o más allá de las lindes patrias, o se quedaron dentro de la meditativa vida doméstica, para continuar recibiendo en las fuentes de la sabiduría jurídica la linfa pura del conocimiento integral. Y por este modo, serán honra y prez de la cuencanía o del azuayismo

bien vertebrado y medular, nombres de ilustres personajes que, en el torrente heracliano del tiempo, se marcharon de la vida dejándonos su ejemplo de sabiduría, de virtud, de trabajo positivo y fecundo. Una guirnalda gloriosa podría el Foro cuencano entretejer para celebraciones como la de hoy, con la paradigmática *theoria* de personajes como el gran Manuel Coronel, como Juan de Dios Corral, como el perillustre Adolfo Torres, y los modernos Justinianos y Celso y Modestinos del Foro Ecuatoriano que, hasta hace pocos años, dieron lustre al Ecuador Jurídico desde los Tribunales de la Suprema Corte del País, y que no debemos permitir que se escapen a la memoria de las generaciones, como el gran civilista doctor Julio Tobías Torres, como el jurista y poeta delicado, doctor Juan Iñiguez Vintimilla, como el severo y lúcido ingenio forense del doctor Januario Palacios, y otros ilustres varones. De la Universidad de Cuenca egresaron verdaderos patriarcas de la Ciencia Jurídica como Alfonso María Mora, que es honra del Azuay en el país; como Andrés F. Córdova que, con su talento y su voluntad de actuación, con su esclarecida pericia y su protéica virtualidad, está entregando a la Patria uno de los más elaborados productos del Derecho Positivo Ecuatoriano y del Derecho Comparado en su técnica universal, y en su aspecto de disciplina y método correspondientes a la Escuela Histórica, a la Escuela Analítica, a la Teoría General del Derecho, que, sobre la corriente *comptiana* y la corriente del historicismo de Vico, supieron preconizar los grandes cerebros de Sauer, Bierling, Bergbohm, Ihering, Austin, y más racionalizadores del *iusnaturalismo* empirista.

El problema del Derecho en el Ecuador ha sido suficientemente tratado en cuanto materia científica y disciplina positiva. Los juristas ecuatorianos han sido numerosos e ilustres. Casi diríase existir una escuela ecuatoriana de jurisprudencia, dada la fecundidad de nuestra actividad intelectual en este sentido. El derecho dogmático, el derecho doctrinario, han sido objeto de innumerables consideraciones y estudios. Una suerte de laboratorio jurídico, para analogizar términos, ha sido montado en nuestro país, desde la escuela y los planteamientos jurisprudenciales de ilustres hombres como Borja y otros comentaristas y *jurisperitos* de autoridad incontrovertible. Pero no es menos verdad que, por atender a los contenidos específicos de la dirección positiva de nuestro Derecho, en cuanto expresión orgánica de un modo de ser de la vida ecuatoriana bajo la ley, se ha desatendido un cierto tanto muy apreciable, a la médula especulativa de la materia

jurídica, contentándonos con establecer planes de confron- te y adecua- ción de legislaciones y sistemas jurídicos foráneos a nuestra realidad de país democrático y constitucionalista. La ley ecuatoriana, si he- mos de analizar profundamente su origen, tiene pigmentos extranje- ros, y fórmulas que no se avienen del todo con las realidades de fondo de nuestro país. La ley ecuatoriana, estudiada en su genética, estudiada en sus estímulos, —aparte de consideraciones de clan, que muchas veces sofistican su propósito—, está tocada de una retoricidad que le hace daño, de un cierto postulado declamatorio y de un cierto desconcierto que se refleja, muchas veces, en fallos contradictorios, en enunciados jurisprudenciales analogizantes y líricos, en peticiones de principio que afectan a la lógica jurídica, en casuismo no del todo bienhechor como para ser imputable a profundos estudios de la cien- cia jurídica, en referenciales **subterfugios** que recurren a la **hermenéu- tica de la autoridad** —harto discutible por cierto— de interpretacio- nes **subalternas y oficiosas**. La ley ecuatoriana precisa de un reajuste de fondo, en todas las ramas de su Derecho Positivo. Con un cierto sentido también analogizante y de barbarismo jurídico, podría decirse que en el Derecho Civil del Ecuador existen ciertas incrustaciones, ciertas neoplastias, cierto desconcierto tan grave, que bien merece que el alcance del pensamiento especulativo de la materia jurídica, refuerce la tarea de los técnicos de la Legislación. Lo mismo en el Derecho Penal que en las ramas diversas y frondosas de toda nuestra sistemática del Ordenamiento Jurídico. Ese todo orgánico que cons- tituye la Normatividad Ejemplar de Hans Kelsen, por ejemplo, a los ecuatorianos no nos ha alcanzado. Si es verdad que vivimos una vida jurídica todos los ciudadanos del Ecuador, es indispensable sin em- bargo que el máximo de facticidad de la ley se realice por dos vías, a saber: por la de la absoluta hermeticidad del Orden Jurídico, que no ha de estallar bajo el mando político y anecdótico de las banderías triunfantes, y por la vía de la probidad tribunalicia, para cuyos desem- peños, para cuyas instancias, ha de recurrirse a los hombres paradig- máticos, a los hombres de altura en la gnoseología, en la deontología jurídicas. El Derecho es la superestructura de la Ética humana, es la superestructura de la cultura humana, es el epifenómeno social por excelencia. El derecho no es solamente la ley vigente: es lo que que- da más allá de la ley, alzándose mayestáticamente en la metafísica de los valores eternos, en la axiología y en la zona estimativa de la vida humana. El derecho supera a todas las expresiones científicas positivas, aunque el siglo pasado, escéptico y romo, quisiera negár-

selo. El derecho es la entidad suprema de la conducta humana reali- zándose constantemente, renovándose constantemente, penetrando constantemente la sociedad, el grupo, el individuo y la cosa. El dere- cho preserva la persona por nacer y vigila por la voluntad del hom- bre más allá de la muerte; y su facticidad es tan grande y permanente que atraviesa de punta a cabo la realidad operante de la sociedad, y la atraviesa triunfalmente, porque es, quien lo creyera, la realidad de todas las realidades, antropocéntrica, racional e intuicional. Realidad de realidades, el Derecho debe ser considerada la ciencia de las ciencias, porque supera a todas, y a todas las comanda. Sin la ley, no puede moverse un reactor atómico, no puede cruzar el espacio un avión a chorro, no pueden accionarse los laboratorios. Sin la ley —que es superestructura científica de la conducta humana—, no ha de do- minarse el aire, la tierra ni el mar. El Derecho Internacional que hoy nos precutela contra las guerras exterminadoras, vale lo mismo hoy que en las épocas de Hammurabi, aunque éstas fuesen las de su incipiencia. Las Instituciones Jurídicas, la Familia, la Propiedad, el Dominio, tienen mayores fundamentos positivos que lo que a ellos, en un sentido real, les son anexos. El Derecho, pues, a quien las co- rrientes esceptoides y negativas quisieron cortar las alas el siglo pa- sado, probó suficientemente su envergadura y su reciedumbre frente a dos catástrofes mundiales, donde se proclamó la regla jurídica, la vida tribunalicia, la de las magistraturas y la de los juzgados como lo único imputable a la necesidad de sobrevivir, superar y ennoblecer a la especie humana.

Las formas especulativas, las de la investigación jurídica de pro- fundidad deben ser estudiadas como lo son en otras regiones alta- mente civilizadas. No nos hemos de dejar arrastrar solamente por la importancia facticia o dogmática de la norma jurídica: **una Escuela de Investigaciones Profundas sobre el Derecho y la Naturaleza del Hombre Ecuatoriano, debiera preconizarse de urgencia en todas las regiones de nuestro país.** Si el Derecho, como instrumento científico de la conducta, posee enunciadores magistrales, no debe olvidarse que el país necesita de hombres que echen las sondas a la materia jurídica, para dársela orgánicamente pura, sobre los cimientos de una Metafísica Moderna, preconizada ya por las escuelas de Marburgo y de Baden, por los Maestros de pensamiento especulativo como Ro- dolfo Stammler, como Kelsen, y los grandes pensadores del Derecho en su eticidad profunda, como Emilio Lask como Windelband, Rad-

bruch, Ryckert, y como Cossio, y como Husserl, Heidegger, Hartmann y más intuitores geniales de la importancia suprema de la Materia Juridica: cuya ciencia ha de ser considerada como un capitulo, acaso el más importante, de la epistemología general; y no tan sólo como el sacramento que nos dejara Roma, y sus enunciados orgánico-jurídicos de la Instituta y más anexos de la Ciencia Positiva del Derecho. La vitalización y adecuación de las Instituciones a las exigencias contemporáneas, piden una revisión y un sondeo de profundidad en las zonas estimativas de la Ley, no tan sólo en los aspectos operativos de la Jurisprudencia. Y esto es lo necesario en nuestro país, tan afectado por las marejadas políticas, por los incongruencias, por las incoherencias, por el desajuste de la norma a la consulta de realidades y a la consulta de valores apodicticos.

Os he perturbado bastante, distinguidos e ilustres circunstantes; habréis de perdonar la efusión de un ciudadano y de un Abogado de los Tribunales de Justicia, pero la oportunidad solemne es bastante estimulante para abordar el tema de la Justicia, del Derecho, de la Política, de la Moral, de la Ciencia Jurídica, inagotables y profundos, con pequeños comentarios de paso que sólo dicen de la inquietud de un hombre y de un servidor catedrático, a quien discerniera mi honorable representado doctor Astudillo Morales un privilegio muy grande al pedirme que concurra a recibir el galardón que justicieramente le discernís. Os pido indulgencia y os presento el reconocimiento del doctor Astudillo Morales y el mio propio. Muchas gracias."

Día 27

LA ASAMBLEA UNIVERSITARIA ELIGIO SU REPRESENTANTE ANTE EL H. CONSEJO UNIVERSITARIO

Concluido el período legal del doctor Vicente Corral Moscoso, que ejercía la representación del profesorado ante el H. Consejo Universitario, esta Corporación dispuso la reunión de la Asamblea para que eligiera a la persona que debía sustituir en el ejercicio de esas funciones al doctor Corral Moscoso.

La Asamblea, por un amplio margen de votación, de-

signó su delegado ante el H. Consejo Universitario, al Sr. Ing. Marco Tulio Erazo Vallejo, catedrático a tiempo completo de la Facultad de Ciencias Matemáticas y Físicas.

Día 28

EL PROFESOR DOCTOR CESAR HERMIDA PIEDRA EMPRENDIO VIAJE DE PERFECCIONAMIENTO DE ESTUDIOS

En goce de una beca concedida por el Instituto de Fisiología de la Universidad de Concepción, en la República de Chile, el catedrático de la Facultad de Ciencias Médicas, doctor César Hermida Piedra, que tiene a su cargo la enseñanza de Fisiología, partió a la Nación Hermana con el objeto de perfeccionar sus estudios. Para ello el H. Consejo Universitario le declaró en comisión de servicio, contribuyendo de esta manera a la especialización de su personal docente en el exterior.